

# JORNADAS

173

## El mundo hispanoamericano y la Primera Guerra Mundial

Javier Garciadiego Dantan  
(coordinador)

---

Jornadas

---

173

---

EL COLEGIO DE MÉXICO



JORNADAS

173



# EL MUNDO HISPANOAMERICANO Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

*Javier Garciadiego Dantan*  
(coordinador)



EL COLEGIO DE MÉXICO

940.3  
M9655

El mundo hispanoamericano y la Primera Guerra Mundial /  
Javier Garcíadiego Dantan (coordinador). – 1a ed. –  
Ciudad de México, México : El Colegio de México, 2017.  
356 p. ; 21 cm. – (Jornadas ; 173)

ISBN: 978-607-628-175-8

1. Guerra Mundial, 1914-1918 – Causas. 2. Guerra  
Mundial, 1914-1918 – México. 3. México – Historia –  
Revolución, 1910-1920. 4. Guerra Mundial 1914-1918  
– España. 5. Guerra Mundial, 1914-1918 – Argentina.  
I. Garcíadiego Dantan, Javier, 1951-, coord. II. ser.

Primera edición, 2017

DR © El Colegio de México, A. C.  
Carretera Picacho Ajusco No. 20  
Ampliación Fuentes del Pedregal  
Delegación Tlalpan  
C.P. 14110  
Ciudad de México, México  
[www.colmex.mx](http://www.colmex.mx)

ISBN 978-607-628-175-8

Impreso en México

## ÍNDICE

Nota previa	
<i>Javier Garciadiego</i> .....	9
Los motivos que desencadenaron la Primera Guerra Mundial	
<i>Margaret MacMillan</i> .....	11
La Primera Guerra Mundial y la Revolución mexicana: influencias recíprocas	
<i>Javier Garciadiego</i> .....	31
La Revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial: conexiones y comparaciones	
<i>Alan Knight</i> .....	69
La compañía mexicana de petróleo El Águila en la Revolución mexicana y la Gran Guerra	
<i>Paul Garner</i> .....	83

“Un drama de toda la humanidad”: perspectivas latinoamericanas sobre la Primera Guerra Mundial <i>Stefan Rinke</i> . . . . .	141
¿Un rayo en un día de sol? Las transiciones argentinas y la Primera Guerra Mundial <i>Fernando J. Devoto</i> . . . . .	187
Neutralidad convulsa: España y la Gran Guerra <i>Javier Moreno Luzón</i> . . . . .	229
La guerra de los intelectuales: aliadófilos y germanófilos en la España de 1914-1918 <i>José-Carlos Mainer</i> . . . . .	243
México: entre revolución y neutralismo. La prensa mexicana y la neutralidad italiana (1914-1915) <i>Massimo De Giuseppe</i> . . . . .	295
Acerca de los autores . . . . .	351



## NOTA PREVIA

Para conmemorar —recordar juntos— el dramático inicio de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, para reflexionar sobre sus graves, prolongadas y decisivas secuelas históricas, El Colegio de México organizó, el 4 de septiembre de 2014, un coloquio titulado “El mundo hispanoamericano y la Primera Guerra Mundial”. Comprensiblemente, el objetivo era analizar las interrelaciones y casi paralelismos entre esa región del mundo y la Gran Guerra.

Como eje del coloquio se contó con la participación de doña Margaret MacMillan, reconocida experta en el tema, autora de dos obras señeras sobre la conflagración mundial, una sobre sus consecuencias: *París: 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, y otra sobre las causas de su estallido: *1914. De la paz a la guerra*. Participaron también estudiosos de la postura adoptada entonces por España (Javier Moreno

Luzón), Argentina (Fernando J. Devoto) y México (Alan Knight).

Posteriormente, se incorporaron textos de colegas que no estuvieron en el coloquio, pero cuyas páginas enriquecen de manera notable el presente libro: Paul Garner, Massimo de Giuseppe, José-Carlos Mainer y Stefan Rinke.

JAVIER GARCIADIEGO

## LOS MOTIVOS QUE DESENCADENARON LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL\*

MARGARET MACMILLAN\*\*

Quisiera agradecer a El Colegio de México por invitarme a ser la oradora principal en este coloquio. Es un gran placer estar entre colegas y tener la oportunidad de hablar acerca de la Primera Guerra Mundial, un tema muy importante. Revisarla cien años después nos ofrece una nueva perspectiva. Además, estamos analizando esta guerra desde fuera de Europa y con una distancia geográfica que nos permite mayor objetividad. Uno de los principales problemas con la conmemoración centenaria de esta confrontación es que en Europa se ha abordado cada vez más en términos nacionales, lo que me parece una pena. Hoy estamos en un punto de su historiografía en el

\* Transcripción del inglés (editada) de la conferencia inaugural del coloquio.

\*\* St. Antony's College, Universidad de Oxford.

que deberíamos estudiar la guerra como un fenómeno que afectó a los países más allá de sus fronteras, no sólo en Europa, sino en el resto del mundo.

Aún estamos obsesionados con la guerra de muchas maneras —me parece—, porque sus consecuencias fueron muy grandes e inesperadas. Como seguramente saben, en el verano de 1914 los europeos fueron a la guerra pensando en su mayoría que el conflicto habría concluido para la navidad de ese año. Muchos estaban impactados de que Europa se involucrara en una conflagración. Y otros consideraban que, dado el extraordinario progreso alcanzado por Europa en el siglo XIX y el papel dominante que había desempeñado en el mundo, también era la parte más civilizada del planeta. Sentían que la guerra era algo que ellos ya no practicaban, algo que involucraba más bien a pueblos a los que consideraban inferiores: los africanos, los asiáticos y otros “menos civilizados”. Es decir, muchos creían que ya no necesitaban recurrir a la guerra para arreglar sus asuntos.

En 1914 la reacción de un gran número de europeos fue de conmoción, pero algunos pensaron que habían llegado a ese punto debido a todas las tensiones acumuladas, como la atmósfera antes de una tormenta. En cierto modo, consideraban que era mejor terminar así, porque después el cielo se habría despejado y el mundo sería un lugar más franco. “Arreglaremos algunos asuntos y la vida continuará en

Europa y en el resto del mundo, como hasta ahora”. Y también estaban quienes pensaban que la guerra era algo positivo para las sociedades, que estimulaba las cualidades más nobles, como el autosacrificio y el patriotismo, y que ayudaba a superar las divisiones en el interior de las sociedades.

Por supuesto, ahora sabemos que la guerra no sería corta ni concluyente ni ennoblecedora. Iba a durar más de cuatro años —no cuatro meses—, destruyendo la vida de muchas personas, con la muerte de alrededor de nueve millones de hombres, y dejando heridos a muchos más. Afectó profundamente a familias y comunidades enteras. La destrucción concomitante se resintió de manera más severa en Europa, pero también se padeció en otros países. Canadá, mi país, perdió a unos 60 000 soldados en la Primera Guerra Mundial, lo que para un país de cinco millones significó un verdadero desastre. Un millón de soldados de India pelearon en la guerra y muchos de ellos jamás regresaron a su país. La contienda también destruyó los grandes imperios europeos, como el austro-húngaro y el ruso; asimismo, el Imperio otomano se desintegró. En mi opinión, de no haber ocurrido esa guerra, dichos imperios no habrían desaparecido tan rápidamente. Más aún, no hubiera ocurrido una revolución bolchevique en Rusia.

Después de la “Gran Guerra”, como se le llamó en esa época, el mundo presentó una estructura de

poder de naturaleza muy distinta. Europa había mer-mado sus recursos, dilapidando gran parte de sus riquezas y ventajas, y ya no era el centro del mundo. Mientras tanto, otros países, particularmente Estados Unidos y Japón, se estaban volviendo poderosos de manera muy rápida. Y si bien el impacto fue mayor en Europa —la destrucción ocurrió ahí, igual que la mayor pérdida de vidas y el desembolso de dinero y recursos—, se trató de un fenómeno que alteró al mundo y ayudó a perfilar el siglo xx. Me parece que de diversas maneras aún vivimos las consecuencias de esa guerra.

Uno de los grandes peligros al analizar la Primera Guerra Mundial es que, al mirar atrás, tendemos a pensar que hubo muchas razones por las que ocurrió o que estaba destinada a suceder. Se trata de un error lógico. Sólo porque existían muchas fuerzas o razones por las que una refriega podía desencadenarse —como, en efecto, lo hizo— no debemos asumir que ésta era inevitable. Me gustaría que examináramos algunas de las fuerzas que hicieron que la guerra fuera más posible y probable.

Pero antes de hacerlo, demos una breve mirada a las fuerzas a favor de la paz, algo que a menudo pasamos por alto, pues preferimos concentrarnos en averiguar por qué estalló la guerra. Al respecto, debemos mencionar que Europa no era un continente destinado a ir por un solo camino, sino uno en el que

existían fuerzas compensatorias y tendencias diferentes en la sociedad. No está claro qué fuerzas determinarían el futuro destino de esa sociedad. Debemos recordar que había allí posturas muy fuertes a favor de la paz, como sin duda también se registraban en el resto del mundo. Como mencioné anteriormente, entre muchos europeos prevalecía el sentimiento de que la guerra era simplemente algo en lo que ya no querían involucrarse, que ya no era necesaria y que era improbable o imposible.

En esa época algunos sostenían, como sucede actualmente con la globalización —no olvidemos que el periodo previo a 1914 fue de una globalización tan grande como la que ha caracterizado los últimos 10 o 15 años—, que las economías mundiales, incluidas, por supuesto, las de Europa, estaban tan estrechamente interconectadas y eran tan interdependientes que no tenía sentido ir a la guerra; y que, por lo tanto, era muy poco probable que ésta ocurriera. Además, la vinculación del mundo por medio de las comunicaciones significaba que las personas se conocían mejor, que tenían una mayor interacción y que eso constituía seguramente una fuerza a favor de la paz.

Tal como ocurre en la actualidad, en aquellos días había un enorme movimiento de personas en el mundo: millones de europeos literalmente dejaban sus lugares de origen para mudarse al continente americano, a Australia y a otros países. Millones de asiáticos

migraban a su vez a Brasil, Canadá, Estados Unidos —especialmente Hawai— y las Antillas. Por ello, muchos sostenían que la globalización estaba haciendo que la guerra resultara muy difícil de librarse y probablemente imposible de sostenerse. Numerosos economistas y banqueros de ese entonces creían que si una guerra estallaba, tendría que suspenderse a los tres meses porque los gobiernos no podrían costearla; y los gobiernos estaban de acuerdo con ello, pues no habían descubierto aún cuánto podían exprimir de las sociedades a través de los impuestos. Ésa fue una de las lecciones que habrían de aprender en la Primera Guerra Mundial, lección que, de hecho, nunca ha abandonado las políticas desde entonces.

Además de estos argumentos sobre la globalización —la conjetura pasiva de que una guerra no era probable—, también existía un movimiento grande y mucho más activo a favor de la paz entre las clases medias de Europa y América, el cual pugnaba por una ley internacional, por instituciones y arbitrajes internacionales para dirimir las disputas, el desarme, etc. Había entonces una tendencia real, evidente, en esa dirección. Por ejemplo, entre 1794 y 1914 tuvieron lugar 300 arbitrajes internacionales en los cuales dos países acordaban recurrir a un tercero para que arbitrara un conflicto determinado, ya fuera el hundimiento de una nave o una disputa fronteriza, como la que ocurrió entre Gran Bretaña y



Venezuela. De esos 300 arbitrajes, más de la mitad se realizaron después de 1890.

Las personas sentían que existía una corriente a favor de la solución pacífica de las disputas y los asuntos internacionales. Además del gran movimiento clasemediero, que recibió un apoyo notable en varios países, un enorme movimiento de la clase trabajadora evolucionó en la forma de una Segunda Internacional Socialista (fundada en el último cuarto del siglo XIX), cuyos afiliados aumentaban conforme las clases trabajadoras y los partidos socialistas del mundo crecían. Se trataba de una fuerza sin duda formidable. Cuando los representantes de esta organización, provenientes de diferentes partidos socialistas o laboristas, se reunían en congresos internacionales —lo que ocurría al menos cada tres años—, hablaban de cómo, en el caso de que ocurriera una guerra general, harían su mejor esfuerzo para detenerla. Argumentaban que:

una guerra sólo nos hará daño; serán nuestros hombres quienes irán a pelear y a morir, y seremos nosotros los que sufriremos, y sólo beneficiará a los patrones, a los capitalistas y las élites gobernantes; y por eso haremos lo que podamos para detenerla.

Por supuesto, lo que tenían en sus manos era una herramienta muy poderosa: una huelga general. Si todos

los trabajadores, en Europa, por ejemplo, se hubieran ido a huelga al estallar la Primera Guerra Mundial, no hubiera habido suficientes soldados para llenar las filas de esos enormes ejércitos, ni trenes para hacerlos llegar a las fronteras; las fábricas no hubieran trabajado para abastecerlos y las minas no hubieran producido suficiente carbón para echar a andar tanto las fábricas como los ferrocarriles. La Segunda Internacional Socialista era considerada como una fuerza muy potente que, si realmente se hubiera puesto en marcha, podría haber detenido la guerra.

Debemos recordar que había posturas muy fuertes a favor de la paz y que éstas eran apoyadas en gran parte de Europa. Sin embargo, también estaba la otra parte, la que solemos recordar por lo que ocurrió. Había rivalidades imperiales en torno a las colonias; y en esa época las naciones todavía asumían que para ser una gran potencia era necesario tener colonias. Quizá hemos dejado atrás esa idea, si bien aún puede hallarse en ciertos círculos. Pero en el siglo XIX muchos pensaban que el signo de una gran potencia era el de un gran imperio, y que sencillamente ambos iban de la mano. Ésta fue una de las razones por las que Alemania, al convertirse en nación, trató de acumular colonias: sentía que para ser una gran potencia en el mapa europeo tenía que mostrar su fuerza en todo el mundo. Como decían muchos líderes alemanes en ese tiempo: “Necesitamos

nuestro lugar en el sol. Necesitamos ser una potencia mundial”.

La verdad es que las rivalidades imperiales sí contribuyeron a aumentar las tensiones en Europa y estuvieron a punto de causar guerras. Por ejemplo, en 1898 Gran Bretaña y Francia casi libraron una por causa de un lodoso y desconocido pueblo en el Alto Nilo, en lo que actualmente es Sudán. Ambos países hablaron de guerra. Los británicos temían una invasión y, de hecho, comenzaron a tomar medidas para protegerse. Pienso que los recuerdos de las guerras napoleónicas aún estaban presentes en la memoria popular británica. Por su parte, los franceses también comenzaron a prepararse para una invasión por el litoral, para lo cual evacuaron zonas de la costa francesa frente a Gran Bretaña y notificaron a las iglesias que se prepararan para recibir a los heridos.

Los británicos y los rusos también estuvieron muy cerca de un enfrentamiento en el mismo periodo a propósito nuevamente de rivalidades imperiales. Una de las grandes preocupaciones británicas era que Rusia, al extenderse hacia el este y hacia el sur, estaba por llegar a la India, la joya de la corona del Imperio británico. Sin duda, las rivalidades entre los imperios siempre tuvieron el potencial de causar una guerra entre las potencias europeas.

Vinculado a lo anterior, operando de manera paralela y reforzándolo, estaba el nacionalismo. Los últimos

años del siglo XIX fueron una época de un nacionalismo exacerbado, alimentado —lamento decirlo— por personas muy parecidas a quienes estamos aquí reunidos. Historiadores, sociólogos, etnólogos y estudiosos de la literatura contribuyeron todos a crear en sus respectivos países la idea de “un pueblo”. De tal modo que para un alemán se creó la noción de una nación germana eterna, que siempre había existido, mucho antes de que hubiera una Alemania. Heinrich von Treitschke —uno de los grandes historiadores alemanes— decía que siempre hubo un pueblo alemán y que era mucho más vigoroso, mucho más noble y mucho más capaz de oponerse al Imperio romano que cualquier otro. Era una historia muy mala y, no obstante, resultaba extraordinariamente poderosa.

El concepto de “un pueblo” reforzó este creciente sentido de nacionalismo, como también lo hizo uno de los grandes logros de la Europa decimonónica, a saber, la alfabetización generalizada, así como la comunicación masiva, la educación y el surgimiento y expansión de una clase media. La opinión pública se volvió más importante, siendo buena parte de ésta sumamente nacionalista; y la prensa sacó partido de ello. El nacionalismo también era reforzado por la educación. Había libros escolares franceses, por ejemplo, donde los problemas de matemáticas o aritmética se presentaban así a los estudiantes: “Si se necesita un soldado francés para vencer a diez soldados

alemanes, ¿cuántos soldados franceses son necesarios para vencer a treinta soldados alemanes”. Fue así como incluso las matemáticas comenzaron a adquirir un dejo nacionalista en varios países.

Asimismo, en relación con el tema destaca el darwinismo social, que no era sino una mala aplicación de las teorías darwinistas. Esta corriente de pensamiento —una de las tantas que circulaban entonces en Europa— asumía que podía identificarse a cada nación —una nación inglesa, una nación francesa, una nación italiana, una nación alemana y una nación rusa— como si se tratara de especies distintas en el reino animal, diferenciadas y enfrentadas entre sí como ocurre en la naturaleza, donde las especies libran una lucha por la supervivencia. El discurso del darwinismo social estaba sumamente extendido. Las fuerzas armadas no eran las únicas que formulaban la realidad en estos términos; así lo hacían también todas las capas de la sociedad. Cotidianamente, las personas hablaban de cómo las naciones estaban destinadas a pelear unas contra otras. Prevalecía una visión muy pesimista de que las relaciones internacionales eran anárquicas y la sensación de que las naciones estaban condenadas al conflicto. De hecho, había una conciencia moral según la cual si un país no peleaba o no se preparaba para defender su existencia ante los enemigos no merecía sobrevivir, sino ser absorbido por una nación más poderosa y vigorosa.

Esto era algo que verdaderamente permeaba el pensamiento social. Puede observarse en los escritos de los militares, de los políticos e incluso de los poetas. Era el lenguaje de la época. No todos lo creían, pero era una manera muy poderosa de entender el mundo. Esto ayudaba a avivar el nacionalismo y las rivalidades nacionales, porque varios de los principios del darwinismo social suponían que, para sobrevivir, las naciones tenían que luchar con sus enemigos o depredadores naturales. Los agregados militares franceses en Berlín planteaban preguntas como: “¿Qué podemos hacer con los alemanes? Son nuestros enemigos hereditarios y estamos condenados a pelear con ellos”. Sus contrapartes alemanas en París decían exactamente lo mismo. Una vez más, estaban aquellos que (al igual que en la actualidad) reforzaban la idea de que hay naciones que están obligadas a ser nuestros enemigos, que son de alguna manera inferiores a nosotros o que constituyen una amenaza, o que tienen valores antitéticos a los nuestros. Por ejemplo, los alemanes decían que los pueblos eslavos —como los rusos— eran tan diferentes a ellos que jamás podrían llevarse bien. Un ejemplo maravilloso era el del profesor alemán de Berlín que escribió: “Los franceses siempre son hostiles a Alemania y, más aún, son un pueblo muy frívolo e inmoral”. Y luego comentaba a sus lectores: “Si quieren saber dónde encontrar ejemplos de

su inmoralidad, puedo decirles exactamente a dónde ir en París”.

Sin embargo, no quiero culpar a los alemanes por esto, pues ahí tienen a los franceses, incluso los cultos, que afirmaban exactamente lo mismo. Así, los sociólogos franceses sostenían que los alemanes —particularmente los de Prusia y los del norte de Alemania, que eran el corazón de la nueva Alemania— “carecen de una conciencia moral porque viven en un país muy llano”. Resuélvanlo ustedes mismos. Los mexicanos no tienen de qué preocuparse, pues están rodeados por todas esas montañas. En resumen, tales estereotipos nacionales refuerzan entre los países las rivalidades y el temor a los otros.

Lo que es importante recordar es aquello que pensaba la gente acerca de una contienda antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Porque las conjeturas sobre cómo sería la guerra y por qué habría de librarse afectarían la toma de decisiones en los momentos de crisis. En varios países, sin duda en algunas élites y quizá entre el público también, existía la peligrosa hipótesis de que la guerra era una parte natural de las relaciones internacionales, una herramienta que podría utilizarse y dar resultados útiles. Desafortunadamente, al examinar la historia reciente, los europeos podrían hallar ejemplos de ello en las luchas de la unificación italiana, que dieron como resultado una sola Italia. O en las guerras de la uni-

ficación alemana, que llevaron a la aparición de Alemania en el mapa de Europa.

Me parece que antes de la Primera Guerra Mundial se fue dando una peligrosa predisposición psicológica en el sentido de que el conflicto armado era inevitable y que, en efecto, era una herramienta sumamente útil. Por último, subsistía la idea de que la guerra podía, de hecho, ser buena para la sociedad. Algo curioso en la próspera y exitosa Europa de los años anteriores a 1914 era cuán nerviosos estaban los europeos al respecto. Creo que muchos tenían la sensación de que este supuesto “progreso” había llegado muy lejos y muy rápido, y que por alguna razón eso no estaba bien. Había una gran aprehensión respecto de los ferrocarriles y, más tarde, del nuevo automóvil, porque “iban demasiado rápido y enervaban a la gente”. De hecho, apareció una nueva enfermedad llamada “neurastenia”, según la cual las personas se estaban volviendo muy nerviosas en el mundo moderno. Había gran temor en torno a la degeneración, sobre el hecho de que “la raza” iba cuesta abajo, ya fuera esta “raza” la inglesa, la francesa o la alemana. En ese periodo la gente usaba el término “raza” de manera casi intercambiable con el de “nación”.

A muchos les preocupaba que, por una u otra razón, la gente ya no estuviera tan en buena forma como antes, ni tan dispuestos a sacrificarse por sus



países, ya fuera como buenos soldados, buenas madres o buenas esposas de soldados. Libros como *Degeneración*, de Max Nordau, eran muy conocidos y se vendían mucho. A menudo, entre las fuerzas armadas se argumentaba que, en efecto, una guerra sería beneficiosa porque fungiría como un tónico que espabilaría a la nación y reinculcaría en la gente las viejas virtudes marciales.

Con frecuencia —detesto decirlo, pero es verdad— eran los hombres que habían dejado muy atrás la edad militar quienes expresaban tales ideas, afirmando que los jóvenes debían ir y sacrificarse, mientras ellos los exhortaban desde sus sofás, cómodamente sentados. No obstante, esa peligrosa predisposición psicológica a la guerra no provocó por sí sola el conflicto. También debemos tomar en cuenta lo que estaba sucediendo antes de 1914; como ustedes probablemente saben, antes de esa fecha hubo una serie de crisis en Europa que abrieron la posibilidad de una guerra general. Entre ellas estaban la crisis de Bosnia en 1908; la de 1911, cuando Italia atacó al Imperio otomano; otra ocurrida ese mismo año giró en torno a quién habría de controlar la zona de Marruecos; en 1912 hubo una a propósito de una “guerra balcánica”, seguida por otra en 1913, al suscitarse otra “guerra balcánica”. En cada ocasión, la gente hablaba de la posibilidad de una guerra generalizada. Entonces, me parece que es sumamente peligroso

acostumbrarse a la idea de que quizá una guerra general era claramente inminente.

Como resultado de esas crisis encontramos dos cosas: la primera es una especie de complacencia, que puede observarse claramente en el verano de 1914, cuando la gente decía: “Hemos padecido esas crisis y las hemos superado”. La crisis de 1914 empezó en los Balcanes y muchos dijeron: “Bueno, ésa es sólo una crisis más; ya hemos tenido tres de éstas, lo superaremos”. No se lo tomaron realmente en serio hasta que comenzó a ser demasiado tarde. La segunda cuestión, también en 1914, consistió en que luego de las crisis mencionadas varias naciones o tomadores de decisiones clave habían resuelto que la próxima vez no darían marcha atrás.

Aquí aparecen las nociones de honor y prestigio que, en mi opinión, desempeñaron un papel muy importante en las relaciones internacionales durante ese periodo. En 1914, en San Petersburgo, la capital de Rusia, en los círculos gobernantes se decía: “No podemos retractarnos de apoyar a Serbia porque si lo hacemos ya no pareceremos una gran potencia. No tendremos prestigio ni podremos llevar la cabeza en alto. No podemos darnos el lujo de echarnos para atrás”. Y prácticamente lo mismo ocurría en Austria-Hungría: “No podemos dejar que Serbia se salga con la suya al proteger a los asesinos de nuestro archiduque. Esta vez no podemos recular”. Los ale-

manes, por su parte, se convencieron de que si no respaldaban a Austria-Hungría, podrían perderlos como aliados. Considero que todo lo anterior resultó muy peligroso. Al analizar cómo se toman las decisiones durante una crisis particular siempre debe considerarse la historia previa. En 1914 los tomadores de decisiones estaban pensando en las crisis previas y a partir de ellas sacaron lecciones.

En aquel verano también entró en juego la sensación de que si Europa iba a tener una guerra generalizada, lo mejor sería librarla de una vez, acabar con ella y luego restablecer la paz. Igualmente nociva era la opinión, quizá especialmente en Alemania, de que el momento era propicio para una guerra. El alto mando alemán creía que su país aún era capaz de derrotar a Rusia, pero que esa ventaja comenzaba a desvanecerse. Rusia se desarrollaba muy rápido y tenía la capacidad de armar ejércitos más grandes; también estaba construyendo ferrocarriles y eso le permitiría movilizar a sus ejércitos hacia las fronteras que compartía con Alemania y con Austria. Hacia 1917 los generales alemanes temían ya no ser capaces de pelear con Rusia.

Numerosos factores convergían en el verano de 1914, haciendo que la guerra fuera más factible que en las crisis previas. Y había algo más, muy difícil de medir en las relaciones internacionales: el papel del “accidente” y de la simple “estupidez humana”.

Ambos estaban en juego en el verano de 1914. Si el chófer del archiduque no hubiera dado el giro equivocado en Sarajevo ese 28 de junio, los asesinos no hubieran logrado matarlo. Lo habrían intentado una vez, habrían fallado y probablemente habrían desistido. Gavrilo Princip, uno de los conspiradores, estaba en un café preguntándose qué sucedía y pensando que su plan había fallado por completo cuando de repente, para su sorpresa, ahí estaba el carro del archiduque de Austria, atascado justo frente a él. Era un carro abierto; se encaminó hacia él y, aunque tenía un mal tiro, no podía fallar a esa distancia. Sin ese asesinato, Austria-Hungría no hubiera tenido el pretexto que necesitaba para tratar de destruir a Serbia. También fue fundamental el hecho de que, por ser el inicio de las vacaciones de verano, mucha gente se encontraba fuera de la ciudad, lo que hizo que la reacción fuera más lenta. Igualmente importante fue que el ministro de finanzas de Francia, un viejo partidario de la amistad con Alemania, renunciara a su puesto debido a que su esposa había disparado contra el editor del diario francés *Le Figaro*, lo cual es por sí mismo otra historia.

Es así que el “accidente” también juega un papel en los asuntos humanos, del mismo modo que lo hacen las malas decisiones. Austria-Hungría decidió tratar de destruir a Serbia sin pensar realmente que al hacerlo corría el riesgo de una guerra con Rusia.

Luego estaba Alemania y su decisión de apoyar a Austria-Hungría, sabiendo que eso podría significar una guerra tanto con Rusia como con Francia; y ahí tienen a Rusia decidiendo tomar el lado de Serbia, consciente de que ello podría resultar en un conflicto con Austria-Hungría y con Alemania. Al revisar esas cinco semanas que van del asesinato del archiduque al estallido de la guerra, es necesario hacerlo en el contexto de esas fuerzas más amplias de las que he hablado. Deben observarse en el contexto de lo que había sucedido previamente para comprender la manera de pensar de las personas en ese tiempo. Pero también deben revisarse detenidamente esas muy cortas cinco semanas. Lo que me asusta —y creo que debería asustarnos a todos— es lo rápido que Europa pasó de la paz a la guerra. Como sabemos, ello tuvo efectos incalculables para el mundo: en México, en mi propio país, Canadá, y en el orden internacional. A partir de allí surgió un mundo muy inestable que, ¡ay!, no cimentó las condiciones para la paz y, por lo tanto, sufrimos otra guerra mundial en 1939. Me parece que éste es un buen momento para hacer una reflexión seria y para recordar que podríamos no ser más diestros ni más astutos que aquellos que crearon en 1914 un desastre tan horrible.



# LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA: INFLUENCIAS RECÍPROCAS

JAVIER GARCADIEGO\*

## EL IMPACTO MUNICIONÍSTICO

La Revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial fueron procesos coetáneos. Aunque distantes, su influencia mutua fue decisiva, pues si bien México no fue uno de los países beligerantes, su vecindad con Estados Unidos y el hecho de ser entonces uno de los mayores productores de petróleo del mundo<sup>1</sup> lo hacían un país estratégico, ya fuera porque Alemania

\* El Colegio de México.

<sup>1</sup> El trabajo clásico sobre el petróleo mexicano es el de Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)*, México, El Colegio de México, 1968. Un trabajo previo, igualmente importante, es el de Merrill Rippy, "El petróleo y la Revolución mexicana", *Problemas agrícolas e industriales de México*, México, vol. VI, núm. 3, julio-septiembre de 1954.

intentó generar conflictos fronterizos entre México y su vecino del norte, o porque su petróleo era imprescindible para el movimiento de las flotas de Estados Unidos y de Inglaterra. A su vez, podría decirse que el impacto de la Primera Guerra Mundial en el proceso revolucionario mexicano fue aún mayor, pues modificó el acceso al mercado de armas y municiones, influyendo en el resultado final de la contienda.

Los paralelismos, así como las mutuas influencias, se dieron desde un principio. En agosto de 1914, al tiempo que estallaba el conflicto en Europa,<sup>2</sup> en México los ejércitos revolucionarios nortños, encabezados por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, y con la imprescindible colaboración militar y el aporte social de Pancho Villa, vencían al Antiguo Régimen, encabezado por Victoriano Huerta. Comprensiblemente, la lucha contra éste se había realizado con armamento adquirido en Estados Unidos mediante recursos obtenidos con la incautación de ganado y algodón de las grandes haciendas del norte del país.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> Véanse Marc Ferro, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza Editorial, 1970; y Margaret MacMillan, *1914: de la paz a la guerra*, Madrid, Turner, 2014.

<sup>3</sup> Véase Javier Garciadiego, *1913-1914: de Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío, 2013. Véase también Pablo Yankelevich, "Armas para la Revolución. Estrategias carrancistas en América Latina", en Javier Garciadiego y Emilio Kourí (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva: Homenaje a Friedrich Katz*, México, Era / El Colegio de México / Centro Katz de Estudios Mexicanos-The University of Chicago, 2010, pp. 183-191.



Sin embargo, tan pronto dio comienzo la guerra en Europa toda la producción armera y municionística estadounidense fue destinada a sus países amigos: Inglaterra y Francia. El cambio no hubiera tenido consecuencias en México si se hubiera alcanzado la paz cuando los rebeldes, unificados, vencieron al gobierno contrarrevolucionario de Huerta. Lo cierto es que pocos meses después, a finales de 1914 y principios de 1915, inició una nueva etapa de la Revolución mexicana, la llamada “lucha de facciones”;<sup>4</sup> es decir, la guerra entre los contingentes revolucionarios por imponer su particular proyecto de Estado. Fue entonces cuando se agruparon los ejércitos de naturaleza más popular, es decir, los villistas y zapatistas, para luchar contra los ejércitos encabezados por el liderazgo clasemediero de Carranza y Obregón. Dado que éstos ocuparon primero la Ciudad de México, entre agosto y noviembre de 1914, se hicieron de las fábricas de cartuchos y talleres de reparación de armas que Porfirio Díaz había instalado, mismos que desmontaron y trasladaron a Veracruz, permitiéndoles enfrentar la nueva contienda con algo de armas y “parque”, aunque no fueran de la mejor calidad. Los villistas, que dominaban el extenso norte del país, no

<sup>4</sup> Un reconocido historiador la llama “la guerra de los ganadores”. Cf. Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana: los años constitucionalistas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, especialmente el capítulo VI, pp. 145-197.

tenían otra alternativa que adquirir sus armas y pertrechos del otro lado de la frontera. Para su desgracia, las circunstancias traídas por la recién iniciada guerra europea los obligaron a adquirir armas de contrabando, de mala calidad y hasta usadas, además de costosas. Sus secuelas en el resultado final de la contienda no pueden ser cuestionadas.

La influencia de la Primera Guerra Mundial en la lucha “de facciones” no se redujo al asunto del parque y del armamento. También fue decisiva en cuanto al uso de tácticas y estrategias militares novedosas. El planteamiento no pretende ser nuevo, pues mucho se ha dicho acerca de que Obregón empezó entonces a utilizar las trincheras con alambradas para frenar a las caballerías enemigas.<sup>5</sup> Aunque ya se habían usado los alambres de púas para fortalecer las trincheras en otras contiendas, fue con la Guerra Mundial que se difundió masivamente este procedimiento. La afirmación tampoco permite dudas: la caballería

<sup>5</sup> Véanse Francisco J. Grajales, “Las campañas del general Álvaro Obregón. Ensayo de interpretación”, en Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros en campaña*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. xxxiii-cxxviii; y Pedro Salmerón, “Celaya y Verdún en 1915. Crítica a las comparaciones tradicionales”, en Jaime Olveda (coord.), *Independencia y Revolución. Reflexiones en torno del bicentenario y el centenario*, Zapopan, El Colegio de Jalisco, 2008, vol. 1, pp. 195-216. Sobre todo, aunque difiera de sus conclusiones, es imprescindible consultar el sólido libro del mismo Pedro Salmerón, *1915. México en guerra*, México, Planeta, 2015.

villista se hizo añicos en las alambradas obregonistas, aunque también fueron importantes otros factores, como los canales de riego usados por las fuerzas de Obregón como trincheras. Sobre todo, las fuerzas villistas tuvieron una pésima estrategia en la llamada campaña del Bajío, a mediados de 1915, lejos de sus bases de aprovisionamiento y en un terreno poco propicio para sus tradicionales cargas de caballería.<sup>6</sup> En cambio, el ejército que las enfrentaba parecía especialmente preparado contra éstas. Es indudable que en aquella campaña fue vencida la División del Norte y triunfó el carrancismo; también es incuestionable que esta facción triunfó simultáneamente en otros escenarios y terrenos.<sup>7</sup>

El triunfo carrancista y la derrota villista, claramente sentenciados a mediados de 1915, tuvieron inmediatas repercusiones políticas y diplomáticas: en octubre de ese año fue reconocido el gobierno de

<sup>6</sup> Según el parte telegráfico rendido el 7 de abril de 1915, el entonces coronel Francisco R. Serrano reportó que “las famosas cargas de caballería del enemigo están estrellándose sobre las posiciones de nuestras infanterías”. Cf. Álvaro Obregón, *Ocho mil kilómetros...*, *op. cit.*, p. 323.

<sup>7</sup> En efecto, al tiempo que se peleaba en el Bajío, el ejército villista también pretendió penetrar en la zona petrolera de la costa oriental de México, siendo gravemente rechazado en El Ébano. Véase “Defensa del campo atrincherado de Ébano, s.l.p.”, en Jacinto B. Treviño, *Memorias*, México, Orión, 1961, pp. 84-96. Véase también Jesús Gerardo Díaz Flores, *La batalla de El Ébano, 21 de marzo de 1915-31 de mayo de 1915*, México, UNAM, tesis de licenciatura en Historia, 2011.

Carranza por Washington,<sup>8</sup> por lo que el grupo villista enfrentaría aún más dificultades para adquirir armamento estadounidense. No en balde Villa culpó a Estados Unidos de su derrota, lo que explica el encono que desde entonces mostró hacia dicho país, su gobierno y sus ciudadanos: primero fue la matanza de Santa Isabel;<sup>9</sup> luego, el ataque a la población fronteriza de Columbus.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> El reconocimiento sólo alcanzó el carácter de “*de facto*”. Cf. James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Company, 1932, pp. 560-561. Véase también Berta Ulloa, *La encrucijada de 1915*, México, El Colegio de México, 1979, p. 234.

<sup>9</sup> El 10 de enero de 1916 los generales villistas Pablo López y Rafael Castro asaltaron el tren número 41 del Ferrocarril del Noroeste, cerca de Santa Isabel, Chihuahua, en el que viajaban “diecisiete infortunados estadounidenses”, miembros de la Cusiuhiráchic Mining Company, quienes, junto con varios mexicanos, fueron fusilados junto a la vía. Cf. Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 vols., México, Era, 1998, vol. 2, pp. 142-145. También véase *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana* (en adelante *DHBRM*), 8 t., México, INEHRM, 1990-1994, t. II, pp. 569-570. Un recuento de los frecuentes asaltos y depredaciones perpetrados en contra de ciudadanos estadounidenses, incluida la masacre de Santa Isabel, así como las acusaciones dirigidas al gobierno carrancista por no brindar protección pese a estar enterado de las operaciones de los villistas, se puede consultar en *Investigation of Mexican Affairs. Preliminary Report and Hearings. Committee on Foreign Relations United States Senate, S. Res. 106*, vol. 1, Washington, Government Printing Office, 1920, pp. 347-349. Para las justificaciones de Villa y algunos villistas involucrados en dicha masacre, vol. 2, pp. 1216, 1596, 1780-1782. El Colegio de México prepara la edición en español de este material, comúnmente conocido como los Interrogatorios Fall.

<sup>10</sup> Francisco Villa, al mando de 500 hombres, atacó el pueblo de Columbus, Nuevo México, la madrugada del 9 de marzo de 1916.

## LAS ARGUCIAS GERMANAS

El problema no se redujo a la contienda entre las dos principales facciones de revolucionarios nortños, ni a la postura que Estados Unidos guardó ante el conflicto mexicano. Desde un principio intervino en el proceso un cuarto elemento, Alemania, que estaba muy interesada en exacerbar los problemas fronterizos, ya fuera mediante el nacionalismo gubernamental de Carranza o a través del nacionalismo popular de Villa. En rigor, Alemania buscó utilizar ambos elementos, sucesiva o simultáneamente. Su objetivo era provocar todo tipo de problemas hasta que estallara la guerra entre México y Estados Unidos.<sup>11</sup>

---

Durante la incursión perdieron la vida 17 estadounidenses. Como consecuencia del ataque a su territorio, el general John Pershing fue enviado a Chihuahua días más tarde para enfrentar a Villa mediante la llamada "Expedición Punitiva". Cf. Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, 2 vols., México, Era, 1982, vol. 1, p. 346. Del mismo autor consúltese *Pancho Villa y el ataque a Columbus, Nuevo México*, Chihuahua, s.e., 1979. Para algunas insinuaciones sobre la ayuda financiera otorgada a Villa por inversionistas estadounidenses para llevar a cabo el ataque a Columbus, los pormenores de la incursión villista del otro lado de la frontera, los motivos de Villa para realizar el asalto, la reacción de las tropas carrancistas ante el asalto y la incursión de Pershing, así como sobre las negociaciones para el retiro de las tropas estadounidenses, véase *Investigation of Mexican...*, *op. cit.*, pp. 58, 292, 348-359, 668-669, 810. Véase también Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Expedición Punitiva*, México, Jus, 1967-1968, vols. XII y XIII.

<sup>11</sup> Cf. Friedrich Katz, *La guerra secreta...*, *op. cit.*, vol. 2, p. 13. Véase también Esperanza Durán, *Guerra y revolución: las grandes potencias y México, 1914-1918*, México, El Colegio de México, 1985.

Fueron varios sus intentos y estrategias. Para comenzar, es probable que Alemania percibiera la conveniencia de que hubiera conflictos fronterizos entre Estados Unidos y México desde que estallaron algunos desórdenes por el Plan de San Diego, redactado por un puñado de hombres de ascendencia mexicana residentes en Texas, en cuya población de San Diego<sup>12</sup> lo firmaron a principios de enero de 1915. Su planteamiento, evidentemente descabellado, no coincidía con sus verdaderos objetivos: llamaban a un levantamiento generalizado de los méxico-norteamericanos en los estados sureños de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y California, los que luego de obtener la victoria formarían una república independiente, con la posibilidad de unirse posteriormente a México.<sup>13</sup> Aunque en el plan se fijaba, según

<sup>12</sup> San Diego, Texas, está localizado al noreste de Laredo, a mitad de camino entre esta población y la de Corpus Christi. Cf. *Atlas of the World*, Washington, National Geographic, 1987, p. 82.

<sup>13</sup> Cf. Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, *The Plan de San Diego: Tejano Rebellion, Mexican Intrigue*, Nebraska, University of Nebraska, 2013, pp. 1-5. El plan consideraba la posibilidad de incorporar a “extranjeros”, siempre y cuando fueran latinos, japoneses o “negros”; además, mencionaba entre sus objetivos “proclamar la libertad de los individuos de raza negra” y “su independencia de la tiranía Yankee”. Cf. *ibid.*, pp. 2 y 4. El conflicto diplomático que podría generar el Plan de San Diego dependía de la acusación de que varios políticos y militares carrancistas, como Nicéforo Zambrano, Agustín García y Emiliano Nafarrate, estaban involucrados en él. Véase *Investigation of Mexican...*, *op. cit.*, pp. 843f-843i.

el artículo 1, el 20 de febrero como fecha del levantamiento, lo cierto es que suscitó poca actividad rebelde. No era fácil convencer a los norteamericanos de origen mexicano, algunos de los cuales habitaban en esa parte de Estados Unidos desde hacía casi un siglo, de que arriesgaran sus vidas para integrarse a un país que, al margen del mito del origen étnico común, padecía un crónico atraso y una violencia recurrente, desgraciadamente vuelta permanente desde 1910. Era tal la “yanquifobia” del plan —proponía en su artículo 7 pasar por las armas a todos los varones angloamericanos mayores de 16 años— que puede suponerse que tuvo como resultado, por un tiempo, que los militares profesionales de Estados Unidos atendieran más lo que pudiera pasar en Texas que aquello que sucedía del otro lado del océano Atlántico.<sup>14</sup>

Acaso la primera estratagema alemana para provocar un conflicto entre México y Estados Unidos tuvo que ver con el derrocado contrarrevolucionario Victoriano Huerta. Remontémonos a julio de 1914 cuando éste, vencido en todos los aspectos —militar, político e ideológico—, abandonó precipitadamente el país, días antes de que los revolucionarios

<sup>14</sup> Cf. Harris y Sadler, *The Plan de San Diego...*, *op. cit.*, pp. 2-3. Véase también James A. Sandos, *Rebelión en la frontera: el anarquismo y el Plan de San Diego, 1904-1923*, Ciudad Victoria, Gobierno del Estado de Tamaulipas, 2010.

ocuparan la capital.<sup>15</sup> Refugiado en Barcelona, en la neutral España, en marzo de 1915 se embarcó de regreso a América, presumiblemente apoyado por los alemanes. Su objetivo era organizar un contingente en Estados Unidos con otros exiliados, y reclutar a numerosos elementos de origen mexicano para ingresar al país en son de guerra,<sup>16</sup> convencido de que había sido derrotado gracias a la intervención estadounidense, la cual, por un lado, le obstaculizó la adquisición de armamento y, por el otro, se lo hacía accesible a los revolucionarios constitucionales. Como sea, Huerta fue aprehendido antes de poder entrar a México, donde intentaría derrocar a Carranza y establecer un gobierno claramente anti-norteamericano. Internado en la prisión de Fort Bliss, acusado de violar las leyes de neutralidad, a los pocos meses falleció por una grave enfermedad hepática, aunque algunos mexicanos suspicaces supusieron que fue por causa de un envenenamiento.<sup>17</sup>

Aprehendido y muerto Huerta, Alemania tuvo que diseñar otra estrategia. Un plan más modesto,

<sup>15</sup> Luego de renunciar el 15 de julio de 1914 a la presidencia de la República, salió del país cinco días más tarde vía Puerto México, hoy Coatzacoalcos, Veracruz. Véase Michael C. Meyer, *Huerta: un retrato político*, México, Domés, 1983, p. 236. Consúltese también Javier Garciadiego, *1913-1914: de Guadalupe a Teoloyucan*, op. cit., p. 197.

<sup>16</sup> Cf. Michael C. Meyer, *Huerta: un retrato político*, op. cit., pp. 236-242.

<sup>17</sup> Cf. *ibid.*, pp. 246-254.



pero de atractivas posibilidades, fue el intento de entorpecer el suministro del hidrocarburo mexicano a Estados Unidos e Inglaterra. El objetivo era efectuar sabotajes directos, tanto a los pozos como a los oleoductos y depósitos de petróleo. Sin embargo, todos éstos tenían doble protección: la gubernamental, pues la administración de Carranza deseaba mejorar sus ingresos mediante el aumento de impuestos a la exportación de dicho producto, y de ninguna manera hubiera permitido la destrucción de esa riqueza nacional.<sup>18</sup> La otra fue la defensa propia, privada, de las compañías petroleras, las que prefirieron pagar el costo de una guardia “blanca” a padecer males graves e irreparables. Fue así como Manuel Peláez, terrateniente local y contratista de “mano de obra” para las compañías, organizó un ejército para impedir que los carrancistas controlaran la región petrolera y para vender protección en contra de la sindicalización y las previsibles demandas laborales, contra las pretensiones de supervisión de la explotación petrolera impulsadas por las autoridades locales carrancistas y, obviamente, contra cualquier intento de destrucción y sabotaje.<sup>19</sup> La labor de Peláez encareció los costos

<sup>18</sup> Véanse las obras de Lorenzo Meyer y Merril Rippy citadas en la nota 1.

<sup>19</sup> Desde finales de 1914 y principios de 1915 la costa veracruzana y del sur de Tamaulipas fue controlada por revolucionarios carrancistas como Cándido Aguilar, Heriberto Jara y Adalberto Tejeda, todos

de operación de las compañías, pero éstas pudieron suministrar petróleo a sus países sin mayores contratiempos. Una vez terminada la Guerra Mundial, y ya sin la presión fiscal y regulatoria del gobierno de Carranza, a mediados de 1920 la incómoda pero necesaria presencia de Peláez se hizo prescindible.<sup>20</sup>

Otra de las estrategias alemanas para provocar problemas entre México y Estados Unidos tuvo que ver con el ataque villista a la población de Columbus, que provocó la respuesta inmediata del gobierno estadounidense por medio de la Expedición Punitiva.<sup>21</sup> De ninguna manera se pretende decir que el ataque a Columbus, en la madrugada del 9 de marzo de 1916, fue resultado de una inquina germana. En rigor, como todo hecho histórico, la invasión a Columbus sólo puede ser explicada por varios factores; en este caso,

---

ellos conocidos por su ideología nacionalista. Cf. Berta Ulloa, *Veracruz, capital de la nación (1914-1915)*, México, El Colegio de México / Gobierno del Estado de Veracruz, 1986, p. 44.

<sup>20</sup> Consúltense Javier Garciadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución (movimientos reaccionarios en México, 1914-1920)*, especialmente el capítulo III, "Peláez, el llamado mercenario", pp. 95-153, México, El Colegio de México, tesis de doctorado en Historia, 1981; y Ana María Serna, *Manuel Peláez y la vida rural en la Faja de Oro. Petróleo, revolución y sociedad en el norte de Veracruz, 1910-1928*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2008.

<sup>21</sup> Consúltense Clarence C. Clendenen, *The United States and Pancho Villa: a Study in Unconventional Diplomacy*, Dallas, Kennikat Press, 1972; Friedrich Katz, *Pancho Villa y el ataque a Columbus, op. cit.*; y Alberto Salinas Carranza, *La Expedición Punitiva*, México, Botas, 1936.

locales, nacionales e internacionales. Para comenzar, Villa estaba indignado contra dos vendedores de armas y pertrechos, los hermanos Sam y Arthur Ravel, porque recientemente le habían suministrado municiones defectuosas.<sup>22</sup> Asimismo, estaba resentido contra Estados Unidos porque meses atrás había extendido su reconocimiento diplomático al gobierno de Carranza, al que Villa acusaba de haber ofrecido a cambio la soberanía y las riquezas del país.<sup>23</sup> Finalmente, también se ha dicho que agentes alemanes —Félix A. Sommerfeld, en concreto— ayudaron a convencer a Villa de llevar a cabo el audaz ataque,<sup>24</sup> aunque cabe la posibilidad de que Alemania simplemente buscara beneficiarse de un conflicto en cuyo origen no había tenido injerencia directa.

Presionado por la clase política estadounidense en su conjunto, acicateado por la opinión pública, y dado que era año electoral, Woodrow Wilson no podía, ni deseaba, dejar impune un ataque extranjero

<sup>22</sup> También estaba molesto con el banco local que se había negado a pagarle unos cheques, alegando que era un rebelde contra un gobierno reconocido por Washington.

<sup>23</sup> Friedrich Katz, *La guerra secreta...*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 348-351.

<sup>24</sup> Friedrich Katz, *Pancho Villa...*, *op. cit.* Félix A. Sommerfeld debió ser agente doble: por un lado, deseaba favorecer los intereses de los villistas al abastecerlos de armamento; por el otro, pretendió enfrentar a México contra Estados Unidos para evitar que este último interviniera en la Primera Guerra Mundial. A finales de 1916, y ante el temor de que pudiera ser arrestado, dejó de desempeñar dicha actividad. *Cf. DHBRM, op. cit.*, t. VIII, pp. 380-381.

a una población estadounidense.<sup>25</sup> Apelando a un viejo convenio establecido a principios del Porfiriato, mismo que permitía a los respectivos gobiernos perseguir, por cierto tiempo y hasta determinada distancia de la frontera, a los malhechores que cometieran tropelías en su territorio y luego se internaran en el del vecino,<sup>26</sup> a mediados de marzo de 1916 Estados Unidos envió a México una “columna de casi seis mil hombres” encabezada por el general John J. Pershing para realizar acciones “punitivas” en contra de Villa.<sup>27</sup>

La fuerza invasora permaneció en el norte de México casi un año, durante el cual no pudo ni capturar a Villa ni destruir su contingente. Al contrario, si al momento de atacar Columbus Villa sólo contaba

<sup>25</sup> Recuérdese que en 1916 Wilson fue reelecto para la presidencia estadounidense.

<sup>26</sup> Daniel Cosío Villegas, “El Porfiriato. La vida política exterior. Parte segunda”, *Historia moderna de México*, México, Hermes, 1963, pp. 200-201.

<sup>27</sup> La columna luego fue aumentada, alcanzando los 10 000 hombres. Nacido en Laclede, Missouri, en 1860, después de gobernar la Provincia de Moro, en Filipinas, a Pershing se le encomendó la protección del Fuerte Bliss, en Texas; fue ahí donde recibió las órdenes para encabezar la Expedición Punitiva. A pesar de fracasar en dicha persecución, fue hecho comandante en 1917 de la Fuerza Expedicionaria Norteamericana que combatió en la Primera Guerra Mundial. En 1924 se retiró de sus actividades militares. Cf. *American National Biography*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, vol. 17, pp. 376-379.

con 500 hombres, cuando se retiraron las fuerzas de Pershing tenía varios miles, pues muchos veteranos villistas, motivados por su nacionalismo, retomaron las armas.<sup>28</sup> De cualquier forma, aunque la invasión se prolongó más tiempo del previsto por Wilson y hubo varios conflictos con las fuerzas gubernamentales mexicanas,<sup>29</sup> lo cierto es que no se cumplió el deseo alemán, consistente en que hubiera conflictos serios, y de preferencia hasta una guerra, entre ambos países. En efecto, pronto hubo negociaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, y se firmó un protocolo entre el secretario de Guerra mexicano, Álvaro Obregón, y el jefe de Estado Mayor del ejército estadounidense. Si bien este documento no estipulaba la fecha de salida de las fuerzas norteamericanas de territorio mexicano, sí consignó que las operaciones de las fuerzas “punitivas” se limitaran, por partida

<sup>28</sup> Los cálculos alcanzan hasta los 5 000 hombres.

<sup>29</sup> El más importante tuvo lugar en El Carrizal, Chihuahua, a finales de junio de 1916, cuando fuerzas mexicanas al frente del general Félix Gómez —minero coahuilense que alcanzó el grado de general durante la lucha constitucionalista y quien estaba encargado de frenar cualquier intento estadounidense por sobrepasar “la línea fijada por el gobierno mexicano”, pero sin generar un conflicto mayor entre ambos países— tuvieron un enfrentamiento armado contra un destacamento estadounidense, combate en el que falleció el general Gómez. Cf. *DHBRM, op. cit.*, t. I, p. 345. Acerca del comportamiento de las tropas carrancistas durante la Expedición Punitiva, puede consultarse el informe del secretario de Estado, Robert Lansing, en *Investigation of Mexican...*, *op. cit.*, citado en la nota 10.

doble, a perseguir a Villa y a hacerlo sólo en la franja superior de Chihuahua.<sup>30</sup>

Comprensiblemente, Carranza se negó a ratificar dicho protocolo, pues implicaba aceptar la presencia estadounidense en México. Por lo mismo, tuvieron que iniciarse nuevas negociaciones, pero esta vez la comitiva mexicana fue encabezada por uno de los políticos más cercanos a don Venustiano, Luis Cabrera.<sup>31</sup> A diferencia de Obregón, Cabrera rechazó las pretensiones del gobierno de Washington, que deseaba incursionar en México cada vez que peligraran sus connacionales o se afectaran sus intereses.<sup>32</sup> El dilema para Woodrow Wilson era grave: permanecer en México, lo que podría provocar un conflicto mayor con Carranza, y ya no con Villa, o retirarse con una doble derrota a costas, diplomática y militar. La decisión se le impuso desde Europa: ante las crecientes dificultades con Alemania, Wilson decidió retirar la Expedición Punitiva a principios de 1917,

<sup>30</sup> Cf. Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, 2 t., México, Fondo de Cultura Económica, 1958-1959, t. II, pp. 209-238.

<sup>31</sup> Luis Cabrera, abogado poblano y destacado reyista, sobresalió durante el gobierno de Francisco I. Madero por su participación como diputado en la XXVI Legislatura. Por su cercanía con don Venustiano Carranza colaboró como "agente confidencial en Estados Unidos" y como ministro de Hacienda. Sus ideas agrarias dieron fundamento a la Ley del 6 de enero de 1915. Tras el asesinato de Carranza en 1920 se alejó de la política. Cf. *DHBRM, op. cit.*, t. V, p. 590.

<sup>32</sup> Cf. Isidro Fabela, *Historia diplomática de la Revolución...*, *op. cit.*, t. II, pp. 305-381.

para tenerla acuartelada en Estados Unidos ante la expectativa del pronto agravamiento de los problemas al otro lado del mar.

### EL TELEGRAMA ZIMMERMANN

Hasta principios de 1917 los intentos alemanes por provocar un conflicto entre México y Estados Unidos<sup>33</sup> habían utilizado a rebeldes mexicanos como Huerta o Villa; asimismo, habían sido diseñados y puestos en práctica por funcionarios diplomáticos y militares de segunda importancia.<sup>34</sup> De hecho, en la legación alemana en México, aún no embajada, no había personajes de alto rango. La situación cambió a partir de que Alemania decidió, en enero de 1917, iniciar la guerra submarina ilimitada, lo que la llevaría a atacar a cualquier embarcación que se acercara a un puerto inglés o francés, sin importar que fuera de un país neutral. Obviamente, el mensaje iba dirigido contra Estados Unidos, cuyos barcos eran los

<sup>33</sup> Obviamente, este tipo de estrategias fue común y generalizado. En efecto, Alemania también intentó que Inglaterra tuviera problemas en la India y en Irlanda; asimismo, ayudó a Lenin, quien se encontraba en Suiza, para que regresara a Rusia y le generara conflictos al gobierno del zar.

<sup>34</sup> Entre ellos estaban el agregado militar Franz von Papen, el banquero Franz von Rintelen y el espía Félix A. Sommerfeld. Cf. Friedrich Katz, *La guerra secreta...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 12-19.

que más productos llevaban a Francia e Inglaterra. El dilema era grave: Alemania no deseaba que sus enemigos siguieran recibiendo suministros, pero querían evitar todo conflicto con el país norteamericano. Su estrategia, diseñada ahora sí por el propio canciller Arthur Zimmermann,<sup>35</sup> fue provocar la guerra entre México y Estados Unidos. En esta ocasión ya no se buscaría la colaboración de un jefe rebelde, sino la del propio gobierno de Carranza. El plan consistía en ofrecer ayuda militar a México para que intentara recuperar los territorios perdidos a mediados del siglo XIX.<sup>36</sup> El asunto del telegrama Zimmermann puede considerarse como parte de la historia diplomática de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución mexicana, o como una fallida aventura de espionaje que terminó provocando lo que pretendía evitar.<sup>37</sup>

<sup>35</sup> Arthur Zimmermann fue parte del servicio consular de Alemania hasta que en 1901 formó parte del cuerpo diplomático. En 1914, en ausencia del canciller Gottlieb Jagow, Zimmermann asumió las funciones de éste, participando en la decisión alemana de apoyar al Imperio austro-húngaro tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, lo que poco después traería como resultado el estallido de la Primera Guerra Mundial. Ya dentro de este conflicto, y con el fin de minimizar la acción estadounidense en Europa, Zimmermann planeó involucrar a México y a Japón en una guerra con Estados Unidos.

<sup>36</sup> Véanse Barbara W. Tuchman, *El telegrama Zimmermann*, México, Grijalbo, 1960; y Esperanza Durán, *Guerra y revolución: las grandes potencias...*, *op. cit.*

<sup>37</sup> Consúltese Isidro Fabela, “El fantasma de la alianza germano-japonesa-mexicana”, en Isidro Fabela, “Arengas revolucionarias. Mis memorias de la Revolución. Memorias de un diplomático”, *Obras*



Para comenzar, en lugar de entregar personal y discretamente el ofrecimiento, éste fue enviado por telégrafo al representante alemán en México, Heinrich von Eckardt.<sup>38</sup> Como era previsible, aunque tal parece que éste era precisamente su objetivo, el telegrama fue interceptado por los servicios de inteligencia británicos —la famosa Sala 40— y entregado inmediatamente —eran los últimos días de febrero de 1917— al propio ministro inglés de Asuntos Extranjeros y al embajador estadounidense en Inglaterra, Walter Page, quien con la misma prontitud lo reenvió a Washington. Woodrow Wilson decidió aprovechar la propuesta germana a México como un argumento suficiente para declarar la guerra contra Alemania, aunque los políticos norteamericanos aislacionistas llegaron a asegurar que era falso el plan de Zimmermann. El segundo error de éste fue reconocer públicamente su autenticidad, lo que trajo un efecto inmediato: la opinión pública estadounidense, prác-

---

*completas*, Josefina Mac Gregor (estudio preliminar), México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994, vol. XII, pp. 565-578.

<sup>38</sup> Heinrich von Eckardt recibió el 19 de junio de 1917 una nota del ministro de Asuntos Exteriores, Zimmermann, en la que se le instaba a brindar ayuda financiera a México para la reconquista de Texas, Nuevo México y Arizona. También le ordenaba pedir a Carranza que entablara comunicación con Japón para buscar su adhesión a un nuevo plan similar al de San Diego de 1915; asimismo, debía pedirle a Carranza ofrecerse como mediador entre Alemania y Japón. Véase *Investigation of Mexican...*, *op. cit.*, p. 843h.

ticamente en forma unánime, respaldó a Wilson en su declaratoria de guerra, al grado de que los políticos contrarios a esta medida tuvieron que deponer su actitud pacifista. La estrategia alemana sufrió otro revés cuando México decidió no lanzarse en tan irracional aventura,<sup>39</sup> por más que la opinión pública mexicana pasara por un periodo de clara “yanquifobia”, dado que la Expedición Punitiva acababa de retirarse del norte de México después de 11 largos meses de injustificables —e inútiles— operaciones contra Villa.<sup>40</sup> Otra razón de Carranza para rechazar el ofrecimiento germano fue saber que la ayuda militar no estaba en posibilidad de atravesar el Atlántico y ser desembarcada en las costas del Golfo de México.

Comprensiblemente, el telegrama le provocó a Carranza inmediatos problemas diplomáticos con Estados Unidos. En síntesis, el embajador estadounidense en México, Henry P. Fletcher,<sup>41</sup> le solicitó al

<sup>39</sup> Japón también se deslindó del plan alemán. Cf. Friedrich Katz, *La guerra secreta...*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 51-52; véanse también las obras de Fabela citadas en las notas 30 y 37.

<sup>40</sup> Al acudir a la toma de posesión de Carranza, tanto en la calle como en la Cámara de Diputados se suscitaron demostraciones en contra de Henry P. Fletcher, flamante embajador de Estados Unidos, y del gobierno al que representaba; en cambio, se patentizó la simpatía hacia Alemania y su ministro Von Eckardt. Véase *Investigation of Mexican Affairs...*, *op. cit.*, pp. 405-458, 612-672, 681-712, 815, 843a-864.

<sup>41</sup> El abogado Henry Pather Fletcher nació en Pennsylvania en 1873. De 1902 a 1909 se desempeñó como secretario en las legaciones de Cuba, China y Portugal. Asimismo, fungió como embajador de su país

canciller Cándido Aguilar que rechazara públicamente el ofrecimiento alemán, a lo que el secretario carrancista se negó, alegando que no había recibido el susodicho telegrama.<sup>42</sup> Poco después, al presentar sus “cartas credenciales” al presidente Carranza, Fletcher aprovechó la oportunidad para solicitarle que rompiera relaciones diplomáticas con Alemania y que apoyara abiertamente a Estados Unidos en el conflicto europeo. Don Venustiano le contestó que no podía romper con Alemania, pues además de carecer de motivos para ello, nunca había recibido una propuesta formal de alianza militar, postura que fue vista en Estados Unidos como progermánica; esta acusación no sólo se dirigió a Carranza, sino a varios de sus colaboradores, tanto civiles como militares.<sup>43</sup> Para colmo, en lugar de pronunciarse en favor de Estados Unidos, el gobierno de México propuso a los países neutrales, en especial a los de América Latina, que suspendieran todo comercio con los países

---

en Chile de 1909 a 1914, y en México a partir de 1916. Cf. *DHBRM*, *op. cit.*, t. VIII, pp. 151-152.

<sup>42</sup> El diplomático mexicano no mentía, pues Von Eckardt sólo lo había enterado de su contenido, pero no se lo había entregado. Véanse *El Demócrata*, 3 de marzo de 1917; y Ricardo Corzo Ramírez, José G. González Sierra y David A. Skerritt, con la colaboración de Ana Laura Romero López, ...*Nunca un desleal: Cándido Aguilar (1889-1960)*, México, El Colegio de México / Gobierno del Estado de Veracruz, 1986.

<sup>43</sup> Algunos ejemplos serían Luis Cabrera, Isidro Fabela, Plutarco Elías Calles y Salvador Alvarado, entre otros.

beligerantes.<sup>44</sup> Dado que el intercambio latinoamericano era mucho mayor con Estados Unidos e Inglaterra que con Alemania, inmediatamente se dijo que la propuesta mexicana, en apariencia neutral y pacifista, era claramente benéfica para Alemania. Para comenzar, se amenazaba con interrumpir el acceso de Inglaterra y Francia, y pronto de Estados Unidos, al petróleo mexicano.<sup>45</sup>

Contra lo que había planeado su autor, el telegrama Zimmermann no causó mayores problemas entre los gobiernos de México y Estados Unidos; en cambio, en palabras de su máxima estudiosa, fue el “puntapié que lanzó” a Estados Unidos a la guerra, en abril de 1917. De ser cierto que este malhadado plan fue el culpable de orillar a Estados Unidos a dar el paso decisivo para involucrarse directamente en la

<sup>44</sup> Incluso Luis Cabrera, influyente político del círculo íntimo de Carranza, fue a Sudamérica a explicar la pretensión mexicana. Cf. Pablo Yankelevich, “Armas para la Revolución: estrategias carrancistas en América Latina”..., *op. cit.*

<sup>45</sup> Para conocer más sobre la actitud de Inglaterra respecto de la política de México en la Primera Guerra Mundial, y en especial en lo referente al petróleo, véanse Esperanza Durán, *Guerra y revolución: las grandes potencias...*, *op. cit.*; Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana. 1900-1950: el fin de un imperio informal*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 174-256; y Paul Garner, *Leones británicos y águilas mexicanas. Negocios, política e imperio en la carrera de Wheetman Pearson en México, 1889-1919*, México, Fondo de Cultura Económica, 2013, en especial el capítulo vii, “El desmoronamiento del Imperio. Guerra civil y Guerra Mundial, de 1914 a 1919”.

guerra, podría decirse que México fue parte del proceso que “alteró el curso de la historia”.<sup>46</sup> Así, el papel de México en la Primera Guerra Mundial, en tanto vecino de Estados Unidos, no puede ser minimizado.

### LA NEUTRALIDAD MEXICANA

El ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial como país beligerante, en abril de 1917, impactó inmediatamente su relación bilateral con México, así como la política interna de este último. Ciertos sectores políticos mexicanos adujeron que era conveniente apoyar a Estados Unidos, pues éste recompensaría tal respaldo vendiéndole armas y pertrechos al país, elementos que servirían para contrarrestar las varias rebeliones internas que se padecían; sobre todo, dicho alineamiento redundaría en el crecimiento económico mexicano.<sup>47</sup> Sin embargo, para Carranza la política exterior era inseparable de la interior, y sabía que resultaba impensable apoyar al país que apenas unas semanas antes había retirado su Expedición Punitiva. En efecto, don Venustiano

<sup>46</sup> Véase Barbara W. Tuchman, *El telegrama...*, *op. cit.*, pp. 246-248.

<sup>47</sup> Consúltese Sandra Kuntz, *El comercio exterior de México en la era del capitalismo liberal, 1870-1929*, México, El Colegio de México, 2007; y Sandra Kuntz, *Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización, 1870-1929*, México, El Colegio de México, 2010.

sabía que la oposición de buena parte de su gobierno y de su ejército hubiera sido absoluta.

Así, a pesar de la presión estadounidense para que México abandonara su neutralidad ante el conflicto europeo, Carranza reiteró dicha postura. Es evidente que el gobierno de Washington estaba convencido, y en ello se equivocaba tajantemente, de que el apoyo oficial del gobierno mexicano le garantizaría una frontera segura. Al contrario, don Venustiano sabía que ello seguramente podría provocar una nueva expresión violenta del recuperado villismo, cuyo nacionalismo popular se vería exacerbado con tal decisión. Fiel a su costumbre, el gobierno estadounidense presionó abiertamente al de México: de no modificar su neutralidad se impediría la venta de armas y se dificultaría la exportación de alimentos, factores ambos que habían propiciado la proliferación de grupos rebeldes y bandidiles por aquellos años.<sup>48</sup> De hecho, Washington insinuó a Carranza que una postura pronorteamericana podría granjearle apoyos económicos a su gobierno. No importó: don Venustiano prefirió seguir buscando una política de equilibrios internos y externos. Por un lado, rechazó el plan de Zimmermann, pero no rompió con Alemania; por el otro, ante la opinión pública

<sup>48</sup> Véase Javier Garciadiego, *Revolución constitucionalista y contrarrevolución...*, *op. cit.*

mexicana buscó mostrarse como un gobernante cabalmente nacionalista y soberano.

Acaso el mejor ejemplo de su actuación bajo el criterio de una política doble y de estricta neutralidad fuera su manejo de la prensa nacional por aquellos días. Carranza hizo ostensible su apoyo al periódico *El Universal*, de Félix Palavicini, un político de su círculo íntimo y abiertamente antigermano,<sup>49</sup> pero también fue obvio su respaldo a *El Demócrata*, de Rafael Martínez, claramente antiestadounidense.<sup>50</sup>

<sup>49</sup> Félix Palavicini, ingeniero y periodista tabasqueño, fue secretario del Centro Antirreeleccionista de México, en 1909; acompañó a Madero en una de sus giras electorales y dirigió el periódico *El Antirreeleccionista*; luego fue electo diputado a la XXVI Legislatura y tras el asesinato del presidente Madero se unió a la lucha constitucionalista. En octubre de 1916 fundó *El Universal* “para dar voz a la tendencia civilista del constitucionalismo” y a la postura antigermana: “cuando todos los periódicos de México eran germanófilos, consecuentes con su criterio honesto o con su interés oculto, *El Universal* defendió los intereses de los pueblos débiles ante las ambiciones del militarismo teutón”. Cf. *El Universal*, 5 de junio de 1917. Más expresivas fueron las declaraciones que Palavicini hizo en Nueva York, donde afirmó que jamás había simpatizado con los alemanes y que apoyaba cabalmente a los Aliados; dijo además que en México sólo eran germanófilos “algunos ignorantes”. Cf. *El Universal*, 11 de agosto de 1917. Consúltese también *DHBRM, op. cit.*, t. II, p. 811, y t. VI, pp. 756-757. Sobre todo, véase su autobiografía, *Mi vida revolucionaria*, México, Botas, 1937.

<sup>50</sup> Rafael Martínez se caracterizó por sus escritos de oposición al régimen porfirista. Dentro de las filas maderistas fue redactor de *El Demócrata* y en 1912 fungió como diputado en la XXVI Legislatura. Luego del triunfo de la lucha encabezada por Venustiano Carranza fundó *El Demócrata*. Como periodista usó el seudónimo de *Rip Rip*.

Los representantes de ambos países apoyaron al periódico amigo y se quejaron de la prensa enemiga, pero sabían que su reclamo no podía crecer, pues el gobierno de don Venustiano alentaba la doble postura de manera abierta.<sup>51</sup> Obviamente, estos esmerados balances dejaron de ser útiles hacia finales de 1918, cuando Alemania fue vencida.

La posición del sector intelectual es mucho más difícil de precisar que la actitud de los periódicos. Explicable por su juvenil “yanquifobia”, los estudiantes universitarios respaldaron, a mediados de 1917, la estricta neutralidad carrancista. Previsiblemente, su conducta les valió el mote de “germanófilos” que les lanzó Palavicini.<sup>52</sup> Meses después, un nuevo liderazgo gremial estudiantil se negó a discutir siquiera el

---

El periódico funcionó como un “órgano del carrancismo”. La postura antiestadounidense de *Rip Rip* y la pugna que se libró por medio de los periódicos puede verse en diversos comentarios publicados en *El Demócrata*: “*Excelsior* [...] ha substituido a la hoja de Palavicini en la ingrata labor de hacer propaganda yancófila [...]”. Cf. *El Demócrata*, 6 de mayo de 1918; y *DHBRM*, *op. cit.*, t. II, pp. 707, 761-762.

<sup>51</sup> Un buen análisis de este tema, en Yolanda de la Parra, “La Primera Guerra Mundial y la prensa mexicana”, *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, vol. 10, pp. 155-176. Para otro periódico importante, aliadófilo pero sin vínculos con Carranza, véase Laura Navarrete Moya, *Excelsior en la vida nacional (1917-1925)*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filológicas, 2007.

<sup>52</sup> *El Demócrata*, 4 a 6 de julio de 1917; *El Universal*, 5 de julio de 1917; y *Excelsior*, 6 de julio de 1917.



tema, lo que entonces les valió ser considerados “aliadófilos”. De ninguna manera puede hablarse de posiciones generales, pues la masa estudiantil estaba muy escindida y la polémica entre “aliadófilos” y “germanófilos” fue enconada.<sup>53</sup> En el sector magisterial la situación fue más clara, pues los profesores no identificaban la aliadofilia con Estados Unidos, sino con Francia, país con el que culturalmente se identificaban, desde el positivismo de Comte hasta las nuevas corrientes espiritualistas de Henri Bergson. Sus preferencias eran evidentes. Tal vez Antonio Caso fue el mejor ejemplo, pero no el único. Alejandro Quijano, director de la Escuela de Jurisprudencia, era un abierto admirador de Woodrow Wilson.<sup>54</sup> En síntesis, los profesores universitarios no coincidieron con la política neutralista de Carranza. De hecho, la Universidad Nacional, aún no autónoma, fue acusada de suspender los cursos de alemán.<sup>55</sup>

Obviamente, la postura ante la Primera Guerra Mundial de los intelectuales mexicanos interesó a las principales potencias europeas. Por ejemplo, para mejorar sus relaciones con dichos intelectuales,

<sup>53</sup> Cf. *El Universal*, 22 de octubre de 1917; *El Demócrata*, 2-3 de noviembre de 1917; y *Excelsior*, 2, 7 y 11 de noviembre de 1917.

<sup>54</sup> *Excelsior*, 13 de julio de 1919.

<sup>55</sup> Cf. Archivo General de la Nación, Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes (en adelante AGN-FIPyBA), caja 296, exp. 28, f. 1; y *El Universal*, 26 de octubre de 1918.

la cancillería francesa concedió “Las Palmas Académicas” al poeta Enrique González Martínez, al escritor y notable orador Jesús Urueta y al filósofo Antonio Caso.<sup>56</sup> En cambio, la falta de presencia alemana en el ámbito universitario mexicano era notable. Para remediar tal ausencia el germano-mexicano Arnold Krumm Heller propuso traducir y editar algunos libros “de texto” alemanes y llevar a cabo una intensa labor de intercambio estudiantil y magisterial entre ambos países. Para su desgracia, su propuesta fue tardía, pues la planteó pocos meses antes de que Alemania fuera vencida.<sup>57</sup> Al término de la guerra se incrementó el afrancesamiento de los intelectuales mexicanos, situación que cambió dos o tres décadas después en favor de los intelectuales españoles y norteamericanos.

<sup>56</sup> *Boletín de la Universidad*, vol. II, t. I, pp. 85-101; y *Excelsior*, 29 de julio de 1918.

<sup>57</sup> Arnold Krumm Heller a Cándido Aguilar, secretario de Relaciones Exteriores, 15 de marzo de 1918, en AGN-FIPYBA, caja 295, exp. 36, ff. 10-15. El médico Krumm Heller nació en la Ciudad de México; fue hijo de inmigrante alemán y durante la lucha revolucionaria colaboró con la facción carrancista. Con motivo de los festejos del Centenario publicó en 1910 una biografía de Humboldt y años después la novela *El médico de Carranza*, así como *La ley del karma*. Practicante del espiritismo, tuvo por ello algunos contactos con Madero. Cf. *DHBRM*, op. cit., t. II, p. 734, y t. VIII, pp. 208-209; Véase también Catherine M. Mayo, *Odisea metafísica hacia la Revolución mexicana. Francisco I. Madero y su libro secreto. Manual espírita*, California, Literal Publishing, 2014.

## EFFECTOS ECONÓMICOS Y CONSECUENCIAS SOCIALES

Antes de analizar cuál fue el impacto en México de la situación posbélica, es preciso repasar el impacto que en la economía mexicana tuvo la Primera Guerra Mundial,<sup>58</sup> incluso cuando no resulta fácil desasociar los efectos que registró, paralelamente, la violencia revolucionaria local. En otras palabras, la economía mexicana de aquellos años se vio afectada por estos dos procesos independientes, aunque en algunos momentos y sectores tuvieron efectos concurrentes. Podría pensarse que la economía mexicana se diferenció de la del resto de los países latinoamericanos por la destrucción revolucionaria, que sin duda trajo efectos negativos generalizados. Sin embargo, había otro elemento distintivo, igualmente importante, pero de efectos positivos: a diferencia de México, los países sudamericanos —piénsese en Argentina, Bolivia o Chile— tenían un comercio más intenso con Europa que con Estados Unidos. Por lo mismo, dado que éste decidió participar como país beligerante sólo a partir de abril de 1917, el sector externo de la economía mexicana no se vio tan afectado desde agosto de 1914 como sucedió en toda Sudamérica.

<sup>58</sup> Al respecto, véanse de Sandra Kuntz, *El comercio exterior...*, *op. cit.*, y *Las exportaciones mexicanas...*, *op. cit.*

De cualquier modo, desde finales de 1914 comenzó una etapa muy cruenta de la Revolución mexicana, la ya mencionada “guerra de facciones”, que se prolongó hasta 1916. Para colmo, todo ese año se padeció la Expedición Punitiva,<sup>59</sup> lo que explica los problemas comerciales que tuvo México con quien era su mejor socio: Estados Unidos. En otras palabras, en términos económicos resultó más dañina la Revolución que la guerra europea, pero juntas tuvieron efectos gravísimos.

En síntesis, para explicar el comportamiento del comercio exterior mexicano debe considerarse que fue el único país latinoamericano que padeció una auténtica economía “de guerra”, con un notable aumento de las importaciones de alimentos, armas y municiones, las que se adquirieron a través de enormes exportaciones de ganado, algodón, guayule y henequén. En tanto economía “de guerra” debe atenderse la regionalización del conflicto, pues hubo extensas zonas del país considerablemente ajenas a la violencia, sobre todo en las zonas costeras del golfo y del Pacífico, el sur y el sureste, lo que explica que las exportaciones de cultivos, como el café y la vainilla, lo mismo que el caucho, hayan mantenido sus niveles

<sup>59</sup> Además de las obras citadas en la nota 21, véase Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Expedición Punitiva*, *op. cit.*

previos, e incluso hayan experimentado algún crecimiento. Asimismo, en tanto economía “de guerra” resulta explicable la notoria baja en las importaciones de insumos para la producción agrícola e industrial, ya fueran semillas o maquinaria y herramientas. Por otra parte, aumentaron las exportaciones mexicanas de zinc y de plomo, imprescindibles para la industria bélica de Estados Unidos y de Inglaterra,<sup>60</sup> cuya armada, por cierto, mantuvo una constante importación de petróleo mexicano extraído por la compañía británica El Águila.<sup>61</sup> Sin embargo, si bien el comportamiento de nuestro comercio exterior no fue especialmente deficiente si se toman en consideración los graves contextos bélicos, lo cierto es que la Primera Guerra Mundial tuvo un gran impacto en la evolución posterior de México. De hecho, su verdadera relevancia al respecto consiste en que a partir de entonces se vivió un creciente bilateralismo con

<sup>60</sup> Cf. Sandra Kuntz, *El comercio exterior...*, *op. cit.*, y Sandra Kuntz, *Las exportaciones mexicanas...*, *op. cit.* Es de subrayarse que en el caso mexicano no puede hablarse de una “economía nacional”, pues estuvo regionalizada por facciones; debe hablarse más bien de una economía carrancista, de otra huertista, de una villista e incluso de una economía zapatista. Es importante, también, el elemento temporal, pues el control que las facciones tuvieron en determinadas regiones dependió de sus éxitos o fracasos militares.

<sup>61</sup> Véanse Lorenzo Meyer, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana...*, *op. cit.*, y Paul Garner, *Leones británicos...*, *op. cit.*

Estados Unidos,<sup>62</sup> único ganador, como potencia económica, de aquel gran conflicto.

Además de todos estos impactos políticos, militares y económicos, la Primera Guerra Mundial también tuvo en México secuelas sociales y, por ende, demográficas. Me refiero a la llamada “influenza española”, surgida en los campamentos militares en las postrimerías de la guerra, y responsable, según los estudiosos, de la muerte de entre 300 000 y medio millón de mexicanos.<sup>63</sup> Aunque la cifra parezca exagerada, no puede negarse que la movilidad de los ejércitos, la incapacidad hospitalaria y las hambrunas fueron responsables del desarrollo de varias epidemias de tifo y de viruela durante el decenio revolucionario. Sin duda, la más dañina fue la que impactó al término de la guerra europea, a saber, la pandemia de influenza, conocida erróneamente como “española”, la cual provocó al país “estragos pavorosos”.<sup>64</sup>

<sup>62</sup> Al inicio de la guerra Alemania albergaba pretensiones desmedidas: creía que ganaría el conflicto bélico en Europa, que Estados Unidos se mantendría neutral, concentrado en sus problemas con México, y que luego, como secuela de su triunfo, desplazaría a la derrotada Inglaterra de su preeminencia comercial en América Latina.

<sup>63</sup> Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de influenza española en México: 1918”, *20/10. Memoria de las revoluciones en México*, México, núm. 4, verano de 2009, p. 69.

<sup>64</sup> Manuel Martínez Báez, *La salud en México antes y después de la Revolución de 1910*, México, El Colegio Nacional, 2010, p. 60. Este autor señala que “nunca se sabrá con precisión” el número de

Todo parece indicar que la “influenza” llegó a México en octubre de 1918, traída antes al continente por los soldados estadounidenses procedentes del frente europeo. Primero golpeó los estados norteros que tenían frontera con Texas (Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas), pero en un par de semanas la epidemia había llegado al centro del país.<sup>65</sup> Su impacto fue notable en los campamentos militares, tanto en los de las tropas gubernamentales como en los de las fuerzas rebeldes.<sup>66</sup> El golpe a los sectores económicos y en los diversos ámbitos sociales no puede ser soslayado: se suspendieron temporalmente las labores en numerosas minas y haciendas, y se paralizó el tránsito en algunos tramos ferroviarios; por otro lado, por unas semanas se cerraron templos, teatros y cines.<sup>67</sup> No cabe duda, fue una epidemia de gran letalidad que rebasó, por mucho, los servicios médicos, farmacéuticos y funerarios del

---

muertos, “porque muchas veces se perdió la cuenta de los cadáveres que eran sepultados y a menudo ni siquiera se identificaba a los muertos”.

<sup>65</sup> Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de influenza española en México: 1918”, *op. cit.*, pp. 72, 78-79.

<sup>66</sup> Como ejemplo recuérdese un necrofilico encabezado periodístico: “La influenza española continúa su obra pacificadora en Morelos”, *Excelsior*, 26 de noviembre de 1918.

<sup>67</sup> Véase Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de influenza española en México: 1918”, *op. cit.*, pp. 78-84.

país.<sup>68</sup> Formulemos una obvia pregunta sobre sus secuelas a largo plazo: ¿cuál sería la actual densidad demográfica del país si no hubiera acaecido la “influenza española”?

### LAS SECUELAS MAYORES

Si bien en el ámbito diplomático el declive europeo fue para México el gran resultado de la Primera Guerra Mundial, pues se agudizó la bilateralidad de sus relaciones internacionales, ¿cuál fue su mayor impacto en el ámbito interno? Es evidente: si bien Carranza nunca firmó acuerdo alguno con Alemania, su conducta fue percibida en Estados Unidos como claramente germanófila, y en Inglaterra y Francia,<sup>69</sup> como abiertamente favorable a Alemania. Dado que ninguno de estos dos países europeos tenía grandes intereses en México, decidieron no reconocer diplomáticamente al gobierno mexicano. En cambio, eran tantos los intereses norteamericanos, y tantas sus hondas desavenencias con Villa,

<sup>68</sup> Véase también Lourdes Márquez Morfín y América Molina del Villar, “El otoño de 1918: las repercusiones de la pandemia de gripe en la Ciudad de México”, *Desacatos*, núm. 32, CIESAS, enero-abril de 2010, p. 124.

<sup>69</sup> Pierre Py, *Francia y la Revolución mexicana 1910-1920: o la desaparición de una potencia mediana*, México, CEMCA/Fondo de Cultura Económica, 1991.



que Estados Unidos se vio obligado a reconocer a Carranza.<sup>70</sup> Con todo, hubo políticos norteamericanos que al término de la guerra en Europa presionaron fuertemente para que Estados Unidos ejerciera algunas represalias contra México. Sin duda alguna, quien hizo los mayores reclamos fue el senador republicano por Nuevo México Albert Fall,<sup>71</sup> pues entre 1919 y 1920 impulsó unos muy mediáticos *hearings* en el Senado, entrevistando a más de 100 norteamericanos con intereses en México para que relataran con detalle los *outrages* que habían sufrido a causa de la Revolución mexicana. Su objetivo era dejar a Woodrow Wilson sin otra alternativa que romper relaciones diplomáticas con Carranza, lo que inmediatamente beneficiaría a los diversos grupos rebeldes anticarrancistas.

Dado que Woodrow Wilson dio prioridad al arreglo de la Europa posbélica con las negociaciones de

<sup>70</sup> En octubre de 1915 lo reconoció como gobierno *de facto*, y en agosto de 1917 lo elevó a reconocimiento *de jure*.

<sup>71</sup> El político y empresario Albert B. Fall estuvo vinculado con la familia Terrazas, de Chihuahua, en asuntos ganaderos y madereros. También tuvo intereses relacionados con el petróleo y la minería. Fungió como representante de inversionistas petroleros estadounidenses, y desde 1912 se manifestó en contra de las políticas del presidente Madero y más tarde de las impulsadas por el primer jefe del Ejército Constitucionalista. Cf. Clifford Wayne Trow, *Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs, 1912-1921*, s.l., University of Colorado, tesis de doctorado en Historia, 1966; y *DHBRM, op. cit.*, t. VIII, pp. 142-145.

Versalles, que finalizaron en junio de 1919,<sup>72</sup> el tema “México” tuvo que ser pospuesto hasta la segunda mitad de ese año. De cualquier modo, en París se tomó una importante decisión con el concurso de Estados Unidos, Inglaterra y Francia: no invitar a México a formar parte de la Sociedad de las Naciones, como castigo por su falta de apoyo a los Aliados, por lo que el país quedó aislado en materia internacional, sobre todo de Europa, al menos hasta 1930.<sup>73</sup> Por otra parte, en Washington se tomaron dos decisiones muy relevantes. La primera, no castigar a Carranza, pues ello generaría una dura resistencia del ejército mexicano, y tal vez hubiera dado lugar a una nueva alianza entre carrancistas y villistas—como había sido el caso en 1913 y 1914 en la lucha contra Huerta—, considerando la fuerte “yanquifobia” de ambos contingentes; esto habría puesto en predicamento los intereses de Estados Unidos en el norte del país y en el Golfo de México.

<sup>72</sup> Véase Margaret MacMillan, *Paris 1919: Six Months that Changed the World*, Nueva York, Random House, 2002.

<sup>73</sup> La exclusión de la Sociedad de las Naciones explica que México adoptara dos posiciones defensivas en materia internacional: la llamada Doctrina Carranza y, sobre todo, la Doctrina Estrada. Cf. Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Las relaciones internacionales de la Revolución, el régimen constitucionalista y la cuestión petrolera, 1913-1919*, México, Jus, 1971, vol. xx, t. II, pp. 194-197. Véase también Lorenzo Meyer, *La marca del nacionalismo en México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, 9 t., México, Senado de la República, 1991, t. VI.

La segunda decisión estaba vinculada con el futuro inmediato de México: dado que a mediados de 1920 habría elecciones presidenciales, Woodrow Wilson prefirió esperar y operar e influir discretamente en la contienda comicial para que el sucesor de Carranza fuera un político revolucionario legitimado que garantizara la estabilidad del país, pero que también asegurara una mejor relación entre México y Estados Unidos. Su opción fue el grupo encabezado por Álvaro Obregón, por encima del candidato de Carranza, Ignacio Bonillas, quien era el embajador mexicano en Washington y al que se identificaba plenamente con la política exterior de don Venustiano.<sup>74</sup> En otras palabras, si el proyecto de Zimmermann pudo ser la causa inmediata del ingreso de Estados Unidos a la Primera Guerra, determinando así toda la historia mundial posterior, la conducta de Carranza frente a Alemania y a Estados Unidos explica, al menos en parte, su derrota de 1920 y la llegada al poder de la facción sonorenses, lo que decidió la historia de México al menos hasta el inicio del segundo tercio del siglo xx.

No puede negarse que, aunque distantes, la Revolución mexicana y la Primera Guerra Mundial fueron

<sup>74</sup> Véase Javier Garcíadiego, *La revuelta de Agua Prieta*, México, UNAM, tesis de licenciatura en Ciencia Política, 1974. Consúltese también Álvaro Matute, *La carrera del caudillo*, México, El Colegio de México, 1980.

procesos que se influyeron mutuamente. De no haber ocurrido la Primera Guerra Mundial, acaso Villa no hubiera sido vencido en 1915; de no haber surgido aquel telegrama de Zimmermann, tal vez Estados Unidos no hubiera participado en la contienda mundial; de no haberse presentado la “influenza española”, hoy habría casi cuatro millones más de mexicanos,<sup>75</sup> y al menos una parte de ellos —tal vez 10%— habría migrado a Estados Unidos, confirmando que no existen los procesos históricos locales, pues todos tienen repercusiones internacionales. Tampoco existen los procesos históricos estrictamente externos, pues todos tienen secuelas internas. Así sucedió con México y con la Primera Guerra Mundial, distantes pero mutuamente influyentes.

<sup>75</sup> Manuel Gamio estimó que la epidemia de influenza española provocó la muerte de 300 000 personas, mientras que Mario Ramírez Rancaño menciona que fueron 436 200 los decesos. De acuerdo con estas cifras, mi amigo el doctor Manuel Ordorica —Premio Nacional de Demografía 1998— calcula que actualmente podría haber de 2.5 a 3.6 millones más de mexicanos. Cf. Manuel Ordorica y José Luis Lezama, “Consecuencias demográficas de la Revolución mexicana”, *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, México, Secretaría de Gobernación/Conapo, 1993, t. iv, pp. 32-53; y Mario Ramírez Rancaño, “La epidemia de influenza...”, *op. cit.*, p. 92.

## LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL: CONEXIONES Y COMPARACIONES

ALAN KNIGHT\*

La segunda década del siglo xx fue rica en revoluciones (y me refiero a “revoluciones”, no a rebeliones, golpes y cuartelazos): México, China, Irán, Rusia, Turquía, Alemania. Todos los regímenes afectados eran imperios dinásticos, excepto México, que llevaba cien años como república independiente. Varias revoluciones fueron producto de la Gran Guerra, pero México —y China— había empezado su trayectoria revolucionaria tres o cuatro años antes; por lo tanto, aun el historiador posmodernista más delirante (para quien las fechas y la causalidad son construcciones subjetivas que no deben tomarse en serio) debe aceptar que la Primera Guerra Mundial de

\* St. Antony's College, Universidad de Oxford.

ninguna manera provocó la revolución. Tampoco se trató de fenómenos producidos por la misma causa —digamos, “el imperialismo”—, ya que en México las ambiciones alemanas fueron pacíficas y meramente comerciales, y hacia 1914 la rivalidad angloestadounidense había quedado claramente resuelta en favor de Estados Unidos.<sup>1</sup>

Tampoco puede decirse que la Revolución mexicana contribuyera al estallido de la guerra. Esto ha sido tema de muchísimos estudios, mismos que crecieron en cantidad, si no en calidad, estimulados aun más por el centenario de cada conflicto —en Europa en 2014 y en México en 2010—. Pero, a diferencia de Marruecos, Alsacia-Lorena y Serbia —o de los horarios ferrocarrileros, la rivalidad naval y el brazo tullido del káiser—, México no figura entre las supuestas causas. Entonces, cuando se trata de las “conexiones” entre México y la Gran Guerra, tenemos dos temas: cómo afectó la guerra a la Revolución (ya en plena marcha) y el papel que jugó México en la guerra después de 1914 —ambos temas de la primera parte de este texto—. En la segunda parte trataré

<sup>1</sup> Thomas Boghardt, *The Zimmermann Telegram. Intelligence, Diplomacy and America's Entrance into World War 1*, Annapolis, Naval Institute Press, 2012, p. 34; Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, The United States and the Mexican Revolution*, Chicago, Chicago University Press, 1981, pp. 65-71, 88-91; P. A. R. Calvert, *The Mexican Revolution. The Diplomacy of Anglo-American Conflict, 1910-14*, Cambridge, Cambridge University Press, 1965.

otro asunto: una *comparación* entre ambos conflictos en términos de su carácter (como guerras totales) y sus consecuencias. Esta sección resume, muy brevemente, los tópicos abordados en el discurso que ofrecí en El Colegio de México hace unos meses, gracias a la Cátedra “Luis González”.<sup>2</sup>

### CONEXIONES

Para México la Primera Guerra Mundial fue una bendición que conllevó dos beneficios para el flamante régimen revolucionario. En primer lugar, obligó a Estados Unidos a asumir una actitud más tolerante frente a su revoltoso vecino del sur. La política estadounidense hacia la Revolución ha sido ampliamente investigada —sin que se haya logrado ningún consenso al respecto— y gran parte del debate tiene que ver con el periodo 1910-1914. Mi opinión, que muchos no comparten, es que la política estadounidense, si bien tenía influencia, jamás fue decisiva en la trayectoria de la Revolución; que la caída de Díaz y Madero fue producto de eventos e intereses internos; y que el derrocamiento de Huerta en 1914 fue acelerado, pero no causado, por la política del vecino del norte. La intervención armada fue muy limitada;

<sup>2</sup> Alan Knight, “Guerra total: México y Europa 1914”, *Historia Mexicana*, LXIV, 4(256), abril-junio, 2015, pp. 1583-1666.

la toma de Veracruz, en abril de 1914, fue la principal —pero de ninguna manera decisiva— excepción. Además, la administración de Wilson tuvo un mejor entendimiento de la naturaleza de la Revolución que las potencias europeas, cuyos juicios fueron burdamente racistas e imperialistas. Por supuesto, los estadounidenses también eran racistas e imperialistas, pero en su caso el racismo pudo servir para detener la intervención armada, mientras que su imperialismo tenía dos caras: una “formal”, agresiva y coercitiva; otra “informal”, colaborativa y pacífica (como veremos más adelante).

En el verano de 1914, cuando estalló la guerra en Europa, la Revolución recién había triunfado, pero entonces se dividió en dos facciones principales, lo que presentó un nuevo dilema para Estados Unidos (tampoco hay consenso historiográfico sobre ello). Hay quienes dicen que la administración de Wilson apoyó a Carranza, líder “burgués” de una facción más moderada, en contra de las fuerzas populares y radicales de Villa y Zapata.<sup>3</sup> No comparto esta perspectiva, que malinterpreta tanto la lógica de las facciones como las preferencias estadounidenses. Más bien, Estados Unidos se inclinó por Villa, quien había tratado bien los intereses estadounidenses en su feudo

<sup>3</sup> John Mason Hart, *Empire and Revolution. The Americans in Mexico since the Civil War*, Berkeley, University of California Press, 2002, pp. 309-310.



norteño; en este caso dichos intereses tampoco determinaron el resultado, el cual dependió de la lucha bélica en México y no de las preferencias del país vecino.

Por supuesto, durante toda esta coyuntura el suministro de armas fue importante. En 1913 Huerta tenía acceso a los mercados estadounidense, europeo y japonés, mientras que los rebeldes dependían de lo que podían arrebatarle a sus enemigos u obtener del contrabando, introducido clandestinamente a través de la frontera norte (las armas eran transportadas muchas veces por niños o escondidas en ataúdes). En octubre de 1913 Wilson cerró este acceso a Huerta y cuatro meses después lo abrió en favor de los rebeldes, permitiendo un flujo de armas hacia el sur que habría de dar pie a la formación de ejércitos convencionales de gran tamaño —como la División del Norte— dotados de trenes, artillería y ametralladoras. Frente a los federales —muchos de ellos reclutados por la fuerza— los revolucionarios siempre habían gozado de una mejor confianza en sí mismos, situación que se volvió más evidente al reducirse su desventaja en términos de armas, especialmente en el norte del país, donde ejércitos bien organizados podían aprovechar la posibilidad de importarlas, pagándolas con la exportación de ganado mayor, productos mineros y algodón. (Para los zapatistas, alejados de la frontera y menos vinculados al mercado internacional, fue más difícil hacer la transición clave de

la guerra de guerrillas —la llamada guerra asimétrica— a la guerra convencional. Además, este ejército estaba estrechamente ligado a los pueblos, por lo que fue más reacio a realizar campañas militares largas y prolongadas, al estilo de Obregón y sus “ocho mil kilómetros en campaña”.)

El triunfo de la Revolución contra Huerta, en el verano de 1914, coincidió con el estallido de la guerra europea. Incapaces de llegar a un acuerdo político nacional, los revolucionarios se dividieron, lo que dio lugar a la “guerra de los ganadores” que llegó a su clímax en la primavera y el verano de 1915, con las grandes batallas del Bajío (Celaya, Trinidad/León y Aguascalientes). La Gran Guerra hizo subir generalizadamente los precios entre 35 y 70%, incremento que ambas facciones tuvieron que pagar.<sup>4</sup> Si uno se pregunta quién se benefició con ello, hay que considerar tanto los recursos como el acceso. Villa contaba con las minas, el algodón y el ganado mayor del norte; Carranza disponía —de manera más endeble— del petróleo de la Huasteca y del henequén yucateco; éstos probablemente valían más, en términos generales, pero convertir recursos (especialmente exportaciones) en armamento no era un proceso alquímico instantáneo. La llamada “guerra de los ganadores”

<sup>4</sup> Friedrich Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998, p. 489.

duró unos seis meses: lo importante fue la cantidad inicial de armas disponibles, seguida por el suministro de municiones en el corto plazo. No resulta claro si Villa había agotado sus recursos hacia el verano de 1915, como tampoco si Carranza (o, mejor dicho, Obregón) ganó la guerra gracias a que disponía de mayores recursos económicos. En cuanto al acceso (nada fácil de evaluar), Carranza tenía los principales puertos del Golfo de México, pero Villa controlaba una amplia extensión de la frontera norte (donde el comercio de exportación e importación, el de armas incluido, estaba bien establecido).

Quizá el mejor método para evaluar la situación es considerar las batallas —Celaya, Trinidad/León, Aguascalientes— en donde ambas partes llegaron a padecer la escasez coyuntural de parque, pero en ningún caso puede decirse que esta carencia determinó el resultado de la lucha. Vale señalar que, después de ser derrotados, los villistas abandonaron parte de su armamento en los campos de batalla. Otro factor clave —pero un tanto diferente— fue la logística militar, es decir, la capacidad no solamente para comprar armas, sino para llevarlas al frente. Villa tuvo la ventaja de disponer de líneas de comunicación más cortas, del norte al Bajío, mientras que el parque carrancista tenía que subir desde el golfo, a través del territorio zapatista; además, conforme Obregón avanzaba hacia el norte, sus líneas se volvían más largas y vulne-

rables. Sin embargo, Obregón ganó; y su victoria, a mi modo de ver, no se debió a sus mayores recursos, sino a su superioridad como general, producto, en parte, de su cuidadoso estudio de la guerra que entonces se libraba en Europa (a lo que volveré más tarde). Hacia finales del verano de 1915 Villa había sido derrotado y el resultado final de la contienda estaba decidido. La coincidencia temporal de la guerra europea y la última fase de la Revolución en 1914-1915 había sido demasiado breve, y los lazos causales demasiado tenues para concluir que aquélla determinó el resultado de ésta.

Sin embargo, cuando se trata de la diplomacia la conexión se vuelve más relevante. No porque la guerra haya distraído de repente a las potencias europeas, alejando de México su mirada codiciosa. Mucho antes de la guerra, como ya mencioné, dichas potencias habían decidido mostrar respeto a Estados Unidos en lo concerniente a México (aunque criticaban la política estadounidense: para ellas, Wilson era un idealista incompetente que no entendía la realidad mexicana; a menos que, como concluyeron los alemanes, su incompetencia fuese una máscara para encubrir un complot maquiavélico que consistía en subvertir a México y justificar luego una invasión por su parte. Es decir, la Alemania imperial trató a Wilson como si fuera un alemán imperial pero honrado, lo que no era). Ni los británicos ni los alemanes (que habían

colaborado como camaradas en México, por ejemplo, durante la crisis de abril de 1914) querían ofender a los estadounidenses; el gobierno británico acotó a su temerario embajador (prohuertista) y presionó a Huerta a renunciar, igual que hicieron los alemanes. La Guerra Mundial, entonces, confirmó la deferencia europea ante Estados Unidos, negando a México un potencial contrapeso europeo frente al coloso del norte, al menos hasta que Alemania jugó la carta de México en 1917 —de manera desesperada e infructuosa (como mencionaré).

La consecuencia de la guerra fue que se reorientó la atención estadounidense hacia Europa (y, en cierta medida, hacia Asia). La decisión de reconocer (de facto) a Carranza en octubre de 1915 —medida tomada a regañadientes, pero necesaria, debido al triunfo militar de los carrancistas— buscaba en parte resolver el viejo problema mexicano, para así dar a Estados Unidos libertad de acción en otras partes. Como lo comentó el canciller Robert Lansing: “Alemania quiere mantener la inestabilidad [en México] hasta que Estados Unidos se vea obligado a intervenir; por lo tanto, no debemos intervenir. Alemania no quiere que una sola facción domine México; por lo tanto, debemos reconocer a una facción como dominante”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, p. 302. Lansing agregó, proféticamente: “cuando reconozcamos a una facción como gobierno [en México], Alemania sin duda tratará de fomentar un conflicto entre

La lógica de Lansing sustenta la subsecuente política de Estados Unidos en México. Carranza, un reacio nacionalista, no les gustó para nada a los estadounidenses, y mucho menos les gustó la nueva y radical Constitución de 1917. Pero la guerra en Europa detuvo la intervención en México, no obstante las demandas por parte de estadounidenses con intereses en este país. Aun cuando Pancho Villa atacó Columbus, Nuevo México, en marzo de 1916 (un ataque por el cual los alemanes han sido erróneamente culpados), la respuesta fue cautelosa.<sup>6</sup> Se envió una expedición punitiva para eliminar a Villa (recordemos que 1916 fue año de elección presidencial), pero —para disgusto del joven y audaz teniente George S. Patton— sus operaciones fueron muy restringidas y, cuando ocurrieron los inevitables choques con las fuerzas carrancistas, se buscó evitar una confrontación seria (que Carranza tampoco quería).<sup>7</sup> Estos esfuerzos tuvieron éxito, pero la expedición fue un fracaso.

---

ese gobierno y nosotros; por lo tanto, debemos evitar un conflicto no obstante las críticas y las quejas”. El punto básico fue: “la primera consideración son nuestras posibles relaciones con Alemania, y todo nuestro intercambio con México debe ser manejado conforme [a esta prioridad]”; *cf. idem*.

<sup>6</sup> Sobre el (imaginado) papel de Alemania como supuesto instigador de Villa, véase *ibid.*, pp. 336-338, 340-342; y Thomas Boghardt, *The Zimmermann Telegram...*, *op. cit.*, pp. 37-38.

<sup>7</sup> Sobre la opinión de Patton, véase Alan Knight, *The Mexican Revolution*, t. II, *Counter-Revolution and Reconstruction*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 349.

Villa escapó y cuando los estadounidenses trataron de obligar a Carranza a modificar la nueva Constitución, tampoco lo lograron. Pero Wilson fue reelegido y la meta principal (evitar una guerra con México) se cumplió; Estados Unidos no tuvo que repetir la larga y dura experiencia de la guerra contrainsurgente de Filipinas (1899-1913). Henry Fletcher, nombrado embajador estadounidense en México en 1917, tenía instrucciones claras: “mi tarea fue mantener a México tranquilo, y se logró”.<sup>8</sup> Al mismo tiempo, Estados Unidos estaba cada vez más comprometido con los Aliados, suministrándoles armas, productos de primera necesidad y crédito en gran escala.

Así llegamos al célebre telegrama Zimmermann de 1917 —un momento en el que México súbitamente figuró en el *weltpolitik* alemán y sobre lo cual se han escrito bastantes disparates, más que nada por Barbara Tuchman—. <sup>9</sup> Para evaluar su importancia,

<sup>8</sup> Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-32*, Chicago, University of Chicago Press, 1972, p. 93. El embajador británico en Washington, Spring-Rice, que se encontró con Fletcher en la capital estadounidense en el verano de 1917, coincidió: “su idea actual es mantener tranquilo a México por todo medio posible, hasta que Estados Unidos esté libre para tomar las medidas necesarias para establecer el orden”: Spring-Rice a Londres, 9 de julio de 1917, FO371/2962, 139386, Archivo de la Foreign Office, National Archives, Kew Gardens, Londres.

<sup>9</sup> Barbara Tuchman, *The Zimmermann Telegram*, Londres, MacMillan, 1981 (1958). Boghardt demuestra que, no obstante ser entretenido y

debemos preguntar: ¿para quién fue importante y por qué? Para México el telegrama tuvo poco impacto. Por supuesto, si el gobierno hubiera tragado el anzuelo y aceptado la oferta alemana, el impacto hubiera sido serio y probablemente desastroso. Pero es casi inconcebible que lo hubiera hecho: Obregón, tan astuto político como brillante militar, la consideró “absurda” y no hay evidencia de que Carranza la tomara en serio, aunque pudo haberlo utilizado en sus escaramuzas diplomáticas con los estadounidenses.<sup>10</sup> Es cierto que había oficiales germanófilos en el ejército (los militares solían admirar a la Alemania imperial), quienes, recelosos de Estados Unidos, estaban al

---

popular, el libro de Tuchman entendió mal muchos aspectos del episodio, especialmente lo concerniente a la política alemana y a la respuesta estadounidense, y que está lleno de “errores, imprecisiones y tesis obsoletas”; cf. Boghardt, *The Zimmermann Telegram...*, *op. cit.*, p. 3. Cuando aborda México, el libro es apenas más fiable: por ejemplo, explica la simpatía de Wilson hacia los constitucionalistas en parte por el hecho de que fue “seducido por la nobleza de la larga barba blanca de Carranza”, mientras que el canciller Bryan admiraba a Pancho Villa —en realidad “un gallo presumido”— porque éste era un “idealista” que se negaba a fumar o tomar, aunque en realidad encabezaba “una chusma que se emborrachaba con tequila dos veces por día y, en medio, fumaba mariguana”. De hecho, todas las fuerzas revolucionarias eran iguales: en 1914 México era una “ruina ensangrentada, donde recorrían los ejércitos privados y pistoleros [*pistol-happy private armies*] de los generales Villa, Zapata, Obregón u otros”: Tuchman, *The Zimmermann...*, *op. cit.*, pp. 42, 88, 66.

<sup>10</sup> Sobre la opinión de Obregón véase Friedrich Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*, pp. 364, 366; y sobre la política de Carranza, *ibid.*, pp. 348-349.



acecho de potenciales aliados; asimismo, la prensa carrancista albergaba periodistas proalemanes (a veces pagados por Alemania). Pero la germanofilia no necesitaba una política suicida de agresión contra Estados Unidos. México había sufrido cinco años de cruenta guerra civil, seguidos por dos más de un gobierno frágil, crimen endémico y rebeliones locales, aunados a la hiperinflación, las epidemias y la mortandad (que mencionaré después). La expedición punitiva recién había salido del país. Los mexicanos estaban hartos de la guerra;<sup>11</sup> la recuperación requería del reconocimiento y el comercio estadounidense; solamente una minoría de alborotadores egoístas —como Pancho Villa— quería provocar una confrontación con Estados Unidos. Carranza, conocedor de la debilidad de México, bien hubiera podido parafrasear a Lansing: Alemania quiere que nos metamos con Estados Unidos, así que no debemos meternos. Por ende, la oferta de Zimmermann no tuvo éxito y, como dice Thomas Boghardt (con razón, a mi modo de ver), “la maniobra no tuvo impacto aparente en [...] México”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Como dijo el cónsul británico en Frontera, Tabasco, con un dejo colonialista: “todo el mundo está harto de la Revolución y los nativos querían volver al trabajo, si pudieran”: Elsee a la Foreign Office, 16 de junio de 1917, FO371/2962, 158767.

<sup>12</sup> Thomas Boghardt, *The Zimmermann Telegram...*, op. cit., p. 6, donde la oración original dice: “*the scheme had no discernible effect on Japan and Mexico*”.



# LA COMPAÑÍA MEXICANA DE PETRÓLEO EL ÁGUILA EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA Y LA GRAN GUERRA

PAUL GARNER\*

*El aceite sustituirá dentro de poco al carbón de piedra y a la leña, y será el único combustible que llegue a usarse. Esta nueva fuente de inmensa riqueza descubierta en el país, ha hecho pensar a los especuladores de mayor espíritu de empresa que en México debe haber venteros más ricos que los de Pennsylvania, cuya teoría parece sostenerse por la configuración geológica de la República.*

MATÍAS ROMERO, 1865.<sup>1</sup>

\* Profesor emérito de la Universidad de Leeds, Reino Unido. Investigador asociado del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

<sup>1</sup> “Matías Romero a Sebastián Lerdo de Tejada”, 5 de abril de 1865, en J. L. Tamayo (comp.), *Benito Juárez: documentos, discursos y correspondencia*, México, Secretaría del Patrimonio Nacional, 1974, vol. IX, p. 791.

## INTRODUCCIÓN

Las predicciones hechas en 1865 por Matías Romero, uno de los estrategas más influyentes y visionarios del desarrollo nacional del México decimonónico, resultaron ser extraordinariamente proféticas, dado que el petróleo estaba destinado a ser la industria más importante de México a lo largo del siglo siguiente.<sup>2</sup> Aun cuando entre 1860 y 1890 se habían registrado intentos individuales de algunos empresarios mexicanos de reproducir los descubrimientos de Pennsylvania que habían inspirado a Matías Romero, todos habían terminado en fracaso o decepción y pasaría otra generación después de la publicación de sus predicciones antes de que se hiciera un verdadero esfuerzo por desarrollar la industria petrolífera en el país.<sup>3</sup> Su sino había sido el mismo que el de infinidad de esfuerzos frustrados en el siglo XIX por desarrollar los recursos minerales de México para su explotación comercial y sentar las bases de su desarrollo industrial posterior: la falta de mercados nacionales integrados o de mano de obra capacitada, la necesidad de

<sup>2</sup> Véanse los detalles de la trayectoria de Matías Romero en H. Bernstein, *Matías Romero 1837-1898*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

<sup>3</sup> J. Álvarez de la Borda, *Los orígenes de la industria petrolera en México, 1900-1925*, México, Archivo Histórico de Petróleos Mexicanos (en adelante, AHPM), 2005, pp. 17-28.

importar tecnología y equipos costosos, el transporte inadecuado, un aparato estatal débil, la falta de clasificación o regulación del comercio o la industria y una grave escasez de inversiones de capital.<sup>4</sup>

La estrategia desarrollista adoptada por el gobierno mexicano a partir de 1884 —lo que se podría denominar una reforma energética porfirista— exigía que se atacaran sistemáticamente y se desmantelaran en forma gradual esos obstáculos al progreso y al desarrollo nacionales. El problema era especialmente agudo en el caso de la energía y la electricidad, dado que la meta de desarrollo industrial que abogaban los “científicos” (y sobre todo su arquitecto, José Yves Limantour) requería el suministro de fuentes de energía baratas y accesibles. Aun cuando era del conocimiento general, y lo había sido durante muchos siglos, que México poseía recursos naturales de petróleo y asfalto en la región costera del Golfo de México, la extensión y la calidad, así como la posibilidad de explotar esos recursos, eran inciertas. Al mismo tiempo, el alto costo de la tecnología requerida para la exploración del petróleo y las restricciones de acceso de México a los mercados de capital internacionales constituían un doble freno para que tanto el gobierno mexicano como los empresarios nacionales

<sup>4</sup> J. Coatsworth, “Obstacles to Economic Growth in Nineteenth-Century Mexico”, *American Historical Review*, vol. 83, 1978, pp. 80-100.

arriesgasen una participación directa en una empresa tan incierta.

Tal como ocurrió en otros campos del desarrollo industrial fomentado por la élite porfirista (como los ferrocarriles, la minería y la manufactura), el gobierno de Porfirio Díaz recurrió a los empresarios e inversionistas extranjeros para desarrollar la infraestructura necesaria para la exploración y desarrollo de la industria del petróleo, proporcionándoles protección legislativa sobre los derechos de propiedad e incentivos fiscales a la exploración y la producción.<sup>5</sup> Al mismo tiempo, el gobierno estaba ansioso por romper el monopolio de las importaciones basadas en el petróleo (queroseno, gasolina, parafina y aceites lubricantes) provenientes de Estados Unidos, monopolio de que disfrutaba la Waters-Pierce Oil Company (afiliada de la Standard Oil) desde finales del decenio de 1890.<sup>6</sup> Era una oportunidad que un buen número de pioneros extranjeros encontraban muy atractiva como para resistirse a ella y, a pesar de las numerosas y persistentes dificultades logísticas que enfrentaban en las actividades de sus empresas de

<sup>5</sup> S. Haber, A. Razo y N. Maurer, *The Politics of Property Rights: Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 190-235.

<sup>6</sup> J. Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1993, pp. 16-25.

petróleo, para algunos su perseverancia finalmente rendiría jugosos dividendos.<sup>7</sup>

Weetman Pearson, el contratista británico que desde su llegada a México en 1889 había construido para el gobierno porfirista algunas de las obras públicas más importantes de la época (el canal del desagüe, la reconstrucción del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, y la remodelación de los puertos de Veracruz, Salina Cruz y Coatzacoalcos), se interesó en las posibilidades del petróleo a raíz del proyecto del ferrocarril de Tehuantepec. En 1899, mientras se buscaban fuentes de combustible más accesibles y menos costosas que la madera, y materiales de construcción adecuados para levantar los muros de prueba de la barra del río Coatzacoalcos (la terminal del ferrocarril en el Golfo de México), se descubrieron, en la zona del istmo, chapopotes y nódulos de petróleo en la roca. Pearson recibió un informe de esos hallazgos y se acordó del mismo cuando, en abril de 1901, debido a la demora de un tren, se encontró temporalmente varado en Laredo, Texas, en medio de la fiebre especulativa que siguió al reciente descubrimiento del famoso borbollón de petróleo en Spindletop, también

<sup>7</sup> Véase, por ejemplo, el caso del magnate californiano del petróleo Edward Doheny, quien llegaría a ser uno de las mayores rivales de Weetman Pearson; M. R. Ansell, *Oil Baron of the Southwest: Edward L. Doheny and the Development of the Petroleum Industry in California and Mexico*, Columbus, Ohio State University Press, 1998.

en Texas, en enero de ese mismo año. A pesar de no tener ninguna experiencia en la industria petrolera, es evidente que desde ese momento Pearson abrigaba grandes ambiciones. Comentó que era de “la firme opinión de que se podía hacer un negocio espléndido”.<sup>8</sup>

Seguramente Pearson era muy consciente, por su propia experiencia y su siempre sensible olfato empresarial, de la rápida expansión de la industria del petróleo en Estados Unidos y en Rusia en la segunda mitad del siglo XIX, y de las oportunidades empresariales que ello representaba: la producción de crudo de Estados Unidos había pasado de 2.74 toneladas en 1859 a nueve millones de toneladas en 1900; y volvería a multiplicarse por un factor de 10 para 1930. Ese aumento de la producción, combinado con el incremento de la complejidad y profesionalización de los análisis geológicos y la tecnología de la refinación y, sobre todo, con la diversificación de los derivados del petróleo —primero el queroseno, luego el aceite para lámparas y más tarde la gasolina—, transformaría toda la industria durante los primeros 30 años del siglo XX.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Science Museum Archive, Pearson Papers, Londres (en adelante, SMA, PEA), caja A1, Body to Pearson, 19 de abril de 1901.

<sup>9</sup> G. Jones, *The State and the Emergence of the British Oil Industry*, Londres, MacMillan, 1981, pp. 1-8. También es muy probable que tanto Pearson como Body hayan sido conscientes —aunque no encontré referencias específicas— de la exploración especulativa en la región de Tampico, a partir de 1901, llevada a cabo por el magnate



En 1900, en vísperas de la incursión de Pearson en el petróleo, el queroseno para calentar y alumbrar era con mucho el derivado del petróleo más valioso; y lo que más emocionaba a Pearson en esos años era la perspectiva de proveer de aceites para alumbrado a los mercados de México y Gran Bretaña. Al mismo tiempo, era evidente que el *fuel* estaba siendo adoptado rápidamente como la principal fuente de energía en el transporte y la industria. Cuando, en 1912, Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo, corrió el “riesgo fatídico” y encargó cinco acorazados impulsados por *fuel* para la Armada Real, en realidad estaba comprometiendo el poderío naval de Gran Bretaña con la dependencia de una fuente de combustible que no sólo se encontraba en el extranjero, sino cuya producción estaba en gran medida en manos de enormes corporaciones que estaban convirtiéndose rápidamente en oligopolios.<sup>10</sup> Esas

---

estadounidense del petróleo Edward Doheny, quien ya tenía antecedentes exitosos en el negocio del petróleo en California. Doheny registró la Mexican Petroleum Company of California en diciembre de 1900 y, cinco meses después, en mayo de 1901, encontró petróleo en El Ébano, cerca de Tampico; M. R. Ansell, *Oil Baron...*, *op. cit.*, p. 56.

<sup>10</sup> Para esa época El Águila ya estaba más afianzada y, en enero de 1913, Pearson firmó un contrato con el Almirantazgo para suministrar 200 000 toneladas anuales de *fuel*. Debido al incremento de la demanda durante la Primera Guerra Mundial, para cuando ésta terminó, El Águila había proveído más de tres millones de toneladas de derivados del petróleo para el esfuerzo bélico; sin embargo, su relación comercial con el gobierno británico se vio afectada adversamente por

transformaciones de la importancia del petróleo y su comercialización mundial tendrían consecuencias fundamentales para todo el mundo durante el siglo xx.

### LA FUNDACIÓN DE EL ÁGUILA

En México Pearson adoptó una estrategia empresarial coherente a partir de 1901. Con el apoyo legislativo y político del régimen porfirista adquirió mediante contrato, compra, arrendamiento o exploración, vastos terrenos, en su mayoría baldíos, en el Istmo de Tehuantepec y en los estados de Tabasco, Chiapas y Veracruz. Luego construyó una refinería en Minatitlán, Veracruz, y estableció una cadena de unas 160

---

las dificultades diplomáticas que surgieron como consecuencia del derrocamiento y asesinato del presidente Francisco I. Madero, en 1913, en un golpe de Estado militar encabezado por el general Victoriano Huerta. En Estados Unidos, el gobierno del presidente Woodrow Wilson estaba convencido de que el subsecuente reconocimiento que hizo Gran Bretaña del gobierno de Huerta, a lo que Wilson se había opuesto enérgicamente, había sido orquestado por Weetman Pearson. Esa hostilidad, aunada a las crecientes diferencias del gobierno británico hacia el estadounidense respecto de la política hacia México, significaba que las empresas de petróleo de Pearson no estaban protegidas ni eran apoyadas por el gobierno británico. Ésa fue una de las razones por las que el Almirantazgo siguió comprando su combustible en Texas y firmó un contrato de largo plazo con la Anglo-Persian Oil Company, en mayo de 1914, por seis millones de toneladas a lo largo de 20 años, en lugar de firmar un contrato más sustancial con El Águila; G. Jones, *The State and the Emergence...*, *op. cit.*, p. 155.

agencias de ventas al mercado doméstico de naptas y aceites para lámparas y uso industrial a lo largo y ancho del país. Para coordinar las actividades comerciales de la empresa, en 1908 se estableció la Compañía de Petróleo El Águila y, un año más tarde, se reestructuró como compañía mexicana, con una junta directiva compuesta por la flor y nata de la élite política porfirista.

Es importante subrayar una diferencia fundamental de El Águila con otros contratos de Pearson en obras públicas en los que era, en efecto, un empleado del gobierno mexicano, y en los cuales el gobierno, y no el contratista, asumía todos los gastos, riesgos y responsabilidades del proyecto. En el caso de su empresa de petróleo, Pearson invirtió su propio capital y asumió la carga principal de riesgos y responsabilidades.

Pero el factor más importante en el éxito de su empresa petrolera fue la ayuda que recibió del gobierno de Porfirio Díaz, no sólo mediante la legislación petrolera y los estímulos fiscales, sino también mediante el apoyo personal directo del propio presidente Díaz, de José Yves Limantour, del secretario de Hacienda y de otros prominentes miembros de la élite política porfirista. El apoyo político que recibió Pearson resultaría crucial no únicamente para establecer su compañía de petróleo, sino también para sostenerla durante sus difíciles primeros años.

Para mediados de 1909, después de más de ocho años de una importante inversión de su tiempo, sus energías y su capital, la empresa de petróleo se había convertido en una pasión y en su obsesión personal; pero también en su principal fuente de frustración, ya que durante todo este periodo los gastos fueron mucho mayores que los ingresos. En marzo de 1908, en una carta a su hijo Clive, aludió al hecho de que su participación en la industria del petróleo, como la que tuvo en otras empresas mexicanas, no la había logrado únicamente con sus propios esfuerzo, diligencia y eficiencia:

La empresa del petróleo no es sólo coser y cantar [...]. Empecé en ella con ligereza, sin comprender sus muchos problemas [...]. Ahora sé que habría sido prudente rodearme de petroleros experimentados y no depender, como lo hice, de mis conocimientos comerciales y el trabajo arduo, sumados a un conocimiento superficial del ramo.<sup>11</sup>

El último acto de la narración del nacimiento de El Águila, la pieza más importante del rompecabezas de la empresa petrolera que Pearson había armado diligentemente desde 1901, tuvo lugar en diciembre

<sup>11</sup> Carta citada en D. Young, *Member for Mexico: A Biography of Weetman Pearson, First Viscount Cowdray*, Londres, Cassell, 1966, p. 119.

de 1910, cuando fue incorporado el que sería el pozo más productivo de la compañía y el segundo más grande del mundo en aquella época: el Potrero del Llano núm. 4, cerca de Tuxpan, Veracruz.<sup>12</sup> Aunque pasaron varias semanas antes de que se pudiese controlar, el Potrero del Llano no solamente solucionó el persistente problema de El Águila del suministro inadecuado de crudo, sino que también fluyó a un ritmo de 100 000 barriles diarios durante los nueve años siguientes, con lo que la producción total del pozo fue muy superior a 100 millones de barriles.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> El descubrimiento se informó primero a la Junta de Directores ese mismo mes, pero el primer informe detallado lo hizo en enero de 1911 el propio Pearson, que viajó a Veracruz en compañía de John Body tan pronto como recibió la noticia. El pozo estaba produciendo 75 000 barriles diarios y, lo que era más importante, la producción consistía en 63% de *fuel* y 25% de aceite para lámpara, ambos productos altamente comercializables, lo cual permitiría a El Águila no sólo cumplir con los términos de los contratos existentes (que tanta ansiedad habían causado desde 1906), sino buscar nuevos clientes con una gran agresividad. No obstante, la primera preocupación era construir un sistema de almacenamiento adecuado para tan considerables cantidades de petróleo y contar con los medios de transporte necesarios. Inmediatamente se hicieron los planes para construir un nuevo oleoducto del Potrero del Llano a Tuxpan para añadirlo a la línea existente a Tampico a un costo de 700 000.00 pesos; asimismo, Pearson compró inmediatamente un buque tanque de 5 000 toneladas, el *San Bernardo*, por 230 000.00 pesos, y empezó la búsqueda de otro más con la misma capacidad; AHPM, caja 39, exp. 1024, ff. 119-125 y 126-137.

<sup>13</sup> El hecho de que el petróleo crudo del Potrero del Llano fuese mucho más ligero que el descubierto anteriormente en el istmo y de que

En el corto plazo la explotación del yacimiento Potrero del Llano hizo pasar la producción anual de El Águila de 210 000 barriles en 1910 a 3.8 millones de barriles en 1911.

Las repercusiones para la industria petrolera mexicana fueron incluso mayores. Con el descubrimiento casi simultáneo, en julio de 1910, de un yacimiento igualmente productivo en la Faja de Oro (el Casiano núm. 7, a sólo 40 kilómetros al norte del Potrero del Llano), por parte de la Huasteca Petroleum Company del estadounidense Edward Doheny, la industria entró en una espectacular fase nueva de desarrollo y expansión. La producción nacional (que en gran parte significaba la producción combinada de El Águila y la Huasteca Petroleum Company) aumentó de 3.6 millones de barriles en 1910 a 12.5 millones en 1911, y, en un lapso muy breve, México ingresaría, siguiendo a Estados Unidos y Rusia, en el grupo de los tres principales países productores del mundo.<sup>14</sup> Al mismo tiempo, la industria petrolera mexicana se transformó de una orientación exclusiva hacia el mercado doméstico hacia una industria orientada casi exclusivamente hacia la exportación.

---

contuviera los componentes de la gasolina y el queroseno fue una clara ventaja comercial; J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, pp. 67-69.

<sup>14</sup> E. DeGolyer, "The Oil Industry of Mexico", *Petroleum Review*, Londres, 25 de abril de 1914.

## EL ÁGUILA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

La Revolución mexicana significó un parteaguas para El Águila y para su dueño. El proyecto porfirista de modernización y construcción de la nación en el que la empresa de Pearson había participado tan estrechamente se vio severamente sobresaltado y dañado —aunque estuvo lejos de ser destruido— por los 10 años de violencia revolucionaria. Sin duda, los impactos contra la economía nacional en el corto plazo fueron importantes y las empresas extranjeras se vieron necesariamente afectadas por las circunstancias predominantes. De hecho, muchas empresas y empresarios extranjeros salieron del país.

Aunque Pearson —quien en 1910 se había convertido en barón (“lord”) Cowdray a raíz de su ascenso a la Cámara de los Lores— argüía que con el descubrimiento del crudo en la Huasteca había encontrado el elemento que había buscado desde 1901 y que ahora haría redituable su empresa petrolera, tal evento significó al mismo tiempo un profundo cambio de la naturaleza de su imperio empresarial mexicano, que hasta ese momento había comprendido contratos de obras públicas, ferrocarriles, compañías de luz y fuerza, minería, agricultura comercial y manufactura. El hecho es que a partir de 1911 el petróleo dominó casi por completo sus intereses empresariales, debido a que este producto

llegó a ser un factor de capital importancia para la política mexicana interna durante la Revolución y para la política internacional durante la Primera Guerra Mundial.

A consecuencia de los profundos cambios en la importancia internacional de la producción petrolera, aunados a la importancia de la soberanía económica para la política nacional, Pearson y el equipo administrativo de El Águila en México tuvieron que adaptarse necesariamente a esas transformaciones del entorno nacional e internacional.

Con más de 20 años de experiencia en México, Pearson ya estaba familiarizado con la cultura política mexicana y era muy hábil en el trato con la élite política, pero los rápidos cambios de la política interna que siguieron al colapso del gobierno de Porfirio Díaz significaron que tuviese que tratar no sólo con las consecuencias de la fragmentación de la autoridad central entre 1911 y 1916, sino también con los posteriores intentos de reconstrucción o “reinstucionalización” del Estado a partir de 1917.<sup>15</sup> En resumen, las reglas conforme a las que había operado la política interna antes de 1911 —y el personal que la había operado— se encontraban sometidas a grandes desafíos. Durante ese periodo surgieron nuevas

<sup>15</sup> L. Hall, *Oil, Banks and Politics: The USA and Post-Revolutionary México, 1917-24*, Austin, University of Texas Press, 1995.



configuraciones políticas que competían por el control gubernamental. En el contexto del debate político sobre la naturaleza de la modernización y la construcción de la nación que había caracterizado los años finales del régimen de Porfirio Díaz, ahora todos buscaban redefinir tanto la participación del capital extranjero como la función del Estado en su regulación. Más allá de las fronteras de México, con el ascenso de Estados Unidos como la principal potencia del hemisferio occidental, y la creciente importancia del petróleo como pieza clave del poder militar e industrial del mundo, los profundos cambios de la política en la cuenca del Atlántico Norte también requirieron nuevas adaptaciones y respuestas.

Decir que las nuevas circunstancias eran desafiantes para Pearson sería una burda subestimación. La importancia del petróleo en el contexto doméstico e internacional y la polarización de las opiniones generada lo convirtieron inevitablemente en un personaje controvertido; como resultado, se convirtió en el blanco no sólo de rumores y críticas hostiles en la prensa, tanto en México como en Estados Unidos, sino de una campaña concertada y organizada para describirlo como el arquetipo del “barón ladrón” (*robber baron*) empeñado en el saqueo de los recursos más valiosos de México. Aunque no tuvo conflictos con el gobierno de Madero, a pesar de su acercamiento al gobierno porfirista, su estrecha relación

con el de Huerta sirvió para incrementar la ferocidad y la frecuencia de los ataques.

Al mismo tiempo —como Pearson lo entendió perfectamente—, la importancia del petróleo le proporcionó un valioso grado de influencia en sus tratos, tanto con las autoridades locales como con las nacionales, durante los 10 años de la Revolución. En México la función de El Águila como fuente vital de ingresos significó que, ayudada por las erráticas y en ocasiones contradictorias presiones ejercidas por los gobiernos estadounidense y británico, podría evitar interrupciones graves de sus actividades comerciales. Mientras que, por una parte, las facciones revolucionarias de diferentes características buscaban controlar y regular —y, sobre todo, gravar— las actividades de las compañías petroleras extranjeras, por otra parte, también reconocían la necesidad de permitirles funcionar. En abril de 1912 Pearson predijo astutamente: “Tengo el presentimiento de que la industria del petróleo no se verá interferida gravemente ni por los revolucionarios ni por los bandidos ni por la inestabilidad del gobierno. Las empresas implicadas son demasiado grandes: son propiedad de extranjeros y, si fuesen intervenidas, se detendría inmediatamente la distribución de una gran cantidad de dinero”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> SMA, PEA, caja A4, Cowdray to Body, 15 de abril de 1912.

Sin duda, las compañías petroleras extranjeras no se volvieron impotentes a consecuencia de los disturbios revolucionarios y, en todo caso, fueron capaces de funcionar redituablemente durante la Revolución. Al mismo tiempo, sus actividades se vieron cada vez más obstaculizadas por la proliferación de demandas *ad hoc* y arbitrarias y, finalmente, tuvieron que aceptar pagar impuestos más altos y la imposición de restricciones sobre sus derechos de propiedad por las autoridades revolucionarias.<sup>17</sup>

Fuera de México la creciente importancia industrial y militar del petróleo a partir de 1914 proporcionó a Pearson no sólo un mercado creciente y voraz para sus productos, sino también un importante grado de protección política —que, al mismo tiempo, estaba lejos de ser incondicional o de carecer de complicaciones— de los gobiernos británico y estadounidense, cuya principal preocupación a partir de ese año fue que el suministro de crudo mexicano continuara fluyendo, directa o indirectamente, hasta los motores de las fuerzas bélicas de los Aliados. El control sobre el suministro de petróleo también ayudó a mejorar el perfil político de Pearson en el Reino Unido, lo cual culminó en un breve periodo como miembro del gabinete de guerra de Lloyd George en

<sup>17</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 251.

el puesto de presidente (y, en efecto, fundador) de la Fuerza Aérea Real, en enero de 1917.

Con todo, también hubo importantes limitaciones al grado de influencia que Pearson pudo ejercer. A la larga, sus intentos por influir en la política exterior británica fueron sacrificados en el altar de la creciente deferencia mostrada a partir de 1914 por el gobierno de Gran Bretaña hacia el de Estados Unidos respecto de la política mexicana, con un fin muy claro: mantener el apoyo financiero y económico y, si fuese posible, la intervención militar de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial (que se logró, por fin, en 1917). Si fuera necesario para el gobierno de su majestad británica abandonar la protección de las empresas de Pearson en México por razones de guerra, no tendría renuencia alguna en hacerlo; y, como veremos más adelante, lo hizo.

Al mismo tiempo, aunque a primera vista pueda parecer paradójico, ese periodo extraordinariamente volátil también presentaba ganancias sin precedentes para El Águila. Las estadísticas básicas narran su propia y extraordinaria historia. Aun cuando las ventas internas de aceite para lámpara en México —la razón de ser inicial del ingreso de Pearson en la industria del petróleo— fueron progresivamente víctimas de los trastornos revolucionarios, las exportaciones de crudo mexicano aumentaron extraordinariamente (80% del cual iba hacia Estados Unidos y 20% restante al Reino

Unido y América Latina) y pasaron de 900 000 barriles por año en 1911 a 180 millones de barriles en 1922. El precio promedio de un barril de crudo mexicano antes de 1914 era de 0.61 dólares estadounidenses, pero para 1920 había aumentado a más de 3 dólares. En el caso específico de El Águila, su producción aumentó de 210 000 barriles al año en 1910, de la que no se exportó prácticamente nada, a 18 740 000 barriles en 1919, de la que se exportaron dos tercios (12 524 000 barriles). Los registros indican unas ganancias netas de la compañía de 1 360 000.00 pesos en 1912; en 1919 habían aumentado a 29 510 000.00 pesos.

### EL PETRÓLEO MEXICANO Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Hubo cinco factores que determinaron el sino de El Águila durante la guerra entre 1914 y 1918. El primero fue la importancia de mantener el suministro de petróleo mexicano para los esfuerzos bélicos de Gran Bretaña a partir de agosto de 1914. El segundo, como consecuencia directa del primero, fue la creciente deferencia del gobierno británico hacia la política estadounidense en México y, como lo describió John Body —gerente de las empresas mexicanas de Pearson—, la decisión de “seguir los pasos de

Washington”.<sup>18</sup> Esta política dejó a El Águila cada vez más vulnerable y expuesta, debido a que el gobierno británico ya no le proporcionó protección ni apoyo; al mismo tiempo, el gobierno estadounidense consideraba la presencia de El Águila como hostil a los intereses estadounidenses.

El tercero fue que todas las facciones en lucha en la guerra civil que siguió a la renuncia de Huerta, en julio de 1914, reconocían la importancia de permitir que se mantuviera la producción petrolera, lo cual se debió a que los ingresos provenientes de los impuestos al petróleo eran de capital importancia para el mantenimiento de la movilización revolucionaria, ya fuesen como “botín” que podía saquearse cuando fuese necesario para mantener la movilización rebelde, ya porque eran una forma directa o indirecta de gravamen. En resumen, todas las facciones reconocían que la producción de petróleo era de vital importancia para evitar matar a “la gallina de los huevos de oro”, como lo describió Pearson en la forma directa y prosaica que le caracterizaba. Y para la supervivencia y prosperidad de la gallina también era crucial el mantenimiento de un grado mínimo de estabilidad en la precaria y volátil relación triangular entre las compañías de petróleo extranjeras, el

<sup>18</sup> SMA, PEA, caja A3, “Confidential Memo from Body on a Meeting with Sir Maurice de Bunsen”, 13 de septiembre de 1915.

gobierno preconstitucional y el constitucionalista de Venustiano Carranza —cuyas tropas ocuparon el principal puerto petrolero de Tampico—, y el cacicazgo local de Manuel Peláez en la Huasteca veracruzana, donde se encontraban los yacimientos petrolíferos.

El cuarto factor fue que, además de los crecientes grados de imposición a que estaban sometidas las compañías petroleras extranjeras, había nuevas presiones políticas para extender el alcance de los gravámenes impuestos a las exportaciones hacia nuevas tarifas sobre las licencias, los arrendamientos en usufructo, las patentes y la producción, extender la regulación, la supervisión y el control de la industria y reestructurar las bases de los derechos de propiedad de las compañías.

El quinto factor, finalmente, fue que el destino último de las empresas petroleras de Pearson dependía de las prolongadas negociaciones (también) triangulares entre las dos empresas petroleras transnacionales más prominentes en el mercado global —la Standard Oil y la Royal Dutch Shell—, y el gobierno británico. Juntos, esos cinco factores proporcionan la clave para entender el destino de El Águila durante ese periodo.

La principal paradoja fue que las operaciones de El Águila no sólo no sufrieron a lo largo de ese intenso lapso de revolución y guerra, como quizá podría haberse esperado, sino que prosperaron de manera

extraordinaria. Esto fue así pese a la espectacular caída de las ventas domésticas en México y al hecho de que las comunicaciones y la distribución de suministros internos se vieron gravemente afectados por las frecuentes interrupciones de la red de ferrocarriles y la confiscación regular que hacía el gobierno de los vagones en que se transportaba el petróleo. En enero de 1915 se informó a la Junta de Directores de El Águila que las ventas nacionales de productos derivados del petróleo habían descendido entre 48 y 75% entre diciembre de 1913 y diciembre de 1914.

Pese a que las ventas domésticas descendieron, Pearson mantuvo su optimismo. Su pozo principal, el Potrero del Llano, siguió produciendo 20 000 barriles de crudo al día, y los precios de las exportaciones continuaron aumentando, particularmente como resultado de la demanda de tiempos de guerra. En noviembre de 1916 Pearson explicó a Thomas Hohler, el ministro británico, que el Potrero del Llano por sí solo produciría 600 millones de barriles, los que, al precio corriente de dos chelines por barril, generarían 60 millones de libras esterlinas; pero también predijo que, a consecuencia de la guerra, el precio aumentaría a tres chelines por barril y, por lo tanto, era probable que generara no menos de 90 millones de libras esterlinas.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> SMA, PEA, caja A3, Cowdray to Hohler, 9 de noviembre de 1916.



Ahora bien, pese a las manifestaciones de continuo optimismo de Cowdray en su correspondencia pública (y en una gran parte de la privada), las amenazas para el futuro de El Águila y el de todas las compañías petroleras extranjeras en México a partir de 1914 eran muy reales. En primer lugar, existía la posibilidad de que los pozos petrolíferos fuesen tomados y destruidos en un acto de violencia revolucionaria aleatoria, en represalia por no pagar los “impuestos” o rescates exigidos por los caudillos revolucionarios locales; o como un ataque político contra la apropiación extranjera de un recurso nacional clave; o como consecuencia de la invasión de cañoneras imperialistas, ya fuese para proteger las empresas petroleras existentes (como en el caso de las de Gran Bretaña y de Estados Unidos) o como parte de las ambiciones imperialistas de Alemania de invadir la región petrolera, como parte de un plan general para expandir su esfera de influencia en el continente americano.<sup>20</sup> En vista de la ocupación del

<sup>20</sup> Véase F. Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, 2 vols., Chicago, Chicago University Press, 1982, pp. 350-367, que presenta un relato detallado de las aspiraciones y actividades conspirativas alemanas, entre ellas la oferta hecha a México en el infame “telegrama Zimmermann”, enviado por el ministro de asuntos exteriores alemán al gobierno de Venustiano Carranza, en febrero de 1917, de recuperar para México el territorio “arrebataado” por Estados Unidos en 1848 si México se hacía aliado de Alemania en contra de Estados Unidos, lo cual precipitó la entrada de este último

puerto de Veracruz por 3 000 soldados estadounidenses en julio de 1914, y de la incursión militar en el norte de México de otros 5 000 soldados al mando del general John Pershing en persecución de Francisco, “Pancho”, Villa, en marzo de 1916, la amenaza de la invasión militar era todo menos infundada.<sup>21</sup>

Por otra parte, tanto el estallido de la guerra entre Alemania y los Aliados, en agosto de 1914, como la entrada de Estados Unidos en la guerra, en abril de 1917, hicieron que la invasión militar de la región petrolera por Estados Unidos, Gran Bretaña o las tropas alemanas fuese no sólo más probable —como un medio para proteger (o, en el caso de Alemania, para destruir) los vitales suministros de petróleo—, sino también, y al mismo tiempo, paradójicamente menos factible, debido a los compromisos militares de todas las partes en el teatro de guerra europeo.

---

país en la Primera Guerra Mundial. Según su propio relato el telegrama fue interceptado parcialmente gracias a la diligencia y eficiencia de Thomas Hohler, el ministro británico en México; T. Hohler, *Diplomatic Petrel*, Londres, John Murray, 1942, p. 244. En el verano de 1918, cuando la paranoia antialemana se intensificaba en Gran Bretaña y Estados Unidos, Cowdray aceptó que se usara —infructuosamente— un remolcador perteneciente a El Águila pero con bandera mexicana para buscar una base alemana de submarinos que, según se había informado, se encontraba frente a las costas de Tamaulipas; R. Gerhardt, “Inglaterra y el petróleo mexicano durante la Primera Guerra Mundial”, *Historia Mexicana*, xxv, 1, julio-septiembre, 1975, pp. 118-142.

<sup>21</sup> F. Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998, pp. 566-570.

En segundo lugar, la polarización y radicalización de la política mexicana elevaron a una nueva máxima la temperatura del debate sobre las cuestiones de la soberanía nacional y la propiedad de los derechos sobre el subsuelo. Era evidente que cualquiera de las facciones revolucionarias que resultase triunfante en la lucha intestina impondría nuevos gravámenes y ejercería un mayor control regulatorio sobre las actividades de las compañías petroleras extranjeras. Lo más preocupante de todo para esas empresas era que los vociferantes llamamientos a la nacionalización de todos los yacimientos, incluidos los petroleros, se escuchaban cada vez con mayor frecuencia. En un discurso pronunciado en febrero de 1915 y ampliamente consignado en todos los periódicos mexicanos, el general Álvaro Obregón lanzó un virulento ataque en contra del nefasto papel del capital extranjero en su búsqueda por explotar a México y convertirlo en “la madre de los extranjeros y la madrastra de los mexicanos”, frase que seguiría teniendo una profunda resonancia mucho tiempo después de que hubiesen terminado los combates.<sup>22</sup>

Abrirse un derrotero a través de las turbulentas y peligrosas aguas revolucionarias no sería fácil, sin duda alguna; sin embargo, Cowdray resumió la situación a su mentor, el exsecretario de Hacienda,

<sup>22</sup> AHPM, caja 2214, exp. 59763.

José Yves Limantour, con su característica y pragmática franqueza: “Nuestros intereses son muchos y nuestros problemas en México son grandes, porque, fuera del petróleo, no tenemos ingresos de nuestras empresas”.<sup>23</sup>

La cuerda de salvamento más importante para El Águila y las otras compañías petroleras de propiedad extranjera en México era la enorme trascendencia del crudo mexicano para los esfuerzos bélicos de los Aliados. La principal fuente de energía para los tanques, submarinos y barcos que participaban en la Primera Guerra Mundial fue el petróleo. Como comentó célebremente lord Curzon al finalizar la guerra: “Los Aliados flotaron hacia la victoria sobre un mar de petróleo”.<sup>24</sup>

Aun cuando se ha señalado que el crudo de los pozos petroleros de Pearson se consideraba inadecuado para los requerimientos de la armada británica antes del estallido de la guerra,<sup>25</sup> existen indicios que sugieren que siguió siendo de capital importancia para los esfuerzos bélicos de los Aliados. Debido a que las potencias centrales tenían el control del comercio del

<sup>23</sup> AJYL, 3ª serie, Cowdray to Limantour, 25 de febrero de 1916.

<sup>24</sup> A. Sampson, *The Seven Sisters: The Great Oil Companies and the World They Made*, Londres, Hodder & Staughton, 1975, p. 60.

<sup>25</sup> Lorenzo Meyer, *Su Majestad Británica contra la Revolución mexicana: el fin de un imperio informal 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991, pp. 81-91.

petróleo ruso (aproximadamente 20% de la producción mundial), los suministros provenientes de Estados Unidos y de México proporcionaban el grueso de los productos derivados del petróleo que servían de apoyo a la campaña de los Aliados. Si bien es cierto que las estadísticas muestran que Estados Unidos suministró más de 90% de los productos del petróleo que Gran Bretaña importó durante el transcurso de la guerra (y México, en consecuencia, un promedio de poco menos de 10%), en la correspondencia diplomática tanto de Washington como de Londres a todo lo largo de la guerra se hacía énfasis en que los suministros provenientes de México eran cruciales, no sólo como una alternativa estratégica a los norteamericanos, sino también porque las exportaciones mexicanas de petróleo a Estados Unidos —que nunca constituyeron menos de 95% de las importaciones totales de petróleo de Estados Unidos y que se triplicaron entre 1914 y 1918— permitieron a ese país mantener reservas suficientes para continuar con sus exportaciones a Gran Bretaña. Por lo demás, en las épocas de escasez aguda de suministros el crudo mexicano era todavía más vital.<sup>26</sup> Como el propio Cowdray lo

<sup>26</sup> También existen indicios de que parte de las exportaciones de crudo estadounidense al Reino Unido eran de origen mexicano; E. Durán, “El petróleo mexicano en la Primera Guerra Mundial”, en M. S. Wionczek (ed.), *Energía en México: ensayos sobre el pasado y el presente*, México, El Colegio de México, 1981, pp. 53-75. El propio Cowdray

comentó con la franqueza que era su marca personal a lord Reading, el embajador británico en Washington, en septiembre de 1918: “Imagine el efecto si se robara a Estados Unidos el suministro mexicano: las flotas de los Aliados se paralizarían”.<sup>27</sup>

En lo que era más difícil para Washington y Londres ponerse de acuerdo era en la mejor manera de asegurar que los suministros de petróleo mexicano continuaran fluyendo, en especial debido a la aguda inestabilidad política del país durante el decenio revolucionario y las marcadas diferencias de opinión y de política sobre los pros y contras de una intervención militar para proteger las empresas extranjeras. La característica clave de ese periodo fue la creciente deferencia que Londres mostraba hacia Washington en lo concerniente a la política hacia México, deferencia que ya se había hecho evidente durante los meses finales del régimen de Victoriano Huerta, con el ejercicio de limitación de daños que emprendió la Foreign Office, dando marcha atrás en su apoyo previo a Huerta. Tal actitud tendría graves consecuencias en la voluntad y capacidad del gobierno británico para proteger las empresas británicas en México, en

---

estimó que un total de 10% de los suministros de petróleo importados por Gran Bretaña durante la guerra provenía de sus pozos petrolíferos; SMA, PEA, caja A23, R1/12.

<sup>27</sup> SMA, PEA, caja, “Lord Cowdray: Deputation to Lord Reading”, 8 de septiembre de 1918.

especial aquellas que el gobierno de Woodrow Wilson percibía de manera generalizada como perjudiciales para los intereses estadounidenses, como fue el caso de El Águila.

Con todo, las diferencias políticas no desaparecieron por completo y resurgieron una vez más a propósito de la cuestión del reconocimiento del supuesto “gobierno preconstitucional” de Venustiano Carranza, que reemplazó al de Victoriano Huerta en 1915. En su deseo de alentar el restablecimiento de la estabilidad interna, el gobierno de Woodrow Wilson proporcionó un reconocimiento *de facto* a Venustiano Carranza en octubre de 1915. Gran Bretaña no sólo no siguió la huella de Estados Unidos, sino que, en junio de 1916, redujo la categoría de su representación diplomática en México al retirar al primer secretario Thomas Hohler. Significativamente, éste fue reasignado a la Embajada Británica en Washington como primer consejero sobre asuntos mexicanos, lo cual ejemplificaba perfectamente las prioridades del gobierno de Su Majestad e indicaba dónde consideraba éste que debía estar destacado el representante de Gran Bretaña ante México. Su reemplazo, el cónsul general E. W. P. Thurstan, fue retirado en febrero de 1917 y se dejó a Herbert Cummins, vendedor de botas y antiguo cónsul británico en la población fronteriza de Ciudad Juárez, como encargado de asuntos interino.

Sobra decir que Cowdray se sintió extremadamente descontento con lo que consideraba el abandono progresivo de las responsabilidades del gobierno británico para con sus ciudadanos en México, en general, y para con sus propios intereses en particular. Inicialmente contrario a Venustiano Carranza, Cowdray se convirtió en propugnador del reconocimiento británico del gobierno constitucionalista con la idea de que ello incrementaría el grado de protección (o, al menos, reduciría el grado de vulnerabilidad) de esos mismos intereses.<sup>28</sup> Con todo, y pese a sus estrechas relaciones políticas con los gobiernos liberales de la época, cada vez tenía menos capacidad para ejercer cualquier influencia sobre las políticas británicas, incluso durante su (breve) pertenencia al gabinete de coalición de Lloyd George, en 1917.

Por lo demás, su influencia sobre la política británica hacia México disminuyó aún más después de que Estados Unidos entrara en la guerra en abril de 1917. Cowdray se dio cuenta de las duras consecuencias en una reunión en Washington entre John Body, Hohler y sir Cecil Spring-Rice (el embajador británico), precisamente una semana después de que

<sup>28</sup> J. Brown argumenta que, en cuanto poseedor de bonos mexicanos, Cowdray también estaba muy interesado en que se usara el medio de la presión diplomática para establecer un calendario para el repago de las obligaciones de deuda existentes; J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 246.



el presidente Woodrow Wilson decidiera que Estados Unidos entraría en la guerra. Body le informó la opinión de Spring-Rice acerca de que Arthur Balfour, el secretario británico de asuntos exteriores, “no quería que se le molestara con los asuntos mexicanos [... y es] completamente reacio a hacer cualesquier cosa que sea contraria a los deseos del Departamento de Estado”; después, Body le preguntó “si eso significaba el abandono de nuestras empresas británicas en México”, a lo que Spring-Rice respondió que “así era, ya que, en las actuales circunstancias, no se podía correr el riesgo de interferir de manera alguna con los planes de Estados Unidos en lo concerniente a la guerra europea”.<sup>29</sup>

La ironía, por no decir la hipocresía, suprema de la postura del gobierno británico hacia El Águila se puso de manifiesto antes de un año, en octubre de 1917, cuando el gobierno británico invocó la Ley de Defensa del Reino (DORA, por sus siglas en inglés: Defence of the Realm Act) para impedir que “cualquier súbdito británico transfiera cualesquier derecho de propiedad de cualesquier yacimiento petrolífero en el mundo a nadie que no sea otro súbdito británico, sin la aprobación de la Junta de Comercio”.<sup>30</sup> Esa cláusula estaba dirigida específicamente a impedir la

<sup>29</sup> SMA, PEA, caja A4, Body to Cowdray, 18 de mayo de 1917.

<sup>30</sup> SMA, PEA, caja 1C, Reed, *Mexican Eagle*, p. 10.

venta de El Águila a la Standard Oil. La implicación era que el crudo mexicano era tan vital para los esfuerzos bélicos de Gran Bretaña que no podía permitirse que quedara fuera del control británico. Al mismo tiempo, no obstante, como Cowdray lo hizo notar repetidamente, el gobierno británico no estaba dispuesto a defender la vida ni las propiedades ni las empresas de los ciudadanos británicos en México mediante el nombramiento de un ministro británico en el país, con el pretexto de la simpatía pro alemana del gobierno de Venustiano Carranza.

En esas circunstancias, las relaciones entre Cowdray y el gobierno británico se tensaron notablemente. En junio de 1918 Cowdray se encontró con Arthur Balfour, el secretario de Relaciones Exteriores en el gabinete británico, para explicarle el deterioro de la situación política en México. Cowdray se mostraba preocupado por la escalada de “la propaganda nacionalista y las hostilidades” entre México y Estados Unidos, lo que, debido a la estrecha asociación de Gran Bretaña con este último país, amenazaba con “exponer todas las propiedades británicas al embargo, la venta o la destrucción”. Exhortó a Balfour a nombrar “sin más demora” un ministro británico, y le explicó que “no es una cuestión de que Gran Bretaña otorgue o no el reconocimiento a un gobierno poco digno de ese honor, sino, antes bien, de que la vida de los súbditos británicos y sus extensos intereses

en este país exigen las más completas medidas de protección”.<sup>31</sup> Su alegato no fue escuchado y provocó que un frustrado Body comentara a Cowdray: “es una verdadera vergüenza la manera como estamos siendo tratados en México por nuestro propio gobierno”.<sup>32</sup>

### EL ENFRENTAMIENTO CON EL CONSTITUCIONALISMO

Una cuestión sobre la que los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña pudieron estar de acuerdo, a raíz de las enérgicas campañas de las empresas petroleras extranjeras en México, fue que la política fiscal de los constitucionalistas era perjudicial para esas empresas. A finales de enero de 1915 Venustiano Carranza decretó que el impuesto sobre la producción de petróleo de 20 centavos por tonelada —que había sido decretado por Francisco I. Madero en 1912— aumentaría a 60 centavos y que se reintroducirían los derechos de barra (un arancel de origen colonial sobre los navíos que pasaban por la aduana del puerto de Tampico) de 50 centavos por tonelada.<sup>33</sup>

<sup>31</sup> SMA, PEA, caja A3, “Memo on Interview with Mr. Balfour”, 18 de junio de 1918.

<sup>32</sup> *Ibid.*, Body to Cowdray, 18 de septiembre de 1918.

<sup>33</sup> Como lo señala Durán, el gobierno de Venustiano Carranza no podía cobrar los impuestos a la producción porque no tenía control

Al mismo tiempo, Cándido Aguilar, comandante militar constitucionalista de Veracruz, anunció la introducción de un impuesto estatal adicional de 0.07 pesos por tonelada, lo cual, como lo señalaron prontamente los representantes de las compañías petroleras extranjeras, consistía en triplicar la carga del impuesto en vigor.

Los nuevos gravámenes eran aún más onerosos debido a la insistencia en que el pago debía hacerse en oro, no en los billetes que circulaban en muchas formas diferentes en México durante ese periodo y que cada vez perdían más valor. Los representantes de El Águila calcularon que los nuevos impuestos representaban una carga adicional para ellos de 40 000 dólares estadounidenses (£8 000 libras esterlinas), ante lo cual enviaron una protesta al gobierno de Su Majestad para recordarle que “con la confianza en esos contratos, nosotros y nuestros amigos hemos invertido £12 000 000 de libras esterlinas en las empresas de petróleo, que ahora dan empleo, fuera de México, a entre 3 000 y 4 000 empleados, con una facturación de £100 000 libras semanales”.<sup>34</sup>

---

sobre los pozos petrolíferos, lo que significaba que sólo podía obtener beneficios de la imposición de los aranceles a la exportación, ya que tenía bajo su control el puerto de Tampico; E. Durán, “El petróleo mexicano...”, *op. cit.*, pp. 53-75.

<sup>34</sup> SMA, PEA, caja A3, Body to the Secretary of State for Foreign Affairs, 3 de febrero de 1915.

Las autoridades constitucionalistas recibieron protestas de todas las compañías de petróleo extranjeras, pero había una marcada diferencia de actitud entre la hostilidad de las empresas estadounidenses y el pragmatismo de El Águila. Dado que las protestas no provocaron respuesta alguna del gobierno de Venustiano Carranza, la reacción de Cowdray fue aconsejar a su lugarteniente John Body que tuviese la “prudencia” de pagar los aumentos; asimismo, le sugirió: “probablemente usted podrá arreglar que una gran parte de los impuestos, si no el total de ellos, se deduzca del dinero que el gobierno nos debe por el petróleo suministrado”.<sup>35</sup>

Otra preocupación que expresaron las compañías petroleras extranjeras fue sobre las intenciones de los constitucionalistas de extender el alcance y control de la regulación estatal sobre la industria

<sup>35</sup> SMA, PEA, caja A3, Cowdray to Body, 29 de diciembre de 1916. Ryder fue menos optimista, ya que explicó que Venustiano Carranza estaba exigiendo pagos directos, no indirectos, de los impuestos, que ya ascendían “a 179 000.00 pesos oro mexicanos cada dos meses”; y afirmó: “Ya no sabemos que hacer”; AHPM, caja 2806, exp. 73745, Ryder a Body, 23 de noviembre de 1916. Con todo, Haber, Razo y Maurer señalan que, cuando se comparan con las ganancias globales generadas por las exportaciones de petróleo, los impuestos representaban apenas un poco más que dinero menudo para las compañías petroleras; S. Haber, A. Razo y N. Maurer, *The Politics of Property Rights: Political Instability, Credible Commitments, and Economic Growth in Mexico, 1876-1929*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003. Eso explicaría también el que Cowdray estuviese dispuesto a negociar.

mediante la creación de agencias gubernamentales (como la Comisión Técnica de Petróleo, en marzo de 1915) y, posteriormente, en 1916, la creación formal del Departamento de Petróleo.<sup>36</sup> El problema que preocupaba a todas las compañías petroleras y a sus respectivos gobiernos era la amenaza que representaban las radicales propuestas de la nueva Constitución promulgada por Venustiano Carranza en febrero de 1917, en especial las expresadas en el artículo 27, que disponía el restablecimiento del principio consagrado en la ley colonial española, el cual afirmaba que todos los depósitos de naturaleza distinta de los componentes de los terrenos eran propiedad de la nación y, por lo tanto, no podían ser propiedad de particulares ni ser explotados por éstos.

El artículo 27 era una declaración explícita de que ya no era válida la legislación porfirista que había otorgado al propietario de la superficie los derechos y la libre explotación de los depósitos mencionados sin la necesidad de una concesión gubernamental. En otras palabras, se habían invalidado las bases legales sobre las que las compañías de petróleo extranjeras como El Águila habían obtenido sus derechos de propiedad y perforación. Por lo demás, en lo sucesivo, la nación mantendría bajo su dominio todo lo

<sup>36</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, pp. 219-223.

necesario para el desarrollo social (minas, petróleo, etc.), sin otorgar a los particulares nada más que la explotación de esas propiedades que las leyes respectivas autorizasen. Con el propósito de subrayar el tono nacionalista del documento, a partir de su publicación, como se afirma en la fracción primera de dicho artículo, sólo los mexicanos por nacimiento o naturalización tendrían el “derecho para adquirir el dominio de las tierras [...] o para obtener concesiones de explotación de minas, aguas o combustibles minerales en la República Mexicana”. Como una concesión a la participación de la inversión extranjera en el desarrollo nacional, se permitiría a los extranjeros obtener concesiones y ser propietarios de tierras, pero únicamente si renunciaban a la protección de sus gobiernos; en otras palabras, en el futuro se daría la bienvenida a los inversionistas extranjeros que quisieran invertir en México, pero conforme a los términos de México, no los extranjeros.<sup>37</sup>

La historiografía reciente de la Revolución mexicana ha buscado contextualizar e incluso, en algunos casos, restar importancia a la trascendencia de los debates que tuvieron lugar en el Congreso Constituyente de Querétaro, entre diciembre de 1916 y

<sup>37</sup> E. V. Niemeyer, *Revolution at Querétaro: The Mexican Constitutional Convention of 1916-1917*, Austin, University of Texas Press, 1974, pp. 134-165.

enero de 1917, y de la Constitución que surgió de éste en febrero de 1917.<sup>38</sup> El hecho de que los diputados hubiesen sido seleccionados exclusivamente entre las filas de los partidarios de Venustiano Carranza da más peso a esa interpretación y sugiere que el Congreso Constituyente fue esencialmente una ventana sobre los debates internos que tuvieron lugar entre las diferentes facciones del movimiento constitucionalista.<sup>39</sup> Sin embargo, también puede considerarse que los debates de Querétaro fueron una importante oportunidad para ensayar las discusiones sobre la naturaleza y el proceso de la reconstrucción posrevolucionaria y la “reinstitutionalización” del Estado mexicano que tendrían lugar en el transcurso de los decenios posteriores. Uno de los aspectos más prominentes de los debates sería el fortalecimiento de la función del Estado en la forja de la identidad nacional y el fomento al desarrollo nacional.

Para la administración de El Águila el resultado de los debates del Congreso Constituyente fue

<sup>38</sup> A. Knight (*The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986) sugiere que los debates de Querétaro fueron equivalentes a los de Putney, que tuvieron lugar durante la guerra civil inglesa; al mismo tiempo, destacó que dichos debates fueron completamente ajenos al resultado de las sangrientas luchas intestinas que tenían lugar fuera de la cámara donde se desarrollaban.

<sup>39</sup> También era evidente que muchos de los diputados nunca habían visitado los distritos electorales que, se suponía, estaban representando.



lo suficientemente importante como para justificar que se hiciera un esfuerzo concertado para influir en sus actuaciones. El Águila pagó honorarios considerables a uno de los diputados más prominentes del Congreso, el periodista anticlerical disidente y antiguo diputado maderista Félix Palavicini, para que interviniera en los debates en nombre de la empresa. Por supuesto, no había nada nuevo en la estrategia de Cowdray de intentar influir en las decisiones políticas mediante el pago de honorarios a políticos prominentes; en efecto, era una de los sellos distintivos del *modus operandi* de éste en México. En ese caso, lo diferente fue la naturaleza clandestina de la operación: no la conocieron los colegas delegados de Palavicini en Querétaro, nunca fue autorizada (al menos no oficialmente) por la Junta de Directores de El Águila y Palavicini nunca la reconoció mientras vivía.<sup>40</sup>

A pesar de que su presencia en Querétaro levantó sospechas entre algunos de los otros delegados, al grado de que al principio le fue difícil demostrar sus méritos como constitucionalista, Palavicini pudo enviar informes regulares, casi diarios, a Rodolfo Montes, representante de El Águila ante el gobierno de

<sup>40</sup> F. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, Botas, 1937. Sus honorarios eran de 500 dólares estadounidenses mensuales. Agradezco a Eduardo Clavé Almeida la información que me proporcionó sobre la carrera de Palavicini como agente de El Águila.

Venustiano Carranza.<sup>41</sup> Al final resultó que, pese a sus promesas de que podría influir en el texto definitivo de la Constitución, no logró ejercer influencia alguna en el contenido del artículo 27, que era lo que más preocupaba a El Águila. Hizo un último intento desesperado de sabotear su aprobación, arguyendo que, dada su importancia y el poco tiempo disponible para debatirlo, debía posponerse hasta la siguiente reunión del Congreso, pero su propuesta fue rechazada sumariamente por los diputados presentes en la asamblea.<sup>42</sup>

Dadas las implicaciones en el largo plazo para el destino de las compañías petroleras extranjeras en México, no debe subestimarse la trascendencia del artículo 27. En el corto plazo provocó una avalancha de memorandos y correspondencia entre las compañías de petróleo, sus representantes legales y sus gobiernos respectivos, gran parte de ella en tonos y contenidos exaltados y con grandes cantidades de vitriolo arrojado sobre las supuestas manifestaciones de bolchevismo mexicano. Los ánimos se exaltaron aún más cuando el espíritu del

<sup>41</sup> AHPM, exp. 73542. El contrato de Palavicini duró hasta mayo de 1917. Respecto de la defensa de sus méritos "constitucionalistas" para estar en Querétaro, la cual demostró su gran habilidad como orador y su poder de persuasión, véase E. V. Niemeyer, *Revolution at Querétaro...*, *op. cit.*, pp. 47-50.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 143.

artículo 27 se tradujo en una legislación específica, como el decreto de febrero de 1918 con el que se intentaba establecer un impuesto sobre la renta de todas las propiedades petroleras y un impuesto de 5% sobre las regalías de todas las tierras petroleras en producción.<sup>43</sup>

El creciente aumento de la regulación y los gravámenes impulsó a las compañías petroleras en una acción colectiva para defender sus intereses, lo que, en 1918, las llevó a constituir la Asociación de Productores de Petróleo de México (APPM). La asociación no sólo coordinó el desafío legal en México contra la legislación del gobierno de Venustiano Carranza, sino que también actuó como un influyente cabildero en Washington y tuvo un impacto decisivo en la política estadounidense hacia México. Su logro fundamental fue arrancar al gobierno de Carranza un entendimiento en el sentido de que las restricciones impuestas a los extranjeros por el artículo 27 no tendrían aplicación retroactiva y se protegerían los derechos adquiridos por las compañías de petróleo con anterioridad a la promulgación de la Constitución.<sup>44</sup> Con todo, en esas volátiles y polarizadas circunstancias, los encuentros entre los representantes de las compañías de petróleo y los del

<sup>43</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 231.

<sup>44</sup> L. Hall, *Oil, Banks and Politics...*, *op. cit.*, pp. 14-22.

gobierno de Carranza tuvieron lugar frecuentemente en una atmósfera de una enorme tensión, sospechas mutuas, hostilidad y recriminaciones.<sup>45</sup>

La situación legal de El Águila como compañía mexicana le impedía técnicamente unirse a la APPM, pero, a través de sus representantes Body y Ryder, Cowdray buscaba mantenerse en comunicación con el grupo sobre los gravámenes y la legislación que eran considerados contrarios a los intereses de todas las compañías de petróleo. Sin embargo, también era evidente que las rivalidades entre esas compañías persistían y que la dinámica personal entre

<sup>45</sup> No todos los encuentros fueron por medio de la Asociación de Productores de Petróleo de México; en septiembre de 1918, por ejemplo, Luis Cabrera, el secretario de Hacienda de Venustiano Carranza, convocó a una reunión informal en Nueva York a los abogados que representaban a las principales compañías de petróleo (Luis Riba representó a El Águila) para estimar la aceptación de la legislación recientemente aprobada por el gobierno mexicano, en especial las medidas, introducidas ese mismo mes, con las que se buscaba gravar no sólo la producción y las exportaciones, sino también las rentas y regalías, e introducir un nuevo impuesto del timbre a todas las escrituras de las propiedades. Cabrera se topó con una barrera de ultrajes, sobre todo del abogado de Doheny, E. R. Kellogg, quien resumió así sus puntos de vista: "la única solución a la situación creada por la Constitución de 1917 y los decretos posteriores era que dicha Constitución y decretos deberían ser abrogados y que era completamente inútil continuar las discusiones sobre bases diferentes y con propósitos diferentes"; AHPM, caja 2824, exp. 73657, Riba to Ryder, 19 de septiembre de 1918.

Cowdray y Edward Doheny, presidente de la APPM, era menos que armoniosa. Cowdray comentó acerca de Doheny: “es un irlandés estadounidense impulsivo; y es muy probable que lo que acuerda hoy no lo llevará a cabo mañana, por lo que es imposible trabajar con él”.<sup>46</sup>

Asimismo, era evidente que en el propio movimiento constitucionalista las opiniones estaban divididas sobre la forma precisa que debía adoptar la legislación sobre el petróleo, por lo que el resultado fue que dicha legislación tendría que esperar hasta después de que se hubiesen librado las batallas finales de la Revolución. Aunque es importante subrayar que no había nada inevitable en que el gobierno mexicano nacionalizara finalmente la industria petrolera, existen pocas dudas de que los intensos debates de ese periodo tuvieron como resultado la erosión progresiva del poder y la autonomía de las compañías de petróleo extranjeras que operaban en México. Ya para 1920, a pesar de su hostilidad y oposición concertadas a la reglamentación constitucionalista, se habían visto obligadas a aceptar los gravámenes más altos y más extensos y la reducción de sus derechos sobre sus propiedades privadas.<sup>47</sup>

<sup>46</sup> SMA, PEA, “Memo on Meeting with de Bunsen”, 25 de marzo de 1918.

<sup>47</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, pp. 229-238.

MANUEL PELÁEZ  
Y LA HUASTECA VERACRUZANA

A lo largo de esos tiempos volátiles, la primera prioridad de todas las partes con un interés creado en el petróleo era asegurarse de que los volúmenes de producción y distribución de los pozos petroleros siguieran manteniéndose sin mayores trastornos. En ese contexto, el factor crucial era la relación entre las compañías de petróleo y el cacique de la Huasteca veracruzana, Manuel Peláez.<sup>48</sup>

La relación databa de finales del último decenio del régimen de Porfirio Díaz, durante le rebatiña por los derechos de propiedad y perforación en la región Tuxpan-Tampico; sin embargo, las relaciones personales, familiares y de parentesco de Peláez en la Huasteca tenían raíces mucho más profundas, que eran igualmente vitales para el grado de influencia que podía ejercer sobre los asuntos regionales. Antes de la llegada de los agentes de las compañías de petróleo extranjeras, la familia Peláez-Gorrochótegui había formado parte de una élite local de comerciantes empresarios, rancheros y hacendados que habían aprovechado la extensión gradual del comercio de la región en la segunda mitad del siglo XIX para conso-

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 253-306. Brown presenta un análisis detallado del papel e importancia de Manuel Peláez durante esos años.

lidar su posición social y económica. Significativamente, los miembros de la familia también habían establecido una reputación de defensores de los intereses locales, en especial los derechos sobre la tierra de los habitantes indígenas de Temapache, pueblo nativo de Manuel Peláez.<sup>49</sup>

En cuanto miembros de la élite terrateniente local y, claro, debido a que se estimaba que sus tierras contenían importantes yacimientos petroleros, la familia Peláez pudo obtener para sí términos muy favorables de las compañías de petróleo. Asimismo, es evidente que otras comunidades menos prósperas (como los ranchos y los condueñazgos, que eran característica común de los sistemas de tenencia de la tierra en la región) también pudieron negociar

<sup>49</sup> Veracruz también había sido teatro de numerosas rebeliones agrarias a lo largo del siglo XIX; por ejemplo, en un informe de octubre de 1906 el vicecónsul británico en Coatzacoalcos indicaba que había, “entre 200 y 500 revolucionarios de Acayucan, Chinameca y Minatitlán [...] apenas puede haber duda de que los desórdenes surgieron por cuestiones agrarias, pues los indios estaban descontentos con el trato que habían recibido, que consideraban un despojo”, si bien no queda claro que eso estuviese relacionado directamente con la fiebre de la tierra asociada al auge del petróleo; PRO, FO, 371/89 d.36405. El liderazgo y las estructuras fundamentales de las disputas agrarias, como lo demostraría la Revolución mexicana en un sinnúmero de formas, eran la fuente principal de apoyo para el mantenimiento del caciquismo y el caudillismo; véase D. Brading (coord.), *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; y A. Knight y W. Pansters (coords.), *Caciquismo in Twentieth-Century Mexico*, Londres, Institute for the Study of the Americas, 2005.

términos provechosos, aunque menos lucrativos, con dichas compañías.<sup>50</sup>

A partir de 1911, una vez que las empresas de petróleo empezaron a pagar las regalías sobre la producción del petróleo y crearon nuevas fuentes de empleo en la región, la posición de Peláez como cacique paternalista “clásico” se extendió para abarcar no sólo la representación de los terratenientes locales y las comunidades rurales, sino también el creciente número de inmigrantes establecidos en el norte de Veracruz, que eran atraídos a la región por la demanda de mano de obra de la naciente industria petrolera.<sup>51</sup> Las nuevas fuentes de empleo, combinadas con la fragmentación de la autoridad nacional y estatal en la región a consecuencia de los disturbios revolucionarios subsecuentes a la caída del régimen de Porfirio Díaz, contribuyeron a incrementar la autonomía de Peláez y su función como intermediario y agente del poder entre los hacendados locales y las comunidades rurales, por un lado, y entre las compañías de petróleo y sus trabajadores, por el otro. Después de la caída de Victoriano Huerta, como

<sup>50</sup> A. M. Serna, *Oil, Revolution and Agrarian Society in Northern Veracruz: Manuel Peláez and Rural Life in the “Golden Lane”, 1910-1928*, tesis de doctorado, Chicago, University of Chicago, 2004, pp. 90-101.

<sup>51</sup> Durante la fiebre de construcción de nuevos oleoductos que siguió al descubrimiento de grandes yacimientos en 1911, Peláez se convirtió en el contratista de mano de obra más importante de la región; Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 257.



resultado de alianzas con otros grupos armados autónomos, Peláez pudo movilizar —y, lo que era más importante, pagar en plata en lugar del desacreditado papel moneda— una unidad local, considerable pero dispar, de voluntarios de las tres huastecas (es decir, las regiones veracruzana, potosina y tamaulipecana de la Huasteca); de este modo, proporcionó protección tanto a los hacendados y a las comunidades rurales como a las compañías de petróleo extranjeras.<sup>52</sup> Debido a la importancia estratégica de la región bajo su dominio, su función como “fuerza de estabilización” fue incluso reconocida tanto por el gobierno estadounidense como por el británico, los que, en varias ocasiones, aceptaron proporcionarle apoyo material.<sup>53</sup>

Anteriormente a los “acuerdos” con Peláez, las compañías de petróleo extranjeras establecidas en Veracruz habían intentado negociar la protección de los pozos petroleros con la guarnición local de los constitucionalistas (al mando del general constitucionalista Cándido Aguilar), pero habían resultado ser poco confiables, ineficientes y corruptos. Consecuen-

<sup>52</sup> E. Durán, “El petróleo mexicano...”, *op. cit.*, p. 71, sugiere que el número de partidarios de Peláez era de 30 000, lo que, muy probablemente, es exagerado. Cowdray calculaba que Peláez podía contar con entre 3 000 y 5 000 tropas locales; SMA, PEA, caja A3, Cowdray to de Bunsen, 15 de marzo de 1916. A. M. Serna, *Oil, Revolution and Agrarian Society...*, *op. cit.*, p. 195, sugiere que eran entre 3 000 y 10 000.

<sup>53</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, pp. 278-291.

temente, aunque sin duda alguna estaban lejos de sentirse contentas con tener que pagar a Peláez por su protección, las compañías de petróleo se resignaron a fin de asegurar que la producción de sus pozos petroleros siguiera adelante con relativa tranquilidad.

En consecuencia, Peláez no era, como a veces se ha afirmado, ni la creación de las compañías de petróleo extranjeras ni exclusivamente su agente, sino, antes bien, una combinación de cacique tradicional con fuertes lazos entre la sociedad rural y la cultura política locales y un líder “modernizador” que logró mediar entre los trabajadores petroleros y sus empleadores: lo que podía ofrecer —por un precio— a toda su variada y dispar clientela era protección contra la interferencia militar o política de la facción constitucionalista, su más fiel enemigo.<sup>54</sup>

Hacia finales de 1915 Peláez estaba recibiendo, además de las regalías sobre la producción de petróleo en sus propiedades, pagos regulares de El Águila, la Huasteca Petroleum Company y la Penn-Mex Oil Company. Cowdray informó a la Foreign Office que El Águila estaba presupuestando 30 000.00 pesos

<sup>54</sup> Myrna Santiago, *The Ecology of Oil: Environment, Labor, and the Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, p. 97, considera que la función primordial de Peláez fue la de líder de la revuelta de los hacendados anticonstitucionalistas que se coludieron con las compañías de petróleo (y las explotaron) para obtener la “cosificación de la selva”.

mensuales para cubrir los “costos” de Peláez, quien, además, hacía peticiones irregulares de pagos excepcionales acompañadas por amenazas de que se interrumpiría la producción de los pozos petroleros si no se le entregaba pronto el dinero.<sup>55</sup> Ahora bien, aunque esos pagos garantizaban la protección de los pozos, tenían que manejarse con sensibilidad para no provocar la ira de Cándido Aguilar, el comandante militar constitucionalista de Veracruz que controlaba el puerto de Tampico, donde se encontraba la oficina central de El Águila en la región.

En realidad, la Junta de Directores de El Águila instó reiteradamente a Rodolfo Montes (descrito como “representante de la compañía El Águila ante el gobierno de Venustiano Carranza”) y a Thomas Vaughan (gerente de la compañía en Tampico) a contactar a Cándido Aguilar para refutar las acusaciones de colusión con Peláez que se les imputaban en la prensa local.<sup>56</sup> Así, se confió a Montes la tarea de utilizar las pruebas de los préstamos forzados y las

<sup>55</sup> En diciembre de 1914 Peláez tomó el yacimiento de Potrero del Llano y exigió 100 000.00 pesos; SMA, PEA, caja A3, Memo on Meeting with de Bunsen, 15 de marzo de 1916. Cuando se le dijo que sólo había 8 000.00 pesos en la caja fuerte de la compañía, Peláez procedió a tomar 7 500.00 pesos y tuvo la consideración de extender un recibo; AHPM, caja 2800, exp. 73307.

<sup>56</sup> AHPM, caja 39, exp. 1023, ff. 45-49, Minutas de la Reunión de la Junta de Directores, 30 de agosto de 1915.

amenazas hechas por Peláez con el propósito de presentar su caso (claramente deshonesto) al gobierno de Venustiano Carranza y demostrar que no había colusión entre El Águila y el cacique huasteco.<sup>57</sup>

Puede argüirse incluso que la protección que Peláez proporcionaba —aunque no era precisamente como las compañías de petróleo hubiesen querido y, sin duda alguna, no tan reconfortante para los trabajadores de los pozos petrolíferos, sometidos a tomas periódicas, amenazas personales y a su propiedad, extorsiones e incluso asesinatos—<sup>58</sup> era, no obstante, fundamentalmente tranquilizadora para Cowdray.

<sup>57</sup> AHPM, caja 2800, exp. 73307, Montes to Ryder, 7 de mayo de 1915. Por supuesto, Montes no hizo mención de los pagos regulares que hacían a Peláez. Al mismo tiempo, Cándido Aguilar imponía multas regulares a El Águila por contaminar los ríos de la región y poner en peligro la agricultura, e inventando nuevos tipos de gravámenes sobre la producción: 50 000 dólares estadounidenses y 450 000.00 pesos en enero de 1915, respectivamente; *ibid.*, Wm. J. Pulford, Tampico, a T. B. Hohler, 7 de enero de 1915.

<sup>58</sup> Tres empleados de El Águila perdieron la vida en marzo de 1917 a consecuencia de la agresión de unos “hombres armados” en el pozo petrolero de Nanchital, en el sur de Veracruz. Se trataba de dos británicos: Hugh Buckingham, el superintendente del pozo petrolífero, y Edward Campbell-Bannerman, el tesorero; y un mexicano: Tirso Cruz. El informe no especificaba quiénes habían sido los culpables. En realidad, también es muy probable que la violencia y el robo fuesen cometidos por las tropas constitucionalistas, que tenían una mala reputación entre las compañías de petróleo extranjeras y a las que éstas caracterizaban a menudo como “con sus uñas listas”; AHPM, caja 39, exp. 1025, Minutas de la Reunión de la Junta de Directores, 27 de marzo de 1917.

Cuando en febrero de 1916 Cowdray recibió informes de otra ronda de combates entre pelaecistas y carrancistas en el yacimiento de Potrero del Llano y sus alrededores, se mostró notablemente confiado; y, en respuesta, hizo notar que:

si nuestras propiedades petroleras fuesen destruidas, el propio Peláez sufriría, porque el arrendamiento en usufructo que tenemos con él no se explotaría, sus parientes se privarían de las cuantiosas regalías que están recibiendo regularmente y desaparecería una fuente de empleo para los nativos.<sup>59</sup>

La volatilidad tanto de la política nacional como de la internacional también era un factor crucial que sostenía el cacicazgo de Peláez. En mayo de 1917 éste lanzó un manifiesto que confirmaba su hostilidad contra Venustiano Carranza y su deseo de buscar alianzas amplias con las fuerzas anticonstitucionalistas mediante el rechazo de la nueva Constitución; dejó en claro, asimismo, que apoyaba el esfuerzo bélico de los Aliados: “no abandonamos las empresas que los beligerantes tienen en la región que dominamos, y esas empresas serán defendidas por nosotros, sin importar quiénes puedan ser sus

<sup>59</sup> SMA, PEA, caja A3, P. M. Bennett (ingeniero electricista de El Águila, en Tampico) a Body, 9 de febrero de 1916; (Memo from Lord Cowdray), 15 de marzo de 1916.

propietarios”. Aunque el manifiesto parecía tranquilizador para las compañías de petróleo extranjeras y sus gobiernos respectivos, también era claro que el control que Peláez ejercía en la región se vería amenazado si Estados Unidos concedía su reconocimiento a Venustiano Carranza, porque podría facilitar un asalto constitucionalista en la región de los yacimientos petroleros.

El resultado fue que, a lo largo de 1917 y 1918, Peláez mantuvo la presión sobre las compañías de petróleo y sus respectivos gobiernos para que siguieran apoyando su cacicazgo como el principal y, en realidad, el único garante de estabilidad en la región. Aun cuando Cowdray y la administración de El Águila siguieron apoyando a Peláez durante todo el transcurso de ese periodo, lo hicieron a regañadientes, a falta de una alternativa más confiable; pero, al mismo tiempo, estaban completamente convencidos de la necesidad de evitar toda clase de intervención extranjera en la región en un desacertado intento de proteger el suministro de petróleo. Cowdray advirtió al gobierno estadounidense, en mayo de 1917, que la amenaza creciente de una intervención extranjera para proteger las compañías de petróleo no dejaría a Peláez más opción que retirarles su protección: “Peláez estaba vigilando las propiedades de las empresas de petróleo y seguiría haciéndolo hasta que apareciese cualesquier fuerza extranjera, cuando

se retiraría discretamente y dejaría el problema en sus manos”.<sup>60</sup>

John Body argumentaba también que el reconocimiento de Venustiano Carranza por parte de Estados Unidos también hizo que Peláez fuese más volátil y más vulnerable a las presiones externas. En octubre de 1917 envió a Cowdray un telegrama (que éste transmitió a la Foreign Office) para informarle que unos agentes alemanes se habían puesto en contacto con Peláez y que “si el gobierno estadounidense ayuda a Carranza, los rebeldes se verán obligados a aceptar el dinero alemán como cuestión de vida o muerte para ellos”.<sup>61</sup> Aunque se ha sugerido que el apoyo de Cowdray a Peláez se enfrió a partir de la “conversión” de aquél a la causa del reconocimiento de Venustiano Carranza después de 1917, también es posible argüir que, con su pragmatismo característico, Cowdray mantenía abiertas sus opciones y seguía una doble estrategia con el propósito de proteger la producción en sus fuentes (apoyando

<sup>60</sup> SMA, PEA, caja A4 (Notes about Mr. Body's visit to Washington), mayo de 1917. Como ejemplo de la creciente anarquía, Body presentó un informe sobre su reciente experiencia de un asalto contra el ferrocarril Tampico-Ciudad de México que dejó un saldo de 30 pasajeros muertos.

<sup>61</sup> SMA, PEA, caja A3, Body to Cowdray, 22 de octubre de 1917. Asimismo, Body le informó que, a fin de evitar que las pruebas de los lazos de El Águila con Peláez cayesen en manos inconvenientes, “durante mi última visita destruí personalmente todos los documentos financieros que mostraban los costos y ganancias del contrato”.

a Peláez), así como corregir la falta de representación en el ámbito gubernamental (mediante el reconocimiento formal de Carranza y el nombramiento de un ministro de Gran Bretaña que representara los intereses británicos).<sup>62</sup>

Este conjunto complejo de circunstancias permitió a Peláez mantener tanto su autoridad personal como su autonomía política en la región. Debido a que el constitucionalismo siguió enfrentando una resistencia regional concertada hasta 1920, Peláez también pudo fortalecer su posición en el ámbito nacional mediante alianzas con los grupos rebeldes anticarrancistas dispersos por todo el centro y el sureste de México: en Morelos, Oaxaca, el sur de Veracruz y la Huasteca potosina.<sup>63</sup> Su mayor atractivo para las compañías de petróleo extranjeras que operaban en el territorio controlado por él consistía en que les proporcionaba protección física de los yacimientos petroleros y en que limitaba la autoridad del gobierno constitucionalista. Así, Peláez proporcionaba a sus “clientes” —las compañías de petróleo extranjeras, sus gobiernos, los terratenientes de la región y las diversas comunidades rurales del norte de

<sup>62</sup> F. Katz, *The Secret War...*, *op. cit.*; J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 280.

<sup>63</sup> Véanse los ensayos en M. Wasserman y T. Benjamin (coords.), *Provinces of the Revolution: Essays on Regional Mexican History*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990.



Veracruz— lo que más deseaban, a saber, la libertad de interferencias del exterior y cierto grado de estabilidad que permitía que la producción de petróleo siguiera adelante con mínimas interrupciones, generando ganancias continuas para las compañías de petróleo extranjeras, regalías para los terratenientes de la región y fuentes de empleo en la industria del petróleo para los habitantes locales y los inmigrantes. A final de cuentas, los préstamos forzados que arrancó a las compañías de petróleo —que no sumaron más de 1.5 millones de pesos mexicanos entre 1915 y 1920— fueron comparables con los impuestos exigidos por los constitucionalistas, un precio relativamente bajo por permitir que la producción de petróleo continuara sin interrupciones importantes.<sup>64</sup>

## EL FIN DE UN IMPERIO EMPRESARIAL

Dos acontecimientos clave marcaron en particular el descenso definitivo del imperio empresarial de Cowdray en México: *i*) la cancelación en 1918

<sup>64</sup> J. Brown, *Oil and Revolution...*, *op. cit.*, p. 303. Peláez siguió siendo un actor importante en la política del estado de Veracruz después de la Revolución, hasta que el restablecimiento de la autoridad central finalmente minó su cacicazgo. Ése fue un proceso que se repetiría en todo México entre 1910 y 1930; al respecto véase, por ejemplo, K. Brewster, *Militarism, Ethnicity and Politics in the Sierra Norte de Puebla, 1917-1930*, Tucson, University of Arizona Press, 2003.

del contrato con el gobierno mexicano para la operación del Ferrocarril Nacional de Tehuantepec y *ii*) en la primavera de 1919, la venta de la participación mayoritaria del Grupo Pearson en El Águila al Grupo Shell.

No pueden considerarse esos acontecimientos como un indicio de debilidad ni, mucho menos, de fracaso, puesto que ambas negociaciones fueron favorables para Cowdray —en especial la última— tanto desde el punto de vista financiero como desde el personal. Pero, en la realidad, significaron el fin del imperio empresarial de Pearson en México, lo cual dejó un sabor amargo a Cowdray. Como comentó después de una reunión particularmente frustrante con Arthur Balfour, secretario de Relaciones Exteriores inglés, en junio de 1918, habiendo fracasado una vez más en persuadir al gobierno británico de que actuara con decisión para proteger sus intereses en México: “Después de 30 años de actividades sin igual en México, ver ahora nuestro trabajo desperdiciado día tras día, simplemente, me está matando”.<sup>65</sup>

La ironía suprema de la espectacular transformación de la fortuna de El Águila después de 1910 fue que ocurrió precisamente al mismo tiempo que la dramática implosión política del gobierno que tan

<sup>65</sup> SMA, PEA, caja A3, “Memo on Interview with Mr. Balfour”, 18 de junio de 1918.

cuidadosamente la había alimentado. El estallido de la Revolución de Francisco I. Madero en noviembre de 1910 fue el catalizador de la rápida e imprevista desaparición del régimen de Porfirio Díaz seis meses más tarde, después de más de 30 años en el poder. Otra ironía relacionada es el hecho de que la primera exportación registrada de petróleo ocurrió en el mes de mayo de 1911, mes en que Porfirio Díaz salió hacia su exilio europeo. La última ironía consiste en que los subsiguientes 10 años de revolución, guerra civil y guerra mundial no significaron, de manera alguna, el final de las empresas de Pearson en México, sino todo lo contrario, porque la producción y la demanda de derivados del petróleo aumentaron exponencialmente a lo largo de esa década.

Sin embargo, dicho lapso sí marcó un importante hito en la relación de Pearson con México, relación que, en el transcurso del siguiente decenio, no sólo transformaría la naturaleza y el alcance de su imperio empresarial, sino que también sellaría finalmente el destino de sus empresas mexicanas. En 1919 vendió la mayor parte de sus acciones en El Águila a la poderosa compañía petrolera transnacional Royal Dutch Shell y, al mismo tiempo, cedió el control de la Junta Directiva de El Águila. Aunque El Águila seguiría funcionando en México hasta la expropiación petrolera de 1938, Pearson jamás regresaría a México.



“UN DRAMA DE TODA LA HUMANIDAD”:  
PERSPECTIVAS LATINOAMERICANAS  
SOBRE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL\*

STEFAN RINKE\*\*

Cuando, a principios de agosto de 1914, se dio a conocer en Latinoamérica la noticia del estallido de la guerra en Europa, los principales periódicos —desde México, en el norte, hasta Argentina, en el sur— se llenaron de editoriales que comentaban los acontecimientos incluso en tono épico y con metáforas dramáticas. Se habló de la mayor catástrofe en la historia de la humanidad, que confrontaba al mundo con una crisis de dimensiones hasta entonces

Traducción: Enrique G. de la G.

\* Este artículo es un estudio preliminar a la publicación de un libro que actualmente prepara el autor en el marco de un Einstein Research Fellowship. El autor le agradece a la Einstein Stiftung y al Ibero-Americánisches Institut PK, institución asociada para este proyecto.

\*\* Instituto de Estudios Latinoamericanos e Instituto Friedrich Meinecke de la Freie Universität.

desconocidas. Se utilizó la metáfora de la tempestad y se comparó el estallido de la contienda con un rayo caído en el centro, cuyo efecto destructor estremecía todo el globo terráqueo a causa de los estrechos entrelazamientos globales. El comentarista del periódico *La Nación*, en Buenos Aires, uno de los periódicos más importantes de Latinoamérica, puso el dedo en la llaga ya el 2 de agosto de 1914 al calificar los acontecimientos como “drama de toda la humanidad”, del que no podía haber espectador alguno.<sup>1</sup> Desde la perspectiva de muchos observadores latinoamericanos, el estallido de la guerra en Europa en 1914 significó de verdad una cesura en el desarrollo histórico. Advertían que aquella guerra poseía una dimensión que afectaba a todo el mundo, de la que no era posible sustraerse.<sup>2</sup> Mediante la forma novedosa de la guerra de propaganda y a través de las tecnologías de la comunicación, que cada vez recurrían más a elementos visuales, el público se involucraba en los acontecimientos de manera más directa que nunca antes. Muchos convinieron que en aquellos días de agosto de 1914 terminó una época y comenzó otra, aún incierta.

<sup>1</sup> “Ecos del día: La catástrofe”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1914, p. 1.

<sup>2</sup> Como ejemplo de una cantidad innumerable de comentarios similares, provenientes de los órganos de prensa de 15 países de la región en agosto de 1914, cf. “Chronica”, *Revista de Semana*, Río de Janeiro, 8 de agosto de 1914, p. 5.

Esta percepción de la interacción entre los entramados globales y el desarrollo local durante la Primera Guerra Mundial se ha establecido hasta ahora muy poco en la historiografía sobre Latinoamérica, puesto que al escribir la historia generalmente se separa la fase de surgimiento de los Estados latinoamericanos en el “largo siglo XIX” del desarrollo hacia las sociedades de masas modernas del siglo XX. Las obras históricas clásicas suponen a menudo, al establecer sus periodizaciones, un punto de inflexión tardío alrededor de 1930.<sup>3</sup> Desde esta perspectiva, la crisis económica mundial es el momento en el que se considera que la historia de Latinoamérica toma una nueva dirección y en el que comienza el siglo XX latinoamericano. De este modo, la Primera Guerra Mundial no se considera como un parteaguas en el desarrollo histórico.

Sucede algo diferente al escribir la historia nacional. Así, existen estudios sobre la diplomacia durante la Primera Guerra Mundial en países como, por ejemplo, Argentina, Brasil, Chile y México, que, sin embargo, no tuvieron cuidado de alianzas transna-

<sup>3</sup> Cf. por ejemplo, Peter Bakewell, *A History of Latin America*, 2a. ed., Malden, Blackwell, 2004; Tulio Halperin Donghi, *Geschichte Lateinamerikas*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1994; François Chevalier, *América Latina. De la Independencia a nuestros días*, Barcelona, Labor Nueva Clio, 1983; Enrique Ayala Mora et al. (eds.), *Historia general de América Latina*, t. 7: *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación 1870-1930*, Madrid, Trotta, 2008.

cionales.<sup>4</sup> A pesar de las grandes diferencias en cada caso, llama la atención que frecuentemente, durante la década entre 1910 y 1920, se intensificaron las experiencias de ruptura. Por ejemplo, en el año de 1910 se considera un hito para México a causa del inicio de la Revolución; en el caso de Argentina, 1916 es el año de la toma de poder del candidato del Partido Radical, Hipólito Yrigoyen. Para Bolivia, Chile, Guatemala y Perú, los años de 1919-1920 se aceptan como un importante punto de inflexión debido a los cambios políticos y sociales que se dieron en ese momento. También para países más pequeños de la región es posible reconocer cesuras claras, como Nicaragua, donde se asentó el control militar estadounidense en 1912; y Panamá, donde se inauguró el canal transoceánico en 1914, poco antes del estallido de la guerra, con lo que de igual manera se robusteció la ya fuerte presencia de Estados Unidos. En sí mismos los años de la guerra serán tematizados, en cambio, tan sólo esporádicamente.

<sup>4</sup> Ricardo Weinmann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial: neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos, 1994; Francisco Luiz Teixeira Vinhosa, *O Brasil e a Primeira Guerra Mundial: a diplomacia brasileira e as grandes potências*, Río de Janeiro, Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1990; Juan Ricardo Couyoumdjian, *Chile y Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial y la postguerra, 1914-1921*, Santiago, Andres Bello/Universidad Católica de Chile, 1986; Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago, Chicago University Press, 1981.



La historiografía a propósito de la Primera Guerra Mundial se ha concentrado de modo tradicional casi exclusivamente en la perspectiva de Europa y de Estados Unidos, por lo que durante mucho tiempo fueron centrales, ante todo, los efectos políticos y económicos. Sin embargo, de modo paralelo al incremento de los enfoques históricos globales al escribir la historia, en los últimos años han surgido diversos estudios que incluyen conscientemente a la guerra en su contexto global, incluyendo a Latinoamérica. En este último caso, por lo general, la atención cae sobre descripciones más o menos detalladas de las batallas navales frente a las costas chilenas o en las islas Malvinas, en 1914 y 1915.<sup>5</sup>

Por lo tanto, la valoración de la Primera Guerra Mundial en la historiografía y en la percepción de los contemporáneos divergen bastante en Latinoamérica.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> El mejor ejemplo es el volumen monumental de Hew Strachan, *The First World War*, t. 1: *To Arms*, Oxford, Oxford University Press, 2001; cf. también William K. Storey, *The First World War. A Concise Global History*, Lanham, Rowman and Littlefield, 2009, pp. 67-72; Lawrence Sondhaus, *World War One: The Global Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011, pp. 103-109; Michael S. Neiberg, *Fighting the Great War: A Global History*, Cambridge, Harvard University Press, 2005, pp. 123-150; Daniel Marc Segesser, *Der Erste Weltkrieg in globaler Perspektive*, Wiesbaden, Marixwissen, 2010; Heike Liebau (ed.), *The World in World Wars. Experiences, Perceptions and Perspectives from Africa and Asia*, Leiden, Brill, 2010.

<sup>6</sup> Sin embargo, existen diversos trabajos clásicos sobre la historia de la diplomacia de la década de los veinte. En especial, vale la pena mencionar el estudio cuidadosamente detallado de Percy A. Martin, *Latin*

Apremia la pregunta acerca de qué factores motivaron a los latinoamericanos entre 1914 y 1918 a entender la Guerra Mundial como una cesura importante y dramática en sus propias vidas. ¿Cómo percibieron este conflicto, este drama? ¿Cómo reaccionaron frente a él? Una tesis es que precisamente las fuerzas reformistas entendían la crisis —en parte dramáticas— que originó el estallido de la guerra como oportunidades para impulsar sus proyectos de transformación de la propia sociedad.

En primer lugar, este artículo reconstruye el contexto político y económico para después exponer una dimensión en la que se harán especialmente claras las interacciones de las percepciones, los procesos reformativos y los entrelazamientos de las cuestiones histórico-sociales e histórico-culturales. Se trata, principalmente, de la guerra mediática y del redireccionamiento de las variantes latinoamericanas del nacionalismo en el contexto de la Guerra Mundial. ¿Qué sentido se les otorgaba a los acontecimientos de

---

*America and the War* [1925], Gloucester, Peter Smith, 1967. Una excepción a la historiografía latinoamericana reciente es Bill Albert, *South America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; su obra sigue siendo una referencia para entender los efectos económicos y sociales de la guerra, aunque se limita a cuatro países —Argentina, Brasil, Chile y Perú— y acude poco a fuentes primarias. Más recientemente, Olivier Compagnon ha publicado algunos ensayos interesantes sobre el tema. Cf., entre otros, “Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l’Amérique Latine entre 1914 et 1918”, *Relations Internationales*, núm. 137, 2009, pp. 31-43.

la guerra? ¿Qué impresiones sobre el futuro del propio desarrollo se extraían de ella?

Para poder discutir estas preguntas, el primer apartado muestra inicialmente cómo maniobraron los Estados latinoamericanos entre la neutralidad, la guerra económica y la participación en la guerra, y cómo los efectos económicos y sociales de la conflagración se hicieron notar en la región. El segundo apartado analiza la dimensión político-mediática de la guerra y las nuevas imágenes de Europa que se crearon en los medios latinoamericanos en el contexto de la Primera Guerra Mundial. En tercer lugar se tratarán las reacciones que hubo en Latinoamérica sobre los retos de la guerra en Europa. No se trata de construir una relación causal entre ciertas percepciones de Europa y las reacciones de Latinoamérica, sino de señalar las interacciones entre los desarrollos globales en los que estaba implicada Latinoamérica de tantas maneras, y los esfuerzos a favor de la autonomía.

## I. NEUTRALIDAD, GUERRA ECONÓMICA Y ENTRADA EN LA GUERRA

Los gobiernos latinoamericanos se esforzaron en un principio por permanecer ajenos a los acontecimientos que tenían lugar en Europa. Tradicionalmente,

la política exterior latinoamericana jamás se había envuelto en conflictos europeos.<sup>7</sup> En la medida de lo posible debían mantenerse en curso las relaciones económicas que se consideraban vitales. No existían obligaciones políticas ni hacia los Aliados ni hacia las Potencias Centrales, que habrían hecho necesaria una toma de partido. Por lo tanto, todos los Estados latinoamericanos declararon su neutralidad.<sup>8</sup>

Con esta neutralidad los gobiernos latinoamericanos siguieron el ejemplo de Estados Unidos, que, a pesar de la inmensa simpatía del presidente Woodrow Wilson y de la mayoría de la población en favor de la Entente, deseaban de igual manera permanecer al margen de la guerra europea. El conflicto en Europa abrió, de cara a Latinoamérica, posibilidades insospechadas para Estados Unidos. Ya antes de la guerra se había establecido firmemente como fuerza protectora y policiaca en términos político-militares, sobre todo en Centroamérica y en el Caribe. El interés estratégico de Estados Unidos por su, así llamado, “patio trasero” se incrementó aún

<sup>7</sup> “O Brasil neutro”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 19 de noviembre de 1914, p. 3.

<sup>8</sup> Para las razones de la neutralidad de Latinoamérica cf. Roger Grivil, *The Anglo-Argentine Connection. 1900-1939*, Boulder, Westview Press, 1985, p. 112; y Pedro Cavalcanti, *A presidência de Wenceslau Braz 1914-1918*, Brasília, Universidade de Brasília, 1983, pp. 97-98.

más con la inauguración del Canal de Panamá el 15 de agosto de 1914. Con el argumento de proteger el canal ante los ataques de los contendientes en la guerra y ante los problemas de los europeos debidos a la guerra misma, Estados Unidos pudo representar entonces de manera más abierta y ofensiva sus deseos de fuerza hegemónica de todo el hemisferio occidental.<sup>9</sup> Así, los *marines* estadounidenses ocuparon Haití en 1915, la República Dominicana en 1916 y Cuba en 1917. En estos países se extendió la presencia estadounidense mucho después del término de la guerra. Lo mismo valió para Nicaragua, que los estadounidenses ya habían ocupado en 1912. Pocos días antes de entrar en la guerra, Estados Unidos compró en 1917 las Islas Vírgenes danesas. Con Woodrow Wilson, el gobierno de Estados Unidos se esforzaba por completar por medios pacíficos el sistema panamericano de relaciones económicas y culturales —que desde la década de 1890 se había creado vagamente— bajo el liderazgo estadounidense. Washington solicitó, sin éxito, la aprobación de los Estados latinoamericanos para llevar a cabo planes en

<sup>9</sup> Los objetivos de la política estadounidense están resumidos en *Secretary of State. Lansing and Woodrow Wilson* (Washington, 24 de noviembre de 1915), National Archives (NA), Record Group (RG) 59, M743, Rollo 1, pp. 70-73. Cf. también Mark Gilderhus, *Pan American Visions: Woodrow Wilson in the Western Hemisphere, 1913-1921*, Tucson, University of Arizona Press, 1986, pp. 26-27.

favor de un sistema de seguridad colectivo panamericano con un sistema de arbitraje.<sup>10</sup>

Los Estados latinoamericanos permanecieron esencialmente pasivos de cara a los retos políticos de la guerra en Europa. En verdad, a finales de 1914 hubo una iniciativa venezolana para efectuar una reunión de los países neutrales, pero se estancó. Latinoamérica no encontró una línea política común para tomar posición ante la guerra, ni con el panamericanismo de sello estadounidense, ni mediante la mutua cooperación, ni siquiera tampoco para establecer una defensa colectiva ante ataques a la neutralidad y soberanía durante el desarrollo de las acciones bélicas. Las élites políticas estaban bastante conscientes de que en esta guerra, de dimensiones globales nunca antes vistas, no podía permanecerse simplemente al margen. Así, en una circular confidencial del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile a los delegados extranjeros, se afirmaba que la guerra creaba una situación complicada para Latinoamérica, puesto que los intereses de las potencias beligerantes no se limitaban a Europa, sino que poseían alcances globales.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Stefan Rinke, *América Latina y Estados Unidos: Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy*, Madrid/México, El Colegio de México/Marcial Pons, 2015, pp. 116-119.

<sup>11</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores (MRREE), *Circular confidencial núm. 2* (Santiago de Chile, 29 de agosto de 1914), Chile: Archivo del MRREE, t. 479.

Cuán cierta era esta afirmación se mostró en los primeros meses de la guerra en cuanto el conflicto se trasladó, en forma de batalla naval, a aguas latinoamericanas. La mayoría de los Estados latinoamericanos se vieron superados en la efectiva vigilancia de sus costas y temieron que las potencias participantes en la guerra pudieran violar sus territorios soberanos.

Los combatientes europeos no respetaron los derechos de neutralidad de los países latinoamericanos y hubo numerosos ataques. Particularmente, la “estrategia global” de Alemania, que tenía como objetivo atacar a los británicos en su propio imperio, trasladó la guerra también hacia el *informal empire* latinoamericano.<sup>12</sup> Esto sucedió por primera ocasión durante los combates navales entre alemanes e ingleses en el Pacífico sur y en el Atlántico sur, que condujeron a protestas del gobierno chileno a causa de la violación a su neutralidad.<sup>13</sup>

El mayor perjuicio a la neutralidad de Latinoamérica se dio en el terreno económico, puesto que desde

<sup>12</sup> Hew Strachan (*To Arms, op. cit.*, p. 694), quien detalla estupendamente la estrategia del *Reich*, no profundiza en el papel de Latinoamérica.

<sup>13</sup> Germán Bravo Valdivieso, *La Primera Guerra Mundial en la costa de Chile. Una neutralidad que no fue tal*, Viña del Mar, Altazor, 2005, pp. 69-71. Por supuesto que Latinoamérica no fue la excepción. Los países neutrales europeos sufrieron experiencias similares. Cf. los ensayos comparativos en Johan den Hertog y Samuel Kruizinga (eds.), *Caught in the Middle. Neutrals, Neutrality, and the First World War*, Ámsterdam, Amsterdam University Press / Aksant Academic Publishers, 2011.

el principio se condujo el conflicto como una guerra económica global. Ya en 1912 y 1913 se había hecho notar con bastante fuerza la cautela de los inversionistas europeos de cara a la crisis balcánica. En efecto, los observadores contemporáneos, como el periodista chileno Carlos Silva Vildósola, pronosticaron al estallar la guerra que sus efectos serían bastante serios, sobre todo porque las economías nacionales latinoamericanas dependían desde el siglo XIX de los mercados y del capital europeos.<sup>14</sup>

La principal medida de los Aliados fue aumentando a lo largo de los años de la guerra en forma de bloqueos marítimos y comerciales. Visto desde la perspectiva de los derechos de los pueblos, dicha medida en contra de costas, puertos y barcos enemigos y contra productos en altamar era absolutamente permitida según las reglas de la guerra económica del siglo XIX. La segunda Conferencia de La Haya en 1907 y la Conferencia Naval de Londres en 1908 habían afinado las resoluciones para el tratamiento del comercio de los países neutrales, a pesar de que no todos los participantes las habían ratificado. Dichas resoluciones definieron los productos que se encontraran en barcos neutrales como contrabando, según distintas categorías, y restringieron la

<sup>14</sup> “El año financiero”, *La Nación*, Buenos Aires, 1 de enero de 1915, p. 7. Carlos Silva Vildósola, *Le Chili et la guerre*, París, F. Alcan, 1917, p. 2.



posibilidad de decomisar bienes no importantes para la guerra.<sup>15</sup>

El bloqueo significó para Latinoamérica la interrupción de las relaciones comerciales libres con Europa y, con ello, para muchos países de la región, de sus mercados más importantes. Así, por ejemplo, los comestibles se consideraban, según las resoluciones, de “contrabando restringido”. Esto significaba que el gobierno británico decidía, de caso en caso, si ciertos productos podían requisarse o no. En noviembre de 1914 se catalogó el café, medida con la que se buscaba, de acuerdo con el delegado costarricense en Londres, afectar a los grandes comerciantes alemanes de café, principalmente en Guatemala y Venezuela. Por supuesto que la medida causó problemas a todos los exportadores latinoamericanos de café.<sup>16</sup> A pesar de ello, los países neutrales americanos, incluido Estados Unidos, ignoraron las protestas contra ésta y otras medidas similares.<sup>17</sup> Los latinoamericanos se vieron obligados —a lo largo de la guerra— a dirigir los negocios con los Aliados unila-

<sup>15</sup> Sobre los derechos de los países neutrales respecto del bloqueo cf. Nigel Hawkins, *The Starvation Blockades. Naval Blockades of World War I*, Barnsley, Pen & Sword Books, 2002, pp. 80-91.

<sup>16</sup> Emisario de Costa Rica para el MRREE (Londres, 4 de enero de 1915), Archivo Nacional de Costa Rica, MRREE, Caja 230: 1.

<sup>17</sup> “El comercio argentino y la neutralidad”, *La Prensa*, Buenos Aires, 29 de noviembre de 1915, p. 3.

teralmente hacia la exportación de materias primas significativas para la guerra.

Para establecer también en el extranjero la prohibición del comercio con el enemigo, los Aliados crearon en Latinoamérica las así llamadas “listas negras”, un medio especialmente innovador contra los intereses económicos alemanes en la región. A menudo, estas listas se imponían mediante presión diplomática o incluso por medios violentos. Además, *in situ* había comités de comerciantes de los Estados aliados para hacerlas valer. Estas acciones provocaron continuas protestas en Latinoamérica, puesto que se percibían como un ataque a la soberanía estatal aún mayor que el mismo bloqueo. Como se sabe, los Aliados justificaban su conducta con la guerra submarina alemana, que de igual manera acarreó nuevos problemas para Latinoamérica.

El éxito de las listas negras fue evidente. Sin embargo, no fue posible la eliminación completa de los intereses económicos alemanes y de origen germánico en la región. A su vez, muy pronto los comerciantes solicitaron la nacionalidad de los países donde residían para disimular sus actividades.<sup>18</sup> Pocos meses después del final de la guerra un testigo presencial del sur de la ciudad chilena de Valdivia declaró al servicio

<sup>18</sup> Del cónsul general colombiano al delegado (Nueva York, 22 de septiembre 1914), Colombia, Archivo General de la Nación, MRREE, caja 94, carpeta 2, p. 81.

secreto estadounidense que a menudo las listas se confeccionaban en los lugares concretos sin conocimiento particular y que, por lo tanto, no siempre aparecían los círculos de origen alemán, por no decir los círculos cercanos a los alemanes. Además, las listas negras habían alcanzado efectos contraproducentes, pues algunos comerciantes de los Estados aliados habían perdido a su clientela y caído en bancarrota. Finalmente, muy pocos comerciantes del círculo de los Aliados se habían apegado a la prohibición, de manera que al final de la guerra podían comprarse muchos productos de origen aliado en negocios enlistados.<sup>19</sup> A esto se añadió el problema del contrabando, que iba en aumento, lo cual no solamente incomodaba a los Aliados, sino que también ocasionó pérdidas económicas a los países latinoamericanos neutrales.<sup>20</sup>

Las consecuencias económicas del estallido de la guerra fueron profundas en la región, y en algunos lugares, como en el caso de Argentina y de Brasil, empeoraron las tendencias negativas de los años anteriores al conflicto. En el sector bancario se extendió la atmósfera de pánico y las casas crediticias

<sup>19</sup> From War Department, Military Intelligence Division, to Bureau of Foreign and Domestic Commerce (Washington, 14 de mayo de 1919), NA, RG 151, General Records, Government Activities, 841.

<sup>20</sup> "Ao Redor da Guerra—A questão do contrabando do guerra", *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 12 de febrero de 1915, p. 3.

permanecieron cerradas algunos días a principios de 1914 en la mayoría de los países de la región, lo que provocó una crisis financiera. También el flujo de capital proveniente de Europa tuvo un final abrupto. Los problemas empeoraron por la dificultad del sector exportador, que dependía por lo general de pocos productos o incluso de uno único. Además cayeron por doquier las importaciones tan drásticamente que las crisis de abastecimiento no se hicieron esperar. Los gobiernos intentaron dominar la situación sobre todo con moratorias y apelando a la población. Sin embargo, estas medidas tuvieron poco efecto. La vulnerabilidad y dependencia de las economías nacionales latinoamericanas respecto de Europa era más grave que nunca.<sup>21</sup> En términos generales, los comentarios de los políticos y de la prensa enfatizaban continuamente la dependencia en un contexto global que dejaba poco margen de juego.<sup>22</sup>

Sin embargo, a lo largo de 1915 hubo en algunos países una mejora en el sector exportador, produciéndose incluso balances comerciales positivos,

<sup>21</sup> Albert, *South America and the...*, *op. cit.*, pp. 37-55.

<sup>22</sup> Un buen ejemplo de esto es el mensaje anual del presidente costarricense Alfredo González, en mayo de 1915; véase Alfredo González, "Mensaje del Presidente", San José, 1 de mayo de 1915, en Carlos Meléndez Chaverri (ed.), *Mensajes presidenciales*, t. 4, "1906-1916", San José, AGHCR, 1983-1985, pp. 210-216.

debido al aumento de los precios de las materias primas importantes para la guerra de los Aliados y a que las importaciones permanecieron muy por debajo del nivel anterior a la guerra. Entre los productos con mayor demanda se encontraban el estaño de Bolivia, el salitre y el cobre de Chile y de Perú, el trigo de Argentina, la carne de Uruguay y el azúcar de Cuba.<sup>23</sup> En algunos países la crisis de importación tuvo un efecto estimulante sobre los sustitutos de importación mediante la industrialización, sobre todo allí donde antes de la guerra se habían registrado indicios de dicha actividad.<sup>24</sup>

No obstante, la guerra trajo problemas para los trabajadores de muchos países en la región. El aumento de precios en las ciudades tomó, por temporadas, medidas espantosas, porque también los productos de necesidad básica, como los combustibles, comenzaron a escasear. También se dispararon los precios de los alimentos, incluidos los productos de la canasta básica. No sin razón la prensa condenó la usura y la especulación que propiciaba dicho problema.<sup>25</sup> Estos procesos, la inflación creciente, los sueldos reales que caían y el desempleo masivo por temporadas,

<sup>23</sup> Según un informe de las autoridades comerciales estadounidenses, *Economic Conditions in Foreign Countries*, 8 de mayo de 1915, NA, RG 151, General Records, Government Activities, Box 2925.

<sup>24</sup> Albert, *South America and the...*, *op. cit.*, pp. 180-183.

<sup>25</sup> "Ecos del día", *La Nación*, Buenos Aires, 11 de agosto de 1914, p. 7.

condujeron en muchos sitios a un aumento de las tensiones sociales que, sin embargo, a causa de la debilidad del movimiento obrero anterior a 1917, pocas veces cristalizó en huelgas mayores.<sup>26</sup>

Otro acontecimiento importante para toda Latinoamérica fue el ascenso de Estados Unidos. Debido a la crisis europea se temió desde un primer momento que la región terminara como “botín de guerra” de los estadounidenses, así como la consecuente “conquista comercial”.<sup>27</sup> Hacia finales de 1914 el gobierno colombiano comenzó a presentar sus productos nacionales en Estados Unidos. En realidad, los intereses estadounidenses podían verse beneficiados por la guerra europea, incluso también gracias a la mejora de las posibilidades de comunicación y transporte que ofrecía el Canal de Panamá. El director general de la Pan-American Union, fundada en 1907, John Barrett, estaba seguro de que “*these are the days of unprecedented and legitimate opportunity in Latin America*”.<sup>28</sup> Para numerosos países de la región Estados Unidos se volvió el socio comercial

<sup>26</sup> Albert, *South America and the...*, *op. cit.*, p. 303.

<sup>27</sup> “Sud-América como botín de guerra americano”, *El Diario del Hogar*, México, 22 de septiembre de 1914, p. 2. Sobre la “conquista comercial” *cf.* “La guerra europea”, *La Nación*, Buenos Aires, 1 de octubre de 1914, p. 11.

<sup>28</sup> John Barrett, “Our Trade Opportunity in Latin America”, *American Review of Reviews*, núm. 50, 1914, p. 469.

extranjero más importante y la única fuente abierta de capital.

Muchos países latinoamericanos no pudieron librarse de la vorágine que causó la entrada de Estados Unidos en abril de 1917. Desde la perspectiva de Washington era claro que “incluso los países más alejados del conflicto [...] no [podían] ignorar las cuestiones del derecho internacional que plantea la guerra”.<sup>29</sup> Sin embargo, de ninguna manera correspondían del todo estas expectativas a los latinoamericanos y hubo diferencias regionales. Países como Cuba y Panamá —que se encontraban bajo el control militar y económico de Estados Unidos— le declararon abruptamente la guerra a Alemania. Guatemala, Honduras, Nicaragua, la República Dominicana y Haití rompieron primeramente relaciones diplomáticas con el Imperio alemán, hasta principios de julio de 1917, y en el transcurso de 1918 le declararon la guerra. Lo mismo sucedió con Costa Rica, donde el gobierno de Federico Tinoco, que se había hecho del poder mediante una revuelta en 1917, esperaba conseguir de esta manera la aceptación diplomática por parte de Estados Unidos. Tan sólo El Salvador conservó su neutralidad, puesto que su gobierno estaba a disgusto con la mediación

<sup>29</sup> “Alemania y los neutrales”, *La Prensa*, Buenos Aires, 8 de febrero de 1917, p. 9.

de Estados Unidos en la cuestión de la frontera con Nicaragua.<sup>30</sup>

Incluso cuando algunos testigos contemporáneos, como el jurista chileno Alejandro Álvarez, estimaron la entrada de Estados Unidos en la guerra como un cambio radical —decisivo para toda América y de importancia histórica— y enfatizaron la solidaridad interamericana, las reacciones en Sudamérica fueron más moderadas.<sup>31</sup> Aunque Bolivia, Brasil, Ecuador, Perú y Uruguay rompieron relaciones con Alemania a lo largo de 1917 —debido a ciertos problemas a raíz de la guerra submarina alemana—, ninguno de estos países participó en la guerra. Siete países más, entre ellos Argentina, Chile y México, permanecieron neutrales hasta el final de la guerra. La situación cambió en octubre de 1917, cuando el gobierno de Río de Janeiro le declaró la guerra al Imperio alemán a causa del torpedeo repetido de naves brasileñas; así, por primera vez, participaba un país latinoamericano de manera oficial en un conflicto armado fuera del continente americano. Las causas eran diferentes, pero puede afirmarse que

<sup>30</sup> Sobre la posición de los Estados centroamericanos *cf.* Kurt Lehmann al Auswärtiges Amt (AA), San Salvador, 23 de julio de 1917, Archivo Político del AA (APAA), 29101; Percy A. Martin, *Latin America and the War*, *op. cit.*, pp. 483-519.

<sup>31</sup> Citado por José A. Martínez, “La entrada de Cuba en la guerra universal”, *Cuba Contemporánea*, núm. 14, mayo de 1917, pp. 9-10.



hubo tres motivos centrales para entrar en la guerra: en primer lugar, la situación de carestía económica; en segundo, la presión política de Estados Unidos; y, en tercero, los efectos de la guerra submarina alemana. Por otro lado, la decisión de conservar la neutralidad se debió a la oposición a Estados Unidos, a una mayor independencia de los gobiernos en cuestión o simplemente a la ausencia de un causal bélico.

La aportación directa de los participantes latinoamericanos no fue de ninguna manera decisiva para la guerra. Numerosos cubanos se alistaron voluntariamente en el ejército de Estados Unidos. Solamente Brasil envió en 1918, además de una misión sanitaria, formaciones navales a Europa, las cuales llegaron demasiado tarde a combatir. En muchos sitios se tomaron medidas coercitivas contra las propiedades y los ciudadanos alemanes.<sup>32</sup> Además, las declaraciones de guerra ocasionaron una nueva dimensión en las relaciones entre Latinoamérica y Europa. Al menos en el plano teórico, los países participantes en la guerra eran ahora socios de

<sup>32</sup> Sobre la política bélica brasileña cf. Francisco Luiz Texeira Vinhosa, *O Brasil e a Primeira Guerra Mundial. A diplomacia brasileira e as grandes potências*, Río de Janeiro, Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, 1990, p. 158. Sobre la actuación contra los intereses alemanes cf. Frederic C. Luebke, *Germans in Brazil. A Comparative History of Cultural Conflict During World War I*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1987, pp. 122-175.

los Aliados, con los mismos derechos en la lucha contra las potencias centrales.

## II. LA GUERRA COMO ACONTECIMIENTO MEDIÁTICO

Esta supuesta igualdad de derechos se reflejó también en las imágenes de Europa que circularon en Latinoamérica durante la guerra. Se difundieron en los medios impresos modernos, que desde el inicio del siglo enfatizaron cada vez con mayor fuerza los elementos visuales, y que cobraron validez, sobre todo las nuevas revistas ilustradas, haciendo así de la Primera Guerra Mundial un acontecimiento mediático de primer rango en Latinoamérica. Los principales periódicos y revistas latinoamericanos no sólo publicaban con regularidad fotos de acontecimientos bélicos, sino que los comentaban también con caricaturas e ilustraciones.

La representación de la guerra como una catástrofe absurda e infernal desempeñó en Latinoamérica un papel central. Esto se manifestó principalmente en las caricaturas, como las que publicó la revista argentina *Caras y Caretas*, que por aquel entonces era la revista ilustrada más importante de Latinoamérica. En esas imágenes la muerte tiene tomado al mundo. Los socialistas argentinos ofrecían un clarividente

diagnóstico del futuro y calificaban a la guerra como “el choque innecesario y evitable de pueblos”. El editorial del periódico *La Vanguardia* iba más allá:<sup>33</sup>

Multitudes inmensas de hombres [...] se lanzan en estos momentos unas contra otras, para sembrar la muerte en el suelo de Europa y devastarlo. La juventud de las naciones en guerra va a ser segada en flor [...] Por meses o por años, que nos parecerán siglos, va a interrumpirse el trabajo de millones de hombres, su actividad creadora y fecunda, para ser sustituida por la calculada barbarie y el sabio salvajismo de la técnica destructiva.

La guerra sacudió los valores que Europa encarnaba. Las potencias europeas dejaron de ser puntos de referencia superiores, y se les representaba como depredadores codiciosos; del mismo modo, Europa aparecía aventajada y desgastada en numerosas imágenes. Los editoriales en la prensa completaban estas representaciones al atacar a los europeos con fuerza. De esta manera, en un diario brasileño importante se habló, ya a principios de la guerra, de que el “Viejo Continente” sería arruinado por la conflagración y que retrocedería algunas décadas.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> “¡La guerra!”, *La Vanguardia*, Buenos Aires, 2 de agosto de 1914, p. 1.

<sup>34</sup> “A victoria da Triplice Alliança?”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 2 de agosto de 1914, p. 17.

Muchos editorialistas, sin importar sus convicciones políticas, como, por ejemplo, el intelectual argentino José Ingenieros o el antropólogo mexicano Manuel Gamio, estaban sorprendidos por cuán rápido había mutado la guerra hacia una “guerra cultural”; con ello el concepto de “cultura” había adquirido la “elasticidad” de una “pelota de caucho”.<sup>35</sup> El tenor de sus ataques puede reducirse a la fórmula “traición a la civilización” y retroceso hacia la barbarie.<sup>36</sup> Según un corresponsal argentino, esta barbarización de Europa durante la guerra podía reconocerse en aspectos exteriores, como en el oscurecimiento de una urbe mundial como Londres por las noches. Sin embargo, a juicio de este observador, ello se hundía profundamente en la “psique de la nación” y contribuía a la ruptura de la civilización.<sup>37</sup> El poeta hispanomexicano Amado Nervo escribió en una columna de invitado en el periódico argentino *La Nación* en 1914: “la guerra actual supera en horrores y en crueldades a todas las invasiones de los bárbaros”.<sup>38</sup>

<sup>35</sup> Manuel Gamio, *Forjando patria* [1916], México, Porrúa, 1960, p. 103.

<sup>36</sup> Un ejemplo es el intelectual argentino Alejandro Korn, *Die Universitätsreform* (1929), en Ángel Rama (ed.), *Der lange Kampf Lateinamerikas*, Fráncfort del Meno, Suhrkamp, 1982, p. 186.

<sup>37</sup> “As Finanças da Guerra”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 26 de noviembre de 1914, p. 2.

<sup>38</sup> Amado Nervo, “Ante la catástrofe”, *La Nación*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1914, p. 5.

Puesto que los comentaristas mencionados consideraban —más o menos explícitamente— a Europa como centro del mundo, la crítica era siempre de dimensiones globales. Según ellos, la guerra tenía un efecto devastador sobre toda la humanidad; 1914 fue para el mundo entero un “año catastrófico”.<sup>39</sup> No era ésta sólo una consideración en sentido metafórico, sino que se hacía evidente en la difusión en el mundo no europeo y en las consecuencias desastrosas en Latinoamérica, que por cuenta propia contribuyó también a la guerra. A raíz de los estrechos entrelazamientos internacionales todo el mundo se conmocionó en sus cimientos, a pesar de que tan sólo habían tomado las armas unos cuantos países europeos. En agosto de 1914 *La Vanguardia* constató:<sup>40</sup>

Lo que pasa en este continente no es sino el reflejo de lo que acontece en todo el mundo civilizado, de modo que la guerra resulta virtualmente prolongada en el espacio, llegando a afectar regiones que no están ni remotamente empeñadas en la contienda.

Si la crítica se orientaba en un principio contra Europa como un todo, esto cambió a lo largo de la

<sup>39</sup> “El nuevo año”, *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 2 de enero de 1915, s.f.

<sup>40</sup> “Dura lección”, *La Vanguardia*, Buenos Aires, 6 de agosto de 1914, p. 1.

conflagración. En el medio de la guerra de propaganda en torno a la opinión pública, el conflicto llegó muy tempranamente de manera directa a Latinoamérica. En un principio no estaba claro de qué lado había que estar: “¿A qué indignarse contra el zar o contra el káiser, trágicos juguetes en manos del destino? ¿Quién podía lanzar la responsabilidad sobre alguien?”<sup>41</sup> El comentarista de la revista cultural argentina *Nosotros*, que planteó estas preguntas, estaba convencido de que en Latinoamérica no podía deseársele con justicia la victoria a ninguna nación, puesto que ninguna era la representante única de la civilización. Para evitar el reproche por publicar información falsa y partidista sobre los acontecimientos europeos, algunos medios latinoamericanos evadieron en las primeras semanas y meses de la guerra una toma de partido abierta.<sup>42</sup> En 1916 el periódico mexicano *El Nacional* intituló su sección de cables y corresponsales de guerra “Verdades y mentiras”.<sup>43</sup> Por otro lado, el gran interés del público por la guerra era tan evidente que la información de los medios

<sup>41</sup> “La Guerra”, *Nosotros*, Buenos Aires, 8 de agosto de 1914, pp. 118-119.

<sup>42</sup> Así, el periódico mexicano *El Imparcial*, que deseaba poner a libre disposición sus columnas, informaba que tendrían noticias comprobadas sobre los acontecimientos de la guerra. Apunte del editor en *El Imparcial*, México, 9 de agosto de 1914, p. 1.

<sup>43</sup> “Verdades y mentiras”, *El Nacional*, México, 10 de mayo de 1916, p. 4.

no disminuyó, sino que incluso redituó en un aprovechamiento comercial del “espectáculo”.<sup>44</sup>

Para este momento la situación en los medios había cambiado ya claramente. Intelectuales individuales expresaban su opinión en las columnas de la prensa y tomaban partido abiertamente por uno u otro bando. En el panorama de la prensa el resultado fue una división entre los partidarios de los Aliados y de las Potencias Centrales. Como afirmó el editor de *Caras y Caretas*, Julio Castellanos, pronto hubo tan sólo “filos” y “fobos”; todos seguían el espectáculo en Europa como si los combatientes fueran partidos políticos nacionales.<sup>45</sup>

En el “campo de batalla de una guerra encubierta en torno a la opinión pública y al poderío económico”,<sup>46</sup> según el servicio de propaganda estadounidense, los Aliados conservaban la evidente supremacía, porque con sus agencias de noticias Reuters y Havas poseyeron durante la guerra prácticamente un monopolio sobre la información periodística. Esto complicó la imparcialidad a la prensa latinoamericana. Quienes tomaban partido en favor de los Aliados lo hacían por distintas causas. Algunos simplemente recibieron

<sup>44</sup> “La explotación comercial de la guerra”, *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 3 de julio de 1915, s.f.

<sup>45</sup> Julio Castellanos, “Las consecuencias de la guerra”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 10 de octubre de 1914, s.f.

<sup>46</sup> *South America and the War* (1918), NA, RG 63, Entry 132, Box 4, p. 1.

dinero u otras prebendas por parte de éstos. En las editoriales se hace evidente también la cercanía y simpatía tradicional por Francia, que muchos miembros de los altos estratos latinoamericanos conocían por cuenta propia como estudiantes o turistas. Más allá de esto, la política cultural francesa se había esforzado exitosamente desde antes de la guerra por cuidar las relaciones con Latinoamérica mediante la fundación del Comité France-Amérique, por el antiguo ministro exterior Gabriel Hanotaux.<sup>47</sup> Esto se reflejó también en los muchos llamados a la solidaridad con Francia que intelectuales más o menos conocidos comenzaron a publicar y en los que a menudo se referían a la unidad en espíritu de la *race latine*, de la “raza latina”.<sup>48</sup> De cara a los otros Aliados, las declaraciones se mantenían reservadas. En Latinoamérica se fue en especial crítico ante Rusia.<sup>49</sup>

<sup>47</sup> Olivier Compagnon, “1914-1918: The Death Throes of Civilization-The Elites of Latin America Face the Great War”, en Jenny MacLeod y Pierre Purseigle (eds.), *Uncovered Fields: Perspectives in First World War Studies*, Leiden, Brill, 2004, p. 281.

<sup>48</sup> Ejemplos de esto son: Eduardo Carrasquilla Mallarino, “Canto de Guerra”, *Nosotros*, Buenos Aires, agosto de 1914, pp. 58-64; “Contra o Germanismo. Carta a Certo Poeta”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 28 de febrero de 1915, p. 2.

<sup>49</sup> Juan P. Ramos, “Alemania ante la guerra”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, núm. 9, 1914-1915, p. 443; “A missão da Russia prophetizada por Euclides da Cunha”, *A República*, Curitiba, 5 de agosto de 1914, p. 1.



Pero de esto no podía beneficiarse el Imperio alemán. Si ya antes de la guerra los francófilos habían atacado la autocracia y el autoritarismo de los alemanes, por el momento dichas voces se volvieron crédulas, en tanto que se dieron a conocer públicamente los crímenes de guerra en Bélgica.<sup>50</sup> De cualquier forma, el asalto a un país neutral fue condenado por doquier y la destrucción de bienes culturales y el ataque a civiles empeoraron la imagen de la brutalidad prusiana. Recurriendo al “peligro alemán” del pangermanismo, que ya antes de la guerra había amenazado supuestamente en el sur de Brasil y que ahora podía dilatarse aún más si no se le contenía, los comentaristas dejaron claro que no sólo representaba una amenaza para Europa.<sup>51</sup> La consecuencia fue que, a lo largo de los años de la guerra, se difundieron cada vez más imágenes del “espanoso alemán”. Estas imágenes documentaban una posición antialemana que, por un lado, abrevaba de la propaganda activa de los Aliados, pero que, también, por el otro, reflejaba la percepción de justicia de muchos latinoamericanos, la cual sufría una

<sup>50</sup> “Em torno da Guerra—A historia epica dos Belgas”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 2 de octubre de 1914, p. 3; “¡Bravos belgas!”, *El Abogado Cristiano Ilustrado*, México, 15 de octubre de 1914, p. 2. Cf. también John Horne y Alan Kramer, *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, New Haven, Yale University Press, 2001, pp. 204-212.

<sup>51</sup> “Pangermanismo”, *La Prensa*, Lima, 1 de septiembre de 1918, p. 3.

provocación más por parte de la irrestricta guerra submarina alemana.<sup>52</sup>

Tan sólo los esfuerzos de los alemanes y de las personas de origen alemán que vivían en Latinoamérica ofrecieron un contrapeso, consiguiendo un éxito parcial en sus esfuerzos por difamar a los Aliados. Estos esfuerzos eran bastante fuertes en Buenos Aires, donde, especialmente para este objetivo, se lanzó *La Unión*, un diario en castellano. Algunos intelectuales latinoamericanos, como señaladamente el argentino Ernesto Quesada, defendieron también la postura alemana.<sup>53</sup> Para ello utilizaron imágenes cuya continua repetición y uso —incluso en la publicidad de productos— dejan ver que se trata de estereotipos que van más allá del entendimiento de la audiencia clásica de lectores.

### III. LA REVALORIZACIÓN DE LO PROPIO

Dado que los movimientos nacionalistas en Latinoamérica podían sumarse a las impresiones negativas de Europa, la revalorización de lo propio era factor especialmente importante. La “traición” europea a la

<sup>52</sup> La capa de las *Crónicas de sangre* del periodista cubano Fernando de Soignie, La Habana, 1918, es un ejemplo especialmente fuerte.

<sup>53</sup> Ernesto Quesada, “El ‘peligro alemán’ en Sud-América”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, núm. 9, 1914-1915, pp. 387-407.

civilización pesaba demasiado. Las oligarquías latinoamericanas se habían identificado en el siglo XIX con dicha civilización y habían declarado como meta para el desarrollo la imitación de los modelos europeos. Aquello llegó tan lejos que algunos hasta propagaron un intercambio de población mediante migraciones forzadas, pero las promesas de desarrollo no podían cumplirse. Incluso tras cien años de independencia, Latinoamérica se había acercado sólo superficialmente a la modernidad europea. Por lo tanto, ya al doblar el siglo había estallado la crítica a la concepción de desarrollo unilateralmente orientada hacia Europa. Algunos intelectuales, como en Cuba José Martí o en Uruguay José Enrique Rodó, José Vasconcelos y Antonio Castro en México, Francisco García Calderón en Perú, Raymundo de Fariás Brito en Brasil y Tancredo Pinochet en Chile, señalaron errores de desarrollos concretos por su nombre y presentaron contrapropuestas provenientes desde distintas perspectivas. Sus alternativas entendían a Latinoamérica, por un lado, como la realización de Europa, por así decir, como una parte mejor e idealizada de Occidente. Por otro lado, comprendían la necesidad del esfuerzo por la autenticidad y la soberanía, es decir, por una soberanía nacional definitiva y por un trato equitativo en el sistema internacional.<sup>54</sup>

<sup>54</sup> Stefan Rinke, *História da América Latina: Das culturas pré-colombianas até o Presente*, Porto Alegre, EDIPUCRS, 2012, pp. 111-112.

Pronto, estas ideas se volvieron propiedad común de un número creciente de reformadores latinoamericanos, pero para entonces era nuevo el amplio efecto y la dinámica que estas concepciones habían ganado en el clima de la Primera Guerra Mundial mediante la presión externa e interna. Con la mejora de la situación económica, el ambiente de catástrofe de agosto de 1914 dio paso a un punto de vista más sobrio. Cerca se encontraba la idea de transformar por la guerra la propia situación económica y eliminar la dependencia de los mercados europeos. Ya en octubre de 1914 la revista cultural argentina *Nosotros* organizó una encuesta entre intelectuales acerca de cuáles serían los efectos de la guerra para la humanidad y, en particular, para Latinoamérica. El sociólogo Augusto Bunge respondió que Argentina tenía ahora la oportunidad de disolver la estrecha atadura con Inglaterra y con los monopolios extranjeros. Otras voces, como la del zoólogo de origen italiano Clemente Onelli, lo confirmaban. Según Onelli, la Gran Guerra podía convertirse en una lección para el país, para que éste se acordase de sí mismo.<sup>55</sup> La demanda de igualarse a las potencias europeas y de intensificar el intercambio comercial con los vecinos

<sup>55</sup> "Nuestra tercera encuesta", *Nosotros*, Buenos Aires, 8, 1914, pp. 144 y 169.

regionales no pudo concretarse debido a la presión económica.<sup>56</sup>

Sobre todo en México se señaló que los estallidos de violencia en la tan admirada Europa no le pedían nada a los que sucedían en la propia región, y que incluso los rebasaban. Con fina ironía escribió el periódico mexicano *El Demócrata* que, “gracias a Dios”, Latinoamérica todavía no estaba tan desarrollada como Europa. Por lo tanto, el reguero de sangre de la guerra civil mexicana era menor en comparación con el horror de la guerra en Europa.<sup>57</sup> Incluso poco antes del estallido de la guerra, el argentino Leopoldo Lugones informaba desde París en un artículo que se publicó después, a principios de agosto en Buenos Aires:<sup>58</sup>

¿Cómo puede extrañar Europa que Méjico no haya civilizado todos sus indios en cien años de vida independiente, cuando la barbarie albanesa y marroquí mantiénese en plena zona europea desde los tiempos prehistóricos? Y por otra parte, ¿acaso nos importa algo que Europa lo extrañe o no? Nosotros somos

<sup>56</sup> “Ruptura de la solidaridad económica”, *La Prensa*, Buenos Aires, 5 de agosto de 1914, p. 3.

<sup>57</sup> “La guerra de Europa y nuestra Revolución”, *El Demócrata*, México, 25 de septiembre de 1914, p. 2.

<sup>58</sup> Leopoldo Lugones, “La viga en el ojo (París, julio de 1914)”, *La Nación*, Buenos Aires, 10 de agosto de 1914, p. 3.

exclusivamente dueños de nuestro propio destino [...] El Nuevo Mundo presupone y ya ha iniciado una nueva civilización.

En muchos países de la región surgió una amplia politización a causa de la guerra. Los conflictos entre los partidarios de los Aliados y los de las Potencias Centrales se daban especialmente allí donde vivían, en mayor proporción, inmigrantes provenientes de los países combatientes. En 1914, por ejemplo, muchos chilenos de origen alemán y británico se precipitaron hacia Europa para luchar. En puertos como Buenos Aires hubo riñas entre las agrupaciones nacionalistas que marchaban con sus banderas nacionales en la mano y cantaban canciones patriotas por las calles. El conflicto exigía justamente decantarse por un bando; parecía imposible permanecer neutral e indiferente. Las asociaciones proaliadas recién fundadas, como la primera que se convocó en marzo de 1915, la Liga pellos Aliados, bajo la dirección de Rui Barbosa, en Río de Janeiro, y las asociaciones de los alemanes y ciudadanos de origen alemán avecindados en Latinoamérica propiciaron también en la época posterior fuertes enfrentamientos verbales.<sup>59</sup>

<sup>59</sup> “Liga pellos Aliados”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 18 de marzo de 1915, p. 3.

Sin embargo, las confrontaciones no se limitaron, de ninguna manera, a los miembros de las minorías nacionales. Tras la entrada en la guerra de los países latinoamericanos, en 1917, estas confrontaciones aumentaron a causa de la guerra submarina alemana y en el contexto de la ofensiva propagandística de los Aliados. La movilización de masas, sobre todo en las urbes, tomó proporciones desconocidas y se multiplicaron los ataques violentos contra las propiedades de las minorías alemanas. Especialmente en el sur de Brasil, las hostilidades tomaron vuelo en actos violentos de protesta en espacios públicos, que las autoridades toleraban. Al principio se trataba de movimientos espontáneos de protesta para el restablecimiento del honor y de la soberanía nacional. La solidaridad con los Aliados, cuya propaganda presentaba a la guerra como una lucha de las democracias contra la Alemania autocrática, fue de igual manera un motivo importante.<sup>60</sup>

En total, la guerra descubrió el desamparo de las oligarquías gobernantes de cara a la dependencia extranjera y de los problemas sociales en el interior, contribuyendo con ello al desmoronamiento de esta capa social. Por lo tanto, no fue ningún milagro que las fuerzas reformadoras de Latinoamérica, bajo las

<sup>60</sup> Para el caso de Brasil cf. Luebke, *Germans in Brazil...*, *op. cit.*, capítulos 5 y 7.

condiciones específicas de la guerra, intensificaran sus actividades en muchos sitios. En especial, la clase media urbana y educada presentó la intención de ejecutar reformas sociales en nombre de la nación.<sup>61</sup> Algunos se organizaron en nuevos partidos nacionalistas; otros se afiliaron en agrupaciones que, por ejemplo, defendían los derechos de las poblaciones indígenas o de los obreros. Por lo general se trataba de alianzas de acción o de movimientos donde convergían las convicciones nacionalistas y los ensayos de reforma con el objetivo de modernización.

También en este contexto ganaron impulso los movimientos por los derechos de la mujer y pusieron de relieve más enérgicamente sus demandas.<sup>62</sup> Esto era posible, entre otras razones, porque la imagen de la mujer había ganado una nueva dimensión en el contexto de la guerra. A pesar de que incluso los países latinoamericanos combatientes participaban en la guerra, como regla general, sólo mediante donaciones y aprovisionamientos, la imagen de la propia aportación a la guerra fue importante, pues de allí se desprendió una nueva autoconsciencia. Puesto

<sup>61</sup> El autor lo investigó en el caso de Chile. Cf. Stefan Rinke, *Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931*, Santiago de Chile, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2002.

<sup>62</sup> Asunción Lavrin, *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1995, p. 267.



que ya no podían referirse a la imagen típica del hombre como guerrero, se utilizaron a menudo imágenes de mujeres militarizadas como símbolo de lo que la propia nación había contribuido a la guerra. En repetidas ocasiones se mostraba de forma alegórica a la mujer blanca altruista que servía en la Cruz Roja o que, incluso con pose de soldado, ondeaba la bandera nacional, que se introdujo como símbolo de una nación idealizada y étnicamente homogénea.<sup>63</sup>

Sin embargo, las oligarquías liberales ya no mantuvieron bajo control la movilización simbólica. Esto vale también para los grupos de los derechos de la mujer, que desarrollaron intensas actividades en muchos países de la región entre 1914 y 1918. En el contexto de la guerra se multiplicaron los más diversos intereses y movimientos sociales, que mostraban sus demandas cada vez más en el espacio público. Evidentes son tanto las interacciones con las influencias externas como los entrelazamientos transnacionales. Es conocido, asimismo, el nacionalismo revolucionario mexicano, que en la Constitución de 1917 nacionalizó con sus resoluciones las riquezas del subsuelo, pero que también repercutió en

<sup>63</sup> K. Lynn Stoner, "Cuban Interference with the United States", en Hans-Joachim König y Stefan Rinke (eds.), *North Americanization of Latin America? Culture, Gender, and Nation in the Americas*, Stuttgart, Heinz, 2004, pp. 144-146.

los esfuerzos para crear un bloque latinoamericano de países neutrales.<sup>64</sup>

Es importante también el proletariado organizado, pues la Primera Guerra Mundial trajo a Latinoamérica un fuerte aumento del potencial de protesta. Bill Albert, cuya historia económica de algunos países sudamericanos durante la Primera Guerra Mundial sigue siendo una obra de referencia, escribió a propósito:

Incluso una pequeña muestra de la abundante prensa obrera muestra que se seguía a detalle y que se comentaba con gran interés el curso de los acontecimientos en Rusia, en Europa y en México. En el desfile del Día del Trabajo se contaba y elogiaba la victoria de los obreros rusos.<sup>65</sup>

En realidad, espoleados por la Revolución rusa de 1917, los obreros de las ciudades y de muchos sitios de provincia buscaban una combativa representación de sus intereses. Por doquier estallaron huelgas, aunque no sólo se trataba de la reacción ante las crisis de hambre, sino también de huelgas políticas con el objetivo de reducir la jornada laboral o de

<sup>64</sup> Pablo Yankelevich, *La Revolución mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 11-22; Lorenzo Meyer, *La marca del nacionalismo*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 13-46.

<sup>65</sup> Albert, *South America and the...*, *op. cit.*, p. 237.

proteger el derecho de huelga. Las huelgas documentaron el crecimiento del proletariado en paralelo con el proceso de urbanización, así como el rompimiento del dominio de la oligarquía europeizada.<sup>66</sup>

En medio de la heterogeneidad de los movimientos, que iban desde agrupaciones anarquistas o asociaciones culturales indigenistas o hispanistas hasta asociaciones de lucha, antisemitas y xenóforas, puede reconocerse un rasgo unificador: el énfasis en la juventud. Para ello fue decisiva la referencia a la imagen de la Europa avejentada y desgastada, a partir de la cual se desprendía la imagen contrapuesta de la joven América. Pero de ninguna manera se restringió esto a un nivel simbólico. La autoconsciencia de la juventud latinoamericana se expresó de modo directo en el movimiento estudiantil transnacional que a partir de 1918 se extendió desde la ciudad argentina de Córdoba hasta Perú y Chile. Además de las reformas radicales del sistema educativo se trataba de un nuevo comienzo nacional. Las demandas de

<sup>66</sup> La oleada de huelgas comenzó en Argentina a finales de 1916 y al año siguiente se fortaleció en Perú, Chile, Brasil, Colombia, Ecuador, Bolivia, Uruguay y Cuba. Al respecto, cf. Hobart A. Spalding, *Organized Labor in Latin America*, Nueva York, New York University Press, 1977. En Perú hubo levantamientos de campesinos indígenas sobre todo entre 1918 y 1923; puede consultarse: José Deustua y José Luis Rénique, *Intelectuales, indigenismo y descentralismo en el Perú. 1897-1931*, Cuzco, Centro de Estudios Rurales Andinos, 1984, pp. 90-98.

los estudiantes estaban inseparablemente conectadas con la experiencia —aunque fuera mediata— de la guerra. Así, por un lado, el líder estudiantil argentino Aníbal Ponce, informó, 10 años después del movimiento de Córdoba, retrospectivamente la experiencia formativa del “horror de la tragedia europea”. Por otro lado, también llamaba a la guerra “la gran liberatriz” que le había enseñado a su generación a desconfiar del pasado.<sup>67</sup>

A esta negativa respecto de un pasado marcado por las convenciones y los modelos europeos correspondía la convicción de una capacidad propia por el futuro. Se juró en una lengua que se impuso con las metáforas del sacrificio de la juventud y que se apoyaba íntimamente en la retórica de los líderes de la guerra. En el manifiesto del movimiento estudiantil de 1918 se afirmaba: “La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse”.<sup>68</sup> En realidad, los miembros de esta asociación estaban dispuestos a llevar a cabo sus visiones mediante las violentas luchas callejeras, que en el último año de la guerra se habían multiplicado por doquier. Ante

<sup>67</sup> Aníbal Ponce, “Hacia la democracia proletaria” [1927], en Juan Carlos Portantiero (ed.), *Estudiantes y política en América Latina. 1918-1938*, México, Siglo XXI Editores, 1978, p. 367.

<sup>68</sup> “Das Manifest von Córdoba” [1918], en Ángel Rama (ed.), *Der lange Kampf*, *op. cit.*, p. 175.

estos avances, asomó cada vez con mayor claridad el carácter ficticio de la concepción de una unidad monolítica de la nación.

Cuando se dio a conocer en Latinoamérica la noticia del cese al fuego en Europa en noviembre de 1918, todo el mundo salió a las calles para celebrar el final del genocidio de diversos pueblos.<sup>69</sup> El significado que se le atribuyó a este acontecimiento y la orientación de las acciones que de aquí se desprendieron fueron, sin embargo, del todo diferentes. En público dominaban, sobre todo, las voces de los países ganadores, como Brasil, que aclamaban la victoria de la “civilización contra el pangermanismo” y de la democracia contra la autocracia, así como la destrucción del mito de la Prusia invencible.<sup>70</sup> Al mismo tiempo, también los países neutrales registraron demandas para una participación equitativa en el orden internacional posterior a la guerra.<sup>71</sup> Tras la euforia y las grandes esperanzas, en el contexto de la fundación de la Sociedad de Naciones, habría de seguir,

<sup>69</sup> “A vitória dos Aliados: manifestações populares-as aclamações á Belgica foram delirantes”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 16 de noviembre de 1918, p. 4. “Júbilo popular”, *La Prensa*, Buenos Aires, 12 de noviembre de 1918, p. 9.

<sup>70</sup> Victor Viana, “A derrocada allemã”, *Jornal do Commercio*, Río de Janeiro, 12 de noviembre de 1918, p. 3. “A derrota da Allemanha”, *ibid.*, p. 5.

<sup>71</sup> “Los derechos de los neutrales”, *La Unión*, Valparaíso, 4 de enero de 1919, p. 1.

sin embargo, la decepción para Latinoamérica, puesto que las grandes potencias europeas no habían previsto una auténtica equidad ni siquiera para sus aliados latinoamericanos.<sup>72</sup>

No obstante, no sólo a nivel diplomático, sino también en muchos otros sentidos, la guerra había contribuido a suscitar esperanzas de cambio y, después, a radicalizar las exigencias. Especialmente los movimientos nacionalistas tomaron impulso en muchos países. Además, los acontecimientos de la “semana trágica” en Argentina y los disturbios en muchos otros países a principios de 1919 demostraron que la Primera Guerra Mundial había dejado un legado de violencia, del cual no podía escaparse tampoco en Latinoamérica.<sup>73</sup> Sin duda, el intelectual marxista peruano José Carlos Mariátegui tenía razón cuando escribió retrospectivamente en 1925:<sup>74</sup>

La guerra mundial no ha modificado ni fracturado únicamente la economía y la política de Occidente.

<sup>72</sup> Para estas relaciones cf. Thomas Fischer, *Die Souveränität der Schwachen. Lateinamerika und der Völkerbund. 1920-1936*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 2012.

<sup>73</sup> Edgardo Bilsky, *La semana trágica*, Buenos Aires, Biblioteca Militante, 2011, pp. 99-112.

<sup>74</sup> José Carlos Mariátegui, “La emoción de nuestro tiempo” [1925], *Amauta*, núm. 31, 1930, pp. 4-5. Citado desde Albert, *South America and the...*, op. cit., p. 314.

Ha modificado o fracturado, también, su mentalidad y su espíritu. Las consecuencias económicas [...] no son más evidentes ni sensibles que las consecuencias espirituales y psicológicas. Los políticos, los estadistas, hallarán, tal vez, a través de una serie de experimentos, una fórmula y un método para resolver las primeras; pero no hallarán, seguramente, una teoría y una práctica adecuadas para anular las segundas.

## RESUMEN

Con olfato seguro para la trascendencia de los acontecimientos, muchos observadores en Latinoamérica reconocieron tempranamente el significado del estallido de la guerra para su propia realidad. El conocimiento no fue exclusivo para las clases altas y para los grupos interesados políticamente, sino que se difundió a causa de los problemas económicos y sociales que pronto permearon a todas las clases. Si bien en la región ya se habían registrado continuas crisis en el clímax de la integración del mercado mundial en el siglo XIX, ésta se distinguió de todas las anteriores por su duración e intensidad, por la dimensión que afectó a toda la región, así como por las reacciones a las que dio lugar.

En las nuevas imágenes de Europa y de la guerra se reflejaba la insatisfacción sobre la orientación hasta

entonces unilateral hacia los modelos de desarrollo europeos y también el horror ante la recaída en la barbarie. La contraposición del “nosotros y Europa” determinó las imágenes. Pero ahora se encontraba la valoración comparativa bajo augurios invertidos. El ímpetu por diferenciarse y por la elucidación de la diferencia, que desde inicios del siglo era ya reconocible, se colocó por esto mismo con mayor fuerza en una posición central.

La guerra dio paso, tanto en el contexto económico como en el cultural, a los esfuerzos emancipatorios que se hicieron notar durante el conflicto o inmediatamente después del final de la guerra. Esto no quiere decir que dichos procesos se hubieran suscitado justo por la guerra, sino que la Primera Guerra Mundial fue su catalizador. Los potenciales de conflictos sociales que existían desde hacía tiempo se agudizaron por doquier. Los problemas, es decir, la percepción de su urgencia, se agravaron durante la guerra y se discutieron controversialmente en el panorama de una prensa que se modernizaba. Las discusiones desembocaron en nuevos movimientos sociales. Su orientación fue del todo diferente, pero eran parecidas en dos puntos: en primer lugar, se trataba de movimientos transnacionales que no permanecieron localizados en un solo país o en pocos, sino que actuaron sobre muchos sitios que estaban entrelazados entre sí.



En segundo lugar, para diferenciarse de la vieja Europa y de las oligarquías gobernantes en Latinoamérica, pidieron para sí representar a la juventud y, con ello, la determinación del futuro. Pero había distintas opiniones acerca de cómo debía desarrollarse dicho futuro y por qué caminos debía transitarse hacia él. Fue también un legado de la Primera Guerra Mundial que las respuestas a la cuestión del desarrollo posterior de Latinoamérica se hayan buscado en luchas cada vez más acaloradas, pues en tanto “drama de toda la humanidad” impactó también en Latinoamérica.



## ¿UN RAYO EN UN DÍA DE SOL? LAS TRANSICIONES ARGENTINAS Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

FERNANDO J. DEVOTO\*

Los centenarios, como todas las conmemoraciones vinculadas a la superstición o a la convención de los números redondos, generan un enorme interés en acontecimientos específicos del pasado. Un flujo de recursos alimenta la realización de congresos, la publicación de libros, y junto con él emerge un interés mediático que se refleja en opiniones y debates. La Primera Guerra Mundial, como otros fenómenos considerados historiográficamente relevantes, no es aquí una excepción. El efecto de esos recursos y esas iniciativas sobre la comprensión del pasado es, sin embargo, ambiguo. Por un lado, aumenta significativamente nuestros conocimientos, pero, por el otro,

\* Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires.

tiende a generar, en muchos casos, intereses historiográficos poco vinculados a problemas y preguntas que deberían orientar una investigación histórica (exceptuados aquí los que trabajaban el tema desde antes); más preocupante aún, tienden a sobrevalorar la importancia del acontecimiento en cuestión dentro del conjunto de acontecimientos de una época.

En el caso que nos ocupa está fuera de discusión la importancia que tuvo la Primera Guerra Mundial para los países beligerantes —en especial para los europeos y mediterráneos— y los efectos posteriores de la misma. Se ha dicho que sin la Primera Guerra Mundial no hubiese habido fascismos y tal vez tampoco comunismo soviético, lo que desde luego implica una hipótesis contrafactual. Puede argumentarse también que esa guerra ponía en cuestión al capitalismo clásico, a los sistemas políticos asociados y a un conjunto de pautas civilizatorias. Igualmente, están las viejas interpretaciones que, desde una perspectiva a más largo plazo, consideraron algunos de los fenómenos que habrían sido el resultado de la guerra, por ejemplo, el nazismo alemán (Meinecke) y el fascismo italiano (Croce), como “paréntesis”.<sup>1</sup> ¿Y qué decir del comunismo soviético? Por ello, en una mirada secular, puede afirmarse que tanto el capitalismo liberal

<sup>1</sup> F. Meinecke, *La catástrofe alemana*, Buenos Aires, Nova, 1947; B. Croce, *Scritti e discorsi politici*, Bari, Laterza, 1973.

como los sistemas políticos partidocráticos ya estaban en vigor antes de la Primera Guerra Mundial, y que una segunda globalización ha sucedido a la primera. Desde luego que toda lectura a largo plazo y desde las alturas tiende a no dar adecuada dimensión al modo en que las personas corrientes vivieron la experiencia de la guerra a ras del suelo —lo que podría denominarse el punto de vista del actor—, dejando con ello en el fondo del cuadro los enormes padecimientos que ellas sufrieron por las muertes masivas, la brutalidad y las secuelas de todo tipo del conflicto. Es quizá inevitable que así sea, ya que la escala espacial o temporal de toda observación histórica inevitablemente implica iluminar con más énfasis unos aspectos que otros del multiforme pasado.

En el caso de los países de América Latina, en especial de Argentina, una cuestión preliminar que debería plantearse es el real impacto de la guerra, tanto en los habitantes del país como en su curso histórico (o como quiera llamárselo). En este sentido, Argentina puede ser un lugar privilegiado para observar el problema, en tanto que era uno de los países latinoamericanos más integrados al mundo occidental en el momento de comenzar el conflicto. Lo era por su economía abierta y vinculada al mercado occidental, por la presencia en su territorio de 27.4% de inmigrantes europeos en el total de su población, por la orientación cultural de buena parte de sus grupos

dirigentes y de sus élites intelectuales. De este modo, preguntarse por la importancia de la Primera Guerra Mundial en Argentina puede parecer un sinsentido, pues tanto el país como la vida de los argentinos fueron indiscutiblemente afectados por ella. De ello, no puede deducirse automáticamente, sin embargo, que la guerra haya afectado del mismo modo a todos los habitantes, ni que procesos históricos en curso desde antes de la misma hayan sufrido desvíos o aceleraciones significativas por el conflicto.

Deberíamos entonces, en primer lugar, hacer una doble operación: primero, indagar los efectos de la guerra en el periodo de duración de la misma; luego, volver a pensar la cuestión en una mirada a largo plazo, que incluya el antes y el después del conflicto. Antes de hacerlo debemos recordar que lo que llamamos Argentina era un espacio que integraba dentro de sí realidades regionales muy diferentes, en las que los fenómenos antes aludidos —integración a la economía mundial, presencia de europeos y orientaciones políticas y culturales— estaban muy desigualmente distribuidos. Por ejemplo, de acuerdo con el Censo Nacional de 1914, los inmigrantes constituían 47% de la población en la ciudad de Buenos Aires, pero alcanzaban solamente 2% en las pequeñas provincias de La Rioja y Catamarca.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cf. F. Devoto, *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, pp. 294 y ss.

A los efectos de percibir el impacto de la guerra proponemos una desagregación de la indagación en diferentes y convencionales dimensiones. Veamos, en primer lugar, el caso de la economía. La economía argentina estaba vinculada al exterior por tres vías principales: *i*) el flujo de capitales financieros o de inversión, *ii*) exportaciones e importaciones, *iii*) el flujo de mano de obra inmigrante. Digamos rápidamente que este último se revirtió y fue negativo, levemente en 1913 y de manera acentuada desde 1914, aunque los dos principales países de proveniencia (casi 80% del total) o fueron neutrales (España) o entraron en la guerra en 1915 (Italia) y; por ende, los retornos fueron mucho más frecuentes que los arribos.<sup>3</sup> Por su parte, el ingreso de capitales extranjeros, que ya había disminuido significativamente en 1913 como consecuencia de la guerra en los Balcanes, cesó durante todos los años del conflicto.<sup>4</sup> Las importaciones también se desplomaron a aproximadamente la mitad respecto de 1913, si se toma el promedio de las mismas en los cinco años de guerra. Un fenómeno neutralizó al otro en términos de la cuenta corriente (balanza comercial más servicios de la deuda más remesas) con el exterior,

<sup>3</sup> Argentina, Dirección General de Inmigración, *Resumen estadístico del movimiento migratorio en la Argentina*, Buenos Aires, 1926.

<sup>4</sup> G. Di Tella, M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, EUDEBA, 1967, pp. 279 y ss.

que fue ligeramente superavitaria (dos años negativa, 1914 y 1916; y tres positiva, 1915-1916 y 1918). La situación de las exportaciones fue más compleja. En un contexto de términos de intercambio favorable hasta 1917, las mismas crecieron ligeramente en relación con 1913, si se toma el promedio de los cinco años de guerra.<sup>5</sup> Al explorar el problema de las exportaciones deben, sin embargo, hacerse algunas consideraciones adicionales. La primera es que fue muy diferenciada la situación del sector agrícola y del ganadero. El primero padeció bastante y el segundo encontró nuevas oportunidades con la demanda generada por la guerra, sea en carne congelada o enlatada, y también en la exportación de lana, en especial hacia Estados Unidos. Para el primero debemos considerar también factores ajenos al conflicto, como el volumen de las cosechas propias y de los competidores extranjeros (meteorología), el aumento enorme del costo de los fletes y, por ende, la localización geográfica. En este punto, mientras en la agricultura los mayores competidores americanos, Canadá y Estados Unidos, estaban más cerca y tenían fletes más bajos, en el caso de los productos cárnicos el competidor principal, en especial para el mayor mercado,

<sup>5</sup> P. Gerchunoff, L. Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Un siglo de políticas económicas argentinas*, Buenos Aires, Ariel, 1998, Apéndice estadístico, cuadro 2, p. 466.



el inglés, era Australia, más lejana.<sup>6</sup> Asimismo, la demanda sostenida de cereales por parte del mercado europeo, en especial luego de que surgieran del mismo otros productores importantes, como Rusia, no necesariamente podía ser abastecida por Argentina, debido a la ausencia de capacidad de bodega en un tráfico marítimo seriamente perturbado, que afectó, asimismo, al maíz, como lo revela el estancamiento del crecimiento de su área sembrada, la cual se había expandido en los años precedentes a expensas del trigo. Así, por ejemplo, en el momento que Argentina tenía potencialmente mayores oportunidades para beneficiarse de la demanda europea y de los altos precios, a saber, en 1917, la exportación de trigo y maíz literalmente se derrumbó, afectada por las graves perturbaciones en el comercio internacional, a lo que contribuía decididamente la amenaza de la guerra submarina ilimitada declarada por Alemania.<sup>7</sup>

Haciendo un primer balance, bien puede afirmarse, más allá de visiones contrastantes y a menudo algo simplificadas sobre el tema, que Argentina, al menos, no pudo beneficiarse de las condiciones generadas por la guerra que, en principio, debían favorecer a un país exportador de materias primas esenciales

<sup>6</sup> G. Di Tella, M. Zymelman, *Las etapas del desarrollo...*, op. cit., pp. 299-304.

<sup>7</sup> Véanse los cuadros elaborados por V. Vázquez-Presedo, *Estadísticas históricas argentinas (II)*, Buenos Aires, Macchi, 1976, pp. 210 y 212.

cuya demanda europea era elevada. Asimismo, aunque las exportaciones se sostuvieron, debe recordarse que en el momento más crítico para los países beligerantes Argentina se vio forzada a acordar créditos a los Aliados para sostener sus exportaciones.<sup>8</sup> Por otra parte, la tradicional vulnerabilidad de las cuentas externas argentinas no se vio tan afectada por la guerra y la caída de la inmigración, siempre buen barómetro; bien hubiera podido ser explicada, en parte, por otros motivos ligados a la situación interna, como veremos. En conjunto, el panorama de la economía vista desde el sector externo muestra más bien una situación de estancamiento.

Bien diferente es la situación con la economía argentina internamente. Ahí donde pudiera pensarse que los efectos de la guerra tuvieron menos impacto, fue, en realidad, el sector más golpeado. La evolución del PIB muestra bien los efectos de la guerra: -10.9; +0.5; -2.9; -8.1 entre 1914 y 1917, lo que muestra que esos años constituyen una de las grandes crisis de la economía argentina en el siglo xx.<sup>9</sup> A ello concurrieron dos factores, el desplome paralelo de la

<sup>8</sup> “Convención entre la República Argentina, Gran Bretaña y Francia para la compra de cereales y otros productos argentinos, préstamo de doscientos millones de pesos oro”, en *Documentos y actos de gobierno relativos a la guerra en Europa*, Buenos Aires, Ministerio de Relaciones y Culto, 1919, pp. 115-116.

<sup>9</sup> P. Gerchunoff, L. Llach, *El ciclo de la ilusión...*, op. cit., p. 69.

inversión y del consumo. Este último rubro merece especial atención por dos motivos: *i*) el aumento de la desocupación, que pasó, según los datos disponibles, de 6.7 en 1913 a 13.7% en 1914 y a 19.4% en 1917 (esos elevados índices, para los estándares argentinos de los años precedentes, son más impresionantes aún si se observa que coinciden con una reversión del flujo migratorio, tradicional ofertante de mano de obra); *ii*) la pronunciada y progresiva caída del salario real, de un índice de 100 para 1914 hasta 63 en 1918.<sup>10</sup> Si se desagrega entre los salarios reales de los hombres y de las mujeres, se percibe que el de estas últimas fue más acusado, pues se redujo a la mitad en el periodo considerado. Esa caída fue el resultado no de la disminución del salario nominal, sino de la brusca aceleración de la inflación y del costo de vida en esos años (aunque el salario nominal de las mujeres incluso bajó ligeramente).

Lo anterior obliga a prestar atención al desempeño del sector industrial, un sector que, contra lo sostenido por las antiguas interpretaciones, había crecido en forma paralela al *boom* agroexportador —significativamente en la primera década del siglo xx— al amparo de los eslabonamientos con el sector primario exportador y de la demanda interna sostenida por

<sup>10</sup> B. Albert, *South America and the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, tablas 6.4 y 6.5, p. 248.

el enorme aumento de la población, que se duplicó entre 1895 y 1914.<sup>11</sup> Existe una polémica acerca de la evolución del sector industrial durante los años de la guerra, la cual deriva de la distinta percepción que brindan testimonios contemporáneos y algunos estudios de casos, y que emerge de datos agregados disponibles de la CEPAL.<sup>12</sup> En principio, podría sostenerse que la guerra, al provocar el desplome de las importaciones, debía generar condiciones favorables para una sustitución de las mismas y así promover el desarrollo industrial. Inversamente, puede argumentarse que, siendo muchos sectores de la industria dependientes de insumos extranjeros y de provisión de fuentes de energía también extranjeras (como el carbón y el *coke*), no sólo no podían apro-

<sup>11</sup> Uno de los pioneros de la revalorización del crecimiento industrial y de la revisión de la tesis cepalina fue E. Gallo, "La expansión agraria y el desarrollo industrial en la Argentina (1880-1930)", publicado originalmente en Inglaterra en 1970; fue posteriormente editado en castellano en Argentina: E. Gallo, *La República en ciernes*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013, pp. 159-176.

<sup>12</sup> CEPAL, *El desarrollo económico de la Argentina. Anexo. Algunos estudios especiales y estadísticas macroeconómicas preparados para el informe*, México, CEPAL, 1958, cuadros 2, 4, 6 y 10, pp. 4 y ss. Más recientemente, Roberto Cortés Conde realizó una nueva estimación de la evolución del PIB argentino y del PIB industrial que, a la vez que reevalúa el crecimiento de este último sector durante la primera década del siglo XX, registra una caída algo más atenuada en los años de la guerra: R. Cortés Conde, *Estimaciones del Producto Bruto Interno de Argentina 1875-1935*, Victoria, Universidad de San Andrés, 1994, mimeo.

vechar esas ventajas, sino que se veían gravemente afectados por ella, simplemente para mantener la producción precedente; por lo demás, la caída del consumo disminuía la demanda de sus bienes. La cuestión seguramente no puede responderse de manera general. Algunos sectores parecen haberse beneficiado, como el productor de carne, el textil (aunque aquí es diferente si utilizaban materia prima disponible, como la lana, o importada, como el algodón), el del papel, el calzado o la producción de muebles. Otros padecieron seriamente, como la industria metalúrgica, la construcción (sobre cuyo desplome hay pleno consenso) y ciertos sectores de la alimentación.<sup>13</sup> Es difícil sostener una imagen muy optimista. Ahí están, por lo demás, los datos antes señalados acerca de la desocupación y los salarios (y puede agregarse el aumento del número de huelgas y huelguistas)<sup>14</sup> para mostrar que la situación, si no era catastrófica, no era de ningún modo floreciente. Y todavía puede añadirse la disminución del gasto público que multiplicó los efectos recesivos,

<sup>13</sup> Véase un equilibrado balance en M. I. Barbero, F. Rocchi, "Industry", en G. Della Paolera y A. Taylor (eds.), *The New Economic History of Argentina*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003, pp. 261-294; véase también P. Gerchunoff, H. Aguirre, *La economía argentina entre la Gran Guerra y la gran depresión*, Buenos Aires, CEPAL, 2006, pp. 25-29.

<sup>14</sup> Los datos pueden consultarse en V. Vázquez-Preledo, *Estadísticas históricas argentinas (II)*, op. cit., p. 47.

como consecuencia de la caída de los ingresos fiscales, cuya principal fuente eran los impuestos a las importaciones, que cayeron ya en 1914 casi a la mitad. Ciertamente, el déficit fiscal de la administración nacional creció (de 0.66% del PIB a entre 2.23 y 3.57% en los años comprendidos entre 1914 y 1917), pero ello no impedía que paralelamente también se redujeran los gastos en inversión pública y en salarios estatales, los primeros significativamente más que los segundos.<sup>15</sup>

El cuadro no estaría completo si no introdujésemos las expectativas de las personas. Cuando los habitantes de Argentina que leían los diarios descubrieron, el lunes 3 de agosto de 1914, que la guerra se hacía verdaderamente general, y que pese a que el día anterior se habían consignado declaraciones del ministro de Hacienda y del presidente del Banco de la Nación Argentina indicando que la situación era totalmente tranquila y la posición del país sólida, las cosas no serían tan sencillas.<sup>16</sup> Podían descubrir rápidamente, en efecto, que más allá de las palabras tranquilizantes, en una nota titulada “Medidas preventivas” se consignaba un decreto del gobierno que

<sup>15</sup> Para el déficit público seguimos los cálculos de Gerchunoff-Llach, *El ciclo de la ilusión...*, *op. cit.*, p. 71. Para la reducción del gasto público por sectores véase B. Albert, *South America and...*, *op. cit.*, tabla 4.8, p. 146.

<sup>16</sup> *La Nación*, 2 de agosto de 1914, p. 10, y 3 de agosto de 2014, p. 8.

establecía un feriado bancario entre el 3 y el 8 de agosto (y que iba a prolongarse unos días más, aprovechando la muerte del presidente Roque Sáenz Peña, el domingo 9 de agosto, quien había delegado ya sus funciones el año anterior aquejado de una grave enfermedad). Una serie de medidas tomadas en los días de esa primera semana decretaban la neutralidad argentina ante el conflicto, suspendían provisoriamente el intercambio comercial con el exterior, los servicios de navegación y (más importante) la posibilidad de convertir libremente el peso-papel circulante en oro, tal cual lo hacía la Caja de Conversión desde 1899. Finalmente, el 7 de agosto se estableció la prohibición de exportación de oro.<sup>17</sup> Todo ello ya era un buen indicador de que las cosas serían diferentes en adelante. En qué medida esas percepciones incitaron a modificar hábitos y consumos es algo siempre difícil de evaluar, aunque posible de racionalizar. Ciertamente, generaba un drástico cambio de expectativas en los actores económicos y probables modificaciones en los hábitos de consumo de las personas. Generaba también una sórdida lucha entre los intereses de las empresas radicadas en el país de Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Estas últimas, que eran las segundas en importancia en 1914, serían casi barridas del mapa por sus competidoras

<sup>17</sup> *La Nación*, 8 de agosto de 1914.

(pero también lo fueron algunas de argentinos en sectores clave como los frigoríficos).<sup>18</sup> Con todo, esa guerra económica no dejó de enfrentar a los intereses ingleses con los estadounidenses o con los franceses, aunque la misma perjudicase la provisión de materias primas para los Aliados. Los intereses de las empresas no siempre coincidían con las de sus estados de origen.

La sumaria descripción de las condiciones económicas durante la mayoría de los años de la guerra, al menos hasta 1917 (en 1918 la situación mejoraría significativamente), muestra claramente que el balance de la guerra fue negativo para Argentina, pese a la oportunidad teórica que podía brindar el alto precio de las materias primas o la forzada protección. Ese balance puede interesar en sí mismo, pero aún más en la medida en que exhibe que, más allá de creencias o convicciones, de su interés mayor, menor o inexistente, de la neutralidad del país, de su lejanía del teatro de operaciones, la gran mayoría de las personas corrientes fueron afectadas en su cotidianidad por el conflicto. En ese sentido, pocos quedaron inmunes a una guerra de la que escasamente sabían, pero cuyas consecuencias debían padecer. Si se observa el problema desde este ángulo, la Primera

<sup>18</sup> R. Gravil, "The Anglo-Argentine Connection and the War of 1914-1918", *Journal of Latin American Studies*, vol. 9, núm. 1, 1977, pp. 80-83.



Guerra Mundial fue mundial en sus efectos, incluso en países tan lejanos como Argentina.

Alejados de todo economicismo, desplazemos ahora nuestra mirada hacia la sociedad, es decir, hablando con más propiedad, hacia los habitantes del país. Ante todo, quizá sea de utilidad hacer algunas reflexiones generales. Para los países involucrados en el conflicto, la guerra significó una revulsiva experiencia directa. La guerra era parte de la cotidianidad de la “experiencia”, desde luego y ante todo, para los mismos combatientes y para los que habitaban en aquellas áreas objeto de combates, luego para sus familiares, para los desplazados o incluso para los otros que podían observar a las compañías que marchaban al frente y las que volvían de él. Muertos, heridos, mutilados mostraban a casi todos esa experiencia. Para los habitantes de Argentina, no todos como veremos, la guerra era una experiencia “indirecta”. Y quizá sea bueno reflexionar brevemente acerca del concepto mismo de “experiencia”. Como se sabe, la noción misma, que originariamente significaba también exploración o indagación (un sentido activo), terminó imponiéndose en el mundo moderno en un sentido pasivo: como la percepción visual y auditiva de cosas; es decir, como la percepción visible de lo vivido.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> R. Koselleck, *L'expérience de l'histoire*, Paris, Seuil/Gallimard, 1997, pp. 264-267.

Pues bien, para los habitantes de Argentina la guerra no fue una experiencia vivida en ese sentido, como sí lo fue para los habitantes de otros lugares involucrados directamente en la lucha. Fue mucho más una experiencia intelectual a partir de lo narrado; fue, si se quiere, una *evidentia in narratione* que, como se sabe, es una dimensión de la retórica.<sup>20</sup> Se dirá que la imaginación puede ser tan dramática como la experiencia o que, a veces, la vida imita a la literatura. Sea, pero creo que nadie podrá negar que presenciar un asesinato o una muerte es algo bien diferente que leer de ella al día siguiente en un periódico, y que la experiencia intelectual es de distinto tipo que la experiencia sensorial. Todo esto aquí se recuerda para observar que cuando en algunos países neutrales, como España, se ha hablado recientemente de una casi “guerra civil” a propósito de los debates sobre la Primera Guerra Mundial (en Argentina no se ha llegado a tanto), parece un poco excesivo siquiera comparar esas manifestaciones con el impacto de una verdadera guerra civil como fue la de 1936.<sup>21</sup>

De la guerra informaban en Argentina abundantemente los periódicos, las pizarras de los diarios, las cartas de parientes o amigos de los inmigrantes que

<sup>20</sup> C. Ginzburg, *Il filo e le tracce*, Milán, Feltrinelli, 2006, pp. 16-20.

<sup>21</sup> Cf. M. Fuentes Codera, “Presentación” de “La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa”, *Ayer*, 91, 2013, pp. 28-30.

residían en Europa, los mismos combatientes que conseguían hacer pasar sus cartas de la férrea censura de la guerra, los funcionarios o corresponsales argentinos en el exterior. Largamente influyentes eran los primeros, de los que bastante sabemos, y las segundas, de las que conocemos menos.

La prensa. Recordemos primero algunas banalidades: la ausencia de televisión, de la radio y, también en la Argentina de entonces, del tabloide sensacionalista, así como el limitado papel de la fotografía en los grandes periódicos como *La Nación* o *La Prensa*, que cuando mostraban trincheras o incluso muertos eran demasiado borrosos para producir un efecto fuerte o impactante. Queda el tema del cine y los documentales, que necesitarían de una investigación aparte. Veamos algunos ejemplos. Fotografías de la época nos muestran en Buenos Aires a muchas personas agolpadas frente a las pizarras de las casas matrices de los principales diarios, en las que se ponían en cartelera los resúmenes de las últimas acciones de las que informaba la telegrafía. El diario *La Prensa*, cuya sede estaba en la avenida de Mayo, a 50 metros de la plaza en la ciudad de Buenos Aires, incluso había instalado un curioso sistema de señales. Durante el día se empleaban banderas (amarilla y blanca para noticias importantes, roja y blanca para victorias de los Imperios Centrales, verde y blanca para los triunfos de los Aliados) y de noche focos con colores

semejantes.<sup>22</sup> ¿Por qué el público que, a veces en grandes números, seguía las noticias así transmitidas era atraído hacia ellas? ¿Era simple curiosidad, una actitud “deportiva” ante el conflicto o una verdadera angustia por los acontecimientos?

Veamos ahora dos de los mayores diarios argentinos de entonces: *La Nación* y *La Prensa*. Ante todo se observa que las cuatro primeras páginas están dedicadas en ambos a avisos comerciales y de otro tipo. La guerra aparecía en las páginas 5 o 6 y ocupaba normalmente dos páginas (a veces tres) en periódicos que oscilaban entre 18 y 20 páginas.<sup>23</sup> El lector tardío podía encontrar, en el mismo número del diario, imágenes bastante edulcoradas del conflicto junto con otras de ese deporte tan popular entonces, el *turf*, con caballos, *jockeys* y llegadas “cabeza a cabeza”, como se dice en la jerga turfística.<sup>24</sup> Desde luego que pueden ponerse otros contraejemplos. El diario de la colectividad italiana de Buenos Aires, *La Patria degli Italiani* (que unos años antes había

<sup>22</sup> M. I. Tato, “La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial”, en M. I. Tato, M. Castro, *Del centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2010, pp. 34-35.

<sup>23</sup> Cf. *La Nación*, 10 al 23 de septiembre de 1915; *La Prensa*, 15 de septiembre de 1915 al 19 de septiembre de 1915.

<sup>24</sup> *La Nación*, 20 de septiembre de 1915; el día anterior se habían corrido los clásicos “Premio de Honor” y “Jockey Club”.

sido el tercer periódico de Buenos Aires, por número de ejemplares vendidos, luego de los dos anteriores), sí desarrollaba ampliamente en primera página los avatares del conflicto, en especial los del frente austro-italiano (bastante menos importante en su cobertura por los otros medios argentinos).<sup>25</sup>

La última observación nos lleva a otra cuestión central: los inmigrantes y sus comunidades. La guerra concitó el interés de muchas personas, de políticos a intelectuales, de militantes en general a personas curiosas que integraban esa siempre imprecisable opinión pública. Interesó más intensamente, o al menos de otro modo, a los inmigrantes de los países beligerantes que residían en el país y a una parte de sus descendientes. Los inmigrantes ultramarinos procedentes de países beligerantes conformaban alrededor de 16.5% de la población argentina total del país, en una proporción abrumadoramente mayoritaria de aquéllos procedentes de los países aliados (recuérdese que 10.5% eran los neutrales españoles). En la ciudad de Buenos Aires eran alrededor de 28% y eso significaba que entre los hombres adultos podían ser algo menos de la mitad de la población de la ciudad (como se sabe, los inmigrantes eran ampliamente

<sup>25</sup> Sobre *La Patria degli Italiani* véase E. Franzina, “La guerra lontana. Il primo conflitto mondiale e gli italiani d’Argentina”, en G. Berti-P. Del Negro (comps.), *Al di qua e al di là del Piave. L’ultimo anno della Grande Guerra*, Milán, Franco Angeli, 2001, pp. 109-113.

varones adultos). Esa enorme caja de resonancia se replicaba en otros contextos, donde los inmigrantes eran numerosos y sus instituciones fuertes (empezando por Rosario), y se reducía en la Argentina mediterránea y en las áreas rurales.

La relación de los inmigrantes transoceánicos con la guerra se articulaba de muchos modos. En primer lugar, estaban aquellos que recibieron una citación conminatoria para enrolarse y presentarse a los centros de reclutamiento. Una parte, ciertamente minoritaria, decidió hacerlo. Acudieron a la guerra, por ejemplo, 32 000 italianos residentes en Argentina, unos 6 000 franceses y unos 5 000 británicos (grupos para los que tenemos los datos más confiables).<sup>26</sup> También se movilizó un número menor de hijos de inmigrantes de países beligerantes. Los motivos que llevaron a una parte de los convocados, en una proporción desigual según cada grupo inmigrante, a combatir en la guerra no son fácilmente reconducibles a lógicas sociales. Por ejemplo, decidió alistarse un entonces joven empresario italiano, Torcuato Di Tella, y no lo hizo su socio (también convocado), Guido Andreucci.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> H. Otero, *La guerra en la sangre. Los francoargentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 154-166; F. Devoto, *Historia de los italianos en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2006, pp. 319-327.

<sup>27</sup> T. S. Di Tella, *Torcuato Di Tella. Industria y política*, Buenos Aires, Tesis-Norma, 1993, pp. 24-34.

Si las dimensiones individuales fueron muy fuertes, puede observarse, sin embargo, que los ingleses se movilizaron en mayor proporción que los franceses y éstos que los italianos (los alemanes, potencialmente más numerosos, parecen haberse topado con el obstáculo del bloqueo británico para transportarse a Europa). Aquéllos ligados a la vida comunitaria lo hicieron en mayor medida que otros más integrados a la sociedad argentina. La decisión no fue muchas veces voluntaria: en efecto, instituciones comunitarias (sociedades, hospitales) y algunas empresas “étnicas” obligaron a sus empleados a hacerlo, so pena de la pérdida del trabajo (y a los miembros de ciertas asociaciones voluntarias de la expulsión).<sup>28</sup> La mayoría, sin embargo, no se presentó y, aunque en muchos casos la notificación no llegó a las manos de inmigrantes, que eran muy móviles en el espacio argentino, en otros primó una sensata elección. Así ocurrió con Charles Gardes (Carlos Gardel), como mostró Hernán Otero, que logró que políticos argentinos ayudaran a falsificarle una partida de nacimiento en Tacuarembó (Uruguay).<sup>29</sup> Finalmente, no habría que olvidar que los inmigrantes no llegaron a

<sup>28</sup> Cf. por ejemplo, para el caso italiano: J. Grossutti, “Emigrazione specializzata del Friuli: Infermieri di Pantianicco in Argentina”, en AA.VV., *Pantianicco a Buenos Aires. Da contadini a infermieri: un caso di emigrazione specializzata*, Comune di Mereto di Tomba, s.e., 2007, pp. 190-193.

<sup>29</sup> H. Otero, *La guerra...*, op. cit., pp. 126-127.

Argentina para redimir a la patria de origen, sino para labrarse un porvenir en una nueva tierra.

El impacto en las comunidades de inmigrantes no debe medirse, sin embargo, sólo por aquellos que fueron a combatir, sino también por las actividades de los que permanecieron en el país. Del involucramiento dieron cuenta los numerosos empréstitos que se sucedieron para recolectar fondos con el fin de ayudar al propio país (en los que contribuyeron desde personas modestas hasta los más notables, en términos económicos, de cada comunidad) y el papel muy activo de las instituciones comunitarias, como es el caso de los periódicos, los clubes de élite y las asociaciones voluntarias.<sup>30</sup> También lo evidenciaron las numerosas movilizaciones que cada comunidad promovió por separado o, a medida que avanzaba el conflicto, de manera conjunta con los inmigrantes de países aliados y con argentinos. Oradores de diferentes nacionalidades y argentinos, políticos e intelectuales, se sucedían en las tribunas de los cada vez más numerosos actos convocados, con una clara predominancia creciente de los “aliadófilos”. Inflamar los ánimos no fue en este caso, ni en otros, difícil de lograr.

<sup>30</sup> Véanse, por ejemplo, los elencos contenidos en Comitato di Propaganda per il VI Prestito Italiano di Guerra, *I sottoscrittori nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires, Regia Legazione d'Italia nella Repubblica Argentina, s.f.



Desde luego, la guerra fue motivo para movilizaciones de argentinos, en especial de los jóvenes de clase media, incluidos los universitarios. El tema de la guerra y de la posición de Argentina en ella era, a medida que avanzaba el conflicto, un argumento mayor en el debate público. La disyuntiva entre el neutralismo del gobierno y la aliadofilia mayoritaria en la opinión pública se hacía acuciante y, si se tomaban en cuenta las miradas predominantes en la prensa (la posición germanófila sólo contaba en castellano con un medio financiado por los alemanes, y no de los más importantes; el diario *La Unión*, en el que escribía Manuel Gálvez; el diario católico *El Pueblo*, también neutralista como lo era la jerarquía eclesiástica y, mayoritariamente, el movimiento católico), todo parecía indicar que Argentina terminaría por romper relaciones con las Potencias Centrales.<sup>31</sup> Ésa era la conclusión, por ejemplo, de un observador inteligente que ponderaba la cuestión desde la prensa que recibía por correo, a saber, el embajador argentino en México Manuel Malbrán, según relata en una carta a Estanislao Zeballos fechada en noviembre de 1917.<sup>32</sup>

<sup>31</sup> M. I. Tato, “Del pacifismo a la militancia neutralista. Los católicos argentinos frente a la Primera Guerra Mundial”, *Actas del Tercer Simposio Internacional sobre Religiosidad y Poder*, Buenos Aires, GERE, agosto de 2010.

<sup>32</sup> M. Malbrán a E. Zeballos, 20 de septiembre de 1917, en Academia Nacional de la Historia, *Archivo Manuel Malbrán*, Argentina.

Por lo demás, los partidos políticos estaban bastante divididos acerca de la cuestión de la guerra. Por ejemplo, el congreso del Partido Socialista, en el cual el clima aliadófilo era fuerte por razones culturales e históricas, todavía en mayo de 1917, como describió Federico Pinedo, se inclinó por la neutralidad (4 200 votos contra 3 500).<sup>33</sup> Recordemos, asimismo, el contexto de 1917: la guerra submarina alemana, la entrada en la guerra de Estados Unidos, la posición consecuente de otros países latinoamericanos, la presión de las potencias beligerantes, así como varios incidentes con Alemania (el hundimiento de los navíos argentinos *Monte Protegido*, en abril de 1917, y *Oriana y Toro*, en junio de 1917), la expulsión de su embajador, el conde Luxburg, en septiembre de 1917, y una intensa campaña diplomática y de prensa.<sup>34</sup> En ese contexto, en septiembre de ese año, el Senado votó una propuesta de ruptura de relaciones con Alemania, por 23 votos contra uno, y sucesivamente la Cámara de Diputados hizo lo mismo, por 53 votos contra 18; sin embargo, el presidente Yrigoyen se mantuvo imperturbable y decidió sostener la neutralidad.

<sup>33</sup> F. Pinedo, *En tiempos de la República*, vol. 1, Buenos Aires, Mundo Forense, 1946.

<sup>34</sup> Cf. R. Weimann, *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*, Buenos Aires, Biblos / Fundación Simón Rodríguez, 1994, en especial pp. 103-140.

En este punto, es quizá útil analizar, más allá de tantos ríos de papel y declaraciones, esas encuestas que son las elecciones y que a su modo aluden a tendencias más generales de las personas comunes y no sólo de sus voceros (con todas las limitaciones que las máquinas partidarias imponían e imponen a los votantes). Pues bien, las elecciones para diputados nacionales de marzo de 1918, en el contexto de la intensa campaña contra la neutralidad y de la crisis económica, mostraron que el Partido Radical en el gobierno se mantenía firme en las preferencias electorales, con 47% de los votos, superando incluso en 1.5% al ya óptimo resultado de las elecciones de 1916, en las que Yrigoyen fuera consagrado como presidente.<sup>35</sup> Las conjeturas que se derivan de esos datos nacionales son varias: que la política exterior, como sucedió habitualmente en Argentina (y no sólo en ella), no era un punto central para la decisión política de las personas corrientes; o bien, que la neutralidad defendida por Yrigoyen sintonizaba muy bien con la opinión mayoritaria de los argentinos varones adultos (cabe recordar que los extranjeros no votaban al no estar naturalizados en su gran mayoría). Todo ello debería ayudarnos a reconocer dos cosas: *i*) que la opinión pública no es igual a la opinión

<sup>35</sup> D. Cantón, *Materiales para el estudio de la sociología política en la Argentina*, Buenos Aires, Instituto Di Tella, 1968, pp. 87-88.

general y *ii*) que las personas movilizadas son siempre menos que las no movilizadas, por lo que tomar a las primeras por las segundas es un ejercicio historiográfico peligroso.

Más allá de lo anterior, se ha observado que Argentina fue una sociedad “movilizada” durante y por efecto de la Primera Guerra Mundial.<sup>36</sup> La observación es justa en general, pero debe matizarse regionalmente. Buenos Aires sí lo fue y probablemente también otros centros urbanos con mucha presencia inmigratoria, como Rosario. Por lo demás, bajo la expresión “sociedad movilizada” pueden encontrarse fenómenos muy diferentes. Desde luego, las comunidades de inmigrantes estuvieron al frente de esas movilizaciones, seguidas por ciertos sectores de argentinos a los que antes aludimos. Sin embargo, existían otras movilizaciones cuyo argumento no se basaban siempre en la guerra, como muchas organizadas por los partidos y movimientos políticos, y otras, todavía, que sólo estaban indirectamente influidas por ella, como las movilizaciones de los trabajadores.

Se señaló ya que la conflictividad social creció a la par del drástico empeoramiento del salario real, del aumento de la desocupación y del incremento del costo de vida. Los datos disponibles para Buenos Aires sobre el número de huelgas y huelguistas lo muestran

<sup>36</sup> M. I. Tato, “La contienda europea...”, *op. cit.*, pp. 33 y ss.

con claridad: en 1912, 99 huelgas con 9 000 huelguistas; en 1918, 196 huelgas y 130 000 huelguistas.<sup>37</sup> Desde luego, estos huelguistas, muy numerosos en 1917 y 1918 sobre todo, mezclaban en sus reivindicaciones motivos políticos con otros sindicales y con reivindicaciones sociales, pero entre los primeros no ocupaba ningún lugar la cuestión de la posición argentina ante la guerra. Ello no quiere decir que la guerra no se infiltrase de nuevo en los conflictos, sea a través de la percepción por parte de los huelguistas o sus líderes, de la fuerza que tenían las confrontaciones si afectaban la cadena de exportaciones argentinas hacia Europa, sea a través de la presión de los gobiernos inglés y estadounidense para que el gobierno de Yrigoyen, que tendía a permitir las huelgas, reprimiese a los huelguistas. Presión muchas veces desmesurada, que se había manifestado también en otros órdenes, tanto sobre el gobierno conservador de Victorino de la Plaza (como opinaba su ministro de Relaciones Exteriores, Murature, que no hesitaba en comparar la actitud británica con la de la “Inquisición española”)<sup>38</sup> como desde 1916 sobre el de Yrigoyen.

Finalmente, terminado el conflicto, lo peor estaba por venir. A principios de enero de 1919, menos de dos meses después de finalizada la guerra y de las

<sup>37</sup> G. Bourd , *Urbanisation et immigration en Amérique latine. Buenos Aires*, Paris, Aubier, 1974, p. 267.

<sup>38</sup> Cit. por R. Gravil, “The Anglo-Argentine...”, *art. cit.*, p. 86.

grandes manifestaciones que tuvieron lugar en Buenos Aires para celebrar la victoria aliada, se desató en la ciudad la “semana trágica” en la que la urbe quedó paralizada en un cuadro de huelga general, brutales represiones legales e ilegales e intervención del ejército. Era el proemio del año más conflictivo, 1919, con 367 conflictos y 309 000 huelguistas (aunque todos los indicadores económicos estaban mejorando desde el año anterior, según consideramos ahora, no era ésa la percepción de los actores). Fue una semana en la que muchos vieron (a favor y en contra) un gran ensayo general revolucionario en el que la amenaza de los “sóviets” emergió discursivamente. El vívido recuerdo de la misma, en los testimonios disponibles, obliga a preguntarse si ese hecho puntual no dejó lugares de memoria más perdurables que la guerra misma de la cual era un coletazo.

Un tercer registro debe indagarse, aunque sea rápidamente: los intelectuales y sus públicos y la Primera Guerra Mundial; un tema muy transitado, del que sabemos ya bastante. Entre la diversidad de posiciones que emergieron en la “república de las letras” (aliadófilos, neutralistas, germanófilos, apocalípticos) un rasgo parece bastante compartido: la guerra significaba el fin de un mundo, o de una época, y el comienzo de otro. José Ingenieros y Leopoldo Lugones avanzaron esa conclusión ya al inicio del conflicto. El primero, apocalíptico, lo hizo con “El

suicidio de los bárbaros” (1914) que celebraba que la guerra provocase la autodestrucción de una civilización que no merecía pervivir, incluyendo motivos que ya había sugerido un año antes en *El hombre mediocre*; celebraba también la apertura de una “nueva era”, quizá una nueva Revolución francesa que completase y superase los acontecimientos de 1789 y 1848.<sup>39</sup> Lugones, por su parte, exaltado aliadófilo, lo hizo en los escritos periodísticos reunidos en *Mi beligerancia* (que van de 1912 a 1917), los que no dejaban de señalar, junto a su abanderamiento con el carácter regenerador de la guerra y con la causa de la libertad, que era la de Francia e Inglaterra, la aurora de tiempos nuevos que darían lugar a una nueva época, a una revolución de la libertad y quizá a una imprecisada “República social”.<sup>40</sup> Se trata de una prédica teñida de dimensiones vitalistas e irracionalistas, que en él venían, con todo, de bastante antes. También varios de los escritores que respondieron a una encuesta de la revista *Nosotros* anunciaban que la guerra traería el comienzo del fin del capitalismo (Augusto Bunge), una nueva forma de civilización en caso de vencer el mundo germánico (Clemente Ricci), el ocaso de las viejas naciones y el amanecer de los nuevos

<sup>39</sup> J. Ingenieros, “El suicidio de los bárbaros”, *Obras completas*, Buenos Aires, Ediciones Mar Océano, 1961, p. 465.

<sup>40</sup> L. Lugones, *Mi beligerancia*, Buenos Aires, Otero y García, 1917, pp. 93 y ss.

imperios (Estados Unidos y Argentina, pronóstico por lo demás hecho ya por Ingenieros en 1910) (Ricardo Monner Sanz). Disintiendo, el economista de pertenencia radical Luis Roque Gondra afirmaba sensatamente: “soy profesor de historia y trato de subordinarme al rigor de sus métodos, no puedo adivinar cuáles serán las consecuencias”.<sup>41</sup> En cualquier caso, Argentina se acomodaría satisfactoriamente a ellas.

Una vez terminada la guerra, en 1919, Carlos Ibarguren, en *La literatura y la Gran Guerra*, volvía a sostener que le había tocado asistir “al derrumbamiento de una civilización y al final de una edad histórica”. Todo sería renovado y volverían a comenzar los valores, las mentalidades y los ideales artísticos.<sup>42</sup> Otro autor ya mayor, Paul Groussac, asentía en una carta personal en la que acusaba recibo de la obra de Ibarguren: lo que la guerra, “o mejor la paz —si merece llamarse así—”, traería inevitablemente, más temprano o más tarde, sería “el desquicio y la ruina del Viejo Mundo” por el “inevitable trastorno social que abrirá una nueva etapa de la humanidad”.<sup>43</sup> La diferencia estaba en que este

<sup>41</sup> El debate ha sido finamente analizado (y fragmentariamente transcrito) por T. Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, Buenos Aires, Planeta, 2000, pp. 64-67 y 322-331.

<sup>42</sup> C. Ibarguren, *La literatura y la Gran Guerra*, Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1920, p. 6.

<sup>43</sup> P. Groussac a C. Ibarguren, 20 de junio de 1920, en Academia Nacional de la Historia, *Archivo Carlos Ibarguren*, Argentina, s.f.



último no se hacía ninguna ilusión acerca de esa nueva era.

Los testimonios podrían aumentarse, pero difícilmente cambian el tono general. ¡Cuán lejos estaban esos tonos de la terrenal sensatez del presidente Yrigoyen, al que casi todos los intelectuales prestigiosos detestaban por diversas razones! Como éste les habría manifestado a un grupo de parlamentarios que le requería entrar en la guerra: “les dirijo la pregunta a ustedes, de si están dispuestos a enrolarse en el ejército y tomar parte en la guerra en Europa”.<sup>44</sup> Lugones no lo había estado, desde luego: cuando la guerra apenas comenzaba decidió volverse de Europa a la Argentina.

No deberíamos desdeñar, sin embargo, la voz de esos y otros profetas aspirantes a “maestros de la juventud”. Ellos tenían un público que también auscultaba a otros intelectuales predictores, como José Ortega y Gasset, que vino a dictar unas conferencias en Argentina en 1916. Lo cierto es que, también aquí, entre los jóvenes, en especial los universitarios, esos discursos prendían y los llevaban a reclamar un lugar para la juventud y para una “nueva generación”, palabras que comenzaron a rodar insistentemente.

<sup>44</sup> Del mismo modo, en una entrevista con un político de su partido (Raúl Oyhanarte) había expresado: “Esa gente no sabe lo que quiere, pero yo, en cambio sé lo que no quiere. Lo que no quiere es movilizarse para ir a la guerra”. Ambas expresiones cit. en R. Weimann, *Argentina en la...*, *op. cit.*, p. 125.

La Reforma Universitaria de 1918 fue uno de los efectos más perdurables de todo ello.<sup>45</sup> Y si quisiera indicarse en dónde fue más significativo el impacto de la Primera Guerra Mundial en la Argentina de entonces, bien podría afirmarse que fue en esos ámbitos letrados y en sus públicos.

Llegados a este punto, quizá sea bueno volver a la propuesta inicial y preguntarnos no ya acerca de la incidencia de la guerra en Argentina, que fue, como se ha visto, importante en tantos aspectos e influyente directa e indirectamente en la vida de las personas residentes en el extremo austral, sino tratar de colocar el problema de la guerra y sus efectos en el país en una temporalidad aún más larga.

Comencemos con la economía. En 1914 Argentina culminaría la larga expansión de su frontera agropecuaria; a partir de entonces su motor dinámico sólo podía alternar las tierras disponibles entre las destinadas a la agricultura y aquéllas dedicadas a la ganadería, o crecer intensiva y no extensivamente. Desde otro enfoque del exitoso “progreso argentino”, los

<sup>45</sup> Sobre la guerra véase, Ortega, “Novecentistas”, jóvenes y la Reforma Universitaria; dice lo esencial la breve nota de O. Terán, “La Reforma Universitaria en el clima de ideas de la ‘nueva sensibilidad’”, *Espacios de crítica y producción*, núm. 24, 1999, pp. 3-7. Véase también K. Vasquez, “Intelectuales y política: la ‘nueva generación’ en los primeros años de la Reforma Universitaria”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, núm. 4, 2000, pp. 59-75.

flujos de capitales procedentes del exterior, también ya en 1913, habían exhibido (y no era, desde luego, la primera vez) las debilidades de un modelo que dependía demasiado del exterior; y dependía no sólo de los capitales externos, sino, como ya el perceptivo Juan Álvarez había escrito en 1914, también antes de la guerra, de las oscilaciones de los precios de sus productos primarios, sobre los que no podía ejercer ningún control.<sup>46</sup> La guerra pondría a prueba el acierto de esas predicciones y, sin embargo, los actores económicos y las clases dirigentes parecieron no tomar nota de ello. Aunque, ciertamente, Alejandro Bunge batallaba en esos años veinte en favor de la idea de que Argentina necesitaba industrializarse más aceleradamente, ya que el modelo exportador primario no iba a ser suficiente para sostener el progreso.<sup>47</sup> Esa falta de previsión acerca de los cambios en el mundo no era una especificidad argentina. Tampoco lo

<sup>46</sup> J. Álvarez, “Estudio sobre las guerras civiles argentinas”, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República*, Buenos Aires, La Facultad, 1936, pp. 103-114.

<sup>47</sup> Sobre las ideas industrialistas de Bunge existe actualmente una abundante literatura. Se remite aquí al ya clásico trabajo de J. J. Llach (sel. e intr.), *La Argentina que no fue*, Buenos Aires, IDES, 1985, que reproduce además algunos de los artículos de la *Revista de Economía Argentina* que aquél dirigiera. Véase también J. Pantaleón, “El surgimiento de la nueva economía argentina: el caso Bunge”, en F. Neiburg-M. Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 175-200.

percibieron, a decir verdad, los dirigentes de las Potencias Centrales esforzados en volver al sistema imperante antes de la guerra, más allá de que las condiciones habían cambiado. Lo cierto es que terminado el conflicto las clases dirigentes argentinas se esforzaron por volver paulatinamente a la situación de “normalidad” imperante antes de aquél.<sup>48</sup> Los años veinte parecieron darles la razón y Argentina volvió a crecer razonablemente en esa década: retornaron los capitales externos, volvieron los inmigrantes, los productos importados proveyeron nuevamente a los almacenes, el conflicto social urbano decreció abruptamente, los combativos anarquistas entraron en una prolongada declinación y todo parecía indicar un saludable retorno a la normalidad. Considerado desde la economía y el comportamiento de sus actores, públicos y privados, ninguna “lección” parece haberse extraído de los años de la guerra, como si todo hubiera sido un accidente, un “paréntesis”, “un rayo en un día de sol”. Ciertamente, no debe abusarse de la arrogancia de los historiadores confortablemente instalados en el “ex post”. Tampoco deberían olvidarse en ese mundo posterior a la guerra los intereses

<sup>48</sup> Desde luego, los dirigentes argentinos no estaban solos en su optimismo, sino que éste era compartido por buena parte de los líderes de las grandes potencias. Véase, por ejemplo, la cuestión del retorno al *gold standard* en los países europeos; cf. P. Temin, *Lessons from the Great Depression*, Cambridge, The MIT Press, 1989, pp. 8 y ss.

estadounidenses en Argentina, ni cuánto seguirían creciendo a expensas de los británicos.<sup>49</sup>

Si se observa desde el prisma que brindan los inmigrantes y sus instituciones, el núcleo duro —lo sostuvimos ya— de la recepción menos mediatizada de la guerra, las cosas no parecen haber sido diferentes. El momento de reetnización, de exaltación patriótica, de movilización, de compromiso con la tierra lejana, no duró mucho. Ejemplo de ello son las asociaciones voluntarias de inmigrantes. Las italianas, que tanto auge habían tenido durante la guerra, retornaron aceleradamente el camino declinante (por número de miembros y capital social) que se insinuaba ya a comienzos de la década de 1910; las inversiones del fascismo para reanimarlas, y con ellas a la “italianidad”, no parecen haber producido efectos importantes, más allá de recambios en las dirigencias y de la recuperación del flujo migratorio. Inversamente, las españolas, originadas en un país que había permanecido neutral, continuaban su itinerario ascendente. Quedaron, como resultado de la guerra aquellas entidades nacidas a causa de la misma, las “Anciens Combattants” francesas con sus paredes pobladas de retratos de los muertos por Francia, y los “Reduci della Prima Guerra Mondiale”

<sup>49</sup> S. Caputo de Astelarra, “La Argentina y la rivalidad comercial entre Estados Unidos e Inglaterra (1899-1929)”, *Desarrollo económico*, vol. 23, núm. 92, 1984, pp. 589-608.

de los italianos, con un pedazo de roca del monte Grappa. Se agregaron algunas nuevas fechas al calendario de celebraciones de las comunidades de extranjeros (el 4 de noviembre, por ejemplo, para los italianos). Tampoco aquí la Primera Guerra Mundial parece haber alterado significativamente el curso de las cosas ni afectado el proceso seguido por los hijos argentinos de los inmigrantes, quienes se integraban rápidamente a las nuevas realidades.

Un punto mayor de la agenda argentina pendía desde antes de la guerra: la transformación del sistema político con la promulgación en 1912 de la Ley Sáenz Peña, que establecía el voto secreto y obligatorio, masculino y adulto —que hacía realidad finalmente al sufragio universal—, que procedía de tanto tiempo antes.<sup>50</sup> Esa ley mostró desde su aplicación el indetenible avance del mayor partido opositor, la Unión Cívica Radical. La guerra no parece haber afectado la transición de un sistema político a otro, proceso que conllevaba una sustitución de la vieja clase dirigente “conservadora” por los hombres en buena parte nuevos del radicalismo. Aunque pueda conjeturarse, asimismo, que la crisis económica iniciada con la guerra no ayudó a las opciones herederas del viejo orden en las cruciales elecciones de

<sup>50</sup> El estudio más completo es el de M. Castro, *El ocaso de la República oligárquica. Poder, política y reforma electoral, 1898-1912*, Buenos Aires, Edhasa, 2012, pp. 269-342.

1916, no fue decisiva. Los radicales iban a ganar, a nivel nacional, con mayor o menor diferencia todas las elecciones, desde la de Santa Fe en 1912 (1914, 1916, 1920, 1922 y siguientes, aun con escisiones internas).<sup>51</sup> Un análisis desagregado por distritos muestra, sin duda, oscilaciones algo erráticas pero invariablemente ligadas al control político del poder local y no a otros factores como los económicos. De ese modo, una de las transiciones mayores y más influyentes de la Argentina del siglo xx, el pasaje de un sistema oligárquico a otro democrático y sus correlatos, la imbatibilidad radical en elecciones limpias y la incapacidad de los conservadores para presentar a nivel nacional una alternativa competitiva en ese marco, temas todos de perdurable influencia en la política argentina del siglo xx, no parecen haber sido alterados por la guerra. Igualmente, más allá de los crímenes y brutalidades de la Liga Patriótica durante la “semana trágica” y durante el periodo sucesivo (algunos de las cuales, como el ataque a comerciantes judíos y a zonas obreras, ya habían ocurrido durante el centenario de 1910), en la perspectiva de los años veinte y de la política partidaria, no se verificó realmente la “brutalización” que fuera señalada en Europa como consecuencia de la experiencia de la

<sup>51</sup> D. Canton, *Elecciones y partidos políticos en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, cuadro 19, pp. 119-120. Datos más desagregados en D. Canton, *Materiales...*, *op. cit.*, pp. 84-107.

guerra.<sup>52</sup> Como se observa en la prédica tremebunda de Lugones en los años veinte y en su “Lenin o Mussolini”, no había una base política apta para cualquier variedad de fascismo en la Argentina de entonces.<sup>53</sup> Tampoco la había para un movimiento de importancia en las filas de la izquierda revolucionaria.

Por otra parte, ese otro actor político tan destacado, el ejército, en el que el modelo alemán era muy influyente, ¿tuvo cambios de orientación decisivos en los años de la guerra? El mejor conocedor del tema, Robert Potash, ha indicado claramente las etapas de la influencia alemana en el ejército ya desde finales del siglo XIX, y ha señalado que alrededor de 150 oficiales argentinos realizaron estadías en Alemania antes de 1914.<sup>54</sup> Sin embargo, ello no parece haber desempeñado un papel durante la guerra. Por el contrario, los conflictos en el ejército seguían el ritmo de los diversos modos de intervención de Yrigoyen y su gobierno, con promociones, reincor-

<sup>52</sup> G. Mosse, *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999.

<sup>53</sup> L. Lugones, “Acción ante la doble amenaza”, *Acción*, Buenos Aires, De Martino, 1923, p. 46.

<sup>54</sup> R. Potash, *El ejército y la política en la Argentina (1928-1945)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 19. Recientemente, E. Dick, *La profesionalización en el Ejército argentino (1899-1914)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2014, analiza detalladamente el papel de los instructores alemanes y el de los militares argentinos enviados en misión a Alemania, en especial en los capítulos 3 y 4.



poraciones y en general una política arbitraria destinada a favorecer a sus seguidores. De ese modo, el ejército estaba más profundamente dividido entre yrigoyenistas y antiyrigoyenistas que entre aliadófilos o germanófilos, y esa dicotomía no cambió luego de la guerra.

Los cambios políticos en Argentina iban acompañados por otras transiciones que podemos denominar civilizatorias, si con ello aludimos a costumbres, hábitos y estilos. El ocaso del “orden conservador” no era simplemente político, sino también social. El tema ya había sido advertido en los primeros años del siglo xx por intelectuales pesimistas acerca del futuro argentino, que tematizaban de diferentes modos el presunto fracaso civilizatorio.<sup>55</sup> Tras el, sin embargo, crepuscular momento de exaltación en torno al Primer Centenario, esos lamentos reaparecieron, centrados en la vulgarización y la plebeyización del tono social. La guerra no alteró esas amargas reflexiones; por el contrario, se vieron acentuadas por el advenimiento del radicalismo al gobierno. Cuando, en 1922, Juan Agustín García publica esa larga requisitoria que fue “Sobre nuestra incultura”, su énfasis no insistía en el ejemplo europeo, sino en los cambios ocurridos en las costumbres locales por efectos tan

<sup>55</sup> Sobre el tema, entre los distintos trabajos existentes, se reenvía a G. A. Kozel, *La Argentina como desilusión. Contribución a una idea del fracaso argentino (1900-1955)*, México, UNAM, 2006.

nocivos (según él) como el teatro nacional, la vulgarización musical, el sistema educativo y la Reforma Universitaria.<sup>56</sup> Por lo demás, todas esas meditaciones, por exageradas o tendenciosas que fueran, no dejaban de espejar los procesos de transformación social que transitaban la sociedad argentina desde antes, durante y después de la Gran Guerra, y los que el “naides es más que naides” quiere retratar.<sup>57</sup> Se alude aquí tanto a los procesos de cambio y democratización de las costumbres, como a la movilidad social y a la imposibilidad de los sectores altos de convertirse en un “grupo de referencia” reconocido por los otros sectores sociales.

Queda, finalmente, la “república de las letras” y sus ámbitos educativo, cultural y social. Muchos debates parecía haber entre los estudiantes de colegios secundarios (lo recuerda Julio Irazusta)<sup>58</sup> y universitarios, y en los clubes y otros espacios de socialización de los sectores medios, entre los mayoritarios aliadófilos y los minoritarios germanófilos. Ciertamente, también puede verificarse que, por ejemplo, entre los nombres de destacados intelectuales germa-

<sup>56</sup> J. A. García, “Sobre nuestra incultura”, *La ciudad indiana. Sobre nuestra incultura y otros ensayos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2006, pp. 247-356.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 252.

<sup>58</sup> J. Irazusta, *Memorias. Historia de un historiador a la fuerza*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1975, pp. 55-56.

nófilos o neutralistas, que encabezaban proclamas y manifestaciones durante la guerra, hay muchos que luego reaparecerían en la derecha autoritaria argentina. Sin embargo, es bueno recordar que esos conflictos —que no excluían a veces desmanes— no afectaron las relaciones interpersonales entre los letrados. Fue a su modo una *concordia discors* que no alteró (o no parece haber alterado) las buenas reglas de sociabilidad, ni impulsó depuraciones de los perdedores de las instituciones o de los puestos que ocupaban (desde luego, esto fue distinto en las empresas extranjeras, donde las “listas negras” y las depuraciones por la nacionalidad del empleado eran la regla), ni generó identidades perdurables en la década sucesiva. El mundo de los letrados se rompería más tarde, no entonces, e irremediablemente, con la Guerra Civil española y con la Segunda Guerra Mundial, las cuales sí generarían divisiones insoldables destinadas a perdurar.

A la hora de un balance, quisiera hacerlo matizado, recuperando y manteniendo el carácter interrogativo de la pregunta en el título de este trabajo. La guerra, lo vimos abundantemente, afectó directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, en mayor o menor grado, la vida de la mayoría de los habitantes de Argentina. La cuestión de los efectos de la guerra, en un cuadro temporal más amplio que incluya el antes y el después, es una cuestión más

problemática. Los contemporáneos, al parecer, estuvieron más cerca de considerar la guerra y sus efectos como un accidente. A pesar de reconocer su importancia, los historiadores muy pocas veces han periodizado, en esos esquemas arbitrarios pero reveladores, un corte en la turbulenta Argentina del siglo xx correspondiente al año de 1914, que estuviese vinculado al desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

## NEUTRALIDAD CONVULSA: ESPAÑA Y LA GRAN GUERRA

JAVIER MORENO LUZÓN\*

Durante mucho tiempo la historia contemporánea de España se contó como la historia de un país aislado, al margen de los grandes procesos políticos, socioeconómicos y culturales que afectaron al mundo occidental. Sin embargo, las investigaciones realizadas en las últimas décadas subrayan la integración de España en esos procesos: el caso español es tan sólo un caso nacional más, con sus propias peculiaridades, dentro del marco europeo.

La Primera Guerra Mundial constituye un buen ejemplo de este cambio de enfoque historiográfico: ahora sabemos que, aunque el Estado permaneció neutral, el conflicto afectó de lleno a la sociedad y a la vida política. Así, podemos afirmar que “España

\* Universidad Complutense de Madrid.

no entró en la guerra, pero la guerra sí entró en España”. Más aún, provocó transformaciones cruciales en varios ámbitos. Por una parte, el país experimentó un desarrollo económico sin precedentes, se intensificaron las migraciones internas, crecieron las organizaciones sindicales y los conflictos obreros. Por otra parte, la opinión pública se dividió, como en otros países neutrales, entre partidarios de uno y otro bando, con tal fervor que se ha hablado incluso de la existencia de una “guerra civil latente”. La neutralidad formal, muy difícil de mantener para los gobiernos, evitó seguramente el triunfo de una revolución, pero el sistema político tradicional sufrió una crisis de la que ya no se recuperaría. Todo ello permite hablar de una neutralidad verdaderamente convulsa.

En 1914 España vivía bajo una monarquía constitucional estable, asentada, como otros regímenes liberales en la Europa de la época, sobre el principio de soberanía compartida entre el Parlamento y la Corona. Éste otorgaba grandes poderes al rey, árbitro de un sistema en el que se alternaban en el poder dos grandes partidos, a saber, el Conservador y el Liberal. Compuestos por clientelas de caciques expertos en el fraude electoral, estos partidos habían conseguido apaciguar la vida pública tras décadas de violencia. Como Italia o Portugal, pero también como el México del Porfiriato o la Argentina del orden con-

servador, a comienzos del siglo xx España sufría la irrupción de la política de masas.

La estabilidad política había permitido un cierto crecimiento y, pese a la hegemonía del mundo rural y a los altos niveles de analfabetismo, existían núcleos culturales en contacto con las principales corrientes del pensamiento y del arte europeos: España vivía su “Edad de Plata” cultural. Y desde la derrota colonial de 1898 frente a Estados Unidos, conocida como el “Desastre”, predominaba un ambiente regeneracionista, en el que los intelectuales y los políticos competían por encontrar soluciones que modernizaran al país, sacándolo del atraso. La Gran Guerra frenó algunas iniciativas y dio oportunidades a quienes querían cambiar las cosas.

Al estallar la guerra en el verano de 1914 el gobierno español, presidido por el conservador Eduardo Dato, declaró su neutralidad y tomó algunas medidas económicas urgentes para evitar el pánico. Lo que le importaba, sobre todo, era evitar manifestaciones que comprometieran la posición oficial.

Las autoridades desmintieron que España estuviera obligada a entrar en la guerra a causa de los compromisos adquiridos con Francia y con Gran Bretaña; mas en un mundo donde resultaban tan habituales los pactos secretos entre Estados, mucha gente sospechaba que sí lo estaba.

Los gobiernos españoles se habían acercado en los años previos a la Entente franco-británica para salir del aislamiento internacional que había conducido al Desastre de 1898 y para asegurar la integridad de un territorio con muchos kilómetros de costa indefensa y situado en una encrucijada estratégica del Mediterráneo occidental.

Esta política había sido un éxito, pues las potencias aliadas habían asegurado las fronteras españolas y habían concedido a España un papel secundario en la colonización de Marruecos. Además, buena parte del comercio y de las inversiones extranjeras dependían de ambos vecinos. No obstante, los acuerdos con ellos no constituían una alianza y España no tenía la obligación de seguirles.

La declaración de neutralidad contó al principio con un apoyo abrumador entre las fuerzas políticas, desde la extrema izquierda socialista hasta la extrema derecha católica. En la opinión española predominaba el miedo a la guerra y no había un clima nacionalista y xenófobo como el que inundó a buena parte del continente. Todo el mundo, empezando por el gobierno, era consciente de la debilidad del ejército, que a duras penas conseguía avanzar en la ocupación de Marruecos, y de las divisiones internas que provocaba el conflicto, comparables a las que sufrían otros países como Grecia. En palabras del jefe catalán Francesc Cambó: *hem de ser neutrals perquè no podem ser altra cosa.*



La neutralidad admitía diversas modulaciones plasmadas en los adjetivos que se le añadían: benévola, leal, estricta, etc. Cuando se alejó la perspectiva de un conflicto breve, se abrieron dos posibilidades ante los políticos españoles: acercarse de forma más o menos explícita a los Aliados y socios económicos tradicionales de España, lo cual podía desembocar, si hacía falta, en un alineamiento completo con ellos; o mantener una neutralidad estricta que en la práctica beneficiaba a los intereses alemanes.

Los españoles, al menos entre las clases medias y altas urbanas, seguían las noticias y opiniones sobre la marcha de la guerra en una prensa muy rica y variada. No vivían en un aislamiento autista, sino en un clima crecientemente apasionado: se decía que en algunos colegios estaba prohibido que los niños jugaran a la guerra para evitar trifulcas en el patio. Los periódicos y revistas se multiplicaron gracias al dinero de los beligerantes, cuyas embajadas y empresas financiaban la propaganda en su favor, y no era raro que un diario cambiara de bando porque había cambiado su fuente de financiamiento.

Hubo, a propósito de la guerra, una intensa movilización cultural, en la que coincidían partidos, sindicatos, periódicos y asociaciones, y en la que se mezclaban políticos y hombres de letras. Los intelectuales, protagonistas en la esfera pública de debate en España desde el cambio de siglo —lo mismo

que en otros países europeos—, ampliaron su presencia, participaron en mítines y visitaron los frentes de guerra, siempre en contacto con sus colegas europeos.

Con el tiempo, esta movilización dio lugar a dos bandos enfrentados. Por un lado, el de los “aliadófilos”, que defendían la aproximación a la Entente por razones estratégicas y, sobre todo, ideológicas. La mayoría se situaba en la izquierda y veía en la Entente la causa de la justicia, la libertad y la democracia; esto es, el modelo que debía seguir España, bien con la conversión de la monarquía en una monarquía parlamentaria, como en el Reino Unido, bien con la proclamación de una República laica al estilo francés. Frente a estas fuerzas de progreso, los imperios alemán y austro-húngaro representaban el pasado, la tiranía absolutista y militar. Pocos se acordaban, claro está, de la Rusia de los zares. Para liberales de izquierda, republicanos y socialistas, la guerra ofrecía la ocasión de modernizar el sistema político español.

En la aliadofilia militaron personajes del entorno de la Institución Libre de Enseñanza que buscaban la regeneración de España por medio de la ciencia y de reformas liberales; hombres de la generación intelectual de 1898, con Miguel de Unamuno al frente; y también figuras más jóvenes como Manuel Azaña, futuro presidente de la Segunda República en los años

treinta, que promovió iniciativas desde el Ateneo de Madrid. Para Azaña se trataba de una cuestión moral, de elegir entre la civilización y el pangermanismo: “Nuestro deber es acudir —decía—, ya que no con nuestro apoyo material, con nuestra simpatía y calor moral del lado en que esté la causa justa, la causa de Europa”.

Al otro lado se situaban los germanófilos, que admiraban el orden autoritario del Imperio alemán y odiaban a sus enemigos, por lo que también sería correcto llamarles francófilos o anglófilos. Renovaban los mitos del nacionalismo español para recordar los agravios infligidos a España por las potencias aliadas, desde la catastrófica invasión napoleónica a comienzos del siglo XIX —conocida como Guerra de la Independencia— hasta la herida permanente de Gibraltar. En su opinión, el apoyo alemán permitiría a España librarse de sus enemigos históricos y conquistar Marruecos y Portugal.

Para la jerarquía católica, que curiosamente no daba importancia al hecho de que el *kaiser* fuera protestante, la Tercera República francesa encarnaba los males del laicismo. Junto a ella se situaban las fuerzas de derecha, dentro y fuera de los partidos gubernamentales, el ejército —admirador de Alemania— y la aristocracia.

Aunque la mayoría de los intelectuales relevantes estaban entre los aliadófilos, hubo también escritores

germanófilos, como el premio Nobel de Literatura Jacinto Benavente o el heterodoxo Pío Baroja.

Ante la imposibilidad de que España se alineara con las Potencias Centrales, germanofilia equivalía a neutralidad a ultranza; una neutralidad que, como decía al comienzo, fue muy difícil de mantener para los gobiernos españoles. De vez en cuando hubo presiones aliadas para abandonarla, mismas que no fueron muy lejos porque España era demasiado grande y demasiado débil para realizar aportaciones significativas al esfuerzo de la guerra. Además, cuando se planteaba el asunto, los gobiernos españoles exigían ganancias territoriales imposibles, como Tánger, Gibraltar o Portugal. Un informe británico, de marzo de 1917, lo ponía en estos términos: “considerando ventajas e inconvenientes, indudablemente nos conviene que España permanezca neutral”.

La importancia de los suministros que procedían de España, por una parte, y de las aguas y puertos españoles para la navegación, por otra, condujeron a los beligerantes a montar complejos sistemas de espionaje y contraespionaje que actuaban con bastante libertad gracias a la tolerancia y corrupción de las autoridades. Es más, los submarinos alemanes provocaron numerosos incidentes al refugiarse en las costas españolas, lo cual ponía en peligro la neutralidad.

Pero lo que complicó verdaderamente las cosas fue la guerra submarina alemana contra los barcos

mercantes que comerciaban con los Aliados, un intento de asfixiar las economías occidentales que afectó de lleno a la flota española, sobre todo a partir de febrero de 1917. El hundimiento constante de barcos puso en aprietos al gobierno del liberal conde de Romanones, el más aliadófilo de los jefes monárquicos, quien no sólo protestó, sino también preparó el terreno para romper relaciones diplomáticas con Alemania, el primer paso para entrar en la guerra del lado aliado. Algo parecido volvería a suceder en el verano de 1918.

No obstante, buena parte de la élite política y el rey Alfonso XIII, decisivo en la vida política española, se negaron hasta el final a abandonar la neutralidad. El monarca se había confesado al principio amigo de los Aliados. “En España sólo son francófilos el rey y la canalla”, espetó al parecer a un diplomático. Pero, a la hora de la verdad, utilizó sus funciones constitucionales para asegurar la no intervención, y lo hizo por dos razones. Primero, impresionado por la Revolución rusa de febrero/marzo de 1917, que le costó el trono a Nicolás II, temió que la beligerancia desatara un levantamiento revolucionario contra la monarquía. Alfonso coincidía con León Trotsky al pensar que España era la Rusia de Occidente.

Además, el rey quería que España —al fin y al cabo, el neutral más importante en Europa a partir de 1915— representara un papel protagonista como

mediador entre los beligerantes. Para ello realizó diversas gestiones, por ejemplo, con el Vaticano, sin éxito alguno; y con ese fin montó asimismo en Madrid una oficina *procautivos* dedicada a localizar a prisioneros en ambos lados del frente y a gestionar indultos. Esta oficina revisó cientos de miles de expedientes y permitía a Alfonso XIII presentarse como *prince de la pitié* o *angel of mercy*, un soberano humanitario al que debían estar agradecidos todos los europeos.

Mientras tanto, España experimentaba notables transformaciones económicas gracias a la guerra:

*i)* La demanda inagotable de los Aliados aumentó no sólo el volumen, sino, sobre todo, el precio de las exportaciones españolas. Algunos sectores, como el textil, las navieras, la siderurgia y la minería del carbón, se enriquecieron rápidamente. Se crearon muchas empresas y bancos, y surgieron los llamados “nuevos ricos”, criticados por su ostentación.

*ii)* El desarrollo económico estuvo repartido de forma desigual: benefició más a unas regiones que a otras y se notó especialmente en las ciudades, que crecieron al acelerarse el éxodo rural. El aumento de las exportaciones y la reducción drástica de importaciones provocó la escasez de productos básicos y una inflación desconocida hasta entonces.

*iii)* Frente a estos problemas los gobiernos se mostraron impotentes, pues no consiguieron garantizar las subsistencias y tampoco fueron capaces de aumentar

los ingresos del Estado para permitir inversiones públicas, por ejemplo, mediante un impuesto sobre los beneficios extraordinarios provenientes de la guerra, como se hizo en otros países y como lo intentó en España el ministro liberal Santiago Alba.

*iv)* Las expectativas y carencias atizadas por la contienda alentaron la conflictividad social, orquestada por los dos grandes sindicatos obreros —la socialista Unión General del Trabajo y la anarcosindicalista Confederación Nacional del Trabajo, versión radicalizada de la CGT francesa—. Se incrementó el número de huelgas y por primera vez, desde finales de 1916, ambas organizaciones rivales actuaron en conjunto.

En la primavera y el verano de 1917 los descontentos acumulados condujeron a una situación revolucionaria. Entre los actores del drama destacaron tres. Primero, los oficiales del ejército, afectados por la inflación y contrarios a las reformas que intentaban paliar sus deficiencias. Sus intereses corporativos alumbraron juntas de defensa que, en connivencia con el rey, consiguieron derribar a varios gobiernos. Segundo, los partidarios de una reforma constitucional que otorgara más poder al Parlamento, en detrimento del monarca, y abriera la puerta a la autonomía de las regiones. Con el nacionalismo catalán al frente, convocaron una asamblea ilegal de parlamentarios. Y, tercero, las fuerzas revolucionarias que querían una república, o incluso una situación similar

a la creada en Rusia por los sóviets, que se lanzaron a la huelga general revolucionaria.

El gobierno, entonces de nuevo en manos del conservador Dato, aprovechó la heterogeneidad de estos elementos y consiguió desarticular la revuelta. Tanto los ministros como el rey estaban convencidos de que detrás del intento desestabilizador se escondía Francia, aunque es dudoso que al gobierno francés le interesara un vecino tan inestable en su retaguardia. Sí que está probada, en cambio, la ayuda alemana a los anarquistas de Barcelona, encargados de sabotear la industria catalana que pertrechaba a los Aliados.

España no era Rusia y la neutralidad logró salvar a la monarquía, pero la crisis de 1917 tuvo hondas repercusiones sobre su sistema político: los grandes partidos se fragmentaron y el turno entre ellos se hundió para siempre. En su lugar se formaron coaliciones inestables, que integraron a catalanistas y a republicanos moderados, y que se vieron sometidas cada vez más a la voluntad del rey y a las injerencias del ejército. Ni los ataques submarinos ni la decantación final de la guerra a favor de los Aliados lograron cambiar la neutralidad española, anclada en el triunfo interno de los sectores conservadores.

Por último, el final de la contienda, en el otoño de 1918, despertó notables expectativas en España: entre los nacionalistas catalanes y vascos se desató



la fe en la paz como palanca para conseguir la autonomía política dentro del Estado español. Estos movimientos, como otros tantos nacionalismos europeos, interpretaron el programa de Woodrow Wilson como un aval para la autodeterminación de los pueblos. Sin embargo, no consiguieron llamar la atención de los vencedores reunidos en París y se toparon con un nacionalismo español dominante que se negó a ceder soberanía.

El ala más extremista del movimiento obrero, fascinada por el ejemplo soviético, se entregó a la práctica revolucionaria entre los obreros catalanes y los campesinos andaluces, lo que fortaleció a la contrarrevolución conservadora y autoritaria, como en Italia.

Entretanto, el rey y sus ministros, pese a la vuelta *in extremis* al poder del aliadófilo Romanones, fracasaron por completo a la hora de ver reconocidos sus esfuerzos humanitarios y pacifistas, con lo que España no representó papel alguno en la conferencia de paz, y tuvieron que conformarse con un puesto en la Sociedad de Naciones.

En conclusión, podría decirse que la convulsa neutralidad española supuso la transformación de la vida política y social del país: *i)* la movilización de la opinión pública y las organizaciones de masas, como las del nacionalismo catalán y los sindicatos, avanzaron respecto de la política elitista tradicional,

aunque no consiguieron desplazarla; *ii*) desapareció, eso sí, el sistema bipartidista de conservadores y liberales, dejando un margen aún más amplio al rey, al ejército y a los elementos católicos y autoritarios que respaldaron, cinco años después de acabada la Primera Guerra Mundial, la primera dictadura militar del siglo xx español; y *iii*) aunque suene paradójico, el triunfo de las democracias aliadas fortaleció en España, como en otros países europeos, las posiciones de sus enemigos. A la larga, los germanófilos se salieron con la suya.

LA GUERRA DE LOS INTELLECTUALES:  
ALIADÓFILOS Y GERMANÓFILOS  
EN LA ESPAÑA DE 1914-1918

JOSÉ-CARLOS MAINER\*

UNA ESPAÑA NEUTRAL PERO EN TENSIÓN

En términos de historia internacional, es sabido que España apenas ocupa unas líneas en el relato de la guerra de 1914-1918. Sólo de modo indirecto tuvo que ver algo con el clima previo de la contienda: la Conferencia Internacional de Algeciras de 1906, que sentó las bases del protectorado franco-español de Marruecos (constituido en 1912), estuvo determinada por la alarma que en 1905 creó la visita no anunciada del *kaiser* Guillermo II al puerto de Tánger. A la larga, el país no obtuvo mucho beneficio de haber sido la sede de los acuerdos, ni de sus históricas

\* Universidad de Zaragoza.

pretensiones sobre el reino alauita, porque predominaron las ambiciones francesas y la parte española del protectorado se limitó a las conflictivas zonas del Rif y Yebala, semillero de revueltas de sus nativos y tumba de muchos soldados, así como del prestigio de bastantes políticos de la baja Restauración. Pero aquel reparto del noroeste de África estuvo, en efecto, entre los antecedentes más llamativos del conflicto europeo en el que el país permaneció neutral.

¿Le interesaba a Europa una España alineada o una España aislada? Seguramente los futuros contendientes preferían la última como suministradora imparcial de materias primas, proveedora de fletes marítimos y escenario de actividades de espionaje, sobre todo desde que Portugal entró en combate del lado aliado. Los alemanes lo tuvieron muy claro y su propaganda favoreció descaradamente el neutralismo, porque si España llegaba a participar en la guerra había que replantear la cuestión colonial en Marruecos o en los territorios del Golfo de Guinea. Británicos y franceses —sobre todo los segundos— prefirieron una campaña más activa de captación de simpatías, aunque tampoco estuvieron interesados en auspiciar una declaración de hostilidades. A la hora de la verdad, no hubo en España políticos decididamente intervencionistas, sino representantes de las simpatías de sus electores naturales. Fue el caso

de Antonio Maura, un neutralista absoluto que lideraba una rama del conservadurismo donde abundaban los germanófilos, entre quienes ya apuntaba, desde 1910, la voluntad de un autoritarismo conservador, aunque claramente civil. Más confuso fue el papel de Eduardo Dato, quien impidió el paso de Maura a la jefatura de gobierno en 1915, como líder que fue de la facción del Partido Conservador que recibía la expresiva calificación de “los idóneos”. Dato fue el encargado de frenar como pudo la hoguera subversiva de 1917 (el descontento castrense de las Juntas Militares de Defensa, la asamblea de parlamentarios más o menos progresistas y la huelga general de agosto). Del lado liberal más progresista, el conde de Romanones era aliadófilo, como consignó en su artículo de 1915 “Neutralidades que matan”; a él se debió la negativa a la voluntad de acudir al entierro del emperador Francisco José, expresada por Alfonso XIII, y parece que incluso sopesó la posibilidad de entrar en la guerra a la vez que lo hicieron Estados Unidos y Portugal en 1917. Su ministro Santiago Alba intentó algo tan razonable como una ley extraordinaria de beneficios de guerra, que rechazó toda la burguesía financiera y que significó un paso más en la desafección de las burguesías nacionalistas de Cataluña y del País Vasco, uno de los datos más importantes —como veremos— del tablero político de la España neutral.

Al final, todos vieron que aquellas ganancias económicas consolidaban la modernización del capitalismo español —visible en el crecimiento exponencial de la banca— y la expansión de una industria moderna que aprovechaba muy bien las dificultades del mercado internacional. Ése fue el fruto principal de la guerra; y, en consecuencia, lo fue también que las convulsiones endógenas consiguientes —alza de precios, descontento obrero, arrumbamiento de la política tradicional— averiaron definitivamente el vetusto (y, a la par, sólido) armatoste político de la Restauración de 1875. Pero también los famosos “puntos” del presidente Woodrow Wilson fueron leídos con mucho interés por los catalanistas; a su vez, los nacionalistas vascos consideraron con provecho la trayectoria política del catalanismo burgués y su imparable camino hacia la hegemonía social. Los galleguistas leyeron las noticias de la Pascua de 1916 que llegaban de Irlanda (la hermana celta) y se propiciaron años de nacionalismo lingüístico (*Irmandades da Fala*) y cultural que supusieron la adultez del veterano movimiento. No fueron los únicos en hacerlo: al calor de los regionalismos de la lengua propia se configuraron otros regionalismos donde no había tal cosa, pero sí núcleos de escritores y artistas dispuestos a ser gestores de una ilusión colectiva. Fue el caso de Andalucía, Aragón e incluso Castilla la Vieja, que combinaron los balsámicos recuerdos

de la historia pretérita y los agravios económicos recientes. En mayor o menor grado, Sevilla y Málaga, Zaragoza y Valladolid, se erigieron en centros políticos regionales herederos de una tradición de protesta muy vinculada al regeneracionismo de comienzos de siglo, pero modulada al compás de los nuevos aires regionalistas.

#### LA RECONSTRUCCIÓN DE UN MAPA INTELLECTUAL Y LITERARIO

Tal es el marco que explica un notable cambio estructural en el mundo de la cultura que, como siempre, había empezado bastante antes de 1914. Desde 1900, por lo menos, ese ámbito —el “campo literario”, diríamos utilizando la terminología de Pierre Bourdieu— vivió una mezcla de aceleración y reorganización que tuvo uno de sus centros en la entronización de la palabra “intelectual”. La sustantivización de ese adjetivo (que acotaba con sugerente vaguedad la mezcla de orgullo profesional y politización progresiva) y su preferente uso en plural (los “intelectuales” pasaron a constituir una comunidad creadora de opinión pública) se produjeron justo a principios de siglo, cuando emplearon el término Unamuno (que luego prefirió decir “espirituales”), José Martínez Ruiz (Azorín) y Ramiro de Maeztu, conscientes

todos de que era un útil galicismo que provenía del reciente escándalo Dreyfus, aunque tampoco fuera ajeno a la presencia del “socialismo de cátedra” en el Imperio alemán o a la constitución de la Sociedad Fabiana en el Reino Unido. La “acción intelectual” significaba para todos la superación del individualismo anárquico y de la rebeldía rigurosamente privada que tan a menudo se había identificado con la “bohemia” radical. Aunque, en un comienzo, no siempre fue fácil distinguir a esta última —con su cortejo de mitomanías decadentistas y modernistas— de las actuaciones grupales de protesta política que empezaron en torno al fin de siglo. El predominio de éstas culminó, sin duda, en la campaña de 1909-1910 contra Antonio Maura, cuyas consecuencias fueron la reactivización intelectual del republicanismo histórico, el paso del socialismo a la acción política y la gestación del Partido Reformista, primera plataforma de desembarco de universitarios y profesionales que compartían el laicismo militante, el liberalismo avanzado y serias reservas ante la monarquía. Los reformistas, como los grupos a su izquierda, habían tomado del regeneracionismo de Joaquín Costa —una figura más decimonónica y romántica que moderna— la idea de “europeización”, un mantra que definía tanto una suerte de complejo de inferioridad nacional como el vehemente deseo de reforma patriótica.



En 1910 se produjo —por iniciativa del joven periodista Luis Bello, antiguo pasante del político liberal Canalejas— la creación de la revista *Europa*, título premonitorio, aunque efímero, donde hubo ecos significativos de lo que estaba ocurriendo en la vida nacional.<sup>1</sup> Las posiciones que Ramón Pérez de Ayala adoptó en sus páginas a propósito del excelso valor literario de Valle-Inclán o sus palmetazos a Azorín, tras su conversión al maurismo, conectaban con la reorganización moral y política del mapa literario del momento. Su amigo, el joven filósofo Ortega y Gasset, presente en las páginas de *Europa*, había iniciado ese proceso en 1905 en la brillante serie de artículos “Los Lunes de *El Imparcial*”, donde también habían puesto en su lugar las vehementes intervenciones de un Unamuno que desconfiaba de la europeización, los abusos decorativos de los poetas modernistas y, sobre todo, el nihilismo destructivo de Pío Baroja, tan cautivador como escritor racial y tan deletéreo como ideólogo. La demanda de un arte intenso, español y europeo a la vez, fue un objetivo de la revista que venía de tiempo atrás, y pronto se confeccionó aquel nuevo mapa artístico literario con una generosidad espiritual sobresaliente.

<sup>1</sup> Sobre el contexto y el proyecto de la revista *Europa* cf. mi artículo “*Europa* (1910): síntomas de una crisis”, en *Le discours de la Presse*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes II, 1989, pp. 93-100.

La discrepancia política no comportaba la descalificación artística, y si el reformista Ortega comprendía al escéptico Baroja, el avanzado liberal Ramón Pérez de Ayala admiraba sin reparos al carlista Valle-Inclán. Por eso no ha de extrañarnos que cuando Azorín, convertido al maurismo, publicó en 1912 dos libros admirables, *Castilla* y *Lecturas españolas*, casi todos sus críticos acordaron disculparle sus veleidades reaccionarias y consagrarle como escritor nacional.

A lo largo de 1913 se sustanció una doble y significativa reconciliación en aquel renovado ámbito de las letras españolas. Por una parte, en el mes de febrero, cuatro artículos del propio Azorín, “La generación de 1898”, ofrecieron a tirtios y troyanos un marbete donde sumar la herencia de un pasado de descontento intelectual, un presente de intensa creatividad y un porvenir de trabajo diferenciado pero común. Por otro lado, a lo largo del verano, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset tramaron un homenaje público a Azorín que tuvo un exquisito marco histórico —los jardines de Aranjuez—, y como oficiantes, asistentes y adheridos a la mayor parte de una sociedad literaria que se reconocía como tal. Algunos de los intervinientes —como Antonio Machado, Pío Baroja y el propio Ortega— no ocultaron sus discrepancias con el homenajeado, pero ratificaron su convicción de hallarse en una ocasión histórica, y así era. Aquel otoño Ortega y Gasset

—que ya había desechado la tentadora idea de crear una Sociedad Fabiana española— dio a conocer el prospecto de la Liga de Educación Política, que se postulaba (al amparo del Partido Reformista) como una plataforma independiente para los intelectuales que comulgaran en las ideas de regeneración política del país, reformas laicistas, superación del liberalismo clásico y cauto acercamiento a la socialdemocracia. En febrero de 1914 el discurso de Ortega, “Vieja y nueva política”, pronunciado en el céntrico Teatro de la Comedia, de Madrid, escenificó la propuesta, señaló al enemigo propicio —la viciada estructura de la Restauración— y ofreció un escenario adecuado para la hermandad de los ya numerosos adherentes a la propuesta de noviembre.

Pocos faltaron; entre ellos no estuvo, sin embargo, Juan Ramón Jiménez, todavía algo renuente a aceptar la dimensión claramente política que significaba aquella adhesión.<sup>2</sup> Pero en modo alguno quiere decir que éste fuera ajeno a lo que las fechas tenían de llamamiento a una acción espiritual conjunta.

<sup>2</sup> Las circunstancias y pormenores del desembarco de Ortega en la vida intelectual española están descritas en el ensayo de Antonio Elorza, *La razón y la sombra. Una lectura política de Ortega y Gasset*, Barcelona, Anagrama, 1984 (en especial, en el capítulo “Rebeldía constructora”, pp. 71-116), y con mayor extensión en la reciente biografía de Jordi Gracia, *José Ortega y Gasset*, Madrid, Taurus / Fundación Juan March, 2014 (capítulos 5-8, pp. 151-296).

El poeta trabajaba entonces para la Junta de Ampliación de Estudios, que en 1910 había creado la Residencia de Estudiantes, donde Jiménez fue uno de los referentes del joven alumnado y director de las publicaciones del centro; dos de las publicaciones más significativas fueron *Meditaciones del Quijote*, primer volumen de Ortega, impreso en 1914, y, un año más tarde, las actas de aquella *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*. La “profesionalización” del arte y la cultura movía ya todas las cosas. Desde 1911 la Asociación de Artistas Vascos se había constituido en torno a un par de generaciones de excelentes artistas plásticos, a los que se sumaron con entusiasmo el músico Jesús Guridi, y el escritor y diplomático Ramón de Basterra. El designio tenía el propósito de lograr una expresión colectiva auténticamente vasca (que tuvo su crítico de cabecera en Ricardo Gutiérrez Abascal, “Juan de la Encina”), pero nunca ocultó que pretendía consolidar, más allá del ámbito regional, la existencia de un mercado emergente de arte que avanzaba al compás de la explotación de las minas de hierro, de la producción siderúrgica y de la actividad de las navieras, pero también al hilo del nuevo poder de una burguesía de abogados, profesionales y comerciantes rumbosos.

Lo importante era hallar las ocasiones en que unos y otros —escritores, músicos y artistas— pudieran presentarse como un bloque unitario. La revista

*Europa* lo había hecho proponiendo en sus páginas reportajes gráficos y literarios dedicados a una significativa serie de “Maestros jóvenes”, que aunaban lo racial y lo moderno: el ceramista Daniel Zuloaga; el grabador Ricardo Baroja; los pintores Manuel Benedito, Ignacio de Zuloaga, Julio Romero de Torres, y los hermanos Ramón y Valentín de Zubiaurre; el escultor Julio Antonio, y el pianista Ricardo Viñes, cuyo éxito en Francia era tan reciente. Para ese objetivo de consagración de grupos servían también los óbitos significativos. Así, la muerte de Joaquín Costa, en febrero de 1911, llevó a que todos hablaran de quien fuera quizá el primero en unir su vocación de movilizador de la opinión y su altiva independencia de escritor y profesional. Pero también llevó a señalar el “debe” en la cuenta personal de Costa, a saber, su indisciplina intelectual; su condición soñadora, enfurruñada y utópica; su patriotismo “de calzón corto” (como apuntó Unamuno). Cuatro años después, cuando en febrero de 1915 murió Francisco Giner de los Ríos, fue imposible achacar las mismas menguas al creador de la Institución Libre de Enseñanza. Su autoridad espiritual —ejercida con discreto tacto—, su apartamiento de la primera línea de lo público y la coherencia de su actitud fueron subrayados como si constituyeran —en un tiempo de intelectuales— un aviso de navegantes y un programa de futuro.

## LA GUERRA Y LA INTERVENCIÓN DE LOS INTELLECTUALES

En el momento del fallecimiento de Giner de los Ríos (aliadófilo, como toda la gente de la Institución), ya la guerra europea estaba en su apogeo y el apoyo platónico a uno o a otro de los bandos en liza empezó a ser una pasión nacional y, por supuesto, a llevarse buena parte del espacio escrito de la prensa diaria. Alguno pensó con enfado que aquella obsesión colectiva obedecía a las campañas de propaganda suscitadas por las embajadas de los países beligerantes, que asalariaban a periodistas, compraban periódicos y confeccionaban las famosas “listas negras”, que lo mismo señalaban la inclinación de un órgano de prensa que perjudicaban las ventas de un industrial o comerciante y buscaban ahuyentar la clientela de un profesional. Pero aquellas maniobras, aunque llamativas, fueron menos importantes de lo que pregonaban los “neutralistas” (término que llegó a ser casi sinónimo de germanófilos) o, en general, los recelosos del nuevo poder intelectual en el que veían la causa inmediata de los trastornos.

La línea divisoria entre los partidarios de los Aliados y los de los Imperios Centrales era bastante elemental, por más que los motivos que la sustentaban fueran simplistas: eran germanófilos los conservadores que admiraban la disciplina prusiana y la ciencia

alemana, aunque prefirieran ignorar el reciente *kulturkampf* anticatólico y la notable presencia de socialistas en el Reichstag germano; eran francófilos —modalidad principal de la aliadofilia— los admiradores de la Revolución francesa y del laicismo de la Tercera República que, a su vez, olvidaban la fuerza del catolicismo tradicional francés, del mismo modo que los republicanos eran aliadófilos a despecho de que el Reino Unido fuera una monarquía estable.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Los primeros en llamar la atención sobre la dimensión cultural de la polémica en torno a la guerra de 1914 fueron los desaparecidos hispanistas Christopher H. Cobb y Luis Urrutia: el primero en su artículo “Una guerra de manifiestos”, *Hispanófila*, núm. 29, 1966, pp. 45-61, y en su edición de Miguel de Unamuno, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, Londres, Tamesis Books, 1976; y el segundo en otra colección de textos unamunianos, *Desde el mirador de la guerra (Colaboración al periódico La Nación de Buenos Aires)*, París, Centre d’Études Hispaniques, 1970. De fechas cercanas a éstos son dos trabajos míos más breves (“Consideraciones sobre Benavente, los intelectuales y la política” y “Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales”, de 1970 y 1971, respectivamente), ambos recogidos en mi libro *Literatura y pequeña burguesía en España. Notas 1890-1960*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972, pp. 141-170. En ese mismo año, Fernando Díaz-Plaja exhumó también artículos y notas de prensa en un libro de divulgación poco memorable, *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972. El impacto del centenario en 1914 ha registrado nuevos ítems sobre un asunto que no tenía demasiada bibliografía: Andreu Navarra Ordoño, *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014; y, sobre todo, Maximiliano Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Madrid, Akal, 2014, además de dos madrugadores números monográficos de las revistas *Ayer*, núm. 91 (2013), bajo el título *La Gran Guerra de los intelectuales: España y*

Como veremos más adelante, todos los carlistas eran germanófilos, con excepción de Valle-Inclán, y todos los progresistas, aliadófilos, con la opinión contraria de Pío Baroja. En general, las peleas intelectuales se fundamentaron en esos prejuicios inamovibles y fueron desinteresadas, aunque es cierto que Vicente Blasco Ibáñez hizo buenos negocios con la guerra, como siempre había buscado en sus empresas intelectuales el líder indiscutible de la Valencia republicana y anticlerical. Sus novelas —más aliadófilas que antibelicistas— *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (1916) y *Mare Nostrum* (1918) fueron éxitos internacionales y objeto de sendas adaptaciones cinematográficas en Estados Unidos, en 1921 y 1926; de añadidura, desde 1914 hasta 1919 hizo publicar a sus expensas y a su nombre una *Historia de la guerra europea* en forma de fascículos semanales, que ocupó nueve gruesos volúmenes en total.<sup>4</sup> Hubo algún caso de venalidad

---

*Europa* (edición de Maximiliano Fuentes Codera), e *Ínsula*, núm. 804 (2013), *La Gran Guerra en nuestras letras* (edición de Jordi Amat y José Ramón González).

<sup>4</sup> Acerca de la actitud de V. Blasco Ibáñez ante la guerra cf. el largo prefacio en la más reciente edición de *Mare Nostrum*, edición de María José Navarro, Alicante, Institución Juan Gil-Albert, 1994, pp. 15-144. La biografía más completa del autor es la de su entusiasta admirador José Luis León Roca, *Biografía de Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, Protemeo, 1967, con varias reediciones posteriores; una visión muy negativa de su afán por la notoriedad (y por el dinero) fue la de su antiguo biógrafo de cámara, el hispanista francés (condenado en 1945 por el gobierno galo como colaboracionista) Camille Pitoulet: “Cómo escribí



manifiesta, tanto a la derecha como a la izquierda del espectro político: el periódico republicano *España Nueva*, de Rodrigo Soriano (el gran rival de Blasco), se pasó a los germanófilos tras una etapa de aliadofilia; otro diario, *El Parlamentario*, del más bien conservador Luis Antón del Olmet, también jugó a los dos bandos, como siempre había hecho y seguiría haciendo su director.

Pero los periódicos más importantes mantuvieron su línea habitual y no defraudaron a sus lectores. En Madrid, la prensa del *trust* Sociedad Editorial de España —que juntaba a *El Imparcial*, *El Liberal* y *Heraldo de Madrid*— fue aliadófila, aunque el primero de los citados acogía la colaboración de Jacinto Benavente, partidario como veremos de los Imperios Centrales, y repartió a sus corresponsales según sus inclinaciones: Ricardo León, tan católico como germanófilo, escribía desde Berlín; el anglófilo Salvador de Madariaga lo hacía desde Londres; y el republicano Manuel Ciges Aparicio desde París, donde ya había vivido como emigrado político en 1909. El conservador diario *ABC* no pudo eludir las “listas negras” de los Aliados, pese a que tenía a Azorín y

---

el libro sobre Blasco Ibáñez”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, xxxiii (1957), pp. 22-365. Hay, sin embargo, una biografía más reciente: Javier Varela, *El último conquistador: Blasco Ibáñez (1864-1928)*, Madrid, Tecnos, 2015, que dedica un capítulo a “La Gran Guerra”, pp. 659-718.

Alberto Insúa, fervorosos francófilos, como autores de “Terceras” —el editorial de prestigio que ocupaba esa página del periódico—, donde alternaban con las escritas por José María Salaverría, de acusada inclinación germanófila. En cualquier caso, el mayor apoyo a la causa de los Aliados se produjo con la incorporación del diario *El Sol*, obra del empresario paplero Nicolás María Urgoiti, asesorada por el inevitable Ortega y Gasset, en noviembre de 1917.<sup>5</sup>

Muchos escritores conocidos hicieron de reporteros o aprovecharon sus visitas como invitados de los gobiernos en guerra para contar sus impresiones bélicas. Ramón Pérez de Ayala juntó sus crónicas de los frentes italianos de Isonzo y Trentino en el libro *Hermann encadenado* (1918); los numerosos viajes de Azorín al otro lado de los Pirineos —en agosto de 1914 veraneaba “en el mediodía de Francia”— le inspiraron varios libros. El más militante, *Entre España y*

<sup>5</sup> Sobre la prensa española del momento cf. el capítulo “Prensa nueva y prensa vieja en años de crisis (1914-1923)”, en María Cruz Seoane y María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, III. *El siglo xx, 1898-1936*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 211-320. Sobre la fundación de *El Sol*, cf. Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti*, Madrid, Alianza, 1994; y Antonio Elorza, *Urgoiti: una utopía reformadora*, Madrid, Asociación de la Prensa de Madrid, 2012, que es básicamente una recopilación de los artículos del fundador. La trayectoria de los periódicos de Urgoiti entre 1917 y 1932 está puntualmente seguida por Gonzalo Redondo, *Las empresas políticas de Ortega y Gasset: “El Sol”, “Crisol”, “Luz”, 2 vols.*, Madrid, Rialp, 1970.

*Francia* (1917), se tituló “Páginas de un francófilo”, y fue editado por el editor galo Bloud y Gay en su sucursal de Barcelona y en el marco de una colección de propaganda, muy escorada a la versión católica y nacionalista de la contienda. El folleto *París, bombardeado* (1919) recogió su impresión de los bombardeos alemanes de la ciudad en la campaña de 1918; en 1921 fue ampliado con otra sección de artículos, adoptando el rótulo nuevo de *París, bombardeado y Madrid, sentimental*.<sup>6</sup> El director del rotativo barcelonés *La Vanguardia*, Miguel de los Santos Oliver, descubrió a un joven redactor, Agustí Calvet (Gaziel), quien fue, sin duda, el mejor cronista español de guerra. Había iniciado sus trabajos en *La Veu de Catalunya*, pero no gustaron a su director, Enric Prat de la Riba, que tenía simpatías germanófilas. Fue en *La Vanguardia* donde consiguió fama, primero como testigo de la guerra vivida desde la capital de Francia (*Diario de un estudiante en París*, que vio la luz como libro en 1915) y luego como viajero en los frentes galos (*En las líneas de fuego* y *Narraciones de tierras heroicas*, ambos de 1916), y en Italia y los Balcanes (*De París a Monastir*, 1917).

<sup>6</sup> De *París, bombardeado* hay edición reciente preparada por Jorge Urrutia (Madrid, Biblioteca Nueva, 2008), con buen prólogo que puede complementarse con el libro de James H. Abbot, *Azorín y Francia*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, que repasa la temprana e intensa relación del autor con la cultura francesa.

Pero el fruto más significativo de la guerra fue la aparición de la revista *España. Semanario de la vida nacional* (cuya publicación abarcó desde enero de 1915 hasta marzo de 1924). Ortega, que fue su inspirador, la creó merced al dinero de una herencia que un admirador, Luis García Bilbao, puso a su disposición para crear un órgano periodístico de la ya citada Liga de Educación Política.<sup>7</sup> Y su creador la definió en su primer número como:

Un lugar donde cada siete días aparezcan registradas, solícita y lealmente, todas las pulsaciones del corazón español, latidos de dolor o latidos de voluntad. Se han reunido en colaboración para publicar este periódico los más estimados escritores de las nuevas generaciones, deseosos de prestar auxilio en forma orgánica y persistente a cuanto aparece en nuestra sociedad con los caracteres de intento sano, de queja honrada, de lama limpia, de demanda justa, de efectivo mérito. Y a la vez, con el deseo de contribuir con sus fuerzas, pocas, o muchas, a que acabe de hundirse la España insalubre, inepta, inactual, la España de las frases hechas y la política deshecha, de las instituciones fantasmas y de las acciones destructoras, la España oficial enemiga

<sup>7</sup> El semanario *España* fue reproducido en edición facsimilar por Topos Verlag, Vaduz (Liechtenstein), 1982, con importante prólogo de Enrique Montero ("La financiación de *España* y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial"), pp. XIX-XXIII.

de la otra humilde España, de los pueblos, los campos y las costas.

Muy pronto se vio que aquella enmienda a la totalidad de la vida española pasaba por el asunto de la guerra europea, seguramente a despecho de la intención del fundador de la revista. Ortega desapareció del semanario que había creado al saber que la publicación recibía una importante subvención de las embajadas británica y francesa. Bajo la dirección del socialista Luis Araquistáin, la revista hizo de la guerra el motivo intelectual del día, presente desde las cubiertas dibujadas por el humorista Luis Bagaría (que disfrutaba caricaturizando germanos bajo sus cascos rematados por un pincho: el famoso *pickelhaube*) hasta los trabajos de los corresponsales del frente, las críticas a los intelectuales enemigos o la denuncia indignada de los bombardeos germanos —el más llamativo fue el de la catedral de Reims— y del uso de gases asfixiantes. En sus páginas apareció el manifiesto del 9 de julio de 1915, “Palabras de algunos españoles”, anónimo pero redactado por Ramón Pérez de Ayala, muy expresivo de la convicción de que la honra de España (y su esperanza de futuro) pasaba por tomar partido en la contienda:

No sería bien que, en esta coyuntura máxima de la historia del mundo, la historia de España se desarticulase

del curso de los tiempos, quedando de lado, a modo de roca estéril, insensible a las inquietudes del porvenir y a los dictados de la razón y de la ética. No sería bien que en estos momentos de gravedad profunda, de intensa religiosidad, cuando la especie humana sufre sin cuento engendrando una más apretada y fraterna solidaridad, España, por el apocamiento de los políticos responsables, apareciera como una nación sin eco en las entrañas del mundo [...]. Nosotros, sin más representación que nuestras vidas calladas, consagradas a las puras actividades del espíritu [...] estamos ciertos de cumplir un deber de españoles y de hombres declarando que participamos, con plenitud de corazón y de juicio, en el conflicto que trastorna al mundo. Nos hacemos solidarios de la causa de los Aliados, en cuanto representa los ideales de la justicia, coincidiendo con los más hondos e ineludibles intereses políticos de la nación. Nuestra conciencia reprueba donde quiera todos aquellos hechos que menoscaban la dignidad humana y los respetos que los hombres se deben, aun en el más enconado trance de la lucha.

Las numerosas firmas que acompañan estas palabras se agrupan por especies intelectuales, como ya estableció el modelo de todos los manifiestos, la breve "Protestation" que siguió al artículo "J'accuse!", de Émile Zola, en enero de 1898. *España* agavilló los

firmantes en “Profesores” (Gumersindo de Azcárate, Nicolás Achúcarro, Américo Castro, Julio Cejador, Manuel B. Cossío, Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal, Fernando de los Ríos, Luis Simarro, Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta, entre otros), “Compositores de música” (Manuel de Falla, Joaquín Turina, Amadeo Vives), “Pintores” (Hermen Anglada Camarasa, Ramón Casas, Anselmo de Miguel Nieto, José Rodríguez Acosta, Julio Romero de Torres, Santiago Rusiñol e Ignacio Zuloaga), “Escultores y decoradores” (Julio Antonio o José Clará), y una nutrida representación de “Escritores”, que reproducimos íntegramente: Gabriel Alomar, Luis Araquistáin, Manuel Azaña, “Azorín”, José Carner, Manuel Ciges Aparicio, Francisco Grandmontagne, Amadeo Hurtado, Ignacio Iglesias, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu, Gregorio Martínez Sierra, Enrique de Mesa, Armando Palacio Valdés, Benito Pérez Galdós, Ramón Pérez de Ayala y Ramón del Valle-Inclán.

No fue, sin embargo, el primer manifiesto a propósito de la guerra. Se le adelantó el “Manifiesto por la unidad moral de Europa” que vio la luz el 5 de febrero de 1915, promovido por el filósofo y gestor cultural catalán Eugeni d’Ors. En sus líneas compareció el antibelicismo que había tenido tan poca fuerza persuasiva en aquellos días previos, cuando el político francés Jean Jaurès pagó con su vida su

rechazo a la guerra, y cuando Romain Rolland en Francia y Hermann Hesse en Alemania volvieron la espalda a sus propias naciones armadas. Con toda clase de precauciones, D'Ors se unía ahora a Rolland, el autor de *Jean-Christophe* (1904-1912), exaltación de la unión de lo latino y lo germano a través de la música, y lo hacía no tanto para rechazar una guerra sangrienta como las consecuencias de cualquier victoria total:

Tan lejano al internacionalismo amorfo como a cualquier estrecho localismo, se constituye en Barcelona un grupo de hombres de profesión espiritual para afirmar su creencia irreductible en la unidad moral de Europa y para servir a tal creencia, dentro de lo que tolere la trágica angostura de las circunstancias actuales. El principio de que partimos es que la terrible guerra que hoy desgarrá el cuerpo de nuestra Europa constituye, por definición, una Guerra Civil. Una guerra civil no quiere decir precisamente una guerra injusta. Pero entonces hay que justificarla en un conflicto entre grandes intereses ideales. Y al desear el triunfo de cualquiera de ellos, hay que desearlo para la totalidad de la república europea y en su general beneficio [...]. Durante tres meses ha parecido que nuestro concepto de Europa naufragaba. Pero una reacción comienza a dibujarse [...]. Nos proponemos colaborar en esta reacción, contribuir a su cono-



cimiento, y, en la medida de nuestras fuerzas, a su afianzamiento. No estamos solos; nos acompaña, desde todos los lugares del mundo, el anhelo de muchos espíritus clarividentes y el voto tácito de millares de hombres de buena voluntad, que por encima de sus personales preferencias y simpatías saben permanecer fieles a la causa de aquella unidad moral. Nos acompaña idealmente, sobre todo desde las lejanías de lo futuro, la aprobación de los hombres que mañana llamarán buena la obra humilde a que nosotros nos damos hoy.

Las firmas que seguían al manifiesto, fechado en noviembre de 1914, eran casi todas catalanas: Eugeni d'Ors, Manuel de Montoliu, Telesforo de Aranzadi, Miguel S. Oliver, Esteban Terrades, Rafael Campaláns, Josep Maria López Picó, Jaime Massó Torrents y Jorge Rubió Balaguer, entre otros.

#### ¿INTELLECTUALES O SIMPLES ESCRITORES AMBICIOSOS?

Al igual que había sucedido en la Francia del proceso Dreyfus, no faltaron las voces que se escandalizaron ante la osadía de quienes, sin otro mérito que su condición de “intelectuales”, se permitían amonestar a la opinión pública. En su libro *La nueva literatura*

(II. *Las escuelas*), publicado en 1920, el crítico Rafael Cansinos Assens escribía con algo de fingido asombro: “El nombre de intelectuales, ¿ha sido aplicado a parte de los jóvenes de la generación del 98 o ha sido adoptado por ellos para acentuar su espiritual actitud? ¿Se ha dicho antes de esta época ‘intelectual’? ¿De dónde salió esta palabra que ha obtenido su difusión por medio de la prensa? En todo caso, nunca se pronunció con tanto énfasis como ahora, desde 1898 a estos días de *España*”.<sup>8</sup> Y es que bastantes habían discutido la legitimidad del apelativo y echaban de menos la concepción romántica y convencional del escritor. Edmundo González Blanco, germanófilo convencido, había escrito ya en su libro *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo* (1917):

O la palabra *intelectual* no significa nada, o equivale rigurosamente a *pensador, investigador, sabio*... ¿Y quién en serio sostendrá que se es pensador por el mero hecho de ser escritor? El literato no se distingue del burgués y del obrero por el mayor desarrollo de su inteligencia, sino el mayor desarrollo de otras dos facultades del espíritu, que con la inteligencia no tienen nada en común: la *emotividad* estética (facultad pasiva o receptiva) y la *imaginación* creadora (facultad activa). Y diré

<sup>8</sup> *La nueva literatura*, II. *Las escuelas*, Madrid, Páez, 1920, p. 45.

más: y es que esas dos facultades del espíritu no sólo nada tienen de común con la inteligencia sino que siempre perjudican a su desarrollo, como prueban la experiencia y la psicología [...]. Sólo el género masculino de los pensadores es un género verdaderamente intelectual [...]. El género femenino de los literatos y el género neutro de los especialistas científicos únicamente podrían servir para que los hombres contados entre las primeras celebridades en su ramo sean capaces de revelar una inconcebible torpeza intelectual en cualquier otra cuestión.<sup>9</sup>

Pero, a efectos de la constitución del grupo *intelectual*, las batallas de la guerra europea estaban siendo decisivas. Y un escritor reconocido podía jugarse su reconocimiento en aquel nuevo mapa literario, gestado entre 1900 y 1910, si incumplía lo que se esperaba de su condición. El mejor ejemplo de un destronamiento de esta naturaleza lo ofreció el caso de Jacinto Benavente, quien —y no sin motivo— era reconocido como el renovador de la escena española desde su aparición en 1894. Ante la contienda se proclamó neutralista —pero ya se ha señalado que tal cosa era equivalente a una declaración de germanofilia—; de hecho, había aceptado la presidencia de

<sup>9</sup> Edmundo González Blanco, *Iberismo y germanismo. España ante el conflicto europeo*, Valencia, Cervantes, 1917, p. 121.

la Sociedad de Amistad Hispano-Germana, fundada en 1916, y la opinión conservadora y partidaria de los Imperios Centrales devoraba su serie de artículos “De sobremesa” que aparecía en *El Imparcial*. Allí explicó Benavente a sus lectores cómo Maurice Barrès, el gran fetiche de la Francia conservadora pero ardiente patriota, había solicitado su adhesión a la causa aliada y en qué términos había renunciado a hacerlo. Pensaba, le dijo al escritor, que mucho de la francofilia española era, en rigor, “*bulevarfilia*, *montmartrefilia* y, en resumidas cuentas, *autofilia*. Conocen de Francia el París que ellos llevan a París, el París bullanguero”. Benavente cree que debemos querer y admirar a Francia, pero también tener en cuenta que “ha sido siempre enemiga natural de España, ha trabajado por empequeñecerla y por rebajarla”.<sup>10</sup> En la contienda presente, ni Francia ni Alemania tienen responsabilidad alguna:

Todas las raíces y todas las metafísicas de esta guerra están en las habilidades de una nación mandona —Inglaterra— que se hallaba muy a gusto en el machito de sus tradiciones, de su comercio, de su flota, que ve con espanto que otra nación —Alemania— trabaja,

<sup>10</sup> Jacinto Benavente, *Obras completas*, vol. VII, Madrid, Aguilar, 1967, p. 1119.

adelanta, empuja y, como ella sola no se siente con fuerzas para oponerse a su enemiga, despierta ambiciones de unas, romanticismo de otras, la rodea de enemigos y dice: “Ahora o nunca”. ¿Qué nueva Humanidad, qué valores morales pueden resultar de todo esto?<sup>11</sup>

Ese tono avulgarado y demagógico era el tenor de todas sus intervenciones, que decidió no reservar para sus desahogos periodísticos y llevó a los escenarios. El estreno de *La ciudad alegre y confiada* tuvo lugar en el Teatro Lara, el 18 de mayo de 1916, presentándose como continuación de *Los intereses creados*, el mayor y más ingenioso de sus éxitos años antes. Los personajes de entonces, tomados del artificio de la “Commedia dell’Arte”, han envejecido ya y han mudado de vida y costumbres. El logrero Crispín se ha convertido en el Magnífico que gobierna el viejo Estado; su protegido, el joven Leandro, se ha casado con su enamorada Silvia, la hija del riquísimo Polichinela, a la que engaña a ojos vistas. Y un nuevo personaje, el Desterrado, acaba de llegar a la ciudad, indultado por el Magnífico, cuando Arlequín y sus amigos poetas se aprestan a celebrar un homenaje a la bailarina Girasol cuando está a punto de estallar la guerra entre los venecianos y los

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 1151.

genoveses, ciudades vecinas. Arlequín afirma que “lo único que podemos presentar al pueblo son nuestras bailarinas, nuestros desbravadores de potros y nuestros mendigos”, y que, ante la contienda que va a comenzar, la ciudad debería dejarse dominar por el vencedor para que así “nos imponga una cultura superior”. “Soberbios y envidiosos” les apostrofa el Desterrado, fiel a su patriotismo, pero que recibe también una desagradable sorpresa al encontrar a su hijo Lauro —mucho más sensato que sus amigos escritores— enamorado de Julia, la hija de su enemigo Crispín. Al final, la ciudad entra a la guerra del lado de los genoveses, es derrotada —como se preveía— por los venecianos y nada de lo que se pretendía es conseguido. Se produce una sublevación popular contra el engaño y Leandro muere defendiendo su ciudad, mientras Lauro lo hace a manos de las turbas. Al final, el Desterrado apela al patriotismo de todos contra el egoísmo de los ricos que pretendían enriquecerse más todavía y a la frivolidad de los poetas que llevaron a todos al desastre.

Es evidente que la figura del Desterrado apenas disimula los rasgos del político Antonio Maura, máximo adalid de la neutralidad española, y que Arlequín y sus amigos representan a los intelectuales aliadófilos, tan despectivos de las glorias de su tierra como caprichosos admiradores de lo castizo genuino. Es más que posible que Benavente pensara en

Ramón Pérez de Ayala al elaborar la figura del Poeta, y que hubiera leído con enfado la novela *Troteras y danzaderas* (1913), donde el escritor se había burlado abiertamente de los últimos trinos del modernismo (aunque también lo había hecho de la pedantería intelectual coetánea) y había otorgado rango de oráculo nacional a dos bailarinas simpáticas, intuitivas y semianalfabetas (en las que se ha querido ver un divertido trasunto de Consuelo Bello, “La Fornarina” —en el personaje de Rosina— y quizá de una mescolanza de Pastora Imperio, Tórtola Valencia y Antonia Mercé, “La Argentina”, en el caso de Verónica). Ramón Pérez de Ayala era un entusiasta del llamado “género ínfimo”, pero también un activo y temible crítico teatral, decidido a vengarse claramente de aquel presunto retrato de su enemigo. Y procedió a expulsar a Jacinto Benavente del mapa de la respetabilidad literaria, como puede ver el lector en la serie benaventina de su libro de críticas *Las máscaras* (1918). El primer tomo estuvo dedicado fundamentalmente a la confrontación de Galdós, su modelo de “escritor nacional”, y de Jacinto Benavente, prototipo del dramaturgo que sólo sabe halagar los bajos instintos de las plateas. Reseñando el estreno benaventino de *El collar de estrellas* (1915), empieza por preguntarse qué puede esperarse de un escritor que publica sus artículos bajo el título “De sobremesa”: un “malicioso eufemismo que podríamos

traducir en estos términos: no hay que calentarse los cascotes, la cuestión es pasar el rato; en suma, una claudicación con los vientres perezosos”. Dos años más tarde, el estreno de *La ciudad alegre y confiada* viene a ser la confirmación de toda una concepción balsámica y trivial de la literatura. A Ramón Pérez de Ayala no le extraña que, en la tercera representación de la obra, el mismo Jacinto Benavente haya decidido interpretar el papel del Desterrado. Lo que éste dice en la comedia es lo mismo que cada día repite para los lectores de los artículos “De sobremesa”: “En cuantas ocasiones se habla de patriotismo, inevitablemente se evocan las mismas ideas, se sugieren las mismas emociones”, siempre sentimentales, vulgares y de receta. Benavente finge ejercer un patriotismo crítico, pero lo confunde siempre con el terruñerismo tradicional y exaltado, carente de reflexión crítica alguna. El resultado de su discurso “viene a ser algo así como entonar la Marcha Real y ponerse en pie cuando la doméstica entra en el comedor con la fuente de cocido, el plato nacional”.<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Las reseñas de “El collar de estrellas” y “La ciudad alegre y confiada” pueden consultarse en *Obras completas*, III. *Las máscaras. Política y toros*, edición de J. García Mercadal, Madrid, Aguilar, 1963, pp. 78-89 y 90-98, respectivamente. Un análisis de la confrontación de los dos escritores en Luis T. González del Valle, *El canon: reflexión sobre la recepción literaria-teatral (Pérez de Ayala ante Benavente)*, Madrid, Hueruga y Fierro, 1993.



## LA GUERRA VISTA POR LOS ESCRITORES

Si uno lee la copiosa literatura que esgrimieron aliadófilos, neutralistas y germanófilos, no asistimos tanto a un debate sobre esas cuestiones como a una rebatida moral acerca del papel de los intelectuales. La germanofilia estuvo detrás, como ya se ha señalado, de los sentimientos más conservadores; la aliadofilia, de los más progresistas. Es lo que percibió Manuel Azaña —un alto funcionario del Estado, interesado intelectualmente por la política, compañero de viaje del reformismo e inminente refundador del republicanismo— y lo hizo con particular agudeza en la extensa conferencia: “Los motivos de la germanofilia” (Ateneo de Madrid, mayo de 1917). Su tesis principal consistía en que la “neutralidad” oficial era una excusa inmoral para zafarse de la responsabilidad del futuro que se avecinaba para todos, combatientes y no, en los años que se acercaban. Aquella “neutralidad” había estado “adormeciendo el espíritu público, halagando su amor a la quietud y haciéndole creer que eso era una solución, una política, un refugio seguro contra los trastornos de la guerra”, en vez de lo que era en realidad, esto es, “una neutralidad forzosa, impuesta por nuestra indefensión”, algo que le obliga a comparar lo sucedido en 1914 con lo que pasó en el cercano año de 1898. Es patente que la nueva coyuntura ofrecía la esperanza de una dignificación

de la nación y un cierre de la etapa de vergüenza colectiva que marcó el fin del siglo anterior:

¿Por qué esos gobernantes no hicieron lo mismo, no ostentaron igual amor a la paz, no tuvieron el mismo afán de poner a salvo la sangre y los dineros del pueblo en 1898, cuando el conflicto con Estados Unidos nos puso en el trance de elegir entre la guerra o la transacción? [...] Porque entonces se aspiraba a salvar la dinastía, en aparente peligro, y a mantener los intereses de los ricos que gobernaban en Cuba y de los frailes sojuzgadores de Filipinas, y a eso se sacrificó lo más precioso: la paz. Ved como esa palabra neutralidad que los gobiernos han hecho brillar ante nosotros durante tres años, como un señuelo, es una falacia adormecedora, insuficiente para encubrir la imprevisión, el desbarajuste y la holganza de los ministerios.<sup>13</sup>

Azaña concluye que el deseo indisimulado de los conservadores españoles reside en que las armas alemanas venguen en su nombre los viejos agravios frente a la Francia revolucionaria y la Inglaterra liberal.

<sup>13</sup> *Obras completas, I (1897-1920)*, edición de Santos Juliá, Madrid, Taurus-Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008, pp. 291-336. Sobre la actitud de Azaña ante la guerra cf. la biografía del propio Santos Juliá, *Vida y tiempo de Manuel Azaña*, Madrid, Taurus, 2008 (capítulos “Por la causa de Francia” y “El motivo de la antigermanofilia”, pp. 125-163).

Los “motivos de la germanofilia” son, en definitiva, los rencores de la gente que se opone desde hace siglo y medio al “reinado de la libertad y de la tolerancia en nuestro país”; lo que quizá era cierto para un hombre como Benavente, según hemos visto, pero no tanto para otros. El germanismo de Pío Baroja, por ejemplo, obedeció a una imagen positiva de lo alemán y, en su caso, a cierto desdén por las razones de los aliadófilos españoles, como puede leerse en sus textos fundamentales sobre el caso: en los artículos publicados en la sección “Alrededor de la guerra”, del *Nuevo tablado de Arlequín* (1917), y, sobre todo, en el revelador trabajo “Los mitos de los aliadófilos (Notas para un ensayo de pirronismo sobre las ideas actuales)”, escrito al final de la contienda, y que hace compañía al humorístico panfleto contra los nacionalismos vasco y catalán, “Momentum Catastrophicum”, ambos en el folleto que lleva ese último título (1919). No es casual que Baroja fuera tan renuente, a la vez, a las propuestas de los nuevos nacionalismos como a las fantasías de los belicosos aliadófilos. Julio Camba lo vio certeramente:

Baroja ha sido el único español que se ha equivocado en esto de la guerra europea. Se ha equivocado en lo fundamental, que no era quién iba a ganar o a perder, sino en lo que representaba el triunfo o la derrota de éste o el otro grupo. Los militaristas, los clericales y los

conservadores demostraron su instinto certero al ponerse, desde un principio, del lado de Alemania: los republicanos, los socialistas, etc., tampoco parece que sufrieron un grave error al apoyar, en lo posible, la causa aliada. Sólo Baroja, entre veinte millones de españoles, esperaba la revolución del lado alemán y, sólo él, entre quince millones de germanófilos, lo era por motivos liberales y anticatólicos.<sup>14</sup>

Pero Azorín, como hemos visto, fue francófilo por devoción al tradicionalismo francés, lo que le llevó a proclamar su admiración por el grupo de Charles Maurras, la emergente y peligrosa Action Française que mostró el verdadero rostro de su política internacional en 1940, al ser el apoyo más sustantivo del gobierno del mariscal Pétain. No era fácil estar por encima de los acontecimientos; en general, todos procuraban abominar de la guerra en cuanto tal, lo que a veces no pasaba de ser una protesta farisaica. Muchos, sin embargo, pensaban seriamente en la intervención directa y veían en el sacrificio personal la única esperanza de una salvación colectiva. Se trata

<sup>14</sup> Julio Camba, *Caricaturas y retratos*, edición de Francisco Fuster, Madrid, Fórcola, 2013, p. 47 (el título original del artículo es “El único español que se ha equivocado”, *El Sol*, 13 de noviembre de 1918, aparecido dos días después del armisticio). Sobre los escritos barojianos en relación con la guerra cf. el capítulo “La plenitud crítica (1914-1920)”, en mi biografía *Pío Baroja*, Madrid, Taurus, 2012, pp. 225-231.

de una anécdota biográfica menor, pero conviene recordar aquí el caso del joven Juan Ramón Jiménez que, en 1914, estaba reorganizando a marchas forzadas su vida intelectual y afectiva: había abandonado su residencia en Andalucía para trasladarse a Madrid, estaba dejando atrás sus poemas crepusculares y egoístas, se había entregado al rescate del ruinoso negocio familiar y, cada vez más vinculado a los proyectos educativos de la Institución Libre de Enseñanza, trabajaba para las ediciones de la Residencia de Estudiantes —como ya se ha dicho— y maquinaba constantemente proyectos colectivos. En lo personal, se había enamorado de una joven hispanonorteamericana, Zenobia Camprubí, tan atractiva como inteligente, y sus relaciones no siempre iban bien. La confidente de sus cuitas era, a menudo, su futura suegra, a la que confesó en una carta —del 14 de agosto de 1914, nada menos— que iba a dedicarse a escribir de la guerra, como luego hicieron otros: “Pensé primeramente irme al Estado Mayor francés o inglés, a ver de cerca la guerra de Europa, y a escribir de ella, como testigo verdadero; y todavía no sé si lo haré, aunque en las embajadas, a donde he ido, ponen todo género de dificultades”.<sup>15</sup> Pero mucho más llamativa es la carta que dirige en ese

<sup>15</sup> *Epistolario, I (1898-1916)*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Residencia de Estudiantes, 2006, p. 444.

mismo mes a la princesa de Bélgica, María José de Saboya (que tenía a la sazón ocho años) —incluida en un libro dedicado a su padre, el heroico rey Alberto—, a la que dice enviar “un inmenso corazón de hombre bueno” que se le ofrece para “ser bala para hacer huir de tus jardines a los terribles rubios rapados de Prusia”, o “globo para espiar al descuido de los campamentos enemigos” o “insospechado submarino [...] por el picado y luctuoso Báltico”.<sup>16</sup>

Reveladores de ese belicismo emocional fueron también los artículos anglófilos de Ramiro de Maeztu que, en plena contienda, retornó al catolicismo y se apuntó a un movimiento británico surgido del socialismo fabiano, el *Guild Socialism* (o socialismo corporativo), que confiaba el destino de la economía a la constitución de gremios que la gestionaran, sin dejar muy clara la opción política correspondiente. Maeztu profundizó en ella, de un modo que ya presagiaba su inminente deriva autoritaria, en un texto que publicó en inglés (*Authority, Liberty and Function in the Light of the War*, 1916) y que luego se tradujo al español, muy ampliado, en 1919, bajo el nuevo y expresivo título de *La crisis del humanismo. Los principios de autoridad, libertad y función a la luz de la guerra*. Lo publicó la barcelonesa editorial Minerva en el marco de una “Biblioteca de Cultura Moderna

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 447.

y Contemporánea”, dirigida por Santiago Valentí i Camp, en la que abundaron importantes reflexiones políticas sobre la contienda.<sup>17</sup>

Pero ese mismo entusiasmo y la certeza de que la guerra modificaría íntegramente el porvenir fueron convicciones de muchos más. Basta hojear el calenturiento folleto del aliadófilo (y adherente de la Asociación de Artistas Vascos) Pedro Mourlane Michelena, *Discurso de las armas y las letras* (1915), publicado en Bilbao, ciudad donde era mayoritaria la opinión favorable a los Aliados y donde tenían fuerza de autoridad los pingües beneficios que los grandes navieros y los productores de mineral de hierro estaban obteniendo de las potencias de la Entente (el más activo de aquellos potentados, el nacionalista vasco Ramón de la Sota, fue distinguido con el título de “Sir” por parte de la monarquía británica). Muy lejos de Bilbao, en otro importante puerto de mar (Las Palmas), el poeta Tomás Morales blasonó de su anglicismo —ya anterior a la guerra, como revela “Britannia máxima”, versos fechados en 1909— en los poemas de la sección “Los himnos fervorosos” del libro *Las rosas de Hércules* (1918). Su “Canto en loor de las banderas aliadas” exaltó “la nueva casta”

<sup>17</sup> Sobre la anglofilia de Maeztu cf. Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons, 2003 (capítulo “En Inglaterra: reinención y crítica del liberalismo”, pp. 111-189).

que iba a traer “la nueva Era”. De ella formaban parte los “mejores pueblos” de la Tierra, a los que dedica sonoros epítetos:

¡Neptúneos Britanos de audacia sobrehumana!  
¡Galos maravillosos de la Francia del lis!  
¡Ínclitas democracias de la urbe americana!  
¡E Ítalos que en las ubres de la loba romana  
mamásteis de la leche genitriz!<sup>18</sup>

Lo más curioso es que ésta fue la versión de 1918, posterior al tratado de Brest-Litovks que supuso el abandono de la causa aliada por parte de los rusos, inmersos ya en la Revolución soviética; antes se leía en el tercer verso una invocación a los “¡Heráceos osos-robles, guerreros de Moscova!”, que fue tan oportunamente reemplazada por la presencia de los expedicionarios de Estados Unidos, que llegaron en 1917 al mando del general Pershing. Para algún otro vate lo único que importaba era la estética de la batalla, cosa que exigía cierta imparcialidad lírica; así hizo el poeta y marinero santanderino José del Río Sáinz en “La belleza y el dolor de la guerra”, una sección de su libro *Versos del mar y otros poemas* (1924), donde incluyó una composición consagrada a “Los

<sup>18</sup> *Las rosas de Hércules*, edición de Osvaldo Guerra Sánchez, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 127-129, donde el editor anota la variante del verso que se comenta.



soldados de Inglaterra”, al lado de otra que recuerda a “Francisco José”, emperador de Austria-Hungría, y otras más inspiradas por los “Bersaglieri” italianos, por una revista de las tropas germanas (“El Káiser pasa”) o por “Los cosacos”. La herencia de la retórica cívica rubeniana pesaba todavía mucho y Del Río Sáinz era un fiel admirador de los *Cantos de vida y esperanza*. Sin embargo, el mejor y más celebrado poema de la guerra lo escribió el joven Mauricio Bacarisse en su primer libro, *El esfuerzo* (1917). Sus cuartetos dodecasilábicos, rematados en pie quebrado, están todavía cerca del esteticismo moderno, pero ya las contamina cierta revoltosa inquietud vanguardista (en noviembre de 1918 un grupo de jóvenes escritores, casi desconocidos, dio a conocer en la prensa madrileña “Ultra. Un manifiesto de la juventud literaria” que necesitaba “declarar su voluntad de un arte nuevo que supla la última evolución literaria: el novecentismo”). El citado poema, “Los Estados Mayores”, es además una composición sutilmente antibelicista que une la evocación suntuosa con el detalle derogatorio (“los grises capotes, los cascos bruñidos”, al lado de “las caras de vieja de los mariscales / gotosos o hepáticos que lanzan gruñidos / breves y fatales”), lo que cristaliza al final en una condena sin paliativos, que concierne tanto a la liturgia castrense evocada como a la docilidad con que poetas y pintores han glorificado sus gestas:

Europa está herida. Hay sangre y destellos.  
Por su inmensa llaga de rojos colores,  
como unos gusanos ondulan los bellos  
Estados Mayores.

Son tristes y trágicos. Dicen que son buenos  
para dar victorias, tierras y cautivos.  
No serán amables pero, por lo menos,  
son decorativos.

¿Qué importa el Decálogo ni la razón práctica  
si pueden servir de tema a un artista?  
Son rosas de luz los sabios en táctica  
para un colorista.<sup>19</sup>

De la misma estirpe estética —entre el modernismo y la modernidad iconoclasta— procedía Ramón del Valle-Inclán y lo acreditó en su libro de 1917, *La media noche. Visión estelar de un momento de guerra*, cuya redacción fue coetánea de la publicación de su libro teórico *La lámpara maravillosa*. Pero cumple reconocer que tanto uno como otro proponen una visión mucho más subversiva que la solemnidad rubeniana,

<sup>19</sup> “Los Estados Mayores”, en *Obras*, selección y prólogo de Jordi Gracia, Madrid, Fundación Santander-Central-Hispano, 2004, pp. 51-52. Bacarisse murió muy joven, en 1931, y la popularidad de “Los Estados Mayores” debió mucho a su inclusión en la leidísima antología de Juan B. Bergua, *Las mil mejores poesías de lengua castellana* (1935), que iba ya por la vigésima edición en 1962.

a saber, una nueva estética de la descripción, la cual, como ya se ha indicado, fue fervientemente aliadófila, a despecho de su carlismo. El origen del libro mencionado estuvo en los folletones que Valle-Inclán escribió para *El Imparcial*, entre el 11 de septiembre y el 18 de diciembre de 1916 (aunque dejó fuera los artículos titulados “En la luz del día”, de enero y febrero de 1917, más cercanos a la naciente óptica del “esperpento”). El escritor puso en ellos sus impresiones de los “varios y diversos lances de un día de guerra en Francia”, donde se enfrentaban “el francés, hijo de la loba latina, y el bárbaro germano, espurio de toda tradición”, tal como las había recogido en un viaje que hizo durante el verano, como invitado del gobierno francés. El reto —describir un solo día en un escenario múltiple, que abarca todo el frente nordeste, desde Verdún a Calais— pretende superar “todos los relatos limitados por la posición geométrica del narrador” y hacerlo mediante “la intuición taumatúrgica de los parajes y sucesos, esta comprensión que parece fuera del espacio y del tiempo” y que seguramente tiene algo que ver con “los viejos poemas primitivos”.<sup>20</sup> ¿Debió algo su nueva perspectiva al hecho de haber formado parte de algún vuelo

<sup>20</sup> *Flor de santidad. La medianoche*, edición de Arcadio López-Casanova, Madrid, Espasa, 2002, pp. 162-165. La importancia de ese texto en la evolución estilística de Valle ha sido puesta de relieve por el artículo de Darío Villanueva, “*La medianoche* de Valle-Inclán: origi-

de reconocimiento, como Valle-Inclán parece haber contado al periodista Corpus Barga? Nada en el texto parece confirmarlo, aunque el libro se cierre con el derribo de un avión enemigo. También es de notar que Valle se sintió fracasado en el empleo porque, aunque habitual del uso de opiáceos, “mi droga índica en esta ocasión me negó su influjo maravilloso”.

### REFLEXIVOS Y ESCÉPTICOS ANTE LA GUERRA

Miguel de Unamuno vivió la guerra con una intensidad que no tiene parangón entre los escritores de su tiempo. La sintió, a la par, como un desafío personal y nacional. Su temprana defensa de los Aliados le valió la enemistad de los conservadores salmantinos, que eran mayoría en aquella ciudad provinciana de ganaderos y catedráticos, y seguramente tuvo que ver con su destitución del rectorado universitario en 1915, aunque el ministerio arguyera la existencia de confusos problemas contables. Pero también sintió en lo más íntimo la persecución y la inquina: su propio hermano, que residía en Bilbao, hizo pública su ruptura y este

---

nalidad y suerte de su técnica narrativa”, que —publicado en 1978— recogió en su libro *El polen de ideas*, Barcelona, PPU, 1991, pp. 306-339.

trance tan personal le inspiró, sin duda, la dramática reflexión sobre la envidia que desembocó en su novela de 1917, *Abel Sánchez. Historia de una pasión*, tan expresiva del clima de incompreensión que le rodeaba. Ningún otro escritor de nota escribió tanto y tan asiduamente sobre la guerra, como reveló hace años la minuciosa indagación de Christopher H. Cobb; y es que de siempre Unamuno había concebido la guerra como una dramática metáfora de la renovación espiritual (algo que no tiene nada que ver, por supuesto, con el lema de los futuristas italianos que la consideraban “la higiene de los pueblos”). Cristo, recordaba Unamuno, “predicó la guerra de unas generaciones de un pueblo contra otras del mismo pueblo, de los hijos contra los padres y aun de los hermanos entre sí, esto es: la guerra civil. Y la guerra civil se opone a la guerra militar, así como civilidad y civilización se oponen a militaridad y militarización”. Una guerra “desmilitarizada”, en definitiva, que encontrará su verdadero fin en la única contienda “verdaderamente fecunda” que es “la guerra civil. Que por otro nombre se llama revolución. Sea aguda y cruenta, sea crónica e incruenta”. Lo que se estaba librando en España era una “guerra civil de los espíritus” que deseaba se lidiara en la Alemania agresora y que, con certeza, había tenido lugar en la Francia atacada, para limpiar en cualquier lugar las conciencias y hacer más honda la civilidad:

La interna dialéctica de la historia —y más que dialéctica, polémica— pide que unas generaciones se alcen contra otras. ¡Desdichado el pueblo en que los hijos no se alzan contra sus padres ni los discípulos contra sus maestros! ¡Desgraciada la generación que no niega a la que le precediera! Y es negándola como mejor la afirma. Pobre y fecunda será mi obra si mis discípulos no me la niegan [...]. Lo he dicho muchas veces. El más noble ejemplo que ha dado Francia después de 1870, fue el de sus luchas intestinas cuando el famoso “affaire” Dreyfus. Un pueblo dividido así, por cuestión de justicia y de verdad y en el que se discutía si éstas deben prevalecer o no sobre la conveniencia y la disciplina militares y sobre los intereses mismos de la defensa nacional, es un pueblo grande. Aquello fue una verdadera guerra civil que les distrajo de prepararse convenientemente para la guerra militar, pero aquello fue grande. Y creo que sin aquella guerra civil, Francia no daría los ejemplos de heroísmo que está dando. Si en vez de mantenerse un pueblo civil, libre y revolucionario, se hubiese convertido en un pueblo militar, es decir, en un mero ejército, acaso no habría soportado el empujón del ejército alemán sobre París.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> “Más de la Guerra Civil” (*El Día Gráfico*, 21 de agosto de 1916), en *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, *op. cit.*, pp. 49-52. Sobre Unamuno y la guerra de 1914 *cf.* dos biografías recientes: Colette y Jean Claude Rabaté, *Miguel de Unamuno. Biografía*, Madrid, Taurus, 2009 (capítulo “Desde la Gran Guerra hasta el

En estas mismas fechas de la guerra, Antonio Machado soportaba en su destino profesoral de Baeza la soledad de su viudedad reciente y la presión de una sociedad inculta y bastante beocia. Leyó con mucha atención los textos de Unamuno, al que consideraba su maestro, y procuró mantener la cabeza fría. Nunca hubiera defendido aquel concepto de “guerra civil” unamuniano, pero lo tuvo presente, y, aunque no tomó partido excesivamente explícito por los Aliados, defendió —en términos muy cercanos a los de Azaña— una neutralidad española que no fuera simple indiferencia comodona. Su poema “España, en paz”, publicado en la revista *España* en 1915 (y escrito el 10 de noviembre de 1914), evoca la circunstancia vital de su reflexión y, al cabo, las admoniciones que la guerra le suscita “en mi rincón moruno, mientras repiquetea / el agua de la siembra bendita en los cristales”:

Combaten galos, ingleses y teutones  
allá, en la vieja Flandes y en una tarde fría [...].  
Un César ha ordenado las tropas en Germania  
contra el francés avaro y el triste moscovita,  
y osó hostigar la rubia pantera de Britania.  
Medio planeta en armas contra el teutón milita [...].

---

exilio (1914-1924)”, pp. 343-448); y Jon Juaristi, *Miguel de Unamuno*, Madrid, Taurus, 2012, (capítulo “Tiempo de niebla”, pp. 329-352).

La guerra es mala y bárbara, la guerra  
odiada por las madres, las almas entigrece.

Pero el tema fundamental del poema es meditar sobre la neutralidad española y proporcionarle un sentido más allá de la indiferencia. Por eso, la interroga:

Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes  
en esa paz, valiente, la enmohecida espada,  
para tenerla limpia [...],  
heme aquí, pues España  
en alma y cuerpo, toda, para una guerra mía [...] <sup>22</sup>

Sólo así sabrá que “en tu desdén esculpes, como sobre un escudo / dos ojos que avizoran y un ceño que medita”. Pero, tras esa altiva exigencia patriótica (que se expresa con una retórica de abolengo modernista), había también otro desdén —el del escéptico radical— que se manifiesta contra los motivos de aquella contienda que había encendido los ánimos españoles. Un año después de su final escribía el breve poema LXXXIII de la sección “Proverbios y cantares” que incluyó en las *Nuevas canciones (1917-1920)*, de 1924, y que continuaba otra secuencia del mismo título en *Campos de Castilla*, pero en una

<sup>22</sup> *Campos de Castilla (1907-1917)*, edición de Geoffrey Ribbans, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 240-242.



clave diferente. La de 1924 viene encabezada por una afirmación de hondo relativismo epistemológico (“El ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas; / es ojo porque te ve”) y contiene una intencionada descalificación del pensamiento idealista germánico enderezada a Kant (“¡Tartarín en Koenisberg! / Con el puño en la mejilla / todo lo llegó a saber”). A ella pertenece esta jocosa reflexión, enunciada “en la Hesperia triste, / promontorio occidental, en este cansino rabo / de Europa”, por parte del “hombrecillo que fuma / y ríe al pensar” en la reciente destrucción de los dos imperios rivales y seguramente en el triste destino de sus titulares, en el exilio holandés de Doorn, el primero, y el segundo en el sótano de la casa Ipátiev, de Ekaterinburgo, donde fue muerto con su familia por el jefe de la Cheka local:

¡[...] Cayeron las altas torres...  
en un basurero están  
la corona de Guillermo,  
la testa de Nicolás!<sup>23</sup>

Machado no fue el único en advertir que aquella guerra —más allá de la voluntad de los contendientes— acababa con todo un mundo. Eugeni d’Ors lo

<sup>23</sup> *Nuevas canciones* y *De un cancionero apócrifo*, edición de José María Valverde, Madrid, Castalia, 1971, p. 151.

sabría muy bien: no tardaría mucho en dejar de ser el numen inspirador de la política cultural de la Mancomunitat de Catalunya y hubo de traspasar sus “glosas” a la lengua castellana y a periódicos madrileños no precisamente progresistas. En el viaje no perdió su curiosidad universal por las cosas de la cultura y su alquitarado refinamiento, aunque su antiguo *imperialismo* de signo intelectual (la teoría del Estado-héroe, a la que consagró su tesis doctoral en 1905) empezó a acercarse a los dogmatismos autoritarios de aquella época revuelta. En 1935 volvió sobre su neutralismo al prologar una densa novela filosófica de 1915, *Gualba la de mil veus*, donde se narraba una historia de amor y paisaje, cruzada por alusiones al incesto paterno-filial (y a la obra de Freud) y por frecuentes presencias de las “larvas” de un pensamiento primitivo y turbio que alternaba con el raciocinio. Algo que, 20 años después, veía en estrecha relación con lo que había sentido en 1914, al proclamar su rechazo del enfrentamiento armado:

En els termes d'un saber nou, d'aquesta *ciència de la cultura*, a la qual es consagra avui una bona meitat dels meus esforços ideològics, crec haver arribat a una adequada i precisa definició de la Guerra. La Guerra és una violenta irrupció de la Història en la Cultura: la regió mitgera de l'esperit col·lectiu es llença aleshores contra la més alta. Sembla fatal que la primera arrossegui, en el

seu còsmic eructe, tèrbols elements de la regió inferior; aquella que —sempre dins del al·ludit tecnicisme— jo he acabat anomenant la *Subhistòria*.<sup>24</sup>

No creo que ni Antonio Machado ni Eugeni d'Ors leyeran *El calor de la hoguera* (1918), una novela corta de Wenceslao Fernández Flórez que, en 1930, su autor alargó con el nuevo título de *Los que no fuimos a la guerra*. Reputado cronista parlamentario del periódico *ABC*, conservador en cuanto a convicciones políticas y mucho menos convencional en lo que tocaba a sus creencias más personales, Fernández Flórez fue un admirador de Antonio Maura, criticó ferozmente el mitín aliadófilo de 1915 (en que

<sup>24</sup> “En los términos de un saber nuevo, de esta *ciencia de la cultura*, a la que hoy se consagra una mitad cumplida de mis esfuerzos ideológicos, creo poder llegar a una adecuada y precisa definición de la Guerra. La Guerra es una violenta irrupción de la Historia en la Cultura: la región mediana del espíritu colectivo se lanza entonces contra la más alta. Parece fatal que la primera arrastre, en su eructo cósmico, turbios elementos de la región inferior; aquella que —siempre dentro del aludido tecnicismo— yo he acabado por llamar la *Subhistoria*” (la traducción es mía, J.-C.M.). Se cita el original catalán por la edición de *La ben plantada. Gualba, la de mil veus*, prólogo de Carme Arnau, Barcelona, Edicions 62-La Caixa, 1980, p. 117. Sobre el autor cf. el importante trabajo de Maximiliano Fuentes Codera, *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universidad de Lleida-Pagès, 2009); sobre el papel de sus narraciones simbólicas en la estructuración de su pensamiento cf. la miscelánea de Carlos X. Ardavin, Eloy Merino y Xavier Pla (eds.), *Oceanografía de Xènius. Estudios críticos en torno a Eugenio d'Ors*, Kassel, Reichenberg, 2005.

llevó la voz cantante Unamuno) y siempre proclamó su neutralismo. Su novela finge transcribir las memorias de un tal Javier Velarde, uno de sus protagonistas característicos, tan lleno de buenas intenciones como incapaz de lograr éxito en la vida, reducido a ser una conciencia dolorida y resignada de un mundo cuyo egoísmo y cuya desventura le superan. En 1918 confiesa: “voy a cumplir cuarenta años. Gano ochenta duros al mes. Sufro hiperclorhidria [...], y para huir de mis pensamientos melancólicos consumo grandes dosis de esa barata morfina de nuestro tiempo: el cine”. Velarde ha sido una víctima incruenta de la “subhistoria”, como hubiera dicho D’Ors, y aquel libro desengañado vino a ser un inventario temático de lo que sucedió en cualquier ciudad de provincia —la de Fernández Flórez se llama significativamente “Iberina”, como si fuera un alcaide de toda España— entre 1914 y 1918: allí se habla de los grandes negocios que quedaban en meras especulaciones, de los inventos inútiles que se proponían para suplir las importaciones, de las pugnas encarnizadas de las tertulias rivales, de la crueldad de las “listas negras” que maquinaban los aliadófilos y los germanófilos, e incluso de la importancia que había adquirido el trabajo femenino (Javier Velarde pierde a su novia cuando ella entra a trabajar en unos grandes almacenes). Es un texto sardónico y un tanto cínico sobre las consecuencias

de la guerra, pero quizá a los cínicos deba prestárseles alguna atención cuando hablamos de una contienda cruel en la que hubo tanta soberbia, tanto empecinamiento y tanta hipocresía. El diagnóstico de Velarde y de Fernández Flórez sobre las consecuencias de la guerra en España es implacable y tiene el valor de un jocoso (pero, sin duda, malévolo) epitafio de un empecinado *antiintelectual*:

Innumerables compatriotas nuestros se habían creado una reputación injuriando fuertemente a cualquiera de los bandos en lucha. El iberiense que llamó ignorantes a los alemanes fue concejal. Gritando “¡Viva Alemania!” o “¡Viva Francia!” se escalaban puestos en la política, en la administración y en la literatura. Entonces no se exigía nada más. El talento de un francófilo era inapreciable para los germanófilos, pero deslumbraba a los amigos de la Entente; y al revés. Entonces tuvimos más genios que nunca. Pero ya se extinguió el placer de vivir en aquel país de prohombres, donde uno mismo podía serlo nada más que con lanzar un grito. Acabada la guerra, todo se aplanó, y las grandes figuras que vociferaban “¡Viva!” o “¡Muera!” volvieron a sus proporciones normales, exiguas.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Wenceslao Fernández Flórez, *Los que no fuimos a la guerra* [1930], *Obras completas*, II, Madrid, Aguilar, 1964, p. 149.



# MÉXICO: ENTRE REVOLUCIÓN Y NEUTRALISMO. LA PRENSA MEXICANA Y LA NEUTRALIDAD ITALIANA (1914-1915)

MASSIMO DE GIUSEPPE\*

## 1. ENTRE DOS NEUTRALISMOS

El comandante supremo del Ejército Constitucionalista, a cargo del Poder Ejecutivo de la Unión, declara y notifica a todos los interesados que México observará una rígida neutralidad con respeto al conflicto armado entre Alemania, Austria-Hungría, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Japón, Montenegro, Rusia y Serbia. Como consecuencia de dicha declaración se expidieron las instrucciones necesarias para el cumplimiento de lo establecido en la Convención sobre los deberes y derechos de las potencias neutrales en caso

\* Universidad de Milán.

de guerra marítima, firmados en La Haya el 20 de octubre de 1907.<sup>1</sup>

Con esta circular del 25 de septiembre de 1914, firmada por el entonces ministro del Exterior del gobierno constitucionalista, Isidro Fabela, el primer jefe de las fuerzas revolucionarias, el exgobernador de Coahuila Venustiano Carranza,<sup>2</sup> marcaba un precedente importante para el futuro de la política exterior mexicana. La Revolución estaba entrando en ese momento en una fase extremadamente delicada. A poco más de dos meses de la caída del gobierno contrarrevolucionario del general Victoriano Huerta<sup>3</sup>

<sup>1</sup> “Circular”, *El Constitucionalista*, 26 de septiembre de 1914, p. 1.

<sup>2</sup> Sobre la figura de Carranza véase M. Plana, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila (1911-1914)*, México, El Colegio de México, 2011; M. W. González, *Con Carranza. Episodios de la Revolución Constitucionalista 1913-1914*, México, INEHRM, 1985; L. Barrón, *Carranza. El último reformista porfiriano*, México, Tusquets, 2009.

<sup>3</sup> El general Victoriano Huerta asume la presidencia el 19 de febrero de 1913, al término de la denominada Decena Trágica, los 10 días de enfrentamientos continuos que siguieron al golpe militar dado por los generales Félix Díaz, Manuel Mondragón y Bernardo Reyes, con el apoyo del embajador estadounidense Henry Lane Wilson. El golpe derrocó a Francisco Madero, el líder de la Revolución de 1910, asesinado con alevosía el 22 de febrero de 1913. El 26 de marzo Carranza lanzó el Plan de Guadalupe, convocando a las diversas fuerzas revolucionarias a combatir contra el gobierno huertista y fundando el Ejército Constitucionalista. Los enfrentamientos se prolongaron durante año y medio, hasta la renuncia de Huerta el 15 de julio de 1914. Sobre



y a 40 días del ingreso de las tropas constitucionalistas de Álvaro Obregón en la capital, se manifestaban crecientes problemas tanto en el interior como en el exterior del país.

Por un lado, una vez derrotado el ejército federal huertista se hizo cada vez más evidente la división en el seno del frente revolucionario, esto es, entre las fuerzas constitucionalistas de Carranza (conformadas por un componente de intelectuales burgueses, liberales y anticlericales, y otro de generales de provincia, en su mayoría autodidactas) y los inquietos “caudillos populares”: Francisco Villa, líder de la División del Norte y en control de buena parte de las regiones septentrionales, y Emiliano Zapata, atrincherado con su ejército rural en los estados sudoccidentales de Morelos y Guerrero.<sup>4</sup>

Mientras en la lejana Europa la ilusión de la guerra rápida invocada por el Plan Schlieffen comenzaba

---

esta etapa de la Revolución, la bibliografía es interminable; por nombrar sólo algunas referencias: A. Knight, *The Mexican Revolution*, 2 vols., Cambridge, Cambridge University Press, 1986; J. M. Hart, *Revolutionary Mexico. The Coming and Process of the Mexican Revolution*, Berkeley, University of California Press, 1987; J. Garciadiego, *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, México, UNAM, 2010; y, en italiano, M. De Giuseppe, *La Rivoluzione Messicana*, Bologna, Il Mulino, 2013.

<sup>4</sup> Para profundizar léanse los clásicos F. Katz, *The Life and Times of Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998; y J. Womack Jr., *Morire per gli indios: storia di Emiliano Zapata* (trad. it., Milán, Mondadori, 1973).

a empantanarse en una guerra prolongada de trincheras (tras la batalla del Marne iniciada en septiembre y con la furia de los combates en los Cárpatos), en México, la inminente Convención Revolucionaria, convocada para el 1 de octubre en la capital,<sup>5</sup> estaba allanando el camino a una confrontación que en pocos meses conduciría a una dramática guerra civil.<sup>6</sup>

Al mismo tiempo, en el frente internacional el gobierno provisional del primer jefe estaba inmerso en acaloradas negociaciones: por un lado, con la administración de Wilson, y, por el otro, con las representaciones diplomáticas de Europa y de América Latina. Los temas sobre la mesa de negociaciones eran muy diversos y casi todos espinosos: desde el reconocimiento internacional del nuevo gobierno,

<sup>5</sup> Para evitar una fractura en el interior de los frentes revolucionarios se llamó de manera conjunta a dos convenciones: la “Gran Convención de Jefes Militares y Gobernadores de Estados”, buscada por Carranza y dominada por los constitucionalistas, desarrollada en la capital del 1 al 4 de octubre de 1914, y la “Soberana Convención Revolucionaria”, celebrada en Aguascalientes del 10 de octubre al 9 de noviembre, y en la que se contó con la presencia de villistas y zapatistas. Al término de los trabajos los frentes se separarían y no tardaría en llegar la confrontación. Sobre la Convención, L. Ramírez Hurtado, *Aguascalientes en la encrucijada de la Revolución mexicana*, Aguascalientes, UAA, 2004.

<sup>6</sup> Sobre este tema, historiográficamente delicado, de la guerra civil véase M. De Giuseppe, “‘Entre la bola y el águila’. La dimensione della guerra civile nella Rivoluzione Messicana”, *Contemporanea*, enero de 2014, pp. 121-130.

que Carranza quería acelerar sobre todo en vista de la inminente posibilidad de una confrontación con el imponente ejército de Francisco Villa y Felipe Ángeles, hasta el retiro de las tropas estadounidenses del puerto de Veracruz (donde la marina estadounidense se había instalado desde mediados de abril, bajo las órdenes del general Frank F. Fletcher, preocupado por la intensificación de las relaciones entre el régimen huertista y el gobierno alemán).<sup>7</sup> Aunque ya se habían sentado las bases para resolver la nueva intervención norteamericana en la conferencia de las Cataratas del Niágara, del 24 de junio, gracias a la mediación del grupo ABC (Argentina, Brasil, Chile), la reconstrucción del tejido de las relaciones con Washington aún seguía en marcha. Wilson, a pesar de haberse negado a reconocer al gobierno contrarrevolucionario y tras haber suspendido el embargo a la venta de armas a los rebeldes, había, no obstante, manifestado sus dudas respecto del proyecto constitucionalista. Por esto mismo prefirió ampliar el alcance de sus propios interlocutores y observadores diplomáticos, pendientes de la evolución del entorno interno, dando su apoyo

<sup>7</sup> La relación entre Alemania y México durante la Revolución y la Primera Guerra Mundial están bien reconstruidas en F. Katz, *La guerra secreta en México. Europa, Estados Unidos y la Revolución mexicana*, México, Era, 1981.

principal a la División del Norte de Villa. Por su parte, las potencias europeas, sobre todo Gran Bretaña,<sup>8</sup> con la esperanza de defender los privilegios obtenidos durante los tiempos del largo régimen de Porfirio Díaz (1876-1911), se habían comprometido más o menos abiertamente con el gobierno de Huerta, reconociéndolo formalmente y apoyando tácitamente su revuelta militarista. Estaban en busca de un reposicionamiento en las relaciones bilaterales que no los excluyera de un país considerado importante tanto en lo geopolítico (con salida hacia los dos océanos) como en lo económico.

Entre otras cuestiones pendientes, las relaciones bilaterales de México con Estados Unidos y con las potencias europeas, como está ampliamente documentado en la historiografía, estaban inmersas en una polémica particularmente delicada, ligada al manejo de los yacimientos de El Ébano en el Golfo de México. Allí, en la Huasteca potosina, ya operaban empresas estadounidenses y angloamericanas, que en los meses previos se habían dado a la tarea de evitar el ingreso de la Deutsche Petroleum AG al mercado de la extracción de crudo (objetivo primario de los avances de Berlín a Huerta). Se trata de un hecho crucial para un país como México, que en

<sup>8</sup> L. Meyer, *Su majestad británica contra la Revolución mexicana, 1900-1950*, México, El Colegio de México, 1991.

tiempos de la Gran Guerra representaba la segunda potencia petrolífera mundial.<sup>9</sup>

También el tráfico comercial y las exportaciones de materias primas y productos del trópico hacia una Europa en plena guerra seguían siendo relevantes, en particular en lo concerniente al henequén, una fibra textil derivada del agave producido en Yucatán y Tabasco y utilizada en la mayoría de los buques, tanto de guerra como civiles, del Viejo Continente.<sup>10</sup> Esto explica también la prisa con la que los constitucionalistas enviaron al general Salvador Alvarado a Yucatán, al igual que la lucha por el control de los puertos atlánticos de Tampico, Veracruz y Puerto

<sup>9</sup> Inaugurados en 1901 por la Mexican Petroleum of California, seguida por la británico-mexicana El Águila de Weetman Pearson (alias lord Cowdray, agente especial de Londres en México), los yacimientos de la Huasteca potosina estaban ahora dominados por la American Smelting and Refining Co., de la familia Guggenheim. Véanse J. C. Brown, *Oil and Revolution in Mexico*, Berkeley, Berkeley University Press, 1993; y P. Garner, *Leones británicos y águilas mexicanas. Negocios, política e imperio en la carrera de Weetman Pearson en México 1889-1919*, México, FCE, 2013.

<sup>10</sup> En 1915 el general Alvarado estimó los ingresos procedentes de las exportaciones de henequén en 86 millones de pesos-oro. La disminución del comercio internacional inició sólo después de la guerra con la invención alemana de nuevas fibras químicas: A. Wells, *Yucatan Gilded Age: Haciendas, Henequen and International Harvester, 1860-1915*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985; J. Von Grafenstein (ed.), *El Golfo-Caribe y sus puertos, vol. 2, 1850-1930*, México, Instituto Mora, 2006; I. Ortiz Yam, *De milperos a henequeneros en Yucatán, 1870-1937*, México, El Colegio de México, 2013.

Progreso, y los esfuerzos por el dominio de las rutas navales ante la expansión de la guerra submarina.<sup>11</sup>

No es casual, entonces, que el reconocimiento del gobierno constitucionalista se haya tardado por la evolución de la lucha interna en México y por los reajustes de las alianzas internacionales y los equilibrios geopolíticos. Si bien, en efecto, las tropas estadounidenses se retiraron de Veracruz (dejándola en manos de Carranza) en noviembre de 1914,<sup>12</sup> pasaría todavía un año —cuando la guerra en Europa parecía haber llegado a un peligroso punto muerto— para que Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia e Italia tomaran la decisión conjunta de reconocer *de facto* al gobierno constitucionalista.

En este sentido, la declaración de neutralidad elaborada por los constitucionalistas en septiembre de 1914, al dar continuidad a las decisiones del gobierno contrarrevolucionario, marcaba un precedente

<sup>11</sup> Sobre las relaciones entre Washington y México véanse: J. Zoraida Vázquez y L. Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, FCE, 2006; L. B. Hall, *Revolution on the Border: The United States and Mexico, 1910-1920*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988; y B. Ulloa, *La Revolución intervenida. Relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971. Sobre la política wilsoniana, M. Benbow, *Leading Them to the Promised Land. Woodrow Wilson, Covenant Theology, and the Mexican Revolution. 1913-1915*, Kent (Ohio), Kent State University Press, 2010.

<sup>12</sup> B. Ulloa, *Veracruz. Capital de la Nación (1914-1915)*, México, El Colegio de México, 1986.

importante para la historia de México, ya que con dicho acto se consolidaban las bases institucionales para una línea política que quedaría reflejada, tras la promulgación de la Constitución (ratificada el 31 de enero de 1917), en la *Nota sobre la neutralidad de los países latinoamericanos* de febrero de 1917,<sup>13</sup> en la que se invocaba una “humanización” de la diplomacia frente a la “globalización” del conflicto. Ésa fue la base conceptual de un auténtico manifiesto de política exterior conocido como la “Doctrina Carranza”: una formulación enunciada por el presidente (Carranza llegó a la silla presidencial el 1 de mayo de 1917) en el “Discurso a las Naciones” el 1 de septiembre de 1918. El principio de neutralidad internacional estaba asociado fuertemente con una orgullosa defensa de la independencia del país y de su autonomía y soberanía tanto en la política exterior como en la doméstica.<sup>14</sup>

Sobre la Doctrina Carranza se han escrito muchos ensayos e interpretaciones, que han puesto de relieve

<sup>13</sup> En una nota diplomática del 11 de febrero de 1917 Carranza había invitado a todos los países latinoamericanos a la neutralidad. Su moción obtuvo resultados significativos, en particular el apoyo del presidente argentino Hipólito Yrigoyen. Véase P. Yankelevich, *La diplomacia imaginaria: Argentina y la Revolución mexicana*, México, SRE, 1994.

<sup>14</sup> “Informe ante el Congreso del presidente Venustiano Carranza”, 1 de septiembre de 1918, *Informes presidenciales, Venustiano Carranza*, México, Congreso de la Unión, 2006, p. 128.

tanto la naturaleza profundamente nacionalista y defensiva, dirigida, en particular, al incómodo vecino del norte, como la dimensión potencialmente *panlatina*,<sup>15</sup> en auge durante el periodo de la Guerra Fría y las crisis tercermundistas. Varios académicos la han interpretado como una tentativa original de insertar a México, ya presente en la Conferencia de La Haya en 1907 (el único país latinoamericano invitado), en el centro del debate internacional sobre la reorganización del mundo; otros, como un correctivo, una reinterpretación del “Sur” (o una nota al pie, según sea el punto de vista) de la célebre Doctrina Monroe.<sup>16</sup>

Para comprender la esencia de la interpretación “a la mexicana” del principio de neutralidad, vale la pena reflexionar acerca de la génesis de la formulación, partiendo del punto iv, donde se afirma que:

La diplomacia debe velar por los intereses generales de la civilización con miras a construir una fraternidad

<sup>15</sup> H. Galindo, *La Doctrina Carranza y el acercamiento indolatino*, México, s.e., 1919; A. Manero, *México y la solidaridad latinoamericana. La Doctrina Carranza*, Madrid, Editorial América, 1920. Véase a continuación la serie editada por M. de la Vega, *Historia de las relaciones internacionales de México* (7 vols.), México, SRE, 2011.

<sup>16</sup> B. Ulloa, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, vol. 5, *La lucha revolucionaria*, México, El Colegio de México, 2010. Sobre la conferencia de La Haya véase A. Quiroz Ávila, *Los inicios de una política exterior multilateral: México en las conferencias de paz de La Haya de 1899 y 1907*, México, SRE, 2014.



universal; no debe servir para proteger intereses particulares, ni poner al servicio de éstos la fuerza y el prestigio de las naciones. No debe tampoco servir para ejercer presiones a los gobiernos de los países más débiles, con el fin de obtener modificaciones a las leyes que no resulten convenientes para el beneficio de las grandes potencias.<sup>17</sup>

Este ambicioso intento de México por institucionalizar a nivel internacional una fórmula de tutela para los países pequeños, más por la vía política que la jurídica, no hacía eco solamente del nacionalismo defensivo de Carranza, sino que manifestaba una metabolización real de las experiencias del turbulento lustro precedente. Las batallas campales de la primera fase de la Gran Guerra y el incumplimiento alemán de la declaración de neutralidad de países “pequeños” como Bélgica, Holanda y Luxemburgo habían impactado profundamente a la opinión pública mexicana, que asociaba estos hechos con el riesgo de una nueva e inminente “intervención gringa”. Dicho riesgo atravesaría todo el proceso revolucionario como un fantasma para materializarse en marzo de 1916 bajo la forma de la misión Pershing (encabezada por el mismo general que en abril del año siguiente guiaría la *Crusade for Democracy* wilsoniana), una

<sup>17</sup> *Informe ante el Congreso del presidente Venustiano Carranza, op. cit.*

expedición militar que incursionó en México a la caza de Pancho Villa. El fantasma se volvería a manifestar en enero de 1917, en los días de la controversia diplomática en torno al famoso telegrama Zimmermann y a una muy improbable alianza entre Berlín y México.<sup>18</sup>

En el primer volumen de su *Historia diplomática de la Revolución mexicana*, el ya citado Isidro Fabela, secretario del Exterior del gobierno constitucionalista, y posteriormente embajador en Europa y América Latina y representante de México en la Sociedad de las Naciones, presenta una lúcida lectura mexicana del neutralismo durante la Primera Guerra Mundial. En diciembre de 1914 Fabela dejó la Secretaría a Marcelino Dávalos para embarcarse en Veracruz con rumbo a Europa, con el cargo de agente confidencial del gobierno constitucionalista. La tarea que Carranza le había confiado era todo menos sencilla: asumir el control de las legaciones, embajadas y consulados en los países que todavía no habían reconocido al gobierno provisional establecido en México, y reorganizarlos con elementos de

<sup>18</sup> Tras el ataque de las fuerzas villistas a la ciudad fronteriza de Columbus, Washington autorizó, sin consultar al gobierno de Carranza, el despliegue en México de una fuerza militar de 5 000 soldados a las órdenes del general Pershing. El objetivo era capturar al “Centauro del Norte” y enjuiciarlo en un tribunal estadounidense. La operación duraría de marzo de 1916 a febrero de 1917, sin conseguir resultados tangibles.

confianza (en Madrid se colocaría al maderista Juan Sánchez Azcona y en Londres a Luis Meza Gutiérrez).

La urgencia por sondear la actitud de las viejas potencias europeas se sumaba, por lo tanto, a la necesidad de reconocer las señales y la evolución de un conflicto en desarrollo, cuyo carácter global y no sólo europeo ya se percibía. Al llegar a Italia, Fabela consiguió hacerse de los documentos diplomáticos del embajador saliente Gonzalo Esteva, y encargó el Consulado de Génova (uno de siete consulados generales en Europa) a Luis Echegaray y Aragón. También se comprometió a reabrir los consulados de Cagliari y Palermo,<sup>19</sup> antes de trasladarse a París como ministro plenipotenciario de México para el Viejo Continente.

Durante esta breve estancia en la península italiana, Fabela vivió de cerca el debate que contraponía a neutralistas e intervencionistas, a las proclamas futuristas y las inquietudes de los socialistas, mientras el fuego de la guerra se expandía velozmente por Europa. Debió haber tenido en mente esta experiencia cuando se decidió a escribir, en el umbral de la Segunda Guerra Mundial, un ensayo de derecho internacional emblemáticamente titulado

<sup>19</sup> Consulado de México en Palermo, en el Archivo Isidro Fabela (AIF), Italia, exp. 13, RM/II, 2, 11; Consulado de México en Cagliari, AIF, Italia, exp. 14, RM/II, 2, 10.

“Neutralidad”.<sup>20</sup> En éste, el diplomático reflexiona sobre la experiencia mexicana, pero también sobre las contradicciones que habían lastimado a Italia durante esos nueve difíciles meses y que la habían mantenido en suspenso: un *impasse* que terminó con las ilusiones y ambiciones de conciliar una política de potencia con una salida de no beligerancia, tomando como ejemplo el caso emblemático de Suiza. El diplomático mexicano reflexionaba también sobre aspectos específicos de la neutralidad mexicana y estadounidense, considerada parcial *ab origine*, en cuanto a que “la situación jurídica transitoria de un estado frente a dos o más estados beligerantes debe ser de no intervención, para no ayudar a una de las partes, respetando así el derecho fundamental de la soberanía”; una postura poco probable para una potencia con tantas ambiciones internacionales como lo era Estados Unidos en la primera mitad del siglo xx, pero también para una potencia mediana como Italia. La reflexión sobre la neutralidad también criticaba los fundamentos de la Sociedad de las Naciones, cuya fórmula “de bajas garantías”, según Fabela, paradójicamente corría el riesgo de ser “reductiva”, sobre todo para los países que estaban más convencidos de su neutralidad.

<sup>20</sup> I. Fabela, *Neutralidad*, México, Biblioteca de Estudios Internacionales, 1940.

## 2. ITALIA Y MÉXICO: UNA RELACIÓN EN CONSTANTE EVOLUCIÓN

El interés de Fabela en Italia, al igual que el de otros miembros de la nueva élite carrancista, como Luis Cabrera, Alberto Pani, Gerardo Murillo (mejor conocido como *Dr. Atl*) y el futuro embajador de Roma (de 1918 a 1923), Eduardo Hay, era, en el fondo, fruto de la posición específica de nuestra nación en el imaginario colectivo mexicano. Es un hecho que resulta obvio tras un rápido análisis de la prensa de la época y que continuaría también en el periodo posrevolucionario con el ascenso de los nuevos “caudillos culturales”, como José Vasconcelos, padre de los muralistas y partidario de un ideal de “fraternidad latina” entre México, Madrid y Roma, o Alfonso Reyes, que realizó muchos viajes a la península italiana.<sup>21</sup> No obstante que la relación diplomática entre Roma y México no era prioritaria (al menos no como las de Washington, París y Londres), la prensa mexicana siguió con cierto interés los asuntos italianos durante el inicio y desarrollo de la Gran Guerra. Por su parte, a pesar de haber reconocido al gobierno de Huerta, el gobierno italiano

<sup>21</sup> Véase G. Rosenzweig (ed.), *Alfonso Reyes y sus corresponsales italianos (1918-1959)*, México, El Colegio de México, 2013. Por otra parte, E. Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

evitó durante este periodo cualquier intervencionismo excesivo en los asuntos mexicanos, evitando, de esta manera, hacer compromisos peligrosos.

La relación a distancia entre Italia y México había tenido precedentes concretos y simbólicos muy significativos a lo largo de un camino que se había prolongado del Renacimiento a la época de la Ilustración y al romanticismo, y más allá de la Independencia del país americano y la unificación del mediterráneo:<sup>22</sup> un sinuoso camino imaginario que con el tiempo había dejado sedimentar trazos y señas, mitos y símbolos, como bien escribió la arqueóloga y educadora Eulalia Guzmán en una investigación sobre la presencia mexicana en los archivos italianos.<sup>23</sup> A lo largo del siglo XIX, la imagen de Italia en México oscilaba entre las referencias a lo “romano” de la Santa Sede y del papado y la fascinación de los liberales por los ímpetus del “Resurgimiento”, encarnados en el diálogo a la distancia entre Benito Juárez y

<sup>22</sup> M. Benzoni y A. González (eds.), *Milano e il Messico. Dimensioni e figure di un incontro a distanza dal Rinascimento alla globalizzazione*, Milán, Jaca, 2010. M. Benzoni, *La cultura italiana e il Messico. Storia di un'immagine da Temistlan all'Indipendenza (1519-1821)*, Milán, Unicopli, 2004.

<sup>23</sup> E. Guzmán, *Manuscritos sobre México en Archivos de Italia*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1964. Una misión análoga fue completada al inicio del siglo por el director del Museo Nacional, Francisco del Paso y Troncoso; véase S. Zavala, *Francisco del Paso y Troncoso: su misión en Europa, 1892-1916*, México, DAPP, 1938.

Giuseppe Garibaldi.<sup>24</sup> Recientes exploraciones de los archivos han sacado de nueva cuenta a la luz una historia por mucho tiempo olvidada por la historiografía, a saber, que el reino de Italia estuvo tentado a participar en la intervención militar en México emprendida por Napoleón III en 1862 y que allanó el camino a la trágica experiencia del imperio de Maximiliano de Habsburgo.<sup>25</sup> Una idea que habría sido seriamente considerada en el seno del gobierno de Ricasoli y que también fue considerada por su sucesor Rattazzi, para luego descartarse con base en un cálculo de costos y beneficios, pero también debido a la tibia reacción del Foreign Office y del Quai d'Orsay y las protestas de los garibaldinos, los mazzinianinos y los demócratas.

Sin embargo, en esa ocasión Italia no llegó a traicionar su neutralidad y las relaciones bilaterales italomexicanas se mantuvieron cordiales. El antiguo tratado de amistad, comercio y navegación firmado en 1855 por el entonces ministro de los Asuntos Exteriores del Reino de Cerdeña, Luigi Cibrario, fue

<sup>24</sup> Algunos garibaldinos combatieron en México durante la Guerra de Reforma y en 1910-1911 Peppino Garibaldi tomaría parte en la primera etapa de la revolución maderista.

<sup>25</sup> M. De Guiseppe, "Garibaldinos, monárquicos y católicos frente a la Intervención francesa en México y el Imperio. Primeros pasos de una política exterior y reflejos americanos de la cuestión romana", en H. Meyer (ed.), *Memorias del Simposio internacional "5 de mayo"*, Puebla, El Colegio de Puebla, 2012, pp. 101-159.

propuesto por el reino de Italia y firmado en 1870 por Carlo Cattaneo y Sebastián Lerdo de Tejada, y prorrogado en 1884, en pleno Porfiriato, impulsado por el ministro del Exterior Mancini.<sup>26</sup> En 1909 el rey de Italia fue el encargado del Tribunal de Arbitraje para resolver una disputa entre la Ciudad de México y París por la soberanía de una isla volcánica en el Pacífico.

El devenir del siglo había registrado algunos paralelismos entre los dos países, por otro lado profundamente diferentes entre sí; ambos pretendían emanciparse del antiguo régimen para situarse en el camino de la modernidad liberal a través de un arduo y tortuoso proceso, y buscaban la consolidación de una industria nacional. Puesto que México no se había convertido en un destino prioritario del flujo migratorio directo de italianos a las Américas, a inicios de la Revolución, en 1910 se calculaba que los ciudadanos italianos residentes en el país eran 2529 (la quinta comunidad europea en importancia después de los españoles, británicos, franceses y alemanes).<sup>27</sup> En el periodo de las ferias y de las grandiosas

<sup>26</sup> Un imponente *dossier* explicativo se encuentra en Archivio Storico del Museo Centrale del Risorgimento (MRCR), Busta 639/10, Cartas de Pasquale Stanislao Mancini-Tratado con México.

<sup>27</sup> Véase D. Salazar, *La población extranjera en México, 1895-1990: un recuento con base en los censos generales de población*, México, INAH, 1996. También D. Salazar, *Xenofobia y xenofilia en la historia de México. Siglos XIX y XX*, México, INM, 2003.



exposiciones universales, las relaciones comerciales crecieron dentro de un contexto de tensiones dialécticas entre los nacionalistas-imperialistas y la atmósfera cosmopolita que promovía los intercambios comerciales.<sup>28</sup>

Precisamente en 1914 el editor milanés “de la casa real”, Ulrico Hoepli, publicó la traducción italiana del volumen de Adolfo Dollero, fundador con Cesare Novi de la sección mexicana de la Sociedad Dante Alighieri, *Il Messico d’oggi*. El libro, publicado en México y Francia tres años antes, exaltaba los progresos realizados por el país durante el régimen porfiriano y, sin dejar de expresar una serie de temores por la incipiente etapa revolucionaria, atrapada en una encrucijada entre modernidad y anarquía, ofrecía un compendio de leyes, cámaras de comercio, asociaciones profesionales e instituciones de crédito. En la versión mexicana de su libro Dollero pronosticaba una rápida consolidación de las relaciones bilaterales, invitando a emprendedores e instituciones locales (a nivel federal y de gobiernos locales) a interesarse en Italia. También hacía una invitación similar a sus compatriotas: “Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que mi libro da una idea exacta de aquellas regiones lejanas hacia las cuales Italia debe

<sup>28</sup> M. Tenorio Trillo, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, México, FCE, 1998.

volcar su atención, si no quiere perder el lugar al que puede aspirar”.<sup>29</sup>

Como se ha dicho, la atención de la opinión pública mexicana por Italia no disminuyó tras el estallido de la Primera Guerra Mundial. Además de los cimientos culturales del pasado antes mencionados, creo que esto se debió principalmente a dos factores. Por un lado, al interés por la postura de una potencia mediana (o “nueva”, como por lo común era presentada en la prensa mexicana) europea que, en tanto que aliada de los Imperios Centrales de la Triple Alianza, parecía sacudida por un profundo conflicto de identidad interno y buscaba (al igual que México) su lugar en el ámbito internacional. Por otro lado, seguía viva una identificación histórica, aunque indirecta, entre los asuntos italianos y el destino de la Santa Sede (y, quizá todavía más, del papado), cuya presencia simbólica en el imaginario mexicano era, para bien o para mal, un elemento crucial.

La postura abiertamente anticlerical de los políticos y militares constitucionalistas se radicalizó en 1914 (en particular tras la toma de Guadalajara), mientras el Partido Católico Nacional (PCN) era

<sup>29</sup> A. Dollero, *Il Messico d'oggi. Note e impressioni di viaggio dell'autore durante quindici anni di residenza, poste a giorno degli ultimi avvenimenti svoltisi nella Repubblica*, trad. it., Milán, Hoepli, 1914 (París, 1911), p. 12.

arrastrado por los acontecimientos<sup>30</sup> y el episcopado mexicano era duramente criticado por los compromisos con el gobierno de Huerta (que en enero de 1914 había permitido la consagración del país a Cristo Rey).<sup>31</sup> Por otro lado, los católicos mexicanos sentían una suerte de fraternidad con sus correligionarios italianos y su destino común. Este hecho, por mucho tiempo subestimado por la historiografía, se desprende de los documentos conservados en el Archivo Histórico del Arzobispado de la Ciudad de México (AHAM) y ayuda a hacer una lectura comprensiva, aunque a veces abiertamente contradictoria, de la percepción de las alternativas y decisiones de los católicos italianos y franceses de cara a la Gran Guerra. Entre los jóvenes militantes de la Acción Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), por ejemplo, se consolidó una interpretación favorable de la posición neutralista de los católicos italianos, que no parecía desviarse demasiado de los documentos de la Reunión Nacional de

<sup>30</sup> L. O'Dogherty, *De urnas y sotanas. El Partido Católico Nacional en Jalisco*, México, UNAM, 2001. El PCN, nacido en 1911 como representante del catolicismo social, tuvo un giro conservador en 1912 y apoyó políticamente a Victoriano Huerta hasta que fue derrocado en 1914.

<sup>31</sup> Sobre el tema véanse R. Cannelli, *Nazione cattolica e Stato laico. Il conflitto politico religioso in Messico dall'Indipendenza alla Rivoluzione (1821-1914)*, Milán, Guerini, 2002; y M. De Guiseppe, *Messico 1900-1930. Stato, Chiesa, popoli indigeni*, Brescia, Morcelliana, 2007.

las Organizaciones Católicas del 25 de septiembre de 1914, en la cual se evocaba una reacción valiente frente a la salida belicista de los masones, anticlericales y protestantes.<sup>32</sup>

Por su parte, también José Mora y del Río, el belicoso arzobispo exiliado de la capital, crítico hacia el gobierno de Carranza, como también lo había sido (por mero interés) hacia Madero, pareció reconocer públicamente la inclinación pacifista de Pío X y de su sucesor Benedicto XV, cuya salida de rigurosa neutralidad, asociada con una declarada invitación a la paz social, fue reinterpretada por el episcopado mexicano en términos guadalupanos.<sup>33</sup>

Después de todo, sorprende encontrar en el AHAM, varios meses después de la instalación del nuevo pontífice, en plena persecución carrancista antirreligiosa, un documento que certifica que la arquidiócesis capitalina, no obstante su situación económica desastrosa, dio la bienvenida a la invitación de la hermana del rey de Bélgica a realizar una colecta entre los fieles mexicanos a favor de los niños

<sup>32</sup> Véanse M. Franzinelli y R. Bottoni (eds.), *Chiesa e guerra. Dalla "benedizione delle armi" alla "pacem in terris"*, Boloña, Il Mulino, 2005; y D. Menozzi, *Chiesa, pace e guerra nel Novecento. Verso una delegittimazione religiosa dei conflitti*, Boloña, Il Mulino, 2008.

<sup>33</sup> "Preces de su santidad Benedicto XV y cablegrama de su eminencia el cardenal Gasparri, concediendo bendición papal por la consagración de los hogares de Santa María de Guadalupe", 1915, México, AHAM, Secretaría Arzobispal, 128, 42.

huérfanos ante la “flagrante violación de los derechos de un país neutral”.<sup>34</sup>

### 3. LA PRENSA MEXICANA Y EL DILEMA DE LA NEUTRALIDAD ITALIANA

Para comprender el enfoque original y dinámico del México revolucionario frente al tema de la neutralidad y, por consecuencia, la curiosidad con la cual del otro lado del océano se interesaron por las posiciones de Italia en los nueve meses previos a su ingreso a la guerra, es necesario observar las diversas reacciones expresadas por la prensa y volver a ese agitado verano de 1914 del cual hemos partido. El 7 de agosto de 1914, uno de los periódicos históricos del país, *El Imparcial*, vocero oficial del régimen porfiriano, publicaba, junto a un artículo en defensa de la neutralidad mexicana, un recuadro dedicado a otra neutralidad: la italiana. Se publicó el texto de la nota presentada dos días antes por el representante diplomático de Roma en México, el conde Silvio Cambiagio, con la cual el gobierno italiano aseguraba a las autoridades mexicanas la voluntad de

<sup>34</sup> “Carta de la hermana del rey de Bélgica, Henriette, duquesa de Vendome, al arzobispo de México, pidiendo una colecta para aliviar a las víctimas de la guerra”, 12 de abril de 1915, México, AHAM, Secretaría arzobispal, 2, 48.

mantenerse en paz con todas las partes beligerantes, motivo por el cual el gobierno del Rey se propone respetar todos los pactos en vigor, según las leyes vigentes y los principios del Derecho internacional. A todos los ciudadanos y súbditos del Reino de Italia se les ha impuesto por lo tanto respetar los deberes de neutralidad y quien ose violarlos sufrirá todas las consecuencias de su acto.<sup>35</sup>

Además del documento italiano, el periódico reportaba la respuesta del subsecretario del Exterior, Rafael Díaz Iturbide, que se decía complacido por la nota diplomática y por las decisiones tomadas en Roma, plenamente compartidas por México. Incluso se llegó a plantear la consolidación de un frente de países neutrales, en respuesta a la orden de movilización de las tropas británicas recientemente anunciada por el ministro de guerra inglés, lord Kirchner.<sup>36</sup> El periódico dirigido por Rafael Reyes Spíndola, uno de los veteranos del periodismo mexicano, se encontraba entre los últimos grandes sobrevivientes de la época porfiriana. Hijo del clima contradictorio de la *belle époque* que había caracterizado a la capital mexicana<sup>37</sup>

<sup>35</sup> “La declaración de neutralidad de México. La neutralidad de Italia”, *El Imparcial*, 7 de agosto de 1914, p. 3.

<sup>36</sup> “La Gran Bretaña pondrá en pie de guerra medio millón de soldados”, *El Imparcial*, 7 de agosto de 1914, pp. 1-3.

<sup>37</sup> Una atmósfera bien retratada en M. Tenorio Trillo, *I Speak of the City. Mexico City at the Turn of the Twentieth Century*, Chicago, Chicago University Press, 2012.

en los años precedentes y líder del nuevo periodismo industrial, basado en la propiedad de imprenta y en las redes de agencias de prensa y fotografía inspiradas en el modelo de la Associated Press,<sup>38</sup> *El Imparcial* había sobrevivido a toda la revolución maderista para ser finalmente cooptado por la causa huertista. Un destino similar al del periódico católico *El País*, otro diario histórico fundado por el paladín de la “mexicanización” de la *Rerum novarum*,<sup>39</sup> Trinidad Sánchez Santos, y que, con la revuelta filohuertista de Francis Elguero había terminado por unir su suerte a los del PCN.

Con el ingreso de las tropas constitucionalistas del general Obregón a la capital, tras la firma del tratado de Teoloyucan del 13 de agosto de 1914, que significaba la rendición total de los federales (a un mes de la salida de escena de Huerta), los dos periódicos serían requisados. Después de un breve interregno, *El Imparcial* y *El País* cerraron sus puertas.

El artículo que comparaba la neutralidad mexicana con la italiana fue uno de los últimos en publicarse

<sup>38</sup> C. G. García, *El periódico “El Imparcial”, primer diario moderno de México*, México, Centro de Estudios Históricos del Porfiriato, 2003; M. D. C. Ruiz Castañeda (ed.), *La prensa. Pasado y presente de México*, México, UNAM, 1990; L. Medina, *Prensa y Estado en México*, México, CIDE, 2000.

<sup>39</sup> M. Ceballos Ramírez, *El catolicismo social: un tercero en discordia. Rerum novarum, la cuestión social y la movilización de los católicos mexicanos (1891-1911)*, México, El Colegio de México, 1991.

en *El Imparcial* y dejaba una incógnita abierta sobre el futuro de Italia en la guerra europea. Por supuesto, no cuestionaba todavía la posición estratégica de Italia en el interior de la Triple Alianza. Sólo unos meses antes un artículo de otro diario que había sobrevivido a la primera etapa revolucionaria, *El Independiente*, que prestaba atención a los sucesos europeos por medio de la amplia sección “Noticias de todo el mundo”, había subrayado el peso de Roma en la alianza con los Imperios Centrales. En un informe de la cumbre entre el primer ministro griego Venizelos y el marqués de San Giuliano, el autor anónimo subrayó el papel crucial de Italia en la protección de la frontera mediterránea y, consecuentemente, en las relaciones con los Balcanes meridionales, el Imperio otomano y los acontecimientos del cercano Oriente. El periodista lo interpretaba en términos de un reforzamiento diplomático de Roma en el interior de la Triple Alianza que estaba muy arraigado en los éxitos italianos de la Guerra Italo-turca de tres años antes y que, a su parecer, abría el camino “a una solución definitiva de las fronteras albanesas y de las islas del Egeo”, de la cual el potencial geopolítico del “bello país” saldría fortalecido.<sup>40</sup>

<sup>40</sup> “Conferencia Venizelos con San Giulaiano. La cuestión del Egeo y el futuro albanés: Italia obtiene un triunfo diplomático”, *El Independiente*, 10 de enero de 1914, p. 2.



Los siete días entre el atentado de Sarajevo y la explosión de la guerra y la movilización de los frentes opuestos coincidieron con una completa, a ratos convulsa, transición política en México que implicó directamente a la prensa. Salieron de la escena (o intentaron mezclarse) los viejos periódicos huertistas y porfirianos, mientras ocupaban los reflectores los nuevos diarios constitucionalistas. Sorprende notar que en medio de todo esto se mantuvo vivo el interés por los sucesos italianos. *El Imparcial*, que el 11 de agosto informaba que Francia le había declarado la guerra a Austria-Hungría y que las tropas rusas avanzaban a marchas forzadas hacia Budapest,<sup>41</sup> mientras se conformaban dos frentes en Europa, reiteraba que Italia había reafirmado decididamente su neutralidad. Un artículo se preguntaba también cuál era el destino que afrontaban los italianos residentes en Francia, recordando que el presidente Poincaré había dado luz verde a todos los súbditos del reino que quisieran reingresar a la patria.<sup>42</sup> Al día siguiente, sin embargo, el mismo periódico, describiendo los primeros enfrentamientos entre los ejércitos franceses y alemanes,<sup>43</sup>

<sup>41</sup> "Francia ha declarado la guerra a Austria-Hungría", *El Independiente*, 11 de agosto de 1914, p. 2.

<sup>42</sup> "Se auxiliará a los italianos", *El Independiente*, 11 de agosto de 1914, p. 2.

<sup>43</sup> "Ha comenzado la primera gran batalla entre los ejércitos francés y alemán. Las tropas del káiser avanzan en forma de abanico", *El Independiente*, 12 de agosto de 1914, p. 2.

publicó con un tono distinto un artículo en el que denunciaba la ambigüedad italiana respecto del conflicto, pronosticando un rompimiento muy grave en el interior de la Triple Alianza. El sentir del periodista, también anónimo, se describía en los siguientes términos:

En Roma se espera con extraordinaria impaciencia la respuesta austriaca a la nota diplomática formulada por este gobierno y formulada por el marqués de San Giuliano. En tal nota diplomática se pedía al emperador Francesco Giuseppe ordenar el cese inmediato de los puertos de Dulcinea (Ulcinj) y de Antivari (Bar) sobre la costa de Montenegro. En los centros diplomáticos se duda de que Austria pueda aceptar la solicitud italiana en un momento en el cual, estando las dos naciones en guerra, y sobre todo teniendo en cuenta que Montenegro le declaró la guerra a Austria, la flota del emperador se mueve a la perfección en los límites del derecho internacional al bombardear la costa del enemigo. La situación, sin embargo, está resultando extremadamente delicada y no nos extrañaría que Italia estuviera en realidad buscando provocar una ruptura con su vecina aliada.<sup>44</sup>

<sup>44</sup> “Es peligrosa la actitud italiana”, *El Independiente*, 12 de agosto de 1914, p. 2.

Si bien los mexicanos, con el recuerdo aún vivo de la experiencia del imperio de Maximiliano, no encontraban muchas dificultades para reconocer un fuerte resentimiento antiaustriaco en las decisiones italianas, sí se preguntaban cómo reaccionaría Alemania ante todo esto. Desde México, donde el tema de la latinidad permanecía vigente en el discurso nacional, parecía natural una suerte de acercamiento italofrancés. Éste era un tema importante y fue promovido en términos propagandísticos por el representante diplomático de París en México, como se desprende de la difusión de una nota del ministro Doumergue. Tras haber tranquilizado a los interlocutores mexicanos del buen estado de las tropas francesas, dicho ministro se dejó llevar por las estimaciones más optimistas sobre el conflicto, subestimando la posibilidad de una ocupación territorial alemana de Lorena y agregando como nota final: “por ahora los italianos han fraternizado con los franceses en todo el territorio nacional”.<sup>45</sup>

Tras los primeros meses de conflicto, también los nuevos órganos de la prensa constitucionalista, cuya reorganización fue encomendada al exsecretario particular de Carranza, Alfredo Breceda,<sup>46</sup> siguieron con

<sup>45</sup> “Informaciones oficiales de la legación de Francia”, *El Independiente*, 12 de agosto de 1914, p. 3.

<sup>46</sup> Véanse A. Breceda, *México revolucionario*, 2 vols., Madrid, Tipografía Artística, 1920; y L. Barrón, *Carranza. El último reformista porfiriano*, *op. cit.*

moderada atención los sucesos italianos y la evolución del neutralismo. A pesar de que no se prestaba mucha atención al debate interno de la península entre neutralistas e intervencionistas y de que se ignoraban los matices que caracterizaban a los diversos frentes, se encuentran comentarios interesantes tanto en las páginas de *El Constitucionalista* como, sobre todo, en las de *El Demócrata*. El primero era el diario oficial del carrancismo, fundado en Hermosillo (en el estado de Sonora, al norte del país) en diciembre de 1913, por voluntad del mismísimo primer jefe, y dirigido por Salvador Martínez Alomía. Carranza estaba consciente del papel tan importante que la prensa había jugado en la crisis del Porfiriato y en la caída de Madero, cuyo órgano oficial, *Nueva Era*, había sido aplastado completamente por el aluvión de periódicos conservadores.<sup>47</sup> Por eso estaba muy atento y decidido a evitar tropiezos peligrosos y a ganar la partida de una potencial competencia con la prensa villista.

Si *El Constitucionalista* encarnaba el ánimo institucional del carrancismo, *El Demócrata*, dirigido por Rafael Martínez, se presentaba a sí mismo como un diario moderno e informativo. Desde el primer número, publicado el 15 de septiembre de 1914, el objetivo declarado por el propio periódico capitalino

<sup>47</sup> P. Serrano y C. Martínez Assad (eds.), *Francisco Madero y la larga transición*, México, INEHRM, 2011.

era el de difundir las tesis constitucionales a todas las clases sociales, aproximando así a la pequeña burguesía liberal con los sindicalistas de la Casa del Obrero Mundial, y a los agraristas con los nuevos intelectuales revolucionarios. La idea era la de establecer una línea de continuidad con la legitimidad proveniente del que era reconocido como el “padre de la Revolución”, Madero, “el apóstol de la democracia” (*El Demócrata* era también el nombre de otro periódico filomaderista). Por otra parte, al leer este periódico emblemático del constitucionalismo se percibe el proyecto de redefinición de los términos del nacionalismo mexicano, cuyo objetivo era actualizar viejas consignas y, sin caer en excesos, marginar a los “reaccionarios” y “traidores” de la patria y de la Revolución (identificados con el viejo conservadurismo, el militarismo huertista y, en términos generales, la jerarquía eclesiástica).<sup>48</sup> En el frente internacional, en una fase delicada del asimétrico cruce de fuerzas diplomático entre el representante carrancista en Washington, el periodista Luis Cabrera, y la administración Wilson, la prensa constitucionalista estaba, al contrario, atenta a hacer juicios equilibrados sobre la Triple Entente y los Imperios Centrales.

<sup>48</sup> J. A. Beristáin, “Prensa y clero. La prensa y la detención del Vicario Antonio Paredes”, en I. Campos y M. De Giuseppe (eds.), *La cruz de maíz. Política, religión e identidad en México*, México, ENAH, 2011, pp. 163-177.

En este contexto destaca sin duda un artículo del 7 de octubre de 1914, publicado (mientras, en Europa, obuses austriacos bombardeaban Anversa) con un título mucho más directo: “La neutralidad de Italia”. El texto se proponía abrir el debate acerca de las razones que habían empujado al gobierno italiano a mantenerse neutral a más de dos meses del estallido del conflicto,<sup>49</sup> retomando simultáneamente una intervención, con rasgos deliberadamente sarcásticos, del *Reichpost* (Autoridad postal del Imperio) vienés. Aquí se reportaba la opinión de algunos conservadores austriacos, según la cual la ausencia de Italia de la guerra se volvía ventajosa para Viena y para Berlín, puesto que:

Los éxitos militares obtenidos demuestran que la ausencia de Italia ciertamente nos ha obligado al despliegue de más fuerzas pero al mismo tiempo hemos demostrado que podemos derrotar a nuestros enemigos también sin ellos. La ausencia de Italia nos ofrece en el fondo algo bueno: ofrece a Austria la oportunidad de demostrar su propia resistencia, vitalidad y capacidad ofensiva, y a Alemania la de manifestar su fuerza imponente. A los que se lamentan por la ausencia de Italia en el conflicto hay que recordarles que una guerra no se puede ganar sin el pleno apoyo de la opinión pública

<sup>49</sup> “La neutralidad”, *El Demócrata*, 7 de octubre de 1914, p. 2.

y la opinión pública italiana parece decididamente en contra de un conflicto, en particular en una guerra contra Inglaterra.<sup>50</sup>

La búsqueda de autoestima de los conservadores austriacos tenía como telón de fondo temas étnicos y raciales por entonces de moda en México, donde se debatía sobre la relación entre indígenas, criollos y mestizos. Se trataba de un discurso sobre la fraternidad natural del pueblo germano que terminaba por identificar a los italianos como un elemento *sui generis*, casi anómalo, en el interior de la Triple Alianza, tema común en el debate mexicano, más allá de la reflexión de los juegos de alianzas y estrategias políticas. Por otra parte, el artículo reportaba que “los periódicos italianos contenían muchas voces abiertamente críticas, casi malintencionadas, sobre los enfrentamientos de los Aliados, casi como si Austria hubiera querido la guerra sólo para debilitar a Italia”. Aun cuando se reconocía a los políticos, incluidos los neutralistas *giollitiani*, un punto de vista “más elevado”, se subrayaba la ausencia de intereses comunes y de fraternidad entre Italia y los Imperios Centrales.

*El Demócrata* retomaría el tema 10 días después, mientras los enfrentamientos hacían estragos en Silesia y en el Mar de China oriental, y un submarino

<sup>50</sup> *Idem.*

alemán hundía el crucero japonés *Takachiho*, levantando gran revuelo en las Américas. Un largo e interesante artículo de Eduardo Navarro Salvador, titulado “Fuerzas y alianzas”, subrayaba que la guerra europea estaba adquiriendo relevancia mundial. Al respecto escribió: “La terrible catástrofe no dañará sólo a Europa sino al mundo entero, puesto que el desastre económico es ya universal. Lo prueba la tendencia de la bolsa de valores en el continente, en gran medida ya cerrada, y en la de los americanos, en constante estado de alarma”. En lo que concierne a Italia, el autor la ubicaba todavía en la Triple Alianza. Al mismo tiempo, sin embargo, subrayaba que, con 1 200 000 soldados potenciales, esa nación se encontraba inevitablemente en una posición muy diferente a la de otros países neutrales, como Suecia, Noruega, Portugal, Suiza o Grecia. La sensación que se evocaba era que el neutralismo italiano no tardaría en derrumbarse, que era imposible de mantener y que la guerra habría reducido el papel de las grandes potencias europeas en el mundo “con pérdidas monstruosas de bienes públicos y presiones fiscales absurdas”. La conclusión era en el siguiente sentido:

El mapa de Europa está por cambiar y cambiará también la organización del continente. Que el Dios Marte no decida traer sus armas a todas las latitudes, que el templo de Jano cierre lo más pronto sus puertas. Estos



son los votos de millones de madres en todo el mundo y de todos los corazones que aman el progreso, la paz y que esperan que la concordia reine entre los hombres.<sup>51</sup>

#### 4. LA LECTURA ANARCOSOCIALISTA: “REGENERACIÓN” Y LA GUERRA EN ITALIA

Mientras México observaba con temor sus dos océanos (y Carranza estudiaba cómo asumir el control de los puertos estratégicos, aislando a los villistas en el norte y a los zapatistas en su “patria chica”), crecía la desconfianza en la capacidad de Italia para mantenerse fuera del conflicto. El tema también fue abordado, aunque de manera muy distinta, por el líder del anarquismo revolucionario mexicano Ricardo Flores Magón, quien llevaba 10 años viviendo un turbulento exilio en Estados Unidos.<sup>52</sup> Partidario de una reinterpretación protosocialista del comunitarismo indígena (conocido a la distancia en su estado natal de Oaxaca), que pronto se convirtió en bandera del anarcosindicalismo radical, Flores Magón era el promotor en México de las tesis de Kropotkin,

<sup>51</sup> E. Navarro, “Fuerzas y alianzas”, *El Demócrata*, 17 de octubre de 1914, p. 1.

<sup>52</sup> C. MacLachlan, *Anarchism and the Mexican Revolution: The Political Trials of Ricardo Flores Magón in the United States*, Berkeley, University of California Press, 1991.

Bakunin y Malatesta. Junto con su hermano Enrique fundó en 1900 el periódico *Regeneración*.<sup>53</sup> Después de varios arrestos y clausuras del periódico, en 1904 los hermanos Flores Magón se mudaron a San Antonio (Texas), donde crearon la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano (PLM), relanzando *Regeneración*, que entraba clandestinamente a la nación como medio de información disidente. Por otro lado, establecieron contacto con la International Workers of the World (IWW) y con las redes del anarcosindicalismo internacionalista. Entre sus interlocutores había varios italianos, tanto inmigrantes en Estados Unidos (como Vittorio Cravello;<sup>54</sup> Arturo Giovannitti, de la Italian Socialist Federation; y Palermo Ludovico Caminita, de la Casa del Obrero Internacional, quien tenía una pésima relación con Luigi Galleani, del periódico *Cronaca Sovversiva*) como en la “madre patria”. En un artículo titulado “¡Agitación! ¡Agitación!”, Flores Magón había elogiado a la prensa anarquista italiana, reconociendo que los únicos periódicos que se movilizaron contra el arresto de los mexicanos exiliados del PLM, además del

<sup>53</sup> A. Bartra, *Regeneración 1900-1910*, México, Era, 1980. Véase también J. Barrera Bassols (ed.), *Ricardo Flores Magón. Obras completas*, 18 vols., México, INAH/Conaculta. Los volúmenes dedicados a *Regeneración* son: 3-4, 7-8 y 15.

<sup>54</sup> Cravello fundó en 1911 el Gruppo Diritto all'Esistenza de Patterson y en 1914 organizó una serie de movilizaciones contra la ocupación estadounidense de Veracruz.

británico *The Middleton Guardian*, habían sido *L'Avvenire anarchico*, *Gli Scamiciati* de Novi Ligure e *Il Libertario de La Spezia*.<sup>55</sup>

En los años de la revolución maderista, el PLM, a pesar de contar con el apoyo de intelectuales y periodistas como William Turner y Jack London, se debilitó considerablemente por el fracaso de la revuelta en Baja California y por los arrestos y limitaciones impuestas por las autoridades estadounidenses. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial, en el verano de 1914, Ricardo Flores Magón, liberado después de mes y medio de cárcel —por haber sido acusado de sedición en una prisión del estado de Washington—, fue transferido a California, donde trató de relanzar *Regeneración*. El principal interlocutor de los magonistas en aquel momento era el Ejército Libertador del Sur, de Emiliano Zapata, que había retomado el lema (transmigrado de los *narodniki* rusos) “tierra y libertad”, además de algunas ideas de reformismo radical (como se hizo evidente durante los trabajos de la Convención de Aguascalientes). Los zapatistas llegaron incluso a ofrecer a los hermanos Magón, sin éxito, que transfirieran la sede del periódico a Morelos, para, de este modo, superar sus crónicos problemas

<sup>55</sup> A la inversa, se criticaba el total desinterés de los compañeros alemanes, austriacos y, todavía más grave, de los franceses y españoles. R. Flores Magón, “¡Agitación! ¡Agitación!”, *Regeneración*, 21 de febrero de 1914.

financieros. La decisión de permanecer en Estados Unidos respondía, sin embargo, a la voluntad de no perder la propia autonomía editorial, de continuar haciendo propaganda entre los mexicanos emigrados (muy numerosos durante la Revolución) y de ejercer la actividad de denuncia de cara a la opinión pública. Sobre todo, sentían la necesidad de no limitar su espíritu internacionalista, abiertamente crítico en contra del constitucionalismo carrancista, y de no cerrarse a un contexto rural aislado de la capital. En realidad, pocos meses más tarde, el líder anarquista sería nuevamente encarcelado y transferido al penitenciario de Leavenworth, en Kansas, en donde en 1922 sería asesinado.

En un extenso artículo del 8 de agosto de 1914, firmado por el director, *Regeneración* presentó un minucioso análisis de la “Gran Guerra europea”, relacionándola directamente al futuro de los trabajadores en todo el mundo. Flores Magón señala:

Europa es un volcán. La catástrofe prevista desde hace muchos años se presenta al fin, formidable, arrasadora, imponente. El clarín llama a la guerra desde los Urales a los Pirineos, desde el Mar Negro hasta el Paso de Calais.

Lo inevitable tenía que suceder: la gran conflagración europea que tendrá como inmediato resultado la conflagración del mundo entero, y como consecuencia final la insurrección de los esclavos de todos los

países contra sus verdugos, la demolición del sistema capitalista y la libertad de todos los que por siglos y siglos han sido el juguete de los gobiernos y los políticos, de los sacerdotes y de los ricos.

Detrás de esta catástrofe, la libertad sonríe. De entre el fuego y el humo y los escombros y la sangre, surgirá bellísima la nueva construcción social basada en la libertad del ser humano. ¡Que sea!<sup>56</sup>

Hasta aquí no hay nada extraño; es una tesis que coincide con las posiciones del anarquismo europeo y de algunos socialistas radicales (incluido Lenin) muy críticos respecto de la Segunda Internacional. Justamente tomando a Italia como ejemplo, en un artículo del mes anterior, Flores Magón denunció la debilidad de los socialistas y la incapacidad de los movimientos sindicales y de los mismos grupos anarquistas de aprovechar la crisis para una revuelta armada. El tono parecía extremadamente determinado:

Los tiempos reclaman acción. Predíquese doctrina; pero al mismo tiempo hágase entender a los trabajadores que una crisis mundial se acerca y que es preciso estar preparados. El último fracaso de la Revolución italiana se debió al hecho de no estar preparados los trabaja-

<sup>56</sup> R. Flores Magón, "La Gran Guerra europea y la libertad de los trabajadores del mundo", *Regeneración*, 8 de agosto de 1914.

dores para la lucha armada. Confesémoslo: hay mucho pacifismo entre los llamados revolucionarios. Si en lugar de predicar sabotaje, *boycott* y huelga general a los trabajadores italianos, se les hubiera predicado insurrección y expropiación de toda la riqueza social, la revolución que murió de anemia hace unas cuantas semanas en Italia, ardería orgullosamente en estos momentos.<sup>57</sup>

El anarquista mexicano invitó a su amigo Cravello para que promoviera el inminente Congreso Anarquista que iba a celebrarse en Londres del 29 de agosto al 6 de septiembre (luego pospuesto para 1915), lo que representaba un enlace directo entre los destinos de los trabajadores que participaban en la Revolución mexicana y en la guerra europea.

Volviendo al citado artículo del 8 de agosto, tras un profundo análisis en el que no escatimó las consecuencias de un posible impacto del conflicto europeo en México y en Estados Unidos, Flores Magón abrió un paréntesis sobre la cuestión del neutralismo. Así, el revolucionario oaxaqueño distinguía entre dos tipos de países neutrales. Por una parte, los países “pequeños”, como Holanda, Luxemburgo, Bélgica y Suiza, estaban obligados, a su modo de ver, a una alternativa de neutralismo natural, de supervivencia.

<sup>57</sup> R. Flores Magón, “La Revolución en Filipinas”, *Regeneración*, 11 de julio de 1914.

La violación por parte de Alemania de los derechos de neutralidad de Holanda y Luxemburgo (el artículo apareció antes de la noticia de la invasión a Bélgica el 4 de agosto) fue recibida como algo que se vio venir, una consecuencia lógica del naciente conflicto.

Los neutrales “grandes” eran, por otra parte, Gran Bretaña (que aún no estaba en guerra en el momento de la publicación del texto) e Italia, aliada en primer lugar de Francia, y de Alemania y Austria en segundo. Aquí Flores Magón se centraba en una discusión sobre las opciones estratégicas de Londres y Roma, pero sostenía que la postura neutral era simplemente instrumental y previsiblemente efímera. Al respecto escribe: “Tanto Inglaterra como Italia se verán envueltas en la lucha dentro de pocos días a pesar de sus esfuerzos por permanecer neutrales”. Al momento de la publicación del artículo, Gran Bretaña ya le había declarado la guerra a los Imperios Centrales, mientras que Italia, que el 3 de agosto había anunciado formalmente su neutralidad, habría de esperar todavía nueve meses de enfrentamientos políticos y debates intensos.

Un pronóstico similar de neutralismo efímero le correspondía, aunque con tiempos y modos distintos, a Estados Unidos, país respecto del cual Flores Magón precisa: “Su posición ante las demás naciones del mundo, posición debida a la ambición de su

orgullosa burguesía, pone a esta nación en una situación de la cual no puede salir airosa. O se humilla Estados Unidos o toma participación en la Gran Guerra”. Su análisis partía de la conciencia, remarcada en muchas ocasiones, de que los temores del sistema financiero estadounidense ante los potenciales efectos recesivos del conflicto y el impacto de mediano plazo de la escasez de crédito y dinero corriente en los países europeos, habría tarde o temprano de convencer a Washington a movilizarse. Un suceso que, a su modo de ver, tendría fuertes repercusiones en México, pero que, gracias a las distracciones del vecino del norte y de las capitales europeas, incluso podría abrir el camino a la victoria de la “verdadera” revolución. Todo ello exigía a México, no obstante las presiones internas y externas, que tuviera fe en la propia neutralidad, puesto que, con una diplomacia estadounidense confundida, “dejarán a los mexicanos en paz, y ya sin obstáculos, el movimiento por ‘Tierra’ y ‘Libertad’ continuará su curso, ajusticiando burgueses, incendiando iglesias, colgando a los representantes de la autoridad”. El anarquista atacaba de un modo virulento al presidente Wilson y al secretario de Estado Bryan, a su parecer preocupados sólo por el destino del petróleo mexicano y de las posibles concesiones a Japón de espacios en el Pacífico. Los acusaba de simular un apoyo a los revolucionarios frente a la opinión pública mexicana, dialogando con



“el bandido” Villa y “el lacónico” Carranza, pero sólo para responder a los intereses de los “vampiros de Wall Street y de los piratas de la industria, los Guggenheim, los Hearst, los Otis, los Rockefeller”, preparándose en realidad para invadir a México y, posteriormente, participar en la disputa europea.<sup>58</sup>

En un artículo posterior, del 22 de agosto de 1914, titulado “La catástrofe mundial”, se presentaba un exhaustivo examen de la evolución del conflicto, con una reflexión sobre la neutralidad italiana, que asumía un carácter cada vez más claramente defensivo. Sostenía que el gobierno del reino no estaba interesado en los términos del debate entre neutralistas e intervencionistas, como se rumoreaba en la prensa, ni por las motivaciones de los católicos o de los *giolittians*, sino que más bien estaba preocupado únicamente por el hecho de que el conflicto podría desatar una revolución. Escribe al respecto:

Italia, que temerosa de que estalle la revolución social ha procurado permanecer neutral, fue amenazada por Alemania de atacarla si no cumplía con el compromiso que tiene de tomar las armas en favor de ella y de Austria-Hungría.<sup>59</sup>

<sup>58</sup> R. Flores Magón, “Cantos de sirena de Woodrow Wilson”, *Regeneración*, 13 de junio de 1914.

<sup>59</sup> R. Flores Magón, “La catástrofe mundial”, *Regeneración*, 22 de agosto de 1914.

También *Regeneración* reconocía, por otra parte, al igual que los despreciados periodistas constitucionistas, que la guerra estaba a punto de hacerse mundial, y subrayaba que una implicación de Turquía incendiaría el Mediterráneo, acelerando la intervención italiana. A esto le seguiría la intervención estadounidense, sin olvidar el dinamismo japonés, el entrelazamiento afroasiático de las potencias coloniales y los efectos del conflicto global en los mercados internacionales, incluido México. Las conclusiones eran las siguientes:

Esta guerra, que dentro de pocas semanas tendrá por escenario toda la superficie del planeta, es una guerra provocada por los burgueses; es una guerra de negocios contra negocios [...] La patria es de los burgueses, porque ellos la poseen. Millones de cadáveres van a quedar tendidos en toda la superficie de la Tierra; ríos de lágrimas brotarán de millones y millones de huérfanos, de viudas, de madres, de los deudos todos de los muertos en los campos de batalla; el hambre clavará sus dedos fríos en los estómagos de todos los pobres [...] sembrar la rebeldía en los corazones es nuestra obligación, y éste es el momento oportuno de hablar claro.<sup>60</sup>

<sup>60</sup> R. Flores Magón, "La Gran Guerra", *Regeneración*, 12 de septiembre de 1914.

La quimera de la Revolución europea se sumaba a la quimera de la Revolución mexicana, mientras que los socialistas mexicanos radicales asentados en Estados Unidos mantenían una posición muy alejada de la “neutralidad activa y operante” proclamada por Mussolini en las páginas de *L'Avanti!*, en octubre de 1914.<sup>61</sup>

Tampoco un anarquista convencido como Ricardo Flores Magón pudo eximirse de un comentario sobre la actitud del nuevo pontífice frente a la escalada del conflicto. En un artículo de mediados de septiembre titulado “El miedo del papa” se lee:

El nuevo Papa, que ha adoptado el nombre de Benedicto XV, va a hacer un llamamiento a las naciones para que se pongan en paz. Benedicto mira muy lejos. Él comprende que el descontento de los pueblos contra el sistema actual va a ser la consecuencia inmediata de la Gran Guerra universal, y que ese mismo descontento precipitará la Revolución Social en todo el mundo. Benedicto ve que los pueblos se van a dar cuenta, al fin, de que si hay guerras, si hay trastornos de toda clase, si no hay paz permanente sobre la tierra, es porque la clase capitalista de cada país quiere dominar a la clase capitalista de otro y, ¡oh, ironía!, no son

<sup>61</sup> B. Mussolini, “Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva e operante”, *L'Avanti!*, 18 de octubre de 1914.

los capitalistas los que empuñan las armas para pelear unos contra los otros, como sería lo más razonable, sino que son los proletarios los que se despedazan en beneficio de sus verdugos.<sup>62</sup>

Flores Magón daba por sentado que la posición neutralista de la Santa Sede tenía como finalidad prevenir la revolución a través de la paz social, un tema que había caracterizado al Porfiriato e incluso a las primeras etapas de la Revolución mexicana. Sin embargo, el revolucionario anticlerical, como buen mexicano, le reconocía al pontífice una capacidad de lectura de los eventos que, contrariamente, no reconocía a la mayoría de los líderes políticos involucrados en el conflicto. Y es que en el fondo sus aliados zapatistas eran los menos anticlericales entre los diversos frentes revolucionarios, con su ejército campesino, lleno de rosarios e imágenes guadalupanas. Incluso iban a ser acusados por los constitucionalistas de ser reaccionarios y de representar un obstáculo en el camino de México rumbo a la modernidad.<sup>63</sup>

<sup>62</sup> R. Flores Magón, “El miedo del papa”, *Regeneración*, 12 de septiembre de 1914.

<sup>63</sup> M. De Giuseppe, “La Revolución escindida y el fantasma de Zapata. ‘Católicos’ e ‘indígenas’ entre guerra y paz”, en H. Iparraguirre, M. De Giuseppe y A. González (eds.), *Otras miradas de la Revolución mexicana*, México, IP/ENAH, 2015.

## 5. EPÍLOGO: EL NEUTRALISMO EN SUSPENSO

Cuando Italia firmó el llamado Pacto de Londres, el 26 de abril de 1915, que abrió el camino a la declaración de guerra contra Alemania y Austria, del 23 de mayo, la Revolución mexicana estaba en un punto crítico. Entre abril y mayo de aquel dramático año se redefinieron de nueva cuenta los equilibrios de la *war of the winners*, como la define Alan Knight,<sup>64</sup> una especie de guerra civil que se había fraguado lentamente y en la que se habían involucrado los diversos frentes revolucionarios hasta consumarse definitivamente en la Convención de Aguascalientes. La derrota de Pancho Villa, aquella primavera, a manos de las tropas constitucionalistas de Obregón en las dos trágicas batallas de Celaya y, sobre todo, en la de Trinidad, sumada al aislamiento voluntario del frente zapatista, había alterado los frentes, abriendo el camino al proyecto nacional y constitucionalista de Carranza y Obregón.

Esos enfrentamientos, sumamente alejados de la pintoresca iconografía *hollywoodiana* de la Revolución mexicana, habían sido lo más parecido a la Primera Guerra Mundial que se había vivido al

<sup>64</sup> A. Knight, *Repensar la Revolución mexicana*, vol. II, México, El Colegio de México, 2013.

sur del Río Grande, con batallas campales, guerra de trincheras, utilización de caballos, máquinas e incluso los primeros aviones. Todo trágicamente inmortalizado en el periodismo, en las memorias y en la fotografía, otra gran nueva protagonista de la Revolución.<sup>65</sup>

A nivel diplomático, Estados Unidos, el 19 octubre, tras la Conferencia Panamericana de junio, con Villa definitivamente abandonado a su suerte, reconocería al gobierno carrancista, al igual que los Imperios Centrales, e Italia y España, un mes más tarde.

Con el regreso de los constitucionalistas a la Ciudad de México (desde el 28 de enero), tras el paréntesis convencionista culminado en el simbólico encuentro en Palacio Nacional entre Villa y Zapata, también la prensa reanudó sus operaciones a plena capacidad. A *El Demócrata* se sumaron nuevos órganos de opinión, como *La Prensa*, *El Pueblo*, *El Liberal*, *La Voz de la Patria*, mientras que se establecieron contactos más estructurales con el sindicalismo organizado y con los grupos agraristas, y se movilizaron nuevos agitadores culturales. La prensa convencionista tenía, por su parte, como órganos de prensa privilegiados, *El Monitor* y *El Combate*, los zapatistas *Tierra y Justicia*, y los villistas, en Chihuahua, *Vida Nueva*.

<sup>65</sup> J. Mraz, *Fotografiar la Revolución. Compromisos e íconos*, México, INAH, 2010.

El carácter militante de la prensa hizo que se concentrara en los sucesos internos de México y en el proyecto nacional constitucionalista, pero mantuvo el interés por la Gran Guerra y, en particular, por su dimensión transcontinental. En lo concerniente a Italia, con el Pacto de Londres y su entrada al conflicto, el debate sobre el neutralismo se dejó atrás rápidamente entre tantos informes y crónicas de los sucesos en los Dardanelos, en los Alpes y a lo largo de la frontera oriental. Lo que quedaba era más bien apoyar al neutralismo cada vez más convencido de México, declarado por el gobierno de Carranza.

En 1915 apareció en las páginas de *El Demócrata* una columna titulada “Nuestro criterio sobre la guerra”, que ofrecía, en ocasiones, valiosas reflexiones. A mediados de agosto, por ejemplo, el autor anónimo hizo una contundente condena de la guerra de posiciones, expresándose de manera totalmente contraria a las exaltaciones belicistas de los futuristas italianos, pues afirmaba: “Pensamos que la Gran Guerra que sacude a Europa y parte de Asia es un atentado contra la humanidad, la civilización y el arte; ninguno de los contendientes parece mínimamente motivado por un ideal cuyo fin sea mejorar la situación de sus propios pueblos”. El autor imputaba las causas de la tragedia al enfrentamiento entre el militarismo alemán y el capitalismo inglés, al que se sumaban, por oportunistas, todos los demás contendientes.

Por otro lado, recordaba, tema frecuente en la prensa mexicana, que el peso de la guerra recaía sobre la población más pobre, o bien:

Sobre aquél que ofrece todo lo que tiene, o su contingente de joven vitalidad, y se transforma así en un instrumento pasivo, sin otro ideal más que la disciplina, sin otra esperanza que el reforzamiento de esos mismos poderes que lo conducen a la muerte. Éste es nuestro juicio de la inmensa tragedia.<sup>66</sup>

Para un México aún agitado por el humo de las batallas del Bajío, por la carestía y por las políticas de concentración de la población aplicadas por el general González contra los zapatistas, el horror por los sucesos del conflicto en Europa se manifestaba sobre todo por la denuncia de las nuevas armas destructivas y de un militarismo aparentemente sin freno.<sup>67</sup> Aun así no faltó un elogio a los 1 700 italianos que abandonaron Estados Unidos y otros países americanos para ocupar su lugar en las filas del ejército real en las movilizaciones contra los austriacos.<sup>68</sup>

<sup>66</sup> “Nuestro criterio sobre la guerra”, *El Demócrata*, 18 de agosto de 1915, p. 2.

<sup>67</sup> “El talón de Aquiles del militarismo”, *El Demócrata*, 30 de septiembre de 1915, p. 2.

<sup>68</sup> “Acuden los italianos al llamamiento de la guerra”, *El Demócrata*, 28 de agosto de 1915, p. 2.



En 1915 la prensa constitucionalista, por otro lado, se mostraba explícitamente en contra de los Imperios Centrales, con cuidado de no apartarse excesivamente del neutralismo defensivo emprendido por el primer jefe.

Para terminar, quisiera citar una última intervención del periódico constitucionalista, con el evocador título de “O clara Italia”, publicado en los primeros días de octubre de 1915, justamente cuando las tropas bajo el mando del general Cardona se preparaban para lanzar una nueva ofensiva sobre Isonzo. En esta breve publicación anónima, se hacía un razonamiento sobre las movilizaciones que habían llevado a los italianos a abandonar el neutralismo y a entrar a la guerra, a seis meses de la firma del Pacto de Londres y de la decisiva toma de posiciones de Vittorio Emanuele III. El comienzo así lo indica:

Italia entró a la guerra porque así lo exigía la mecánica fatal de la historia. La intervención de Italia en favor de los Aliados no se debió al azar sino al hecho concreto que había estado cociéndose desde hace tiempo y que salió a la luz cuando el plato ya estaba listo. El objetivo de este artículo es el de corregir, en cuanto sea posible, algunos juicios apasionados sobre la conducta de los italianos, en particular aquellos formulados por algunos exponentes de la prensa española. Según éstos, Italia, liberándose de la Triple Alianza, al

decidir entrar a la guerra, ha cometido una vil y vulgar traición.<sup>69</sup>

Si bien durante los nueve meses de neutralidad Italia había ganado una serie de consensos, el darle la espalda a los viejos aliados se percibía en algunos ambientes como una “traición repugnante”. Sin embargo, el periódico constitucionalista, que anteriormente había mantenido como prioritaria la neutralidad, tomaba ahora una postura decisivamente proitaliana, en contra de los conservadores españoles, austriacos y alemanes. Tras haber señalado que el tratado de la Triple Alianza obligaba a Italia a intervenir sólo en caso de defensa propia, siempre y cuando la agresión proviniera de Austria y Alemania, el autor lanzaba esta diatriba:

Ésta podría ser una razón de cortesía pero no es el verdadero motivo de la intervención italiana. La razón de fondo es que desde el verano de 1914 la Triple Alianza ya no existía y no por culpa de Italia. [...] Ciertamente los antes mencionados piensan que una alianza es como un vínculo matrimonial católico, que dura mientras que los cónyuges estén vivos y que si uno lo rompe por infidelidad se convierte inmediatamente en un adúltero. Una alianza sin embargo es más

<sup>69</sup> “O clara Italia”, *El Demócrata*, 1 de octubre de 1915, p. 2.

bien un contrato entre naciones estipulado en vista de un objetivo concreto y cuando éste se obtiene, o se frustra, aquél cesa de existir automáticamente. Por eso, cuando Italia le declaró la guerra a Turquía en 1911 la Triple habría tenido que dejar de existir.<sup>70</sup>

En realidad, detrás de aquel cambio de interpretación constitucionalista respecto de la posición italiana se escondía un juego de espejos que comparaba asuntos nacionales e internacionales, experiencias del pasado y problemas de un presente en vías de una rápida e indescifrable transformación. El neutralismo en el fondo representó una de las categorías en torno a las cuales, durante esos dos años, se había entablado un diálogo tácito a distancia entre México e Italia.

Aún en su tercer informe presidencial, el 1 de septiembre de 1919 (el último antes de su revocamiento a manos de Obregón), mientras que en Italia se determinaba la amnistía por los crímenes de guerra, Carranza retomaría el tema de la formulación de un nuevo principio de neutralidad, reiterando la consistencia de las decisiones de su gobierno:

La República Mexicana ha mantenido, como se sabe, una conducta de absoluta neutralidad, a pesar de que

<sup>70</sup> *Idem.*

los enemigos del gobierno en más de una ocasión han cuestionado esta actitud; se debe, por el contrario, asegurar que no se puede encontrar una sola acción del gobierno mexicano que implique la más leve violación al principio de neutralidad, según los principios del derecho internacional, de los tratados vigentes y de las prácticas reconocidas. De manera contraria, desgraciadamente, los derechos de México como país neutral no han sido siempre respetados: una unidad de la marina de guerra de Estados Unidos de América ha permanecido en más de una ocasión por más de 24 horas en nuestro territorio marítimo y sus buques están hasta la fecha amarrados en Tampico, bajo la excusa de proteger a sus connacionales.<sup>71</sup>

La crítica del presidente estaba dirigida en particular al comportamiento estadounidense (listo para financiar a su rival Manuel Peláez con el fin de proteger los intereses de las compañías petroleras en activo en la Huasteca). Carranza relanzaba su propia idea de protección de los países neutrales y de las pequeñas potencias en respuesta a la oposición

<sup>71</sup> “III Informe de Gobierno del presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos”, 1 de septiembre de 1919, *Diario de los Debates de la Cámara de Diputados del Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*, XXVIII Legislatura, año II, Periodo Ordinario, t. III, núm. 3, México, 1 de septiembre de 1919, pp. 139-140.

de Washington al ingreso de México a la naciente Sociedad de las Naciones. Pocos meses después, sin embargo, el exprimer jefe saldría de la escena trágicamente y México tendría que esperar hasta septiembre de 1931 para entrar a la organización multilateral.<sup>72</sup>

<sup>72</sup> F. Herrera León, *México en la Sociedad de Naciones, 1931-1940*, México, SRE, 2014.



## ACERCA DE LOS AUTORES

**Margaret MacMillan** es profesora de Historia Internacional de la Universidad de Oxford y Warden del St. Antony's College. Forma parte de la Royal Society of Literature y es miembro honorario del Trinity College. Posee grados honorarios de varias universidades. Fue ganadora del Premio Samuel Johnson por su obra *Paris 1919: Six Months that Changed the World* (2001). Además de ésta, traducida al español en 2005, otros de sus libros traducidos son *Usos y abusos de la historia* (2010) y *1914, de la paz a la guerra* (2013). Recientemente (2015) publicó *History's People. Personalities and the Past*.

**Javier Garciadiego** es maestro en Historia por la Universidad de Chicago y posee dos doctorados: uno en Historia de México, por El Colegio de México, y otro en Historia de América Latina, por la

Universidad de Chicago. Es profesor-investigador de El Colegio de México desde 1991, institución en la que ha sido director del Centro de Estudios Históricos (1995-2001) y presidente (2005-2015). Ha sido profesor visitante y conferencista en diversas universidades del extranjero. Entre sus obras destacan *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución mexicana* (1996), *La Revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios* (2003), *Cultura y política en el México posrevolucionario* (2006), *1913-1914: De Guadalupe a Teoloyucan* (2013) y *Autores, editoriales, instituciones y libros. Estudios de historia intelectual* (2015).

**Alan Knight** obtuvo el grado de doctor por la Universidad de Oxford. Ha sido profesor de Historia de América Latina y miembro del St. Antony's College de esa universidad. Entre sus reconocimientos se encuentran la Orden Mexicana del Águila Azteca (2010) y el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Veracruzana. Su obra gira en torno a la historia de América Latina y en particular la de México. Es autor de la obra *La Revolución mexicana* (1986), clásica en el tema. En 2002 publicó los primeros dos tomos de lo que será una historia general de México: *Mexico: from the Beginning to the Spanish Conquest* y *Mexico: The Colonial Era*; en 2013 publicó una rica antología de sus principales ensayos sobre



el siglo xx en México, en dos gruesos volúmenes, titulados *Repensar la Revolución*.

**Paul Garner** es doctor en Historia por la Universidad de Liverpool, profesor emérito de la Universidad de Leeds e investigador asociado del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Sus trabajos de investigación versan sobre historia de América Latina —en particular de México— durante los siglos xix y xx. Fue profesor invitado en el Centre for US-Mexican Studies de la Universidad de California (2002-2003). Algunas de sus obras son: *La revolución en provincia: soberanía estatal y caudillismo en las montañas de Oaxaca (1910-1920)* (1988), *Porfirio Díaz: del héroe al dictador: una biografía política* (2003), *British Lions and Mexican Eagles: Business, Politics, and Empire in the Career of Weetman Pearson in Mexico 1889-1919* (2011) y *Porfirio Díaz: entre el mito y la historia* (2015).

**Stefan Rinke** es profesor del Instituto de Estudios Latinoamericanos y del Instituto Friedrich Meinecke de la Universidad Libre de Berlín. Fue director del primero de estos institutos (2007-2009) y Einstein Research Fellow (2013-2015); desde 2014 es presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos. Algunas de sus obras son: *Las revoluciones en América Latina: las vías a la indepen-*

*dencia, 1760-1830* (2011), *Encuentros con el yanqui: norteamericanización y cambio sociocultural en Chile 1898-1990* (2013) y *América Latina y Estados Unidos: una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy* (2015).

**Fernando J. Devoto** es miembro del Instituto de Investigaciones Históricas “E. Ravignani” de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1988 y ha sido director de su Programa de Investigaciones sobre Historiografía Argentina. Fue profesor invitado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París en 1995, 1998 y 2003. Algunas de sus obras son: *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX* (1991), *Movimientos migratorios: historiografía y problemas* (1992), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna* (2002) e *Historia de los italianos en la Argentina* (2006).

**Javier Moreno Luzón** es doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense de Madrid, de la que desde 1997 es catedrático de Historia del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos. Sus líneas de investigación son: la vida política en la España de la Restauración; elecciones, élites políticas y partidos; y conmemoraciones y construcción

de identidades. Ha sido investigador visitante en la Universidad de Harvard, la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, la London School of Economics and Political Science y la New York University. Algunas de sus obras son: *Romanones. Caciquismo y política liberal* (1998), *Modernizing the Nation. Spain during the Reign of Alfonso XIII, 1902-1931* (2012) y, como editor, en colaboración con Xosé M. Núñez Seixas, *Ser españoles. Imaginarios nacionalistas en el siglo XX* (2013).

**José-Carlos Mainer** es catedrático de la Universidad de Zaragoza. Fue profesor en la Universidad de Barcelona, en la Universidad Autónoma de Barcelona y en la Universidad de La Laguna, en Tenerife. Es un reconocido experto en la historia literaria española del siglo XX, sobre la que ha escrito numerosos libros, ensayos y artículos. Algunas de sus obras son: *Falange y literatura* (1971), *Literatura y pequeña burguesía en España (1890-1950)* (1971), *La doma de la Quimera* (1987), *La escritura desatada. El mundo de las novelas* (2001) e *Historia mínima de la literatura española* (2014). Asimismo, ha realizado versiones críticas de obras clásicas y en 2012 inauguró una serie de biografías, iniciada con la de Pío Baroja. Es también el editor de la más reciente y ambiciosa *Historia de la literatura española*, en nueve volúmenes.

**Massimo de Giuseppe** es licenciado por la Facultad de Ciencia Política de la Università Cattolica del Sacro Cuore di Milano. Ha impartido cursos de Historia Internacional en la Universidad IULM de Milán. Ha impartido cursos sobre Historia Contemporánea en la Universidad de Parma y de Historia de las Organizaciones Internacionales en la Universidad de Bolonia. Ha sido profesor visitante en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), en la Ciudad de México. Fue distinguido con el Premio Desiderio Pirovano del Instituto Luigi Sturzo de Roma (2008). Entre sus publicaciones destacan: *Messico 1900-1930. Stato, Chiesa e popoli indigeni* (2007) y *La rivoluzione messicana* (2013).

*El mundo hispanoamericano y la Primera Guerra Mundial,*  
se terminó de imprimir en junio de 2017,  
en los talleres de Druko Internacional, S.A. de C.V.,  
Calzada Chabacano 65, local F, col. Asturias,  
Cuauhtémoc, 06850, Ciudad de México.

Portada: Pablo Reyna.

Tipografía y formación a cargo de  
Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V.  
Compuesto en Adobe Garamond Pro de  
12, 11.5, 10.5 y 8.5 pts.  
Cuidado de la edición Agustín Herrera Reyes  
bajo la supervisión de la  
Dirección de Publicaciones de  
El Colegio de México.

Para conmemorar el inicio de la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, para reflexionar sobre sus graves, prolongadas y decisivas secuelas históricas, El Colegio de México organizó, en septiembre de 2014, un coloquio titulado “El mundo hispanoamericano y la Primera Guerra Mundial”. Su objetivo era analizar las interrelaciones y casi paralelismos entre esta parte del mundo y la Gran Guerra. Este libro homónimo recoge las ponencias que se presentaron en el coloquio, a las que se han incorporado textos de otros investigadores, quienes no pudieron estar presentes en aquel coloquio, pero cuyas páginas enriquecen la variedad de enfoques y regiones desde los que se aborda el tema.

El recorrido parte de la exposición del contexto en el que estalla esa primera gran conflagración mundial del siglo pasado y continúa con textos tanto generales —las perspectivas latinoamericanas ante la guerra— como particulares, con reflexiones sobre las conexiones y repercusiones del conflicto bélico en México, Argentina, España e incluso Italia.

La oportunidad de la publicación de estos análisis es por demás elocuente, como lo resume uno de los textos aquí reunidos: “éste es un buen momento para hacer una reflexión seria y para recordar que podríamos no ser más diestros ni más astutos que aquellos que crearon en 1914 un desastre tan horrible”.